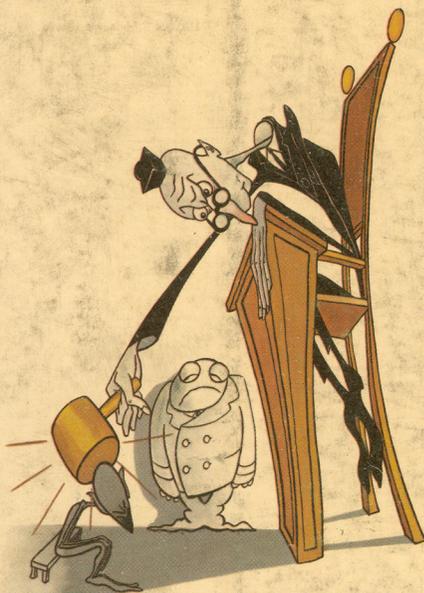


PANCHO GUERRA

OBRAS  
COMPLETAS

IV

ARTICULOS  
Y  
COMEDIAS



EXCELENTISIMA MANCOMUNIDAD DE CABILDOS  
AYUNTAMIENTO DE SAN BARTOLOME DE TIRAJANA  
PLAN CULTURAL

1 9 7 8

ARTICULOS  
Y  
COMEDIAS

*Colección:* L I T E R A T U R A

*Dirigida por*

AGUSTÍN MILLARES CARLO

PANCHO GUERRA

OBRAS  
COMPLETAS

IV

ARTICULOS  
Y  
COMEDIAS



EXCELENTISIMA MANCOMUNIDAD DE CABILDOS  
AYUNTAMIENTO DE SAN BARTOLOME DE TIRAJANA  
PLAN CULTURAL

1 9 7 8

*Dibujos de*  
MANUEL PADRÓN NOBLE

© EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS  
PLAN CULTURAL - LAS PALMAS, 1977  
AYUNTAMIENTO DE SAN BARTOLOME DE TIRAJANA

PRINTED IN SPAIN  
IMPRESO EN ESPAÑA

I. S. B. N. : 84-500-2.435-8  
Depósito Legal: M. 308 - 1978

Artes Gráficas Clavileño, S. A.—Pantoja, 20.—Madrid-2

## PROLOGO

*Se recoge en este volumen una parte de la obra periodística de Pancho Guerra. Apenas escrita esta frase me doy cuenta de su sentido convencional, porque sería difícil distinguir en la producción de Pancho lo que es periodismo de lo que es mera literatura, aparte de que en la polémica de los géneros no se ha llegado a un claro deslinde entre literatura y periodismo. Pancho Guerra era un escritor nato a quien gustaba el oficio de periodista, el ajetreo de las redacciones, la búsqueda de la noticia y, sobre todo, el ambiente un tanto bohemio y anárquico de la sufrida profesión. Casi toda su obra—por no decir toda—vio por primera vez la luz en las páginas de los periódicos. Ejerció el periodismo en sus dos vertientes: como colaborador literario y como redactor. A la primera se deben sus cuentos, historietas y cuadros de costumbres, reunidos más tarde en volúmenes. Su labor de redactor tocó los distintos aspectos informativos y técnicos: trabajo de mesa, entrevistas, reportajes... Parte de esta labor—la que a mi juicio se salva de la condición efímera de su servidumbre a la actualidad— se ha exhumado de las hemerotecas para reverder en estas páginas que el lector tiene en las manos.*

*No he considerado procedente utilizar indiscriminadamente todos los recortes de que dispongo para la confección de este volumen, procedentes, en su mayor parte, del vespertino madrileño "Informaciones", en cuya redacción coincidimos Pancho y el firmante de estas líneas en algunos años de la década de los cincuenta. Un cierto número de los escritos recortados, una vez pagado el tributo a la actualidad de aquellos días, se ha marchitado con el tiempo. Quizás estos escritos, los que nacen para vivir un día, "émulos de la llama", como la rosa, sean lo esencialmente periodístico. Su razón de ser es precisamente su transitoriedad. Pancho, como todos los periodistas, cultivó este tipo de información, trabajo de oficio, consciente de su caducidad, sin más pretensiones.*

*Queda por explicar la clasificación de estos trabajos, algunos*

no fáciles de situar en las vagas coordenadas trazadas en las anteriores líneas. En primer lugar van dos historietas que con los títulos de “Una isleñada” y “La perra” publica Pancho en la revista “Estudiantes” de abril de 1928, cuando tenía el autor dieciséis años. La primera aparece sin firma y la segunda con el seudónimo de Pancho Pitouto. En estos breves escritos se revela la manera de hacer del escritor, su humor canario, su visión de los tipos populares y su capacidad para captar el lenguaje hablado. Se justifica la inclusión de estos cuentecillos porque ponen de manifiesto el estilo, el peculiarísimo estilo de Pancho Guerra, inalterable en su naturaleza profunda y en los rasgos esenciales de la expresión, a lo largo de toda su obra. El hombre maduro no hizo más que desarrollar y perfeccionar su vocación de adolescente.

De los reportajes y crónicas de la Audiencia, publicados en “Informaciones”, he eliminado—por razones ya aducidas—aquellos cuyos motivos, al perder actualidad, carecen de interés para el lector de hoy. Hay que tener en cuenta que en las crónicas judiciales el escritor no elegía el tema, sino que tenía que atenerse a los juicios del día, señalados en los tablones de anuncios de las secretarías de las Salas. Muchas veces se veía obligado a salir del paso con breves reseñas. Otras, en cambio, cuando el tema y los tipos daban de sí, Pancho se servía de ellos para trazar esbozos de sainetes. De las páginas del sumario sacaba la línea argumental, que aderezaba luego con escenas y diálogos, que más que descripciones eran interpretaciones personales. El periodista se olvidaba de su condición de simple informador y dejaba correr la vena narrativa. Recuerdo cómo escribía Pancho estas pequeñas crónicas. Salía apresuradamente de la Audiencia y llegaba a la redacción a la una de la tarde. Faltaba una hora para que el periódico entrara en máquinas. Pancho consultaba sus apuntes y empezaba a teclear afanosamente. El redactor-jefe reclamaba las cuartillas con voz apremiante. Pancho las entregaba muchas veces sin releerlas. En ocasiones, el redactor-jefe, implacable, le exigía la supresión de algunos párrafos. Razones de espacio. Pancho, serio, silencioso, procedía a la mutilación. Pasaba luego a mi despacho, abría los brazos con desaliento y daba suelta a su mal humor. Le dolía la forma de trabajar. Al ponerme a releer ahora, pasados veinte años, las crónicas de “Doramas”—éste era su seudónimo—me pregunto si escritas en aquellas penosas circunstancias pueden conservar sus valores literarios. Y compruebo que el tiempo, juez justo, aunque despiadado, los ha respetado. Pancho mismo se quedaría asombrado de que aquellas crónicas hayan encontrado cobijo en las páginas de un libro. Porque él pensaba que tal como saltaban de su máquina de escribir no eran merecedoras siquiera de salir impresas en las hojas del periódico. Porque Pancho no se

daba cuenta de que aquellas crónicas eran el producto de sus enormes facultades de escritor, de sus dotes de observador, de su visión irónica y compasiva de los enredos de la vida humana. El lector descubre muchas veces cosas que el autor no sabe que ha puesto en su obra. Pero esas cosas están allí. Pancho no era escritor premioso ni preciosista. Escribía con soltura y con naturalidad. No rebuscaba la frase. Su elocución era espontánea. Por eso en sus crónicas judiciales, escritas en prosa de batalla, munición de rotativa, no se advierten indecisiones ni incorrecciones de estilo, y nos sorprenden con aciertos de expresión, pinturas de tipos, diálogos vivaces y rasgos definitorios del alma popular a través de los tipos de toda laya que se sientan en los banquillos de las Salas de la Audiencia.

Otro grupo de trabajos periodísticos está formado por reportajes. También han sido eliminados algunos apoyados en episodios circunstanciales e intrascendentes. Se conservan, en cambio, aquellos que tienen un valor documental útil para el lector de cualquier época. Por ejemplo, la serie dedicada a los establecimientos comerciales madrileños con más de cien años de vida. Estos establecimientos son verdaderas instituciones de la sociedad madrileña. Algunos de ellos han desaparecido ya. Otros, no tardarán en desaparecer. Los reportajes de Pancho Guerra son capítulos de la historia de Madrid—de la pequeña historia, si se quiere—, en los que seguramente hay aportación de datos que de no haberlo recogido Pancho se hubieran perdido. Pero como Pancho no era un erudito, sino un creador literario, la aridez de los datos aparece envuelta en el gracejo de su pluma e iluminada por los chispazos de su ingenio.

Forman una última gavilla las crónicas que Pancho Guerra mandaba desde Madrid al "Diario de Las Palmas", periódico del que había sido redactor cuando residía en la capital isleña. Estas crónicas se refieren todas a temas canarios. Una buena parte de ellas describen actos de la colonia canaria en Madrid; otras reflejan motivos canarios con una óptica madrileña. La corresponsalía de Pancho Guerra se circunscribía a observar desde su atalaya madrileña hechos en que estuviera implicado un interés isleño, ya se tratara de personajes canarios de relieve residentes o de paso por Madrid, ya de sucesos o anécdotas que tuvieran alguna relación con sus paisanos.

Creo sinceramente que no sólo los lectores canarios agradecerán la inclusión de estas crónicas, sino que lo agradecerán también los que no tengan ninguna clase de vinculación con aquellas islas, porque le permitirán conocer de manera completa la personalidad literaria de Pancho Guerra, hombre y escritor profundamente entrañado en su tierra. Permítaseme al final de este pro-

loguillo autocitarme con unas líneas sacadas de un artículo que dediqué a Pancho Guerra a raíz de su muerte:

*“Es muy difícil saber las razones porque una persona llega a identificarse de manera tan perfecta con su tierra. El fenómeno no es frecuente. En Pancho se daba uno de esos raros casos. No sé si sus paisanos sabrán explicarlo. Pero sé que ellos lo sienten así. Cuando un Agustín Miranda Junco, un Antonio Arbelo, un Vicente Marrero hablaban de las “cosas” de Pancho, o lloraban después de su muerte, no pensaban sólo en el amigo y paisano. Se les veía que pensaban en Canarias. Y por eso ponían en Pancho una especial ternura, una especial indulgencia que no tenían para nadie más.*

*Esta mezcla de realidad y símbolo entra en el dominio de lo misterioso, por donde sería aventurado adentrarse. No es lícito entrometerse en la interioridad de ciertos mundos desde la posición de simple espectador. El alma canaria es muy expresiva y abierta hasta llegar a sus estratos profundos, donde se vuelve impenetrable. Los canarios tienen su filosofía y su ironía. En su visión humorística de la vida aflora una gracia externa, asequible, que todos captamos; pero se esconde también un sentido reservado que solamente perciben ellos. Así el peninsular, entre canarios, se encuentra siempre un poco desconcertado, porque sabe que por el lenguaje coloquial circulan unos valores entendidos que él no logra entender. No ocurre lo mismo con otras regiones españolas a pesar de sus distintos idiomas. La diferencia quizás estriba en que el espacio peninsular ha hecho posible entre los otros españoles contactos e intercambios que no han tenido con los canarios, forjados en su insularidad. Pancho Guerra solía decir que el temperamento canario era una mezcla del gallego y del andaluz. ¿Qué otra cosa puede haber así de complicada y compleja en este mundo?”*

*Quizá por formar parte de uno de los ingredientes—el gallego—de esa mezcla me ha permitido percibir en el espíritu irónico de estas prosas de Pancho Guerra como una resonancia familiar, un son que va y viene desde Finisterre a la caldera de Bandama.*

MANUEL CEREZALES

# I

## REVISTA "ESTUDIANTES"

1928

1

### UNA ISLEÑADA

"SEÑORA, POR ONDI..."

Había en un pueblo de esta isla un hombre algo entrado en años, cuya única ocupación era la caza. Levantábase al cantar el gallo, requería su escopeta, silbaba al perro y con ligero paso se encaminaba a la Cumbre, donde, buen tirador, llegaba a hacer gran acopio de perdices, conejos y palomas, las cuales bajaba a San Mateo, Santa Brígida o Las Palmas, en último caso. Sucedió que, cierto día, nuestro buen hombre "cargó" de perdices, y con la esperanza de una buena venta caminaba alegre hacia Santa Brígida.

Era un domingo. Expuso sus bichos en la plaza y esperó a que llegase alguien a comprarle. Al poco rato se le acercó una mujer algo gorda, llamada "señá" Manuela, y le preguntó por el precio de las perdices. Regatearon y, al fin, la mujer se decidió a comprar. Pero con gran disgusto de Justo (que así se llamaba nuestro hombre) "señá" Manuela cogía las perdices por las patas y las olía cuidadosamente. Y aquí los sudores del vendedor, pues la gente, al ver que la mayoría de los animalitos eran rechazados por "señá" Manuela a causa de su mal olor, empezó a retirarse. Mientras la dichosa vieja olía las piezas, arrugaba narices y boca con un gesto de repugnancia y decía escupiendo:

—¡Fos! Si parece que tienen tres meses...

El pobre Justo sudaba y decía para sus adentros: —Y "esu" que está "acatarrá", que si no...

Terminó la señora aquel escrutinio y sólo quedóse con unas tres o cuatro perdices de aquel montón, lamentándose de que no olieran mejor.

—Señora, ¿“pos” y que no me “merca” “na” más “q’ésas?—dijole Justo, conteniendo el coraje que pugnaba por exteriorizarse.

—“Na” más; están “jediendo”, hermano—contestóle la vieja con gran cachaza.

Y Justo, que no pudo contenerse, exclamó:

—Señora, por “ondi” usted las “gûeli”, “toos” “jedemos”.

21-4-28.

## 2

### LA PERRA

Lector: ¿tú no has tenido necesidad de tomar una “guagua” encontrándote en la difícil situación de no tener nada más que una perra gorda? Si has pasado por ese cáliz te compadezco. Fíjate en los que esperan una “guagua” y en seguida sabrás los que sólo tienen una gorda. Síntomas: continuo mirar a las gentes que pasan a su lado, “guaguas” perdidas mientras busca afanoso la perra en los rincones de su bolsillo para tenerla en la mano por temor a que desaparezca; sudores de churros fríos, etc., etc. Cuando veas alguno de estos ciudadanos buscando buscando sudorosos en sus bolsillos sin encontrar nada, y que, después de cambiar de color de chorro frío por el de limón podrido, se dirige resuelto a la Marina, llama al guardia, lector, porque este ciudadano va a quitarse su aperreada existencia.

El otro día tuve necesidad de tomar una “guagua” en la plaza. El milagro de la traslación había de obrarlo aquel pedacito de cobre que tenía en mi bolsillo, cerrado con un imperdible. Cada momento, con mano temblorosa, y contenida la respiración, me tocaba el bolsillo. ¡Allí estaban los dichosos diez céntimos! ¡Ah!, respiraba. “¡Apare!”; grité, como buen isleño, al conductor de un montón de hierros quejumbrosos. Subí, con una mano en la perra y otra en el corazón, que quería saltarse, y me senté entre una mujer gorda, que llevaba en su falda una cereta con pescado fresco, y la baranda del último asiento. Los continuos vaivenes del artefacto endemoniado hacían que la rolliza mujer me estrujase contra los hierros. Ahogaba los quejidos que pugnaban por salir y sudaba como un pato acordándome de que... se me podía perder la perra.

—Aquí no vamos a vivir, hermano—me decía la del pescado.

No podía más. La perra no cabía en el bolsillo. Decidí sacarla y llevarla apuñada en la mano. Despacito abrí el imperdible, busqué y, ¡horror!, había tomado el mismo rumbo que las niñas de la calle de Hilarión Eslava.

Y yo, lector, que siempre que he tomado una “guagua” hacía mal las digestiones a causa de los sustos, deseaba con toda el alma que se volcara, que cogiera a un guardia municipal o que se arrojara sobre esos postes gordos que han puesto, para desesperación de los abundantes en carnes, en la calle de León y Castillo. Pero el dichoso automovilito corría con más seguridad que el que lleva una “browing”.

Caí en un letargo profundo, sólo interrumpido por los “apare en la esquina” de algún isleño. A medida que avanzábamos crecía mi desesperación. Me consideraba como un condenado a muerte a quien llevaban al patíbulo.

Llegó la “guagua” al sitio en que había de bajarse. Lo hice como Dios me encaminó y fui hacia el chófer con paso vacilante, como si fuera a actuar ante el tribunal de examen.

—¡Oiga!... Yo...

Y no sé más. Me caí al suelo sin sentido. Cuando volví a la realidad me encontré en mi casa, tendido en mi cama, rodeado de mi familia... y de los médicos. Alcé la vista y vi al practicante preparando una inyección.

—¿De qué es esa inyección?—pregunté.

—De suero antirrábico—me contestaron.

Casi me muero del susto, querido lector. ¿Sabes lo que era? Que yo, en aquella crisis nerviosa, hablé mucho de una perra.

—¡La perra, la perra!—dicen que decía.

Y también me oyeron decir: “¡Zape!” Pero yo eso no lo creo. Me registraron y me encontraron por un lado arañones y moretones. Los que me había hecho en la “guagua”.

—Aquí lo mordió la perra—dijeron los médicos.

Me senté en la cama, y mi vista, confusa todavía, distinguió, poco a poco, las cosas. Primero fue mi pantalón, colgado por los pies del catre, y en el vuelto, la perra causante de tantas desdichas. No sé cómo pudo ir a parar allí desde el bolsillo de mi chaleco. La cosa es que allí estaba. La cogí rápidamente y grité:

—¡La perra..., la perra!

Aquello fue peor que si anunciaran la llegada de Pancho “el Rubio”. Me quedé solo. Entonces cogí los malditos diez céntimos y los arrojé por la puerta. Pero estaba escrito. Había de seguir dando disgustos. Se la pegué a un doctor que entraba despacito en mi habitación.

—¡La perra, la perra!—grité con voz ronca.

Y el doctor se marchó a escape, huyendo de... mi mordedura.

PANCHO PITOUTO



## II

### “INFORMACIONES”

#### ARTÍCULOS DE LA AUDIENCIA

1953-1960

#### 1

### LAS DOS MUJERES DISCUTIERON POR UN PUESTO EN LA COLA DEL METRO

Las colas, según tengo entendido, fueron inventadas por los ingleses, particulares amigos del “fair play” o juego limpio y enemigos tradicionales de todo lo que resulte de “shocking”, que, según nuestros elementales conocimientos del endiablado idioma, quiere decir violento o desabrido para el propio espíritu y para el buen tono y equilibrio de las relaciones entre personas. Una cola en Inglaterra parece ser una demostración viva, rigurosa y flemática del derecho de prelación. En España varía. Una cola entre nosotros resulta ser un motivo de neurosis por el camino de la impaciencia y el aspaviento, al tiempo que una manifestación más de nuestra tendencia picaresca. Se afirma que a ningún británico se le ocurre colarse, adelantándose a los demás. Acá, sí. La niebla debe ser un poderoso neutralizante de la picardía, y el sol, un tremendo estimulante del ventajismo.

En medio de una de nuestras colas—¿quién lo había de pensar!—puede tomar puesto la misma muerte. Ejemplo al canto.

Es una mañana con cara de perro: la del 29 de marzo de 1951. Ocurre la cosa en la estación del Metro del Puente de Vallecas. El frío y la hora, que es la del trabajo, empujan impacientes a un montón de vecinos de la popular barriada. Hay un momento en que la cola ante la taquilla tiene unas treinta o cuarenta personas. Entre éstas aguarda turno un matrimonio: Marcelino Sopena y María González Rodríguez. Algo más atrás espera una mujer llamada Leonor Martínez Sierra. Empujada por la impaciencia y por la picardía, Leonor se sale de la fila y se adelanta. Pero la han visto. Se producen las reclamaciones y los gritos consabidos.

—¡Usted...! ¡Sí, usted! ¡Que hay que madrugar!

—¿Habrase visto tía fresca...?

—¡Póngase usted en su sitio, señora! ¡No te fastidia, la precipitada ésta!

Leonor respondió adecuadamente y la situación se enzarzó. Entre las apasionadas reclamantes destacó en seguida María González Rodríguez. Las dos mujeres se dijeron cosas feas, que no reproducimos no por nada, sino porque todos las hemos oído cincuenta veces en ocasiones similares. Desde luego, lo más dulce fue “guarra”—término muy socorrido en el Metro—, “sinvergüenza” y “fresca”. La bronca empezó arriba, ante taquillas, y se prolongó por las escaleras y en el andén. Dicen que el marido de María, Marcelino, amenazó así a Leonor:

—¡Le voy a meter a esta tía un empujón que la voy a trasladar al andén de enfrente!

María, más “fosforito” que su esposo, también profirió una amenaza de empujarla. La polémica debió haber entrado en un bache, porque María empezó a reírse. Esta manifestación puso negra a Leonor, que dijo:

—¡Encima se ríe la pedazo de fresca!

María se cegó. Resueltamente fue sobre la otra mujer, que estaba de espaldas a la vía, la empujó violentamente y dio satisfacción y cumplimiento a su amenaza de tirarla abajo. La infeliz mujer cayó con la cabeza sobre uno de los raíles y murió a los pocos momentos como consecuencia de una fractura de la base del cráneo.

Así, por una cosa tan simple, se buscaron dos mujeres la desgracia.

Esta mañana, la del fatal empujón se sentó en el banquillo ante el tribunal de la Sala Cuarta. La acusaba el fiscal de un delito de homicidio, en la ejecución del cual—determinó—no son de apreciar circunstancias modificativas de la responsabilidad criminal. Procede—concluyó—imponer a la procesada quince años de reclusión menor, accesorios y costas. Además deberá indemnizar en la cantidad de 80.000 pesetas a la familia de la víctima.

Defendió a la arrebatada María el letrado don Antonio García Vallejo. En el acto de la vista el señor Vallejo modificó sus conclusiones, aceptando ahora el hecho del homicidio, pero estimando que había que apreciar la existencia de tres fundamentos atenuantes: provocación, vindicación de ofensa grave y carencia de intención criminal.

Desfilaron ante la Sala varios testigos. Dos mujeres, llamadas Josefa Manterola y Evelina García, que se encontraban en el andén cuando la muerte consumó la bronca; dijeron que María se fue derecha a la otra mujer y empujó sobre la vía con las peores

intenciones. También se presentó un antiguo empleado del Metro, con veinte años de servicio a la empresa.

Después de jurar por Dios, conforme al requerimiento presidencial, y "por todos los santos, de su cosecha, dijo en resumen lo siguiente:

—En mis veinte años de servicio en el Metropolitano he presenciado bastantes accidentes, pero nunca se ha matado nadie, hasta este caso, por el simple hecho de caerse a la vía.

Y la vista se declaró conclusa para sentencia.

DORAMAS

7-11-52.

2

DE COMO UN PERRO CHICO PUEDE CONVERTIR  
EN HOMICIDA A SU DUEÑO

Ingenuamente considerada, la cosa es de las que hacen hablar a las piedras. Si usted tiene un perro y al tiempo la mala suerte de que rabie y muerda a alguien con tan mala pata que el mordido se muera, usted será considerado fríamente por la justicia como homicida, al menos en determinadas circunstancias. Le vamos a contar un caso demostrativo que se planteó precisamente hoy por la mañana ante el tribunal de la Sala segunda de nuestra audiencia.

El hecho arranca de un encuentro sentimental. Un hijo de la vecina de Chamartín de la Rosa, María de la Concepción Reneses Verdial, se encontró un perrillo vagabundo cuando iba por una carretera madrileña. Lo llamó y el faldero acudió solícito. Después de unos halagos cariñosos siguió caminando, seguido del perro, que entró en la casa como si hubiera sido la suya.

No le fue difícil al muchacho convencer a la familia, para que adoptaran el animalito encontrado. Quedó en el hogar, donde rápidamente se encariñaron con él. El chucho se ganó a pulso el afecto de sus nuevos dueños. Era fácil al mero de cola, era cariñoso y era una mopa de suave y de dócil. Durante cuatro meses fue un motivo de alegría en la casa de María de la Concepción.

Pero estaba escogido por el Destino para ser desgraciado, tan calladamente, que ni siquiera apuntó, como en otros casos, su enfermedad de raza, la hidrofobia, que había de llevarlo a él a la tierra y a su generosa dueña al banquillo de la Justicia. ¡Si

siquiera hubiera enseñado la oreja por cualquiera de los característicos síntomas! Nada. Un día del florido mayo, señaladamente el 25 del año 49, María salió de su casa y pasó al jardín de la de una vecina llamada Gudula. En el suelo había una niña de veintidós meses, hija de otro matrimonio vecino, llamada Lucrecia Pardo Pérez. La chiquitina y el perro eran amigos de tiempo, y ella dada a entusiasmarse con la presencia del animal. El correspondía a las torpes caricias de la niña con expresivos “agasaños”. Por esto no les extrañó a las dos mujeres que el faldero acudiera a Lucrecia. Y hasta que no la oyeron llorar, estuvieron, naturalmente, descuidadas. Las lágrimas de la pequeña acusaron de pronto que el perro había perdido sus mañas cordiales. La había mordido en la cara.

Rápidamente, Gudula recogió a la niña y María retiró su perro, recibiendo también un bocado del animal. Aquello era raro en chucho de historia tan sencilla y amable. Sobre la marcha fue llevada la pequeña a una Casa de Socorro y el faldero al Laboratorio de Higiene Municipal, donde quedó en observación. Naturalmente, fueron sometidas al tratamiento antirrábico la chica y María de la Concepción, así como veintitrés personas más, éstas por pura precaución, ya que no habían sido mordidas, aunque habían tenido de algún modo contacto con el perrillo hidrófobo. También pasaron a control dos perros de la vecindad, que luego se precisó habían sido mordidos. A su tiempo murió el causante de este lío y uno de los dos canes, rabiando, claro. El tercero se devolvió a su dueño sin más complicaciones.

Estos desenlaces hubieran sido lo de menos. Lo grave es que la chiquilla falleció el 12 de julio, también de rabia.

Tales fueron los hechos que el fiscal calificó de imprudencia temeraria, como consecuencia de la cual se produjo un homicidio. Pidió a la Sala impusiera a la procesada, María de la Concepción Reneses, la pena de dos años de prisión menor, condenándola asimismo al pago de una indemnización de 25.000 pesetas a los padres de la víctima.

Defendió a María el letrado don Julio León Benito.

La prueba fue ampliamente favorable a la procesada. Según aquella, su perro no vagabundeaba por Chamartín, ni era agresivo, ni dio nunca muestras de estar enfermo con el peligroso mal. Vivía recogido y era juguetón, manso y dócil. Con este criterio general coincidió incluso el padre de la pequeña muerta, Roberto Pardo, del cual presentó la defensa un escrito renunciando a la indemnización.

La vista quedó concluida para sentencia.

## LA DE HOY FUE UNA MAÑANA DE PERROS

Ante la Sala de la sección tercera se sentó también esta mañana un individuo acusado de haber incitado un perro contra un niño. El pequeño recibió unas mordidas, de las que tardó en curar diecinueve días.

El fiscal consideró que la gracia merecía un arresto de tres meses del amo del can, contra el cual no cabe decir nada en cuanto a rabia, porque quien la padecía era el dueño, siendo el animal mero procedimiento para tirar unos bocados.

DORAMAS

21-2-53.

## 3

ERAN DOS BASUREROS, UNO ROMANTICO  
Y EL OTRO PICARO

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa de qué?

—Oh, de que estás como una maceta sin regar... Tú no eres hombre de muchas palabras, Francisco, pero de unos días para acá estás más callado que nunca.

—Es que esto no es vida. Todo se nos va en recoger basura y venga recoger basura, hoy, mañana y pasado, sin salir del "beabá".

—¿Y qué quieres? Cada cual trabaja en lo suyo y se gana el plato a su modo.

—¿Sabes lo que me gustaría y que me trae caviloso?... Casarme...

—Bueno. Te buscas una mujer que te cuadre y a otra cosa.

—No es tan fácil, porque no me gustaría casarme con cualquiera. A mí me gustaría una muchacha fina y, sobre todo, con sus pesetas. Con una mujer algo rica, uno podría emprender algo, digo yo...

Dialogaban Francisco Berenguer Marcó y Benito Pascual Leola, de profesión basureros y residentes en Lérida. Los dos hombres convivían hacía tiempo en dos cuartos del mismo edificio donde entregaban cada día el producto de sus recogidas. Cocinaban en común y en común se comían su plato de potaje.

Eran profundamente distintos. Francisco, analfabeto y tímido, imaginativo y complicadillo, soñaba en su cuchitril a contrapelo de su humildad y de su ignorancia. Benito era un pícaro, con-

forme con su sino, y hasta un tipo de alma atrás. Este diálogo y otros semejantes lo llevaron a la conclusión de que su compañero de fatigas era idiota de nacimiento. Si tenía un baúl con prendas de vestir de cierto valor, en relación con su pobreza, y hasta unas pesetas bien guardadas en el fondo, era simplemente porque le había dado por ir comprando, guardando y ahorrando, movido por su sueño de emanciparse como basurero. El Benito pensó y pensó sobre todo esto y concibió levantarle a su amigo, como fuera, sus bienes y sus pesetas. Inventó una novia casadera y empezó a metérsela en la cabeza a Francisco.

—Oye, tú, dándole vueltas a lo que hemos hablado sobre tus ganas de casarte con una muchacha que tenga lo suyo, me he acordado que yo conozco una chica soltera, que vive aquí, en el pueblo de Raymat, que te vendría al pelo. Es guapa y acomodada. Yo te puedo poner en relaciones con ella y prepararte el asunto para que contraigas...

—La cosa es que quiera.

—¿Por qué no va a querer? Tú no eres mal mozo, tienes buenos sentimientos y hasta bastante dinero, según dices... Ella es una muchacha de pueblo, sin muchas campanillas, con sus tierras y demás... Mira, tú cállate y déjalo de mi cuenta.

Benito escribió una primera carta, dirigida a esta especie de Dulcinea de Raymat, a la que bautizó con un nombre hermoso: Soledad. Lo quebrantó un poco con el apellido: Pérez. En el remite, el pícaro puso unas señas de persona conocida suya en Lérida, a fin de que la consabida devolución se hiciera allí. Redactaba él, ya que el otro pobre no sabía ni hacer palotes, unas misivas llenas de fuego y dulzura al tiempo, que le leía al lírico Francisco con la mejor de sus entonaciones. Llegaba luego la respuesta, que, claro, escribía también. El poético basurero fue enamorándose así perdidamente de su ideal novia.

Transcurrido algún tiempo, Francisco mostró deseos de conocer a su amante.

—Todavía es pronto, lo que haremos es pedirle una fotografía. ¡Ya verás una mujer de bandera!

¡Y tan de bandera! Como que compró una fotografía de una deslumbrante "estrella" del cine yanqui y se la mandó a Francisco tan frescamente con una dedicatoria. "A mi adorado Paco, con todo el fuego de mi corazón. Tu Soledad Pérez."

El novio, que venía semidesvelado, dejó de dormir del todo.

—Oye, Benito—le habló a su amigo, interrumpiéndole una noche el sueño—. Yo no resisto más, chico. Yo quiero verla en persona y hablar para preparar los papeles. Me quiero casar cuanto antes.

La fruta estaba madura.

—Bueno... Vamos a ir a Raymat para que hables con ella. Le voy a escribir anunciándole el viaje.

El cuento de amores comenzó en los primeros días del mes de diciembre de 1951. Y Benito señaló la fecha del 4 de enero próximo para la primera entrevista... Dos días antes, el romántico Francisco se despidió de su trabajo de basurero. Y el 3 se ausentó sin explicaciones del local donde dormía, luego de dejarle al otro alguna ropa y enseres, con lo cual completaba el depósito de todo lo suyo en manos del sinvergüenza, ya que antes le había dejado el baúl donde guardaba la mayoría de sus bienes.

—Tú te vas y me esperas en las afueras, ahí donde comienza la carretera de Huesca. Yo te recogeré en un taxi.

Y lo recogió. Y lo llevó hasta cerca de Raymat. Allí despidió el vehículo, diciendo al chófer que se tenían que quedar a recoger alfalfa. Y echaron a andar por el campo. Encontraron al paso una cabaña, y dentro, un hacha, que Benito cogió a pretexto de que tal vez tendrían que cortar leña para hacer un poco de fuego. Mientras caminaban, el valedor buscó con la vista un sitio donde, con la mayor impunidad, acabarle la casta al ingenuo enamorado. Liquidado allí, se quedaría luego con sus bienes. Y aquí no ha pasado nada. Pero ninguno de los lugares recorridos le pareció al asesino bueno. Empezó a desanimar a su víctima:

—Escucha, me parece un poco tarde para llegar a ver la muchacha... Sí, es tarde. Vámonos y volvemos otro día con más tiempo.

Volvieron el 9 de enero. Francisco esperó a su amigo en medio de la carretera de Almacelles, con un frío que pelaba. Llegó Benito, otra vez con hacha. Y emprendieron el camino de Raymat, en donde compraron vino y comida.

—Vente conmigo. Vamos a buscar por ahí un sitio donde hacer fuego para arreglar allí la comida.

Tan confiado era el infeliz amante que ni siquiera le pareció rara esta salida con el día de niebla y frío que hacía. Caminaron hasta encontrar un pequeño tajo, de unos tres metros de profundidad, alejado así como un kilómetro del caserío. Se metieron los dos en aquel hoyo e hicieron fuego y comieron. Entonces Benito, alegando que tenía frío, se echó fuera y se puso a pasear de espaldas a Francisco. Y desde ese plano superior arrojó a la cabeza de su víctima una gran piedra. Francisco cayó malherido. Y el asesino lo remató seguidamente, golpeándole la cabeza con otra piedra más pequeña y tirándole unos hachazos definitivos en el cuello. Luego despojó al muerto de su chaqueta y le robó 170 pesetas y un reloj. De la cartera extrajo las cartas y fotos de la imaginaria Soledad Pérez, así como otros papeles, y lo quemó

todo. Debió haberse puesto nervioso, porque no se apoderó de 773 pesetas que luego aparecieron con el cadáver.

De vuelta a Lérida, cogió del baúl 4.700 pesetas que el pobre hombre había ahorrado, y se adueñó asimismo de zapatos y ropas de Francisco.

Descubrieron el crimen; Benito Pascual Leola fue acusado ante la Audiencia de Lérida de un delito de robo con homicidio, en el que concurrían las agravantes de premeditación y alevosía. El asesino fue condenado a la pena de muerte, no apreciando la Sala el trastorno mental alegado por la defensa.

Contra esta resolución ha presentado recurso ante el Supremo el letrado defensor don Gerardo Hernando, que ha pedido al alto Tribunal dicte una sentencia más ajustada a Derecho, modificando la condena a la pena capital. Alega el señor Hernando que la muerte de Berenguer no se causó para robar, sino para asegurarse el encartado la impunidad en una apropiación indebida y un hurto cometido con posterioridad al crimen. Ninguno de esos delitos—termina—justifica la última pena.

DORAMAS

4

SE PELEARON EN VILLAREJO LOS GITANOS "BULELES",  
"ALCARREÑOS" Y DE "LA MIGUELA"

Los gitanos son los únicos comparsas de la escena judicial que alivian un poco, con sus expresiones personales y sus llamativos atuendos, los tristes ambientes de esta casa de la Justicia, donde a diario se representa la farsa de la vida en toda su gama, desde el sainete más risueño hasta la tragedia más impresionante y penosa. Como además no son, aunque parezca extraño, clientes fijos del banquillo, cuando asoman por los anchos pasillos de la Audiencia sus grupos se hacen siempre notables.

Ahora hemos tenido gitanos. Los ha traído hasta el palacio la muerte de uno de ellos, que falleció después de unos palos. Estos palos pudieron haber sido de los tantos que los flamencos se prodigan por un quitame allá esos cobres, esos cestos o esos burros, pero el que los recibió tenía colmada su medida y ha metido en danza, muriéndose, a bastantes "calés" pertenecientes a tres grupos: los "Buleles", los "Alcarreños" y los de "la Miguela", gitana esta última de campanillas entre los que andan

errantes por los caminos de España por estar emparentada con descendientes de faraones y “payos” de cierto nombre.

Las cosas ocurrieron en el pueblecito de Villarejo de Salván, lugar de la provincia de Madrid lindante con Cuenca. Había fiestas en Villarejo y la celebración atrajo a los gitanos. Acudían a traficar en lo suyo, que ya se sabe. Los primeros contactos de los flamencos entre sí y con los “payos” se produjeron no ya sólo sin fricciones, sino incluso cordialmente. Hubo sonrisas, palmadas, y porrazos cariñosos. Pero el vino, que en esto tiene cierta semejanza con las mujeres, se mezcló y descompuso el equilibrio. La tarde del 31 de agosto de 1951, dos mozos forasteros, llamados ambos Nicolás, tuvieron unos dimes y diretes con algunos elementos del grupo “calé” de los “Alcarreños”. Se dijeron unas cuantas cosas feas, luego de unas copas, se miraron atravesados a prudente distancia y no hubo más.

Al día siguiente, los dos Nicolás se juntaron con varios gitanos de la pandilla de los “Buleles” y bebieron, cantaron y tocaron palmas. Ya calientes salieron de la taberna y recorrieron el pueblo cantando y metiendo jaleo. Alguno de los juerguistas recordó en medio de la jarana el incidente del día anterior con los “Alcarreños”.

—Hay que ir a darles “pal” pelo—propuso.

Entre los de la parranda iba un mozo de Villarejo, que por las razones que fueran consideró prudente avisar del propósito de camorra a las morenas de la Alcarria.

—Irse de aquí, que esos dos forasteros de ayer y algunos “buleles” vienen a dar leña—advirtió.

Las flamencas amenazadas recogieron a todo meter las sacas con hierbas que les servían de colchones, sus cacharros y demás enseres y se trasladaron rápidamente a un nuevo lugar. Llegaron los de la peleona farra y se encontraron el campo vacío. Pero como estaban resueltos a dar palos y tortazos, cuando desandaban el camino y al cruzarse con la gente de “La Miguela”, que acampaban en el trayecto, uno se paró y dijo:

—¡Está visto que aquí no hay más pantalones que los nuestros!

Los hombres de “La Miguela” entendieron que aquello era exagerar. También había pantalones en el grupo molestado de la flamencona. Replicaron con palabras y se armó a poco la marimorrena. Era casi de noche: Y entre las dos luces llovieron los palos, las patadas y los mordiscos. De pronto alguien gritó:

—¡La Guardia sivil! ¡Que vienen los sivile!

Santa palabra. Súbitamente renació la calma. Aparentemente no había pasado nada. Pero de pronto se advirtió que sobre el campo había quedado tirado un mozo gitano del grupo agresor. Recogido y curado se le apreciaron tres heridas contusas en las

regiones frontal, occipital y media del cuello. Fueron calificadas de leves. Pero a los ocho días de la bronca el herido se agravó, ordenando entonces el forense su traslado al Hospital Provincial. Al moreno le venía estrecha la sala del Centro y aprovechando un descuido se fue para la calle sin esperar a curarse. Recayó, hasta el extremo de hacerse preciso su ingreso en el Hospital del Rey. Aquí murió el pobre al día siguiente de ingresar.

Esto ha planteado un problema judicial. El fiscal estima que Antonio Muños Muños, hijo de "la Miguela", fue quien pegó los palos a la víctima, la cual murió a consecuencia de tales golpes. Antonio es, por tanto, responsable de un delito de homicidio simple, por lo que deberá ser condenado a la pena de quince años de reclusión menor.

El letrado defensor del gitano encartado, don Angel Menéndez Vives, niega la existencia del delito, sentando que sólo existe uno de lesiones menos graves. Argumenta que la relación causal entre los hechos originarios y el último resultado se ha roto por la intervención de una conducta extraña, que en este caso es la del propio lesionado, el cual, al fugarse del hospital, interrumpió las consecuencias naturales del hecho delictivo. Termina el defensor sus conclusiones provisionales señalando que el encartado no es autor de las lesiones, sino dos gitanos a quienes el lesionado acusó en vida y los cuales se encuentran hoy en ignorado paradero. En razón de estas circunstancias pide la libre absolución de Antonio.

La vista fue suspendida por incomparecencia de los testigos de cargo, quedando pendiente de nuevo señalamiento.

27-2-53.

## 5

### PEQUEÑA HISTORIA DE UNA CRIADA LADRONA

Cuando desaparezcan del mapa familiar las sirvientas, que todo se andará, a ejemplo de países donde del servicio doméstico sólo queda un nostálgico recuerdo, entonces desaparecerá una de las más pintorescas actividades delictivas: la de los hurtos y robos de las criadas. Aparte la "sisa", que sólo da pie a conflictos de puertas adentro. La simple admisión de una nueva doméstica ya crea en el hogar una tensión. ¿Cómo será y qué mañas tendrá la chica...? Cuando el padre de familia termina, a las diez de la noche, de reventarse en la atención de los tres empleillos mí-nimos, la madre lo marea con sus sospechas. "Parece buena. Pero,

¿tú te fías de estas jóvenes? Si sale como la que tuvieron los del primero izquierda, que ya te acordarás, ¡estamos apañados!”

La señora cuenta una vez más que la muchacha esa de los del primero izquierda—una chica coloradota, de melena rubianca y trasquilada y ojos pasmados—se llevó media casa. El cabeza de familia se sintió policía y se echaba a la calle, al atardecer y de noche, con la certeza de que él localizaría a la criada infiel en esos bailes populares que hay bajo los cines. En uno de éstos lo pilló una noche la esposa bailando con una criada de aire romántico. Pese a que él explicó “que tenía que ambientarse para la mejor eficacia de su pesquisa”, la esposa le armó una bronca y se fue para la casa de sus padres, donde estuvo una semana con un “mulo” que costó Dios y el mundo de sacarle del entrecejo.

De los muchos casos que pasan por las salas de nuestra Audiencia, he aquí uno que tiene lo suyo.

Se quedaron sin sirvienta los vecinos de un piso de la calle de Alcalá, 203.

—Mujer, si sabes de alguna muchacha, mándamela—se encargó a las amigas.

Y al tendero:

—Oiga usted, Feliciano, si alguna chica le pregunta por una casa, ya sabe.

Una mañana se presentó una.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Antonia Padilla Navarro, para servirle a Dios y a usted. Soy de Ubeda, ¿sabe? Pero vivo en Vicálvaro.

Antonia se quedó. Y fue ganándose la confianza de sus señores. El 22 de noviembre de 1951, ella se quedó sola en la casa. Entonces dio un buen golpe. Se hizo rápidamente con una maleta de las de avión y metió dentro tan frescamente las siguientes cosas: un reloj de caballero, cinco pulseras, dos pulseras más, otras dos pulseras, una sortija de señora—buena, como luego se verá—, dos camisones de seda, dos combinaciones, dos impermeables de plástico, un chaquetón de señora, cuatro sábanas, varios pares de medias “nylon”, veinte libros, dos trajes, una falda, una blusa, un bolso, un cepillo y una cadena de oro. Un equipo tan completo como para casarse. Esto fue tasado por la pericia en 8.885 pesetas.

Para practicar el tremendo despojo, la Antonia violentó un armario y una “coqueta” que estaba en el dormitorio de los señores, causando daños de diez pesetas en las cerraduras.

Cuando los vecinos volvieron a su casa se quedaron, no pegados: incrustados en la pared. Ni qué decir tiene que se enteró la Policía, que ésta se movilizó y que Antonia cayó en sus ma-

nos. Al detenerla se le ocuparon ropas y efectos valorados en 485 pesetas.

—¿Y la sortija?—le preguntaron en la Comisaría.

—Se la dejé, para que me la guardara, a un pariente mío, que se llama él Juan Rodríguez Tejedor.

Compareció Juan.

—Pues, sí—dijo—. Yo la tuve. Pero resulta ser que me la pidió prestada un tal Luis Rubio Cabras, un hombre de la Ventosa, que vive aquí, en Madrid. Le di la última vista, porque este individuo no me la ha devuelto. A mí me dijo que se la dejara para modelo de una que se quería hacer por el estilo.

Compareció, detenido, Rubio Cabras. Confesó que él se la había vendido en 700 pesetas a un señor apellidado Navarro Fernández, en poder del cual fue hallada. Este la adquirió ignorando que la prenda no era trigo limpio. La sortija fue tasada en 5.000 pesetas.

Por todo este lío procesaron a la Antonia y a Rubio. El fiscal ha acusado a aquélla de robo y a él de hurto. En el delito de la muchacha concurría la circunstancia agravante de abuso de confianza. Debería ser condenada a doce años de prisión mayor. Para Rubio pidió el representante de la Ley tres meses de arresto mayor. Ambos encartados deberían pagar las indemnizaciones correspondientes.

El letrado defensor sentó que Luis no era responsable, por cuanto ignoraba el valor verdadero de la sortija. Pidió para él la absolución. Antonia sólo debería ser condenada a seis años y un día de prisión mayor.

El Tribunal ha condenado a la sirvienta a once años, cuatro meses y un día de prisión mayor, y a Luis a los tres meses de arresto que le pidieron.

DORAMAS

6

PEQUEÑA HISTORIA DEL PICARO IMPACIENTE

Verbena de San Isidro. Polvo, sudor y churros. Churros “a la almeja”, con su arena. La Pradera es un ancho y luminoso tenderete de diversiones a tanto el rato y de ventorros con piper-mint de alfalfa y coñac de garrafones. El que tiene perras para subirse a algo se divierte, librándose al paso de sobones y codazos en los espacios intercostales. El que no, levanta polvo y se distrae pisándole los zapatos al verbenero que se corre al lado

la juerga del Patrón. Todavía quedan "isidros" que se van dejando llevar, embelesados y turbios como elementos de una manada, por entre el espeso jolgorio. Para éstos trabajan de modo especial los pícaros del arrabal madrileño.

Hay un Rafael—Rafael González Fernández—en esta verbena del 1952 que parece arrancado de *La busca*, de don Pío. Tiene quince años y dos amigos de su misma quinta, dos eficaces "puntos" en el más amplio sentido. Han montado en un propicio ángulo del festejo un puesto: una tabla sobre cuatro patas. Sobre la mesilla se despliegan tres cartas curvadas, sobadas, históricas. Rafael charlatanea reclamando parroquia al tiempo que con manos primorosas para el juego levanta, muestra fugazmente los naipes y los trajina, pasándolos y repasándolos limpiamente sobre el pinzapo.

—¡A ver, oigan, prueben! ¡El as de copas, oigan, mírenlo! ¡Aquí está...! ¡Ahora está aquí! ¡Y ahora...! ¡Ahora cinco duros para el que diga dónde está!...

Rafael ha logrado congrega una parroquia embobada; algunos hombres con trajes de pana, varios soldados con los brazos colgando y tres o cuatro sirvientas relumbrando de bisutería y brillantina. Pica algún que otro mirón. Uno gana a su par de veces. Luego se embala a perder y no le queda ni para tomarse un vaso de agua con algo de vino.

Entre los animosos destaca por último un soldado que se llama Felipe Villarejo Ramírez. Rafael, que sabe calar el ánimo de los enemigos que van arrimando al puesto, adivina que Felipe quiere probar su agudeza. Y lo anima:

—¡Venga, oiga, militar! ¡El as de copas, mírelo aquí! ¡Ahora está aquí! ¡Ahora!...

Al jugador se le han puesto los ojos chicos, que clava en el lomo mugriento de uno de los naipes. Despacio abre un bolsillo de la guerrera y saca despacio una carterilla algo abultada. Más despacio todavía extrae unos billetes que se dispone a... a ganar. Por lo visto, a Rafael no se le estaba dando bien el negocio. El olor de los churros y la alegría de la verbena debieron, además, soliviantarlo. Pensó rápido que lo mejor para reunir lo que buscaba sin andar aguantando aquella vela y correr el riesgo de un guardia era tomar todo de un golpe y por las buenas. Arrebató al soldado la cartera, que tenía dentro—¡sabe Dios a costa de cuántas privaciones!—350 pesetas y se dio el bote por entre la gente.

Posteriormente Rafael cayó en manos de la Policía, que recuperó 108 de las pesetas intervenidas.

El pillo ha sido acusado por el fiscal de un delito de robo, con la atenuante de minoría de edad. Pidió el representante de

la Ley que fuera condenado a tres meses de arresto y al pago de una indemnización al soldado Felipe de 247,25 pesetas.

El letrado defensor de Rafael y Rafael mismo se mostraron conformes con la calificación y petición fiscal. Y la Sala ha dictado sentencia de acuerdo con esta petición, declarando solvente al procesado.

DORAMAS

11-4-53.

7

BRONCA EN LA TABERNA

“El Jilguero” entró por la taberna del barrio con firmeza. Dominaba a sus amigos por el pico y por el nervio. Era Miguel Gómez, pero contaba más su nombre de pájaro, porque tirándole y dándosele el flamenco, si no se metía, al menos bordeaba el terreno de Juanito Valderrama. Antes de arrimar, seguido de un grupo, al cinc del mostrador, ya estaba gritándoles un tabernero animoso:

—¿Qué va a ser, señores?

—Pon blanco. Chatos pa todos.

Lavoteó el de dentro los vasos, metiéndoles livianamente los bordes en el agua fija y turbia del fregadero, y sirvió la primera corrida. Con lo que quedaba de vino al agua pintada de uno y otro y otro vaso, “el Jilguero” y su pandilla se fueron calentando lo suficiente. Miguel puso un brazo sobre los hombros de un compañero, que quedó incomodísimo, y rompió a cantar con la boca bien pegada a las narices del apoyo. Lo primero fueron unos gorjeos. Luego ya entró de lleno en el “jipío”. Sonaron unas palmas de ambiente y algún ¡olé! serio.

Un par de metros más allá, en la otra punta de la barra, chateaba otro grupo. Capitaneábalo Pablo Bermudo, “el Negro”, también con tendencia al cante. A la inclinación se añadía el vino, y al vino tal vez las ganas de moler. Rompió impensadamente a cantar, echando su copla sobre la de “el Jilguero”. Los de su corro le hicieron bien el juego. Las palmas fueron más duras y brillantes y los ¡olés! más numerosos y jaraneros. Miguel cortó y pidió más chatos. Se cuajó en el aire de la taberna una tirantez que barruntaba bronca. “El Negro” explotó el éxito inicial, volviéndose un chorro de “jipíos”. Y cuando le dio la gana organizó el escote, pagó las corridas y se fue para la calle.

Dentro quedó, tragándose el degüello, corrido como un gallo

que abandona, Miguel Gómez, “el Jilguero”. No era hombre que precisara banderillas. Soltó las pesetas y perras sobre el cinc y salió tras de Pablo Bermudo, seguido de su gente. Lo alcanzó y lo encaró en la calle.

—¡Aquí no hay más flamenco que yo! ¡Y cuando canta mi menda, no hay quien abra el pico!, ¿te enteras? Tú, de cante, “nanay”. De berreo, puede...

—¿Y a ti, quién te ha “pedío” la opinión, si se puede saber?

—A mí no hay que pedírmela. La doy de balde. Y otras cosas también. ¿Qué pasa?

—Pues pasa que tú serás “el Caracol” porque te lo han hecho creer, vamos... Pero yo canto donde me da la gana y cuanto me da la gana. Si no te gusta, te mandas a mudar. Ahora retiras los insultos y liquidas la cuestión.

—Cuando tú reconozcas que de los dos el que sabe cantar soy yo, pues hablaremos.

—¡“Pa” ti la perra gorda, ruiseñor! ¡Y vete ya, pelmazo, que tengo ocupaciones!

Miguel sacó una navaja. El sainete se ponía en puertas del drama. La navaja fue pasada despacio por ante los ojos de Pablo.

—Es “pa” sangrar a los flamencos de mucha sangre...

El amenazado se cruzó de brazos y sacó la barriga, pálido, pero sonriente.

—¡A ver si es verdad, hombre! ¡Pincha si eres macho!

—¡No me provoques, que te pico!

—¿Otra vez?... ¡Anda, que “pa” luego es tarde!

“El Jilguero” se desconcertó ante el desplante. Y si no terciaba la banderilla de una frase, tal vez hubiese aflojado. La frase decisiva la dijo uno de los presentes:

—¡Es de risa verte con una navaja en la mano y falto de un chorizo en la otra! ¡Vivan los flamencos! ¡Pues sí que...!

Miguel se cegó. De pronto tiró un tajo en la barriga de su rival. La hoja, menuda e ingenuamente aplicada, cortó la ropa y un poco de la región abdominal. Nada del otro mundo. A los cuatro días, Pablo estaba dado de alta, en la calle, aunque con sus puntos.

Pero sobrevino una bronquitis. Y a golpes de tos, los dichos puntos saltaron, abriéndose la herida e infectándose. De esta complicación, el muchacho tardó en curar un mes y quince días.

Miguel Gómez, “el Jilguero”, fue procesado y acusado por el fiscal de un delito de lesiones, por el que debía cumplir cinco meses de arresto mayor.

La Sala que lo ha juzgado ha entendido que no existió delito y ha resuelto absolver al procesado, entendiendo que si acaso había una falta, era de la competencia del Juzgado municipal. A éste

han sido enviadas las actuaciones para que se libre el oportuno juicio.

DORAMAS

22-5-53.

8

## ENTRARON DE NOCHE EN UN DEPOSITO DE CADAVERES Y LE ARRANCARON A UN MUERTO DOS DIENTES DE ORO

Un cadáver sigue mereciendo a cualquiera un respeto imponente. Casi seguro que incluso a los estudiantes de Medicina, los cuales gozan fama de bromear con los miembros del “fiambre” y hasta con el “fiambre” entero. Hasta la fecha presente, un difunto es un difunto, con toda su impresionante aureola de superstición y de miedo.

Pero como de todo hay en la viña del Señor... Ha existido siempre un tipo humano capaz de acercarse al cadáver de un hombre y manipular en él como si tuviera delante un futbolín. Estos curados de espanto suelen ser ladrones. Resulta curioso pensar que, habiendo en el mundo tanta cosa a que echarle mano por las buenas, desde bisutería hasta el frutal no cosechado, se moleste un ciudadano en revolver un muerto para sacarle algo. Será la conciencia de absoluta impunidad... Pero en esto suelen equivocarse los desahogados de los cementerios. También, ya en cuanto al lucro, como ha pasado de moda vestir “de padrinos” a los que se van, todo se queda en una sábana que, valgan verdades, suele ser de las de los días de trabajo. En cuanto a que el muerto no hablará, de acuerdo. Pero alrededor de los muertos siempre hay algún vivo. Y el vivo, ya se sabe, ve y habla en general.

Véase una muestra de muerto, ladrón y vivo que acaba de salir de un rollo judicial para escarmiento y espejo de desahogados.

Murió en Madrid con los zapatos puestos un ciudadano llamado Francisco Oraso Urriaspé. Liquidó en accidente y pasó al depósito de cadáveres del cementerio de Chamartín de la Rosa. Francisco debió haber sido un hombre curioso. El detalle de haber ido a un odontólogo cuando se le estropearon dos dientes, para que se los pusieran de oro, lo revela. Ignoramos si esta circunstancia era conocida por un grupo de supuestos profanadores de cadáveres o si los desalmados tenían montado un servicio permanente de control de muertos para aprovechar aquel que llegara con algo cotizable en el Rastro. Lo cierto es que a Francisco Oraso le arranca-



ron sus dos piezas de oro de su boca ya fría y sin palabras, usando para la extracción un pedazo de hierro y un tornillo, al modo de los viejos barberos metidos a dentistas.

Por esta cosa tan fea y tan miedosa fueron procesados un grupo de vecinos. El fiscal acusó a los encartados de un delito de profanación de cadáveres y de una falta de hurto, concretando su acusación en uno de los cuatro supuestos profanadores, por lo haberse probado que los otros tres intervinieron en la faena. Para éste pidió tres meses de arresto mayor y multa de 1.500 pesetas por el delito y veinte días de arresto también mayor por la falta.

El letrado de la defensa negó los hechos y pidió la absolución.

La sentencia de la Sala ha sido absolutoria en razón de pruebas insuficientes.

De cualquier manera la cosa, con cementerio, muerto y la noche, tiene pan y con qué comérselo, como el otro que dice.

DORAMAS

6-10-53.

9

ENTRO EN EL BAR CANTANDO Y SALIO PROPINANDO  
BASTONAZOS

Juan Francisco Abad de Soto Montalbán, de oficio jornalero, entró en el bar cantando. Era una noche de agosto de 1950. Había refrescado y él tenía veintinueve años y estaba soltero. Juan Francisco vivía en el Puente de Vallecas, pero, por lo que fuera, estaba esa noche, sobre la una, en la calle de Fernández de los Ríos. El establecimiento por donde se metió con una tonada en el pico se abría en el 17 de esa calle.

No tuvo suerte. Hay en Madrid bares y tabernas donde un cristiano puede partirse el pecho sobre el patrón de Pepe Blanco o Juanito Valderrama. Tienen estos locales dueños obesos y bonachones, que oyen interpretar *La niña de fuego* como si fuera un trozo de ópera y se mantienen impávidos, fregoteando malamente y sirviendo vino compuesto con el aire más sosegado. Pero hay otros jefes que no dejan sino hablar de la Magistratura del Trabajo y de las quinielas.

Juan Francisco Abad de Soto Montalbán estaba ya cantando dentro de ese bar de Fernández de los Ríos cuando se le arrimó, posiblemente con cierta destemplanza, Antonio de Miguel, que era camarero.

—Aquí no se canta...

Juan Francisco debió haber replicado con algo así como aquella copla habanera que dice: “Canto aquí y canto en La Habana —y cañto en Pinar del Río,—y como este cuerpo es mío,—canto donde me da gana.” La situación se puso tensa. Sucedieron al canto las palabras, y a las palabras, el manoteo agresivo. Sobrevino la bronca con unos tortazos preliminares. Juan Abad de Soto Montalbán empuñó un bastón, que ignoramos si llevaba o encontró a mano, y se lió a bastonazos con el camarero Antonio de Miguel. Le debió de haber dado bien en la cabeza y en las manos, pues Antonio estuvo cerca de dos meses sometido a tratamiento hasta su curación, saliendo del percance sin defecto ni deformidad.

A Juan Francisco lo procesaron y acaban de juzgarlo en nuestra Audiencia. El fiscal que lo acusó pidió al tribunal le impusiera una condena de tres meses de arresto mayor, el pago de una multa de 1.000 pesetas y 2.550 de indemnización al camarero, que en caso de impago deberían traducirse en veinte días de arresto más.

La Sala ha dictado sentencia de acuerdo con la petición del representante de la ley.

DORAMAS

17-10-53.

10

UN CASO DE LA “ACHUCHADA” VIDA PRESENTE

Las viviendas siguen dando juego no ya sólo a la triste gente con derecho a cocina y a las parejas mozas con la boda en suspenso por el aquel de las cuatro paredes y la mesa camilla absolutamente propios, sino a la justicia, que a cada dos por tres tropieza con un caso nuevo de forcejeo y de pleito.

Tenemos ahora una casa de dos pisos. Ocupa uno de los cuartos el propietario, y tiene arrendado el otro a una familia madrileña. Para satisfacción del dueño y desgracia de los inquilinos, aquél tiene una hija mocita y con novio, un novio de los buenos, de los que se ponen serios, piden la mano, se visten su traje de ceremonias y paran, un poco pálidos, delante del altar de la parroquia. Resultado humano y lógico que el padre de esta feliz señorita pensara en ese cuarto arrendado para su hija casadera. Requirió un día al inquilino para que lo dejara libre y a su disposición en el plazo de un año, ofreciéndole como indemnización el año de renta que la ley previene.

Pasó el año y el requerido no se movió. Le había sido dene-

gada entretanto la solicitud de prórroga que hizo. Entonces, el propietario de la casa puso el asunto en manos del letrado don Demetrio Sánchez Méndez. Este dedujo demanda ante el Juzgado Municipal número 22, ejercitando acción resolutoria del contrato de inquilinato por necesidad y al amparo de los debidos preceptos legales. Ya se había casado la pareja que pretendía el piso. Y el escrito alegaba como causa de la demanda la necesidad de que el nuevo matrimonio residiera en Madrid por razones del empleo del marido, que era, además, natural y vecino de la Villa, lo mismo que ella.

El inquilino se opuso, claro, a la demanda. No es fácil que un ciudadano se vaya por las buenas de debajo de un techo, al que le aferran no ya sólo el pavoroso problema de la falta de cuartos aseQUIBLES a los anémicos sueldos nacionales, sino también los lazos que el tiempo va atando entre la casa y quien la mora. Dijo el juez que no existía la alegada necesidad. En la misma finca, y aneja—puntualizó—, hay una construcción que podría ser habitable para el nuevo matrimonio si en ella se realizaran algunas obras de adecentamiento y servicios.

Sentenció el juez el pleito. Usted, inquilino—venía a decir el fallo—, tiene que desalojar esa vivienda y dejarla enteramente a disposición de la propiedad en el término de seis meses. Así lo disponemos, estimando que se han cumplido los requisitos legales previos a la presentación de la demanda y que han quedado probados los extremos contenidos en la misma para la negativa de la prórroga del contrato. También ha demostrado la diligencia de reconocimiento judicial que la vivienda ocupada por el propietario de la finca es insuficiente para la convivencia en común de dos matrimonios. Es cierto—añaden los considerandos—que existe una nave en la parte posterior de la casa que en sus actuales condiciones no es habitable, aunque pudiera serlo realizando las debidas obras de compartimientos e instalación de servicios, pero no procede atender tal circunstancia. El juez estimó la demanda y condenó al inquilino a marcharse.

Este apeló ante el Juzgado de Primera Instancia número 22, que había dictado resolución, confirmando la del Municipal en todas sus partes. Ampliando los argumentos, el fallo considera lo siguiente:

Es un hecho cierto que la propiedad del inmueble ha probado plenamente la necesidad que tiene, y que alega como fundamento de su demanda que su hija, que ha contraído matrimonio, instale allí su hogar. De otra parte, no puede influir en el presente problema la presentación del demandado de que se realicen obras en la nave aneja en la casa hasta hacerla habitable para la nueva pareja. Se hace lógico que no se puede imponer al arrendador-propie-

tario semejante obligación onerosa al solo objeto de beneficiarse el inquilino. Y ello porque de la letra y del espíritu de la ley se deriva que ante un caso como el presente, de colisión de intereses entre el titular del dominio y el de la condición arrendaticia, surgida cuando ambos contratantes precisen o pretendan ocupar la vivienda arrendada, debe tener preferencia el primero con sacrificio del segundo; siquiera, y en virtud del posible perjuicio que se le pueda originar al inquilino, la ley pretende compensarle con el abono de la indemnización correspondiente.

Es lo cierto—se añade aún—que la ley de Arrendamientos Urbanos no se promulgó para mermar ni negar el derecho de dominio, sino única y exclusivamente para garantizar, de una parte, los derechos del inquilino, y de otra, para evitar la arbitrariedad de los propietarios cuando éstos pretenden desahuciar a aquéllos por el simple capricho y comodidad, circunstancias éstas que no se dan en los presentes autos.

El nuevo matrimonio tendrá, pues, piso propio. Los que lo habiten habrán de buscar otro. Y esto, como no tengan un golpe de suerte, es asunto feo, de los más feos de la “achuchada” vida presente.

DORAMAS

13-1-54.

## 11

### LADRONES DE GARBANZOS Y LENTEJAS, CONDENADOS

Don Vicente Sancho tenía su almacén de piensos y frutos secos en el paseo del Doctor Esquerdo. Vivía todo lo tranquilo que se podía vivir cuando se es arrendatario de un lugar de negocios y se tiene un debe y un haber, y papeles de seguros y montepíos, y etcétera. Hasta que los suyos le dieron un disgusto gordo. Los suyos eran cuatro empleados del almacén: Clemente Alegre Pérez, más conocido por Enrique, de cuarenta y tres años, natural de Navalcarnero y vecino de Carabanchel Bajo, con antecedentes penales y de mala conducta; Crispulo Blasco del Llano, de cuarenta y dos, natural de Sevilla la Nueva, en Navalcarnero, y viviendo en el Puente de Vallecas; Pablo Blasco del Llano, de treinta y seis, también de esa Sevilla y también con casa en el Puente, y Pablo Cunchillos Induráin, de treinta y cinco, nacido en el pueblo zaragozano de Gallur y avecindado en Madrid.

Los cuatro se reunían, luego de la jornada entre piensos y fru-

os, enfrente del almacén, en una tabernilla o bodega. En un atardecer de chateo alguno propuso darle un golpe a los bienes de don Vicente.

—Eso no es pan comido...

—¡Que te crees tú eso! Yo soy amigo de José Diego García. ¿Tú sabes quién es José Diego García? Pues un chico que tiene un camión propio. A éste le hablo yo y entra.

—¿Cómo que entra?

—¡Que entra en el asunto, sopenoli! Consiste en que la puerta del almacén se quede abierta por che o por be. El camión viene, nosotros cargamos y arreando, que es gerundio. ¿Tú no sabes luego ir por ahí y vender garbanzos, o qué?

—Pues claro que sé.

—Entonces, cállate la boca y no pongas pegas al mando.

Se citaron con José Diego y el vehículo fue apalabrado. El plan quedó redondo en las últimas horas de la tarde del 5 de septiembre de 1951, entre unos chatos de blanco de la taberna de enfrente. Al día siguiente, los cuatro infieles empleados de don Vicente volvieron a la bodega, luego de la suelta, y se estuvieron allí hasta que dieron las nueve en el reloj de la Puerta del Sol. Era la hora convenida con el camión, que arrimó como un clavo mismo del almacén. La puerta de éste había quedado abierta, sin que sepa exactamente si apostó o por descuido.

Empezó un penoso transporte de garbanzos y lentejas. Once sacos de aquéllos y tres de éstas pasaron del depósito al camión en menos que canta un gallo. José Diego echó una mano a la carga. Después se fueron, y el chófer llevó el camión hasta un garaje que nombran *Lerma*, en la calle de Granada, donde el vehículo era habitualmente encerrado.

Al día siguiente, José Diego, en unión de uno de los cuatro empleados, porque los otros habrían de acudir a su trabajo cotidiano, pasó la mercancía de su camión a otro, cuyo chófer no sabía una palabra de que aquella fueran garbanzos y lentejas sucios. Se fueron por ahí, por casas de comidas de las que dan un plato fuerte para empezar y uno anémico para cerrar boca, y también por tiendas de ultramarinos, de las que usan papel gordo color soldado para dejar de la parte de allá más de cien gramos en cada pesada. Fueron vendiendo en estos establecimientos parte de los granos de don Vicente.

Como estas cosas no se quedan así, sino que se hinchan de papeles curiales con pólizas y garabatos, los cuatro infieles y el chófer acabaron en manos de la Policía, de las que pasaron a las de la justicia.

El fiscal ha acusado recientemente a los cinco encartados de autores responsables de un delito de hurto, pidiendo se condena-

ran a los cuatro empleados a la pena de quince años de reclusión menor y al pago de las correspondientes indemnizaciones a don Vicente Sancho y a los compradores de buena fe que adquirieron ciertas partidas de garbanzos y lentejas. Por lo que respecta al chófer que se prestó a colaborar en la faena, estimó que debería ser condenado a nueve años de presidio mayor.

Los defensores de los empleados negaron la calificación fiscal y pidieron condenas de seis meses y un día, y el del chófer, considerando que su cliente no había cometido delito alguno, solicitó su absolución.

La Sala ha dictado sentencia condenando a los productores, en concepto de autores de un hurto en cuantía de 12.380 pesetas, a siete años de presidio mayor, y al chófer, cuatro años de presidio menor. Se dispone le sea abonado el tiempo de prisión preventiva sufrida, y en el caso de José Diego, que pudiera estar comprendido en el indulto de 1952, teniendo así cumplida su condena, se decreta la libertad si de ella no estuviera privado por otra causa o motivo.

DORAMAS

28-1-54.

12

### EL FORASTERO Y SUS MALETAS

Un siciliano, don Luigi Carnazza, llegó a Madrid sin encargar alojamiento. Y al no hallarlo a su gusto, ya cansado de negativas en los hoteles del centro, se metió por las puertas de una pensión que hay en la calle de Isabel la Católica. Tampoco buscó garaje. Se dejó el coche en la puerta, sin ocurrírsele meter en el cuarto que le dieron dos maletas que llevaba, bien llenas de cosas, cosas que se valoraron después del lío en 250.000 liras.

Cuando el señor Carnazas se levantó por la mañana, dispuesto a hacer la rigurosa visita al Museo del Prado, se quedó sin habla. Le habían robado durante la noche las dos maletas. ¿Quién?

Como esto era cosa de la Policía, y sus agentes son de una eficacia comprobada, don Luigi dejó el asunto en sus manos. Cayeron los ladrones, que eran dos: Ramón Camino Mendoza y Domingo Díaz Ortega. Investigación Criminal ya sabía de ellos por otras iguales o parecidas fechorías. Se precisó que lo de las maletas del italiano era cosa de ambos.

—¿Dónde está lo que robasteis?

—Se lo vendimos al ropavejero Fulano de Tal.

Recuperóse lo hurtado y empapelaron a los dos pícaros y al comprador. El fiscal acusó a aquéllos ante la sección sexta de un delito de hurto. Del ropavejero dijo que había incurrido en encubrimiento. En cuanto a la pena, pidió para Ramón y Domingo seis meses de arresto mayor más de uno a cinco años de internamiento por aplicación de la ley de Vagos y Maleantes. El comprador de lo "requisado" debería sufrir una condena de doce años de presidio mayor, en razón de ser responsable de un delito autónomo de encubrimiento, definido por la ley del 9 de mayo de 1950.

El único testigo de la causa fue el sereno de Isabel la Católica (quiere decirse de la calle). Dijo que cuando se fue con sus llaves y su chuzo, a las siete de la mañana, las maletas estaban donde las había dejado el "inglés". Se las tuvieron que haber llevado después de esa hora. Si el vigilante estaba en lo cierto, el hurto no fue practicado de madrugada, sino ya con las claras del día.

Los encartados fueron defendidos por el letrado don Esteban Larios. El señor Larios comenzó por negar todo valor a las declaraciones que sus clientes prestaron ante la Policía. Subrayó una extraña contradicción: dos trajes reclamados por el forastero eran uno azul y otro marrón. Los que se recuperaron tenían los siguientes colores: beige y negro... Por lo que respecta al ropavejero, dice que ningún dato acredita su mala fe al comprar. Terminó su excelente informe pidiendo la libre absolución de los tres encartados.

La Sala acaba de dictar sentencia. Ramón y Domingo resultan condenados a cuatro meses de arresto mayor, abonándoseles todo el tiempo de la prisión preventiva sufrida por la causa, negándose la aplicación de la ley de Vagos. El comprador es absuelto libremente.

DORAMAS

### 13

## UNA ESTAFA Y UN ROBO DEL MONTON

No es la nuestra una Audiencia sensacional. Tal vez cualquiera de las obras "dé más de sí" en el terreno periodístico. Los casos de sangre son cada día más escasos y los de sangre gorda se dan de uvas a brevas. Esto, que acusa una evolución, una merma de los instintos en beneficio de la civilidad, no es buena cosa para el cronista, que, sin embargo, se alegra de que el corro de vecinas y al romance del ciego le falte "materia prima".

De lo que hay como para parar un tren son delitos contra la

propiedad: hurtos, robos y estafas a todo meter. He aquí dos muestras tomadas del alto—y sintomático—índice de tales infracciones.

Procesaron a un vecino de Barcelona y lo acusaron de autor responsable de una estafa. En el mes de diciembre de 1944 se aposentó en una pensión de la calle de Atocha, acompañado de una joven. Doña Teresa, que así se llamaba la patrona, recibió del huésped el importe de las mensualidades correspondientes a diciembre de ese mismo año hasta mayo del 45.

El 2 de junio, el forastero y la chica se ausentaron, dejando a deber unos días de mayo y esos dos de junio, que importaban 789 pesetas y un real, que sería de algún móvil. Durante el tiempo que el viajero estuvo en la pensión, doña Teresa le compró varios efectos por valor de 450 pesetas, que la joven acompañante vendía de acuerdo con la patrona y a espaldas de aquél.

Al día siguiente de marcharse el hombre, doña Teresa lo denunció. La Policía detuvo al demandado a las veinticuatro horas. El negó la cuantía de la deuda que se alegaba, afirmando que sólo debía a doña Teresa 550 pesetas.

—Estoy dispuesto a dárselas ahora mismo—dijo él.

A lo que respondió doña Teresa:

—Yo no quiero nada mientras no me entienda con mi abogado.

El fiscal lo acusó, como se ha dicho, de un delito de estafa, pidiendo que se le impusieran tres meses de arresto y el pago de una indemnización de 893,95 pesetas. El defensor negó los hechos y pidió la absolución de su cliente. Así lo ha resuelto la Sala, considerando que no están debidamente probados los hechos.

De este modo termina el anodino incidente.

El otro tiene un poquito más de “carne”, como dicen los cómicos de las comedias taquilleras. Ocurrió que el 22 de agosto de 1952 un ciudadano llamado Antonio Luis García Izquierdo, considerado de mala conducta, se “tropezó” con un automóvil de un turista francés, M. René Monnerot. Antonio Luis abrió un agujero por algún lado del vehículo, se metió dentro y sacó dos máquinas fotográficas, valoradas en 6.200 pesetas. Luego se puso al habla con Angel Victoriano Manglano para que éste las vendiera por ahí. Victoriano así lo hizo, pese a saber que ambas cámaras no eran “trigo limpio”. Los dos se lucraron, naturalmente, de esas ventas.

El representante de la Ley consideró a Antonio Luis autor de un delito de robo, y a Angel Victoriano responsable de otro de encubrimiento autónomo. Pidió para cada uno la imposición de tres años de presidio menor y 25.000 pesetas de multa. La defensa de ambos encartados negó los hechos y pidió la libertad.

La Sala se muestra en su sentencia de acuerdo con la tesis

fiscal y resuelve condenar a ambos hombres a dos años de prisión menor.

DORAMAS

10-5-54.

14

## POR CELOS, COSIO A SU MUJER A PUÑALADAS

Los celos—el “mayor monstruo”—fueron la causa de esta sangría por partida doble que Dios quiso se quedara en eso: en sangría. Empecemos por el principio:

El día 23 de julio de 1945 se casaron en lugar de tierras zamoranas dos novios, llamados Indalecio y Dolores. Tuvieron una nena, y fueron tirando sin acontecimientos hasta 1951. Por entonces Dolores se puso delicadilla y fue al médico. La miraron “por la pantalla” y hallaron que tenía una lesión pulmonar. Hechas unas gestiones, se consiguió que la mujer entrara en el sanatorio avulense de Santa Teresa. En el mes de julio de ese año, Dolores recibió una carta amorosa de un compañero de hospitalización. Indalecio supo de esa misiva y le prendieron unos celos tremendos.

Poco después de esta incidencia sentimental, la enferma fue dada de alta y volvió a su pueblo. Y estando marido y mujer, la tarde del 28 de agosto, en un pinar cercano al pueblo de Fuentelapeña, que los campesinos de aquella parte llaman “Los Balboas”, Indalecio sacó la conversación. El quería saber todo lo relacionado con aquella carta del sanatorio, que le obsesionaba. Lo que empezó por un diálogo más o menos tranquilo acabó en una polémica apasionada. Tanto él como ella se acaloraron, llegando a las palabras fuertes y a las actitudes violentas.

Se reconoce hoy oficialmente que Indalecio se cegó, cogido por un ataque irreprimible de celos. Dejó las palabras y echó mano de una navaja, con la que el hombre partía su merienda en el campo. “Ofuscado y fuertemente arrebatado”, dijeron sus jueces, el marido atacó a su mujer, dándole las siguientes puñaladas: una de dos centímetros de longitud situada en el plano lateral derecho del tórax, al nivel del séptimo espacio intercostal, de carácter leve; una penetrante en la cavidad torácica; otra, de cuatro centímetros de longitud y de pronóstico muy grave, en la región hipogástrica, que intervenida se comprobó que era penetrante en la cavidad abdominal, midiendo la lesión en el peritoneo cinco centímetros; otra más, también incisa y de pronóstico leve, en

el muslo izquierdo, con doce centímetros de longitud, que alcanzaba la piel, el tejido celular y la fascia superficial.

Todas estas heridas fueron hechas estando Indalecio frente a su mujer y en el mismo plano.

Una vez que ella quedó en tan malas condiciones, Indalecio volvió el arma contra sí y de sus propios navajazos resultó lo siguiente: dos heridas incisivas en el tercio inferior del antebrazo izquierdo, de tres centímetros de longitud, leves ambas, y otra incispunzante que penetraba en la cavidad bucal, de carácter grave.

Ocurrió luego algo sorprendente: el hombre sintió un profundo arrepentimiento, y consternado por lo hecho, y valiéndose, pese a estar desangrándose, prestó a su esposa cuantos auxilios creyó oportunos y estaban en su mano. Luego de taponarle las heridas con una manta la levantó en sus brazos y la sacó del monte hasta la carretera, donde tuvo la suerte de hallar al vecino Francisco Cimarra Pérez. A ruegos de Indalecio, Francisco salió a todo gas para el pueblo más inmediato, de donde vinieron a recogerlos a ambos.

Tuvo suerte el matrimonio, porque fueron las suyas como heridas de toreros: a los trece días de tratamiento médico ambos estaban curados, quedando sin defecto ni deformidad.

Ni qué decir que los jueces zamoranos le pidieron cuentas a Indalecio de su exceso. Ante la Sala que lo juzgó, el fiscal acusó a este hombre de autor responsable de un delito de parricidio en grado de frustración. El letrado que llevó su defensa consideró que todo se limitaba a una falta de lesiones. La Audiencia de Zamora así lo estimó y dictó sentencia absolviendo libremente a Indalecio. En la resolución se disponía que se remitiesen las actuaciones al Juzgado de Instrucción del prestigioso pueblo garbancero de Fuentesauco, para su remisión al correspondiente de competencia y a los fines de que se celebrase el oportuno juicio de faltas. Se ordenaba la puesta inmediata en libertad de Indalecio, caso de que no estuviera privado de ella por algún otro lío.

El fiscal interpuso recurso ante el Supremo por infracción de Ley. Decía que aunque en el primer resultando de la sentencia recurrida se afirmaba que las heridas fueron causadas sin intención alguna de causar daño, y menos de matar, tal aseveración estaba en pugna con la razón y las circunstancias: la clase de arma empleada—una navaja—y la reiteración en el ataque—argumentaba—, con heridas situadas en partes vitales del organismo de la víctima, revelan la intención homicida del procesado.

El recurso fue impugnado por el letrado de la defensa. Y la Sala del Alto Tribunal que lo ha visto considera, en primer lugar, “que el respeto a los hechos declarados y probados constituyen

un dogma en la casación cuando el recurso se apoya en el número primero del artículo 849 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, sin que, por tanto, y bajo ningún pretexto, ni aun siquiera el de una técnica más acertada que la de la sentencia que se combate, puedan alterarse aquellos hechos probados". En ellos se estima que no hubo intención de matar.

La Sala resuelve desestimar el único motivo de casación presentado por el representante de la Ley y mantiene, por tanto, la sentencia absolutoria que dictó la Audiencia zamorana.

DORAMAS

12-6-54.

15

### CUATRO ATRACADORES DE "MENOR CUANTIA" EN EL BANQUILLO

A fuerza de imaginación—con su toque de audacia—y a la sombra de una pistola que rodando, rodando, llegó a sus manos, aquellos cuatro mozos tirando a mozuelos, crearon un "gang". Por ahí había dinero, y ellos contaban con un "cacharro" intimidante. Lo demás era cuestión de meter el pecho. Mas no contaron con el "sí, pero menos", lo que el pueblo llama el "tío Paco", que acude con la rebaja. Madrid no tiene clima para atracadores. El ciudadano de la Villa se los toma a chunga. Y si acaso se estremece ante el cañón de un arma, se lanza al aspaviento y a las voces y los aprendices de "gangsters" viran en gazapillos y se van.

Y esto pasó en el caso.

Resulta que corriendo el mes de junio del año 1954, uno de estos cuatro muchachos sudaba su pan como Dios y las reglamentaciones de trabajo mandan, en las obras de la sucursal de un Banco que acabaría abriendo por el Puente de Vallecas. Era peón de albañil. Y estando en los derribos se halló un día con una pistola. El arma reunía perfectas condiciones de conservación y uso. El del hallazgo decidió sacarle unas pesetas a la tal pistola. "Cogí y se la vendí a éste", diría al cabo de los agentes de la B. I. C. "Este" es otro de los encartados. Fue él quien practicó el último traspaso. Acabó el repetido "cacharro" en manos de un tercero, personaje también del curioso sumario. En su poder fue hallado unos siete meses después de su encuentro en las obras, cuando la Policía desenredó la madeja de un irrisorio y frustrado atraco en una tienda de ultramarinos de la calle de Mesón de Paredes.

Al plantear sus proyectos de pistoleros, alguno opinó que hacía falta un arma más. Concibieron la idea de presionarle los riñones a un sereno con la que tenían, forzándolo a meterse en lo oscuro de un portal para despojarlo allí de la que cargara. Esto se quedó en fantasía del calenturiento sugeridor. Luego, y concretando, planearon arramblar con la recaudación de un cine de barriada. Nos parece recordar que se citó el Excelsior. “En este caso, lo mejor es un domingo. En tal día la “taqui” tiene más “pasta”, aconsejó uno. Hablaron de llevar un taxi, de dejarlo en las inmediaciones y darse con él el “bote”... Luego fueron al local de espectáculos, y ante la mucha gente se les arrugó el ombligo, marchándose conforme vinieron.

“Lo mejor, tú, es una tienda”... Escogieron la de Mesón de Paredes que se ha dicho. Fueron dos, uno con la pistola auténtica, el otro con una detonadora. También se ha dicho que el tendero y su gente comenzaron a dar gritos. Corrieron como chavales que han roto un vidrio peloteando.

“¿Y si le metemos mano al estanco ese que está en la “ca” Espoz y Mina?...” Se aceptó la nueva sugerencia. Fueron los pistoleros. Hallaron que había también “demasiado personal”. Nuevo mutis con el rabo entre las patas. Mas no se desanimaron. Proyectaron apropiaciones “por las buenas” en comercios de Conde de Romanones, en un estanco en la calle de López de Hoyos, en un cine de las Delicias... ¡También era mala pata! Siempre había demasiado “personal”. Alguno debió de pensar en alta voz: “No sé qué hace la gente, macho, que siempre está en la calle. ¿No te joroba la cosa?”

Semejantes bobadas acabaron con los cuatro chicos entre las rejas carabancheleras. Esta mañana, más bien temprano, se los trajeron para las Salesas. El fiscal iba a reclamar para ellos altas penas de presidio y prisión: nueve años para uno por un delito de tenencia ilícita de arma de fuego y dos años más para el mismo por asociación ilegal. Para los otros tres, y por lo de la tenencia, otros nueve años de encierro, más diversas penas de cinco por robos frustrados.

La defensa de tres de los del banquillo la llevaba el letrado don Eduardo Vales García. Entendiendo que uno de sus patrocinados era absolutamente inocente, reclamaba para él la absolución. De los otros dos, para uno pidió una condena de tres meses de arresto, y para otro, en concepto de autor de un robo en grado de frustración, seis meses y un día de presidio menor. El defensor del cuarto, don José Nieto, demandó de la Sala la libertad de su cliente.

DORAMAS

EL HORRENDO CRIMEN DE MANGANESES  
DE LA LAMPREANA

He aquí un crimen que está pidiendo el ciego romancero, el cartelón de broncas, aleluyas y el corro grande y pasmado. Antes de los “sesenta iguales para mañana”, lo hubiéramos visto en el vivo tecnicolor del cartel y oído por la voz patética del trovador de feria.

Sucedió en un pueblecillo de la raya zamorana, que llaman de Manganeses y además de Lampreana. Entró un pañero ambulante por el lugar, de pasada. Le daban por nombre Antonio, por Vega lo apellidaban. Llegó con un fardo al hombro, un fardo de telas varias. Iba de una puerta en otra, iba enseñando su carga. Y en esto, en alguna calle encontró, por su desgracia, a Bruno Temprano de Torres, vecino de Lampreana, labrador, que iba de paso de las tierras a su casa. Paráronse los dos hombres y de esta manera hablaban:

—Llevo telas, paños buenos. Quién sabe si a usted le cuadran...

—Amigo, no se moleste, que ahora no me hacen falta.

—Hombre, mírelo siquiera, que por ver no cobro nada.

—Está bien. Los miraremos... ¿A cómo lleva esta pana?

—“A tanto”...—le dijo Antonio.

Le pareció a Bruno cara... Que si mucho, que si poco, que si cara, que si ganga... Discutieron, y la venta quedó en agua de borrajas. Dio media vuelta el labriego; Antonio arregló su carga; volvió a llamar a las puertas: “¡Telas llevo, muy baratas!” Cuando le pareció bueno, tocóle a Bruno en su casa. Pensó que dándole al pico y con alguna rebaja, el hombre con quien habló se quedaría con la pana.

—Dispense que vuelva, amigo.

—Dije que no quería nada.

—Bien lo oí, pero ya sabe: la gente se entiende, si habla.

Pasaron a la cocina, que tenía la luz más clara. Volvieron a discutir y a discutir para nada. Roto el trato, Antonio Vega se agachó sobre su carga y empezó a liar las telas. Bruno lo dejó doblándolas, se salió de la cocina, fuese a una estancia inmediata, donde tenía unos aperos. Cogió, callado, una azada, volvió donde estaba Antonio y sin mediar más palabras le dio recio en la cabeza. Cayó el herido en las brasas del hogar, que estaba ardiendo, con la cabeza aplastada. Viendo que el fuego prendía en sus manos y en las mangas, Bruno lo apartó de allí cuando ya bien

muerto estaba. Después arrastró el cadáver hasta dentro de una cuadra. Para borrar esa huella, los paños echó a las llamas: mas como el hedor y el humo de su crimen le denunciaban, tomó el fardo y lo escondió, luego de coger la pana.

Pasaron veintidós días sin que se supiera nada. La pérdida del pañero dio que pensar cosas raras a la gente. ¿Dónde estaba Antonio Vega Ferrero?... Por el rumor fue enterada la Guardia Civil del caso. Y mientras se averiguaba el misterio, Bruno fue otra vez hasta la cuadra, sacó el cadáver, lo hizo pedazos y lo enterró lejos de su casa.

Así termina el romance. Bruno acabó siendo descubierto, sentado en el banquillo de la Audiencia de Zamora, cuyo Tribunal lo condenó a treinta años de reclusión mayor por los delitos de asesinato, hurto y profanación de cadáveres, con la agravante en el primero de alevosía.

Contra esta sentencia recurrió hasta el Supremo el reo, representado por la señorita letrado María del Pilar Gómez Lozano. Alegó ésta que según la doctrina dictada por el Alto Tribunal, para que pueda ser apreciada la circunstancia de alevosía es inexcusable que surja de las actuaciones practicadas con igual certeza y relieve que el propio hecho delictivo, sin que pueda deducirse de meras presunciones. Señaló que no existe un elemento objetivo que evidencie el cobarde propósito supuestamente abrigado por el culpable de elegir ese modo de agresión, poniéndose a cubierto del riesgo que pudiera correr ante la posible reacción de su víctima.

Atendiendo los razonamientos de la señorita Gómez Lozano, el Supremo ha resuelto casar la sentencia recurrida, declarando inexistente el delito de asesinato y rebajando, conforme interesó la letrado, la pena impuesta a diecisiete años de reclusión menor.

DORAMAS

1-7-54.

17

NO ERA FABRICANTE, NO ERA ALMACENISTA,  
NO ERA COMISIONISTA, NO ERA NADA

¿Sería usted capaz de venderle géneros—tejidos diversos, como cretonas, muselinas, cruzadillos, popelines, etc.—al comercio sin ser fabricante, ni almacenista, ni comerciante, ni comisionista, ni nada...? Pues hay quien lo ha hecho—y lo que te rondaré—, incluso con éxito, aunque relativo. El mundo de la picaresca es

un mundo de fantasía. En él lo mismo se remienda y vende como caballo de pura sangre un burro más padecido que padre de familia numerosa, que se inventan fábricas y almacenes, capitales y negocios fabulosos. Volviéndonos de espaldas al Código, hay que convenir en que es un trabajo de creación, un lírico sopló sobre barro transformado, una modalidad poética de ese viejo tipo de ensueño que alza en el aire castillos. Sólo que estropeado todo por el fin utilitario sobre el que el creador camina, recorriendo como un equilibrista de cornisas el estrecho y peligroso espacio que hay junto a los linderos del Código.

Movilizada hace cosa de un par de años la Policía de Barcelona para la busca y captura de un par de pícaros de los de gran fantasía, sus gestiones acabaron con la consabida mano sobre el hombro del ciudadano Manuel Vidal-Ribas Zaragoza. El otro voló. Los méritos que este hombre hizo para que le echaran el guante pueden resumirse así:

Vidal tenía un amigo, hoy en ignorado paradero, y al que llamaremos Ramón para entendernos. Ganarse la vida despacio y con sueldos, sujetos a las jornadas y salarios de una base, habría de ser para este par de imaginativos algo superior a sus fuerzas. Se dieron a idear un recurso para vivir a gran tren. Lo de siempre. Inventaron un negocio de tejidos. Vestidos decentemente, provistos de sus carteras-muestrarios y con el pico a punto—el pico y un cuello duro suelen ser elementos estratégicos de esta especie—, Vidal y Ramón hicieron cierta mañana una visita a la casa Ramón Murillo e Hijos, Diputación, 365, Barcelona.

Pusiéronse aquí en contacto con el encargado de compras, al que ofertaron tejidos diversos. Ni qué decir tiene que la fábrica o almacén invocados sólo existían en sus robustas imaginaciones. Después de esta fecunda visita entraron en relaciones comerciales de oferta con el corredor colegiado don Alfonso Mulla Robert. El señor Mulla creyó de buena fe en la solvencia de Vidal y su compinche, así como en la tenencia de los géneros. Por esto habló con el vecino de Barcelona don Ignacio Abadal Joy, el cual, a su vez, se dirigió a Murillo e Hijos.

La cosa marchaba sobre ruedas. Esta entidad comercial barcelonesa entregó como prima concertada la suma de 102.000 pesetas. Vidal le echó manos y se la apropió con ánimo de lucro.

Esto que le contamos a ustedes figura reseñado en el considerando de hechos probados de la sentencia que contra Vidal dictó, en febrero del año pasado, la Audiencia de Barcelona. El tal considerando precisa, además, que a Vidal se le ocuparon 3.600 pesetas; a un corredor apellidado Davalillos, 3.000, y a otro, apellidado Abadal, 500, lo que hacía un total de 7.100 pesetas.

## LA CONDENA Y EL RECURSO

La Sala de Barcelona estimó que Manuel Vidal-Ribas Zaragoza era criminalmente responsable de un delito de estafa, condenándole a tres años, seis meses y veintiún días de presidio menor, así como a abonar a la entidad perjudicada la cantidad de 95.900 pesetas; en concepto de indemnización por perjuicios. Se aprobó el auto de insolvencia.

Recurrió Vidal ante el Supremo, alegando el letrado que lo representó quebrantamiento de forma e infracción de Ley. Por cuanto a aquél, señaló el abogado que había manifiesta contradicción entre los hechos que la sentencia catalana consideraba probados. Luego de indicar la dicha sentencia que fue Vidal, con su compañero, quien estableció contacto con Murillo e Hijos, dice que la relación la entabló el señor Abadal. Asimismo señaló otra contradicción en el hecho de que se declarara probado que Vidal tomó para sí, con ánimo de lucro esos veinte mil y pico de duros, y luego aparecieron recuperadas otras cantidades en poder de otras dos personas. Por lo que respecta a la infracción de Ley, el letrado alegó que en la sentencia recurrida se contienen, entre otros extremos, los de “relaciones comerciales de oferta” y “prima concertada”, siendo ellos incompatibles, legal y doctrinalmente, con el concepto “defraudase” y otros medios señalados por el Código Penal del 32. Por parte alguna—añadió—aparece la “insidia”, elemento determinante de tal delito, según la doctrina dominante, ni el “dolo específico” exigido para el mismo por la Ley y la Jurisprudencia.

El Supremo considera, frente a estos alegatos, que sin negar que en la sentencia recurrida se consignan los hechos en términos tal vez demasiado lacónicos, si bien no se altera el verdadero conocimiento de los mismos, es lo cierto que la supuesta contradicción no puede demostrarse con un examen fragmentario de los tales hechos, desarticulando unos de otros, como se hace en el recurso. Si se examinan en su totalidad se observa prontamente que la idea inicial de defraudar a Murillo e Hijos es evidente. Por estas y otras razones, que la falta de espacio nos impide ofrecer al lector, el Supremo ha fallado declarando que no ha lugar al recurso de casación interpuesto por Vidal, el cual habrá de conformarse con la pena que le impuso la Sala barcelonesa.

DORAMAS

## HAY QUE DISTINGUIR ENTRE LA SISA "DE VERDAD" Y LA SISA "PERO MENOS"

Después de fijarlo, limpiarlo y darle esplendor, nuestra Academia define así el término "sisa": "Parte que se defrauda o se hurta, especialmente en la compra diaria de comestibles y otras cosas menudas." Mas las chachas establecen matices con los que la Real de la Lengua no cuenta. Hay para ellas la sisa "pero además de verdad" y la sisa "pero menos". Véamoslo a través de este ejemplo vivo:

Doña Belén, vecina de la calle de Ferraz, tenía en el hotel Emperador una tienda de fantasías folklóricas, especialmente dedicada al turismo. A ella le entregaban en depósito objetos y figuras de la España de pandereta, vendía de ocho a quince mil pesetas mensuales y periódicamente liquidaba. Entre tanto iba guardando en un buró de su casa, y en sobres los rendimientos del negocio. A partir de octubre de 1952, doña Belén empezó a notar que le faltaban billetes. Pensó en extravíos, en errores de liquidación... En todo menos en que alguien se fumara los beneficios...

Pero como las extrañas desapariciones se repitieran, montó una trampa: apuntó en el interior de cada sobre la cantidad que contenía. Cuando lo creyó prudente, recontó, hallándose con que de uno faltaban mil pesetas, quinientas de otro y cien de un tercero. Aquello olía a "pegado". En vista de lo cual, el 17 de diciembre de 1952 se fue a la Comisaría y contó lo ocurrido. ¿Sospechas?... Pues, sí. Es posible que Dolores, la cocinera, sea la autora de esos hurtos... Fueron dos agentes a por la "chacha". Preguntáronle en la misma casa si estaba en fondos.

—Yo soy una pobre sirvienta que hasta octubre ganaba 175 pesetas y que ahora gana 200. No tengo más que lo comido por lo servido.

Pero los de la Policía entendieron práctico registrar y se hallaron con una sorpresa. En una pequeña caja de caudales, Dolores guardaba hasta 24.400 "leandras"... Tenía, además, una cartilla de la Caja Postal de Ahorros, con un saldo a favor de 1.050 pesetas.

—¿Y esto...?—preguntáronle los de la B. I. C.

—Esos son mis ahorros—respondió ella con firmeza.

Y lo repitió después en la Dirección:

—Dese cuenta, señor policía, que yo, que soy nacida y criada

en Málaga, estoy de sirvienta desde la edad de once años, que se dice muy pronto. Entrando en diecisiete, cogí la maña de ahorrar. Ahorraba mi sueldo y ahorraba la sisa...

—¿También la sisa...?

—Pues, sí, señor. ¿Por qué no? Todas las muchachas de servir la hacen, ¿sabe usted?, y yo no las veo en las comisarias ni en “ca” del señor juez. También yo estoy afrentada, que en mi vida me he visto en otra como ésta, pues soy una muchacha decente. La única vez fue en Málaga, que le desaparecieron a mi señorita de allí unas alhajas y me llevaron a declarar. Después fueron y aparecieron aquí, en Madrid, en “ca” la señorita, que tenía ella casa aquí.

Explicó luego Dolores que su sisa era de las buenas, o séase, que a ella le daban para la compra, “un suponer”, veinte duros, y estaba la merluza en tal sitio a cincuenta... Pues ella rompía zapatos hasta dar con pescadería donde valía 48,25. La “indiferencia” pasaba al bote. “¡A ver si esto es sisa!” Todo era suyo, de viajes y pacientes economías y nada sabía de esa llave de un armario que abría el buró de su señorita, ni de los billetes esos; ni de nada.

Mas los indicios eran feos y el juez procesó a Dolores, que recientemente ha respondido ante la Sala tercera de un delito de robo agravado por el abuso de confianza. El fiscal pidió se la condenara a doce años de prisión mayor. Negó la imputación el letrado de la defensa. Nada probaba que su clienta hubiera robado a doña Belén.

La Sala ha aceptado esta tesis. Considera no comprobado debidamente que la “chacha” se quedara con los cuartos del negocio de su señora. Los dineros incautados son producto, al parecer, de sus ahorros de muchos años de trabajo, “dado que la procesada es mujer de carácter reservado, muy tacaña y de escasa cultura”. Procede, pues, concluye la Sala, absolver a Dolores con toda clase de pronunciamientos favorables. El fallo se remata con estas palabras: “Mandamos que le sean devueltas a la procesada las 24.400 pesetas y la cartilla de ahorros.”

DORAMAS

PEQUEÑA HISTORIA DE LOS NOVIOS SIN PISO, DEL PISO  
EN TRASPASO Y DEL TRASPASO CHAFADO  
POR LA POLICIA

Aquí tenemos la consabida pareja de novios de nuestro tiempo, los más heroicos en la historia de la coyunda humana, los que sobre jugar a la lotería del casorio le ponen proa al viento y la marea de los salarios menguados, los inflados precios y la carencia, podríamos decir absoluta, de cuatro muros y un techo donde meter la alcoba, los cacharros de la cocina y la radio a plazos. Juan y "ella" querían casarse y emanciparse de los suegros respectivos y de las patronas de realquiler. Juan se puso a buscar piso, sin fe, pero con tenacidad. Y en las vueltas y revueltas de su pesquisa dio con Paloma. Paloma tenía un cuartito de doscientas pesetas de renta en la calle de Fernán González.

—Yo estoy dispuesta a traspasárselo a usted, ¿sabe? Pero así, de "bóbilis, bóbilis", no, porque es que ya usted entiende: no está la cosa para bicocas, o séase gangas...

Paloma pondría en manos de Juan las llaves del piso y del portal, si Juan depositaba en las suyas 23.000 pesetas en el acto del trueque; ella daría al ilusionado novio, además, el contrato del cuarto a su nombre.

—Conformes. Tal día y a tal hora haremos la operación en tal sitio.

Mas el mozo pensó otra cosa. Se fue todo derecho a la Comisaría y contó a la Policía el apaño. La brigada correspondiente inició un atestado. Reseñáronse los billetes destinados al traspaso y se los dieron a un agente que habría de pasar por hermano de Juan.

El día 9 de diciembre de 1950, el interesado y su falso pariente se presentaron en el lugar convenido. Llegó Paloma.

—Aquí es mi hermano, que es el que me prestó los cuartos.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío.

Estaba también el propietario del piso, que hoy se declara probado ignoraba totalmente la trama montada por Paloma. El casero se eliminó rápidamente. Le dieron 400 pesetas, importe de una mensualidad y fianza, y se fue para la calle. La mujer entregó las llaves. El policía sacó el fleje y contó hasta las 23.000 pesetas. Paloma puso bien puestecitos los billetes y los hundió en el bolso. En este momento crítico el agente se dio a conocer...

Luego resultó envuelto en el lío el esposo de la vecina, al que el fiscal estimaba autor responsable del delito perseguido, que era “maquinación para alterar el precio de las cosas”, considerando a Paloma sólo como cómplice. El letrado que defendió a esta pareja alegó que el marido no sabía una sola palabra del supuesto embrollo, y por cuanto la procesada, refutó su responsabilidad, negando la existencia del delito impugnado. En consecuencia, pidió que ambos fueran indultados.

La Sala que ha juzgado a Paloma y a su cómplice sienta que los hechos que se declaran probados son, en efecto, constitutivos de un delito de maquinación para alterar el precio de las cosas, del cual es sólo responsable la mujer. Resuelve condenarla a dos meses y un día de arresto mayor y al pago de un multa de mil pesetas, que de no hacer efectiva deberá sustituir con veinte días de arresto.

Resulta inevitable un suspiro al pie de esta crónica, un suspiro con recitado de cierto verso de unas “coplas” famosas: “¡Cualquier tiempo pasado fue mejor!” Por lo menos en lo que a pisos se refiere.

DORAMAS

14-6-55.

20

### PASEANTE SIN CORTE. ¡CUIDADO CON LAS NOVIAS.. REPENTINAS!

Eduardo, que en su mundillo de hampones y otra gente de malvivir era mejor conocido por *el Chaval*, se tropezó en el verano pasado con un antiguo camarada de “pastoreo y pillaje”: con Paco, alias *el Morritos* y *el Rizos*. Ambos traspasaron la espesa nube de un puesto de churros de la verbena del Carmen, montada por el antiguo hipódromo, donde habían acudido por correrla y a lo que cayera, y se dieron un abrazo.

—Bueno. Y tú, ¿qué haces?—preguntó *el Morritos*.

—Pues, chico, deambulo y eso.

Se habían conocido cinco años atrás en los tugurios del barrio chino barcelonés. Ligaron. Paco se mostró dispuesto a ayudar a su amigo. “Si quieres trabajar conmigo y ganarte diez o quince duros, mañana te vienes por mi casa. Tengo un plan.” Y acudió *el Chaval*. También acudió una mocita rubia, *la Juana*, que andaba por los dieciocho años y que fue conveniente y gentilmente presentada. Luego vino otro amigo más de Paco, que ha desaparecido del mapa y que, al igual que la muchacha, también esfumada, está declara-

do en rebeldía. Echáronse los cuatro a la calle y caminaron hacia la plaza de los Mostenses. En este lugar acabó Paco, cerebro director de la pequeña banda, de explicar el “trabajo” del día. *La Juana*, que tenía su palmito, haría el papel de “novia”. Su facha y su labia procurarían fácilmente la improvisación de un galán callejero. Oportunamente ellos caerían encima y tirarían el lance. Podían caer quinientas, mil, mil quinientas...

Desembocaron en la Gran Vía, y a la altura del cine Azul vieron bajar a don Miguel, un paseante en Cortes. “Ese vale”, susurró *el Morritos*. Y Juana se desprendió del grupo. No se fue nada difícil empalmar un diálogo con el incauto ciudadano. Bajaron de parola y metiéronse por la calle de los Reyes. En un portal de aquí, la pareja hizo una pausa, siempre en conversación. Fue en este instante cuando los compinchados surgieron repentinamente. Hubo un rápido e imperativo interrogatorio: “¿Qué hacen ustedes aquí?”... “¡A ver, documentación! La suya, señor, y la tuya, chica.” “¡De modo que tú no tienes sino dieciocho años! ¡Ya!” No valieron las protestas de don Miguel cuando *el Paco*, mostrándole una placa de dimensiones y aspecto similares a la del cuerpo de Policía, habló de “tirar p’alante”. “P’alante” era la comisaría.

Echaron a andar, resuelto ya el paseante a ir donde fuera, pues entendía que no había hecho nada reprochable: dialogó con una chica que se le acercó, durante cinco minutos, y nada más... Al alcanzar durante el trayecto la calle de Galileo, uno de los otros, que actuaba de “gancho”, insinuó la posibilidad de liquidar el enojoso asunto mediante la imposición de una multa, que de hacerla don Miguel efectiva sobre la marcha dejaría la cosa resuelta... Y en este trabajo estaban los pícaros cuando surgió la Policía auténtica. A los agentes les resultó sospechoso el grupo y se arrimaron a él. Huyeron como liebres *el Morritos*, *la Juana* y el hoy rebelde. Sólo pudo echársele el guante, por el momento, al *Chaval*, que pasó a la Dirección. En posteriores gestiones los agentes dieron con Paco, que otra vez se dio “el bote”, pese a haber sido intimidado con dos disparos al aire, que no se repitieron sobre él por el temor a herir a alguien de la mucha gente que circulaba. Por último quedó encerrado.

Los dos maleantes acaban de responder de esta faena ante la justicia, sacando *el Paco* cuatro años, dos meses y un día de prisión menor por responsable de un delito de usurpación de funciones y de otro de estafa en grado de frustración, y Eduardo, *el Chaval*, 2.000 pesetas de multa, que sustituirá con tres meses de arresto, caso de impago.

DORAMAS

EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS—PRECISAMENTE  
DE MANOS BLANCAS—ES LUEGO DESTERRADO  
Y MULTADO

La acción, en Lugo. Concretamente, en un autobús de servicio público que hace el recorrido desde la playa del Miño a la capital gallega. Corre el 1953 y hace calor, porque estamos a 21 de julio. El vehículo está cargando y espera a llenar para ponerse en marcha.

Personajes: el ciudadano don Manuel Laredo Castro; dos chavalas, hijas suyas; doña Carmiña Lorenzo y varios vástagos de doña Carmiña, en número que no hace determinar. La señora va subiendo sus crías, y cuando acaba penetra ella. Ya en el interior del coche da un vistazo, con miras a asientos, observando dos cosas: primera, que va todo como el madrileño de Ferraz; segundo, que dos rapazas de don Manuel habían tomado sitio en un asiento doble, estirando sobre el libre sus dos piernas. Con ellas guardan a su padre, que está abajo conversando, ambos huecos.

DOÑA CARMIÑA (*a una rapaza de don Manuel*).—Haz el favor de quitar los pies de ahí para podernos sentar.

LA RAPAZA.—No, señora; no los quito.

DOÑA CARMIÑA.—¿Y luego...?

LA RAPAZA.—Este sitio es para mi padre.

DOÑA CARMIÑA (*alterada, porque, como se ha indicado, otra chiquita de don Manuel está estirada a lo largo de dos asientos*).—¿Pues ésta no es forma de ponerse! ¿Habrás visto? ¡Te quitas de ahí pero que ahora mismo! (*Luego de otros razonamientos, expuestos en vano, aparta las piernas de una de las rapazas y se sienta ella.*)

LA RAPAZA (*abandona el puesto a que ha sido constreñida, baja y se dirige a su padre*).—¡Papá! ¿No sabes? Esa señora me ha quitado el puesto.

DON MANUEL (*sube montado en cólera, entra hasta el centro del autobús y dice*).—¿Quién ha sido la “tal” y la “cual” que ha quitado a mi hija de su asiento?

DOÑA CARMIÑA (*cogiendo sobre la marcha la onda*).—Pues he sido yo, ¿sabe? ¡Y tenga cuidado con las palabras!

DON MANUEL (*siempre cabalgando sobre la cólera, pero dejando ahora el trote para entrar en el galope*).—¡Pues usted se quita ahora mismo de ahí! (*Agarra a doña Carmen y tira de ella.*)

DOÑA CARMIÑA (*sintiendo inconvencible el principio de impe-*

*netrabilidad de los cuerpos*).—¡Está bien! ¡Me da igual! (Y se sienta tranquilamente en la falda de doña Carmiña.)

DOÑA CARMINA (muy sofocada).—¡Aquí no hay vergüenza!

UN VIAJERO DEL MARGEN (con guasa).—Lo que no hay son asientos...

DOÑA CARMINA (empujando a don Manuel y saliéndose del sitio).—¡Quíteseme usted de encima! (Se pone en pie y le suelta una sonora bofetada a don Manuel.)

DON MANUEL (aturdido).—¡Dios! ¿Pues no me ha arreado?... (Reacciona y se va sobre doña Carmiña, desplazada hacia la plataforma del "bus".) ¡Agradezca usted que es una mujer!

DOÑA CARMINA.—¡Yo no me dejo avasallar por nadie! (Y le zumba la segunda bofetada.)

DON MANUEL (olvidando ahora el desprecio de sexo y todas esas cosas).—¡Ya está bien! (Replica, metiéndole a doña Carmiña un buen tortazo.)

El sainete termina, musicado por el llanto de los rapaces, cuando el personal del vehículo y los viajeros del margen se meten a separar, atajando la sarta de bofetadas en puerta.

Resultado: Doña Carmiña se querelló por un delito de injurias graves. La Sala de Lugo entendió que, efectivamente, había sido quebrantada la norma. En consecuencia, condenó a don Manuel a la pena de seis meses y un día de destierro a cinco kilómetros de la capital, al pago de una multa de 1.000 pesetas, que sustituiría con arresto caso de no liquidarlas, y a cargar con la totalidad de las costas.

Don Manuel no se ha conformado. Quien legalmente lo representa ha elevado recurso al Supremo, alegando fundamentalmente en sus motivos que los hechos declarados probados por el tribunal sentenciador constituyen el delito de injurias, por lo cual el querrellado debe ser absuelto.

DORAMAS

26-1-56.

## COSAS Y CASOS DE POBRECITOS REALQUILADOS

—Pues yo tuve un retirado hace bastante tiempo que me "jorobaba", ¿sabe usted?—nos decía un señor con el que por azar comentábamos la sentencia que ocupa esta crónica—. ¿Y sabe usted lo que hice para "palancarlo", o séase para que se "mandara

mudar"? Pues le quité a la casa las ventanas. Que corriera el aire, ¿entiende? ¡Excuso decirle que...!

—Pero eso no se puede hacer...

—Pues yo lo hice. Y me salió lo que se dice bordado.

El que haga esto o cualquier cosa semejante al prójimo vecino, sobre saltarse a la torera algunos de los más sustanciales principios cristianos, quebranta una norma del Código Penal, cayendo en el delito de coacción. Comete tal delito “el que sin estar legítimamente autorizado impidiere a otro con violencia hacer lo que la ley no prohíbe, o le compeliere a efectuar lo que no quiera, sea justo o injusto”. En relación con la vivienda, tales... desviaciones, que podrían ser veniales en tiempo de vacas gordas, son ahora que la escasez y las rentas han tomado el rigor de un castigo, pecados de puerta de infierno.

Si usted, inquilino, tiene en su casa realquilados, o usted, realquilado, usufructúa el cuartito de un piso—aunque pague, ¡ay!, por él (como es de uso) más que su patrono por todo el cuarto—, usted no puede ni moler a su convencino ni entorpecerle el pacífico disfrute de su espacio vital. Cortarle a un ciudadano subarrendado el agua o la luz, o jeringarlo de forma diversa—no haciéndole la cama, poniéndole Radio Madrid a son de verbena, quitándole los muebles, metiéndole botellas de gaseosa entre la borra del colchón, etc.—, significa ejercer una violencia punible, que se castiga, aunque sólo sea con arrestos y multas de las que no arruinan, dejando luego el mal rastro de un antecedente. Véase un botón de muestra.

Cierto propietario de una casa de la calle Pío Felipe, ahí por el Puente de Vallecas, le había cedido un cuartito al ciudadano Enrique Sebastián Iniesta. El ciudadano Enrique Sebastián Iniesta estaba parado, y era por eso que la renta del subarriendo la recibía el casero de la Cámara de la Propiedad de Madrid. Por enero de 1953, y con vistas a que se le fuera, el casero le cortó reiteradamente al realquilado el fluido eléctrico. Se trataba de unos descarados apagones colectivos, que privaban a Sebastián del ejercicio de sus derechos. El de lo oscuro compró velas y luego denunció la cosa, prosperando de tal modo su queja que el autor de las malintencionadas presiones acabó procesado. La Audiencia de Madrid juzgó al casero y lo halló culpable del dicho delito de coacción, condenándole, en consecuencia, a una pena de tres meses de arresto mayor y al pago de una multa de 1.000 pesetas, que si no abona en efectivo metálico debería sustituir con veinte días más de arresto.

El condenado se fue al Supremo, y los altos jueces han rechazado la pretendida casación de la sentencia. Dicen los magistrados, en un considerando de su pronunciamiento, que “se comete el

delito de coacción cuando el propietario, para lograr el propósito de que uno de los inquilinos de la casa de su propiedad desaloje el piso, corta reiteradamente el fluido eléctrico que aquél venía disfrutando pacíficamente". En el caso concreto, al privar del ejercicio de este derecho complementario de habitación al subarriendo mediante un acto arbitrario e injusto realizaba el recurrente un acto de violencia contra el usuario del fluido, con la finalidad de lograr con tal medio compeler a aquél a abandonar el local arrendado; esto es, a la terminación, no querida de un contrato cuyo desenvolvimiento debía discurrir por el cauce jurídico determinado por las leyes, no cabiendo admitir que su extinción pudiera ser lograda por medios coercitivos indirectos y perturbadores.

El casero de las coacciones sigue, pues, condenado, y ahora deberá pagar las costas y abonar encima 250 pesetas por razón de depósito dejado de constituir.

DORAMAS

21-7-56.

23

### LA PERDIDA DE UN BILLETE DE MIL PESETAS LE DIO UN DISGUSTO A SU PROPIETARIO, Y OTRO A QUIENES SE LO ENCONTRARON

¿Sabía usted, ciudadano lector, que si se encuentra una cosa de estas que pierden los muchos despistados que en el mundo hay, usted tiene derecho a un tanto por ciento de su valor? Pues sí. Nuestro Código Civil prevé los casos de suerte no sólo para obligar al afortunado a devolver lo perdido, sea o no recuerdo de familia, sino también para conceder una especie de premio al del "tropezón". En el título "De la ocupación" hay un precepto que dice: "El que encontrare una cosa mueble que no sea tesoro debe restituirlo a su anterior poseedor. Si éste no fuera conocido deberá consignarla inmediatamente en poder del alcalde del pueblo donde se hubiere verificado el hallazgo". Luego, de orden del que esté empuñando la vara, el pregonero soltará la nueva, dos domingos seguidos, en la plaza y por las esquinas. Pero a renglón seguido el Código dice: "Si se presentare a tiempo el propietario—se entiende antes de que la cosa prescriba—estará obligado a abonar, a título de premio, al que hubiere hecho el hallazgo la décima parte de la suma del precio de la cosa encontrada. Cuando el valor del hallazgo excediere de 2.000 pesetas, el precio se reducirá a la vigésima parte en cuanto al exceso." Entramos con esta noti-

cia para advertencia de los pocos que se encuentran cosas y deciden devolverlas, pues hay mucho roñica por ahí.

El caso es que una tarde de un día cualquiera del año 1948 dos vecinos de Alcalá de Henares que iban por la calle Mayor del pueblo vieron un billete de 1.000 pesetas, quedándose doblemente pasmados porque estos “grandes” siempre impresionan, en razón de su rareza e inasequibilidad: el inusitado papelito estaba tirado en medio de la calle. Ni que decir tiene que tiráronse prestos a él. Naturalmente, carecía de señales que dieran la pista de su poseedor. Mas Félix y Julián, que así se llaman los alcaláinos del raro hallazgo, en lugar de apalabrarse para cerrar el asunto con el silencio entraron en un bar a mano y preguntaron si sabían allí de alguien que hubiera perdido doscientos duros. La indagación extendida todavía a los vecinos no dio resultado. Julián y Félix celebraron su suerte tomándose unas copas con tapas. Nada del otro mundo, pues la cuenta no pasó de cincuenta pesetas.

Entretanto, el vecino descuidado, que lo era Francisco Brotons, se fue al puesto de la Guardia Civil y le contó al comandante su desgracia. La denuncia del extravío llegó al día siguiente a oídos de los amigos que habían encontrado el billete. Inmediatamente Julián y Félix se fueron a ver a Francisco y le entregaron las 950 pesetas que sobraban. Dura es la ley, pero es la ley. Los dos hombres fueron procesados y acusados de un delito de hurto que deberían penar con tres meses de arresto, a juicio del ministerio fiscal.

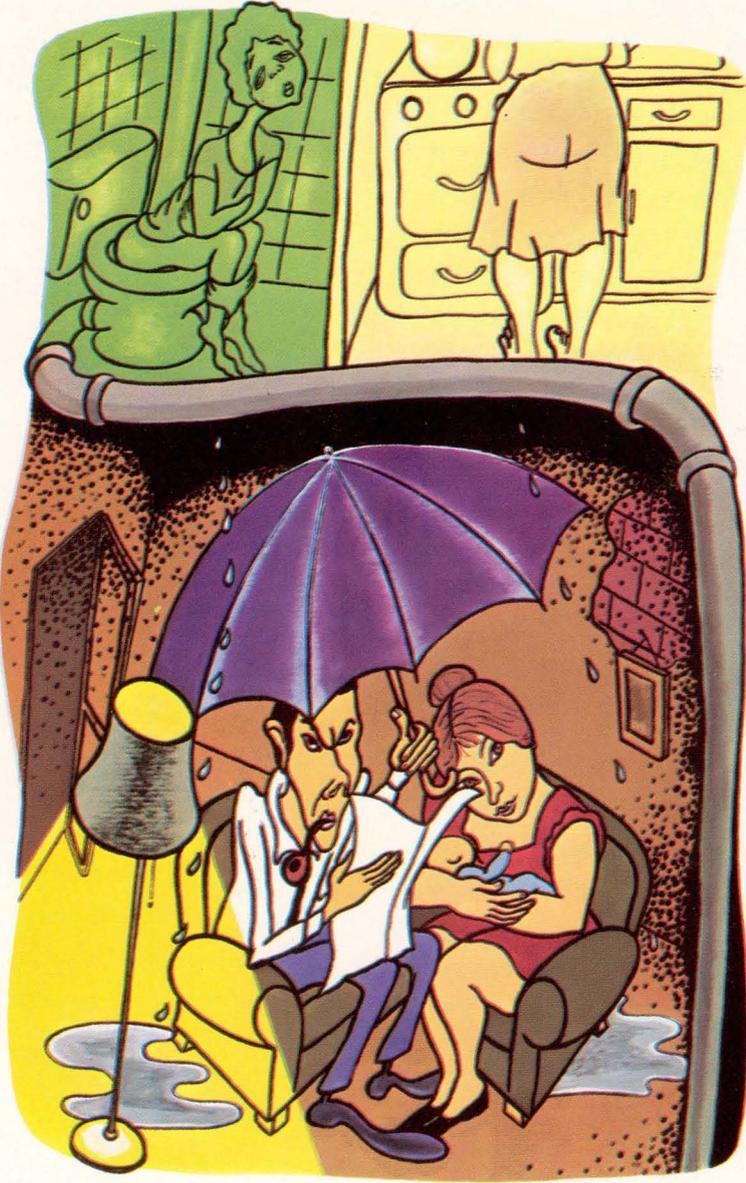
Los señores magistrados de la Sección cuarta han juzgado el asunto. Consideran que no quedó suficientemente probado que Félix y Julián retuvieran las 1.000—y se gastaran 50—con ánimo de lucro. No sólo gestionaron para hallar al perdedor, sino que lo que le mermaron al billete era una cantidad inferior a la que legítimamente les pertenecía por ministerio de la ley. Los han absuelto, pues, con toda clase de pronunciamientos favorables.

DORAMAS

22-10-56.

NEGRA HISTORIA DE UNA CASA NUEVA BAJO LA CUAL  
SUS INQUILINOS TENIAN QUE DORMIR CON PARAGUAS

A tono con los tiempos, que son de mucha malicia, aquel contratista de obras hizo una casa que era una birria. Y callando,



contra la doctrina cristiana y contra la ley, la declaración de sus vicios, la fue vendiendo a unos ciudadanos que pagaban una entrada de 5.000 duros más un precio aplazado: 355 pesetas mensuales a lo largo de diez años. La finca se construyó en el sitio que en San Sebastián llaman Alto de Eguía, y tenía seis cuartos y un semisótano. El ciudadano contratista cogió este semisótano que había sido proyectado para almacén, levantó un tabique de panderete, hizo en las dos habitaciones que le salieron su cocinita, montó su retrete de más o menos apaño, les empalmó agua corriente y a venderlas también. Más baratas, claro: 12.500 a tocateja y rentas de 280 mensuales. En los siete contratos se estipulaba que los ciudadanos compradores adquirirían la propiedad de la finca hasta que liquidaran la totalidad.

Empezaron a correr los meses. Y pronto la obra descubrió la hilaza, todo lo que de pacotilla llevaba dentro. Se rompían a cada dos por tres las tuberías del agua, reventaba la fosa séptica, saltando una peste que para qué, filtrando la humedad por las paredes y por el techo, hasta tal extremo que los pobres moradores de aquella chapuza con traza y pretensiones de vivienda tenían que dormir cobijados bajo paraguas o telas impermeables. Cuando alguna vez el tiempo se puso muy malo, haciendo ineficaces aquellos remedios, se pasaron todos amontonados a uno de los cuartos que estaba pasadero, el único. No había duda de que los materiales empleados eran ruinas hasta dejarlo de sobra. Pues sobre esto el contratista no se había atendido al proyecto que de la obra presentó, faltando también a las ordenanzas municipales. Así fue que le denegaron las cédulas de habitabilidad, cosa que se calló al vender. Negoció y dejó entrar a las familias sin cumplir el trámite obligado de interesar el previo reconocimiento municipal. En realidad, lo había solicitado, pero la cosa estaba en suspenso por los incumplimientos que se han dicho. En resumen, que se quitó de cuentas y entregó las llaves.

Después pasó todavía que la Fiscalía de la Vivienda de Guipúzcoa dictó una resolución declarando la inhabilitación de aquella casa y su ocupación clandestina. Debería ser desalojada, incluso por la propia seguridad de los ocupantes, ya que lo mismo se podía venir abajo de noche y originar una matanza. Ya se había hundido el embaldosado de la planta baja, abriéronse grietas y surgieron desnivelaciones en cocinas, aseos y dormitorios. Pese a todo esto, el 3 de enero de 1955 la casa seguía ocupada... Es más, cuando la Audiencia de San Sebastián vio y juzgó este asunto por su presunto carácter de estafa, que fue exactamente el 26 de enero de este año, todos los compradores, a excepción de dos, seguían dentro.

Después de haber satisfecho varias mensualidades del precio

aplazado, los ciudadanos habitantes se hartaron, plantándose en que no daban ni cinco más por la birria. En comunidad demandaron reconciliación al vendedor para que se aviniera a resolver los contratos. El amo dijo que no. Fue como se metió en curia, acabando procesado por un presunto delito de estafas, que la Audiencia de San Sebastián declaró no probada suficientemente. Los hechos no eran constitutivos de delito. En consecuencia, el constructor fue absuelto. Contra este pronunciamiento se recurrió; alegábase en la pretendida casación que hay estafa cuando el culpable entrega no lo que debiera, a virtud de título obligatorio, sino cosa diversa o de peor calidad, o en menos cantidad. Comete estafa, añadió el recurrente, “quien con ánimo de lucro vende una vivienda que ha construido y que después no puede utilizar el comprador a no ser con inminente riesgo de su vida”. Concurrían los dos elementos que caracterizan la infracción: uno, psicológico—engaño doloso con ánimo de lucro—; otro, material y externo: la defraudación o perjuicio.

Han respondido a esto nuestros supremos jueces: “Es verdaderamente lamentable y merecedor de los más acres reproches el caso que se somete a la censura de la casación, pero su enjuiciamiento escapa a la tipicidad penal por carencia de los requisitos integrantes de la figura delictiva de la estafa.” Esta exige “que se haya logrado, o intentado al menos, un detrimento en el ajeno patrimonio con ánimo de lucro, mediante la entrega de cosas que no sean de la sustancia, cantidad o calidad convenida. Y aunque es cierto que las viviendas están construidas con tales deficiencias que no reúnen condiciones de habitabilidad y salubridad, el cauce para obtener las reparaciones de los perjuicios que se estimen irrogados está perfectamente trazado en la legislación civil a la que acudieron los interesados, aunque luego se apartaron de esta vía para seguir la criminal, menos indicada”. Por estas y otras razones el Supremo resuelve rechazar el recurso.

DORAMAS

2-12-57.

## EL CASO DEL CRIMEN DEL CERRO DE LA PLATA

Uno de los hombres que esta mañana ocuparon el banquillo de la sección cuarta, Ramón Montoya Montoya, es gitano legítimo miembro de la extensa familia de los Montoya. Vivía en Madrid, por donde llaman Cerro de la Plata, en la consabida chabola.

Ramón es un hombre joven, magro y retinto. Su biografía es confusa si se la quiere trazar por las versiones que el cronista oyó en la Sala. Según el fiscal, se trata de un vago profesional, rigurosamente fiel a la evasión bohemia y al vagabundeo característico de su raza. Al acusarlo hoy, el representante de la Ley recordaba la tradicional mala fama de los gitanos y hasta citaba la famosa pragmática de los Reyes Católicos disponiendo su expulsión del país. Este mozo moreno, que mantiene la tradición de "falta de moral y vividores del robo", colaboró, a su juicio, en el atraco de un hombre y en su muerte. Era, pues, responsable, con su otro acompañante de banquillo, Guillermo Saiz Expósito, de un robo con homicidio en la persona de Antonio Díaz Reigosa, un hombre de treinta y nueve años, soltero, que vivía en Hermanos Aguirre, 1.

Guillermo es "payo", pero se acomodó al vivir de los "calés" hasta el extremo de tener relaciones matrimoniales con una hermana de Ramón, una mocita de dieciséis años, que según el acusador público merodeaba luego las orillas solitarias del Manzanares. Tampoco era el Guillermo dado a meter el hombro, conforme a usos y costumbres. La tendencia y el contacto lo tiraron también al "pastoreo y al pillaje". Con tales mañas, vinieron a caer, este último en la reclamación de varios Juzgados, y el Ramón en un procedimiento del Juzgado Especial para Vagos y Maleantes.

Pues ambos vecinos, puntualizó el fiscal al hacer el relato de los hechos, que convenientemente esposados los han traído al banquillo, buscaron de propósito la noche del 7 al 8 de octubre de 1957. Provisto el Guillermo de una garrota, atracaron al ciudadano don Antonio Díaz Reigosa, sacándole la cartera con 125 pesetas y el reloj. Como consecuencia de la reacción de la víctima, o para facilitar la consecución del robo, el atracador golpeó al señor Díaz en la cabeza, fracturándole el parietal y el temporal izquierdo. Tan graves fueron estas lesiones, que el despojado y agredido murió unas cuantas horas después. Cuando se enteró Montoya de que el atracado había muerto, decidió marcharse de Madrid. Se fue a Ocaña. La Policía, que estaba encima de esta misteriosa muerte, supo de esa mudanza y sospechó mal. Así fue como se descubrió el crimen, algunos pocos días después de cometido. Establece el acusador público la grave existencia de un delito de robo con homicidio, el más gravemente castigado por el Código. En el quebrantamiento concurría el agravante de nocturnidad. Ramón y Guillermo deberían pagar el atentado con treinta años de reclusión mayor.

A Montoya lo ha defendido el letrado don Alvaro Núñez Matuana, y a Saiz Expósito, don Manuel Gavilán. Ambos abogados

difieren del fiscal lo mismo en las circunstancias antecedentes que en los concretos hechos. Afirman que sus defendidos no eran vagos ni maleantes, sino hombres trabajadores al servicio de conocidas empresas. El señor Maturana recordó al fiscal que si bien es cierta la pragmática de Isabel y Fernando contra los gitanos, también es verdad que se dictaron otras contra los moriscos y judíos, presidiendo todas estas determinaciones reales no una acción contra los delitos comunes, sino la más superior y ambiciosa idea de la unidad religiosa y política. Se puede ser gitano y persona decente—sentó—, como se puede ser “payo” y mala persona. Ciñéndose a la defensa de Ramón, planteó a éste como individuo ajeno, lo mismo a la inmediata acción del despojo que a la posterior agresión. Su cliente se mantuvo a distancia, presenciando tan sólo la intervención directa de Guillermo, con el que no se había puesto de acuerdo y cuyas intenciones desconocía en absoluto. Su responsabilidad se limitaba al encubrimiento de un robo o, alternativamente, de un robo con homicidio, sin circunstancias modificativas de la responsabilidad criminal. De considerarse el primer caso, la condena debería limitarse a cuatro meses y un día de arresto mayor. En el segundo caso, la pena a imponer era de ocho años y un día de presidio mayor.

El señor Gavilán Nieto mantuvo sustancialmente la tesis de que no se estaba en presencia de un delito complejo de robo con homicidio. Apoyó tal juicio, abundando en el mismo criterio del señor Maturana, en determinado precepto del Código y muy especialmente en Jurisprudencia. Una sentencia del Supremo determina con absoluta claridad que si el homicidio surge después de la apropiación, como consecuencia de circunstancia en cierto modo extrañas al robo en sí, no se da la complejidad sostenida por el ministerio fiscal. De otra parte, señaló que su cliente no tuvo la intención de causar un mal de tanta gravedad y que la réplica fue consecuencia inmediata de una reacción agresora por parte del ofendido, el cual inicialmente se dejó despojar; pero mediando un tiempo y esgrimiendo una navaja intentó enmendar el daño inferido a sus intereses. Delimitados así los hechos, resultaba la existencia de dos delitos, un robo y un homicidio, que habrían de ser sancionados por separado: el robo, con dos años, cuatro meses y un día de presidio menor, y el homicidio, con doce años y un día de reclusión menor.

Acabados los informes, el presidente dio la clásica voz de “Visto para sentencia”. “¡Despejen!” Y el cronista se fue con toda la gente.

DORAMAS

## EL COMICO SE METIO A FALSIFICADOR DE BILLETES DE BANCO

La gente de la farándula llama “bolos” a esas románticas y penosas escapadas que para llevar alegría a la gente y algún dinero a sus minguados bolsillos, hace de vez en cuando por pueblos, villas y ciudades. Los “bolos” son una cosa muy seria, que sólo el cómico de raza aguanta, inventándose las sopas más sustanciosas y las alegrías más desconcertantes. Casi siempre fracasan, y haciendo bueno, una vez más, aquello de “donde no hay harina, todo es mohína”, se disgustan entre sí, o soplados por el viento de la necesidad caen en picaresca, una picaresca generalmente simpática, con chispa. Algunas veces el pellizco del hambre pasa a ser apretón y entonces, como el caso que ocupa esta crónica, un hombre de teatro pasa de pintoresco y de anecdótico a personaje de drama fuera de las tablas y sus aledaños, envuelto en un lío bien gordo.

Ocurrió que hace tres o cuatro años se montó por acá el con-sabido tinglado de la farsa con un grupo de actores humildes, unos teloncillos y unos trapos. Partió la formación para el campo de Salamanca, y anduvo dando tumbos de mal en peor por aquellos pueblos castellanos. “El personal” no acudía a las salas y bostezaba el taquillero y los cómicos desenvolvían las historias del repertorio amagando también el bostezo, de unos por el tremendo desencanto profesional y de otros porque sus economías encaraban un brisón en proa tan sin alivio que de allí a la dieta rigurosa no había más del canto de una uña.

Sobrevino el fracaso. Se disolvió la compañía. Cada triste mo-chuelo volvió a su olivo... Pero uno de ellos, casado y con su mujer en estado, decidió hallar dinero por un procedimiento particularmente peligroso: una falsificación de billetes de banco... Alguna habilidad especial debía tener para el dibujo, porque sin máquinas, a puro golpe de pluma, pintó lo mejor que Dios le dio a entender hasta seis billetes de los de cien pesetas. Empezó a introducirlos y logró poner en circulación cinco de los falsos papeles. Otros tantos ciudadanos resultaron perjudicados en veinte duros. Mas era lo grave que se atentaba contra la institución bancaria de la nación. Se descubrió bien pronto la hábil y a un tiempo burda falsificación. Cayó la Policía sobre el triste cómico y al detenerlo se le ocuparon diversos tinteros, plumas y otros

utensilios, los que le habían servido para semejar lo vivo de los auténticos billetes.

Ahora hace casi exactamente un año que la Audiencia de Salamanca vio y juzgó la causa que por falsificación de billetes de banco le fue incoada al actor. Consideró aquella Sala entonces que el hombre del banquillo era, en efecto, autor responsable de ese grave delito. Para colmo de desdichas, tenía ciertos antecedentes penales. Los jueces estimaron, también, que en el percallo jugaba, como exigente incompleta, una precaria situación económica, la necesidad de atender a su sustento y al de su esposa embarazada. La condena se limitó a cuatro años, dos meses y un día de presidio menor y una multa de 1.200 pesetas.

El Banco de España recurrió contra tal pronunciamiento, entendiéndolo leve la sanción impuesta. El recurso fue apoyado por el fiscal.

Y ahora ha respondido el Tribunal Supremo, considerando, en primer término, lo que nuestro Código define y admite como "estado de necesidad", y que puede convertirse en causa de exención de la responsabilidad, o en simple circunstancia de atenuación estimable. Señalan los supremos jueces que este estado responde a la situación especialísima en que puede hallarse una persona carente de elementos indispensables para la vida normal. Como requisito indispensable para su estimación, pues, han de darse la existencia de una necesidad imperiosa no provocada ni determinada por la conducta del agente, con imposibilidad de ser satisfecha en forma lícita ni adecuada, y la facilidad de lograr su satisfacción con algo de ajena pertenencia, que aunque hubiese lesionado el patrimonio de un tercero no implique para éste un perjuicio superior al mal acierto que de contrario se daría al necesitado si prescindiese de su obtención, aunque ésta sea arbitraria e injusta. Aplicada esta doctrina al caso recurrido, la Sala estima que no se dio en rigor la absoluta necesidad requerida por la Ley. Considera, con relación concreta al delito juzgado, que la falsificación de billetes, para ser provechosa, requiere una labor atenta aun dentro de la imperfección, que no se compadece bien "ni con la intermediación adecuada para satisfacer la necesidad, ni con la puesta en circulación que exige asimismo una serenidad incompatible con la perturbación anímica que determinó aquella necesidad".

Por estas y otras razones el Supremo resuelve casar la sentencia de Salamanca, dictando otra por la que el actor del caso sale condenado a la alta pena de diecisiete años, cuatro meses y un día de reclusión menor. Mas el Tribunal considera notoriamente excesiva la pena que ha debido imponerse en cumplimiento estricto de la Ley. Y haciendo uso de facultades que le son con-



feridas por aquella misma, resuelve poner al Gobierno la conveniencia de una equitativa rebaja en tan grave condena.

DORAMAS

20-10-58.

27

### PERIPECIAS DE DOS BORRACHOS DE OCASION QUE PASARON POR EL BANQUILLO SIN MANCHARSE

Lo peor de las copas, desde el grave punto de vista de la Ley, es la impenitencia, contumacia o emperramiento. Si un ciudadano agarra una "tajada" de uvas a brevas y por verdadero azar, y en el curso de ese tropicar con las erres y ronda de las eses cae en delito o falta, es casi seguro que encontrará comprensión del enjuiciador, el cual reserva prudentemente los rigores punitivos para los habituales. También para los que de propósito buscan la "trompa", como el ladrón la noche y el descampado. Van dos ejemplos de esa benévola disposición del administrador de Justicia, recientemente vistos y fallados en Madrid, donde las peripecias tuvieron su desarrollo y escenario.

Para entendernos, llamemos al protagonista del primer caso Cristóbal. ¿Quién sabe por qué bebió y bebió Cristóbal aquel 5 de octubre de 1959, si para olvidar tribulaciones laborales o del alma o porque algo especial le alegraba las pajarillas? De esto tan importante nada consta con carácter oficial. Lo cierto es que anduvo de tasqueo. Aquí se sopla un copetín; más allá se sopla otro. La agarró, y "además de verdad", como dicen los castizos. La prueba es que hasta le dio un ataque "etélico", al decir de los médicos y de los jueces.

Ya bien cuajado, Cristóbal se metió por las puertas de un bar de la calle del Pez.

—Ponga usted un chato—pidió bastante tartajosamente.

Le dijeron que de eso nada, que ya no quedaba vino. Cristóbal se revolvió contra lo primero y se negó a creer lo último, mucho menos a sabiendas del empalme del Jarama con el Lozoya. Armó la bronca, diciendo cosas fuertes, algunas bastante feas. Los del bar llamaron a un policía armado. Cristóbal se mantuvo encrespado, incluso ante la autoridad. A ciertos insultos unió la resistencia cuando el guardia le quiso llevar a la Comisaría. Tuvo que ser transportado a la fuerza.

Cristóbal fue sentado en el banquillo de la sección segunda hace pocos días. Iba a responder de un delito de resistencia a la

autoridad. Conocieron los jueces el caso y los han fallado diciendo que Cristóbal, no habitual de la bebida, actuó en estado de trastorno mental transitorio, lo que le impedía conocer el alcance de sus actos. En consecuencia, estaba exento de toda responsabilidad criminal y podía marcharse a su casa. Aquí no ha pasado nada.

Al otro vecino del otro “percance etílico” lo vamos a llamar Pedro. Este también pilló su melopea ocasionalmente, atracando y despegando de barras diversas. Quedó al fin varado en la terraza de un bar, allá por el paseo de las Delicias. También era Pedro hombre de zaragateras y belicosas copas. Primeramente empezó a meterse con el personal que allí tomaba fresco y refresco, pues era noche serena de fines de verano, tirando a caliente. Cuando la gente estaba ya bien soliviantada, Julián, el camarero del bar, le habló de algo así como que no tenía derecho a molestar y de que se largara y esto. Pedro se afianzó aún más en su silla. Ni se iba ni se callaba, ¿estábamos? Julián se quitó de cuentos y le contó la incidencia a un agente de la autoridad. Este se le acercó, se dio a conocer como elemento oficial y repitió la invitación al mutis. Pedro repitió que no, acompañando su obstinado empeño en seguir allí con las consabidas palabras fuertes. Luego, en el curso del traslado le tiró un bocado a la autoridad, clavándole sus dientes en el dedo pulgar derecho.

También fue hasta la Comisaría por arrastre, o así, pues no se dejaba. Y también lo procesaron por atentado. A Pedro ya le pedían tres años; Cristóbal estuvo amenazado de sólo dos meses de arresto. La Sala declaró que si bien los hechos eran legalmente constitutivos de un delito de resistencia a un agente de la autoridad, Pedro lo realizó, igual que Cristóbal, en un estado de trastorno mental transitorio. El hombre no era un habitual, de otra parte. En consecuencia, debería ser absuelto. La Ley lo declaraba totalmente irresponsable. Pedro también se fue del banquillo para su casa sin más.

DORAMAS

15-11-60.

## OJO, VECINOS, CON LOS QUE OFRECEN PISOS

Así como la función crea el órgano y el solecito saca los caracoles de debajo de las piedras, así la necesidad hace nacer la agudeza, que es después honesta o mala, según quien la “admi-

nistre". Cualquier crisis es "buena conductora" de las infinitas variantes de la picardía. Si todo marcha, el trapacero no tiene dónde grabar su garabato y se aplicará a sudar el pan, como está mandado desde el tiempo del Paraíso. Por ejemplo, de haber café en cantidad y calidad generosas, los cafeteros no caerían en meterle torrefactos o algarrobas, garbanzos e higos pasados puestos a resecar y bien molidos luego, o poner en las cargadoras una mezquina ración, con lo cual "barren para adentro", y al cliente le dan un triste remedo de la estimulante y socorrida infusión. Los pisos, el largamente llamado "problema de la vivienda", tenía que ser caldo de truhanes. Al calor de la agónica demanda presente, su generación era tan irremediable como la de las sabandijas en verano.

Con relativa frecuencia han ocupado banquillos de nuestra Provincial algunos de estos pescadores de río revuelto, que tiran sus lances entre aturcidas y modestas gentes, hartas de malvivir en casucas, y en la cabeza el sueño vivo de una vivienda siquiera nueva y con sus tentativas de retrete y cuarto de baño, al fin estimados como algo no perteneciente a los elementos de "lujo". Ahora surge un nuevo protagonista de una de esas tristes historias de engañados, al que su desahogo le ha valido presidio. Ocurrió que en los primeros meses de 1957 este ciudadano, de indefinida solvencia económica y dedicado al negocio de la construcción, ofreció a once vecinos de la Villa sendos pisos, que él habría de alquilarles cuando construyera una casa en determinado suburbio madrileño. Con tal sueldo fue fácil que picaran las citadas familias. Ahora bien, por aquello de que "al que quiere celeste, que le cueste", los afortunados deberían de hacer desembolsos iniciales en calidad de señal o anticipo.

Aceptaron esos once, sabe Dios a costa de qué heroicos recursos, porque, como ya se ha indicado, era personal de economía rigurosamente débil. A lo largo del final del invierno de 1957 y comienzos de la primavera del 1958, fueron dando al "constructor" cantidades diversas, que iban desde las 3.000 hasta las 18.000 pesetas. El industrial del recurso llegó así a reunir una suma superior a los 20.000 duros. El había hablado de que entregaría a cada cual su vivienda en un término de cuatro a seis meses. Y como éstos se vencieran cumplidamente y los cuartitos no aparecieran, pero es que ni siquiera en sus cimientos, los de los anticipos se empezaron a escamar. Hicieron, lo primero de todo, algunas gestiones amigables.

—Hombre, usted nos habló de así como media docena de meses—dijeron al comprometido.

Daba éste buenas razones, mas obras son amores y éstas no se hacían patentes.

El asunto desembocó en el Juzgado de Guardia cuando un impaciente se echó para adelante y dijo que ya estaba bueno. Le pidieron cuentas al del “negocio”, que las dio tan turbias y con tal embarazo que acabó envuelto en los papeles de un rollo procesal. Ahora se ha visto su causa. Nuestro hombre fue sentado en el banquillo de la sección segunda bajo la acusación de autor responsable de once estafas, cuatro de ellas en cuantía superior a 10.000 pesetas. Dijo el fiscal que sus “operaciones” deberían ser ejemplarmente castigadas con cuatro penas de tres años de presidio menor. Total, doce. Las otras siete habría que sancionarlas con tres meses de arresto mayor cada una. Total, veintiún meses. Ni qué decir tendría también que indemnizar a sus ingenuas víctimas. Respondió el letrado de la defensa, en síntesis:

—Mi cliente no es responsable. El había comprado un solar en 60.000 pesetas, destinado a construir esas viviendas. Cuando pactó su compra estipuló pagarlo con el precio aplazado. Luego, reveses de fortuna le impidieron cumplir con el pago. En consecuencia, el solar volvió a su primitivo dueño. Así se había establecido en una de las cláusulas del contrato. Algo de lo que le anticiparon lo devolvió. Faltó al hecho de intención dolosa y procedía dictar una sentencia absolutoria.

La Sala alega, antes de pronunciarse, que sí que compró el solar, pero con posterioridad a haber recibido de las víctimas los anticipos. ¿Cómo es que con ese dinero no cumplió, dando lo convenido al amo del terreno...? Los delitos de estafa están dibujados y merecen sanción. El “constructor” engañoso pagará los cuatro primeros delitos, los de cuantía superior a 10.000 pesetas, con dos años, cuatro meses y un día de presidio mayor por cada uno, y los otros con dos meses de arresto mayor, también por cada uno. Las indemnizaciones deberá hacerlas asimismo efectivas.

Y así acaba esta otra historia de pisos, que sería bueno sirviera de espejo a incautos.

DORAMAS

16-1-59.

## PERIPECIA DE UN PICARO METIDO A HOMBRE DE NEGOCIOS

“Aquí ya no pinto nada”, se diría Juan Bautista, contable de profesión y pícaro de nacimiento, mientras se tomaba un “cara-

jillo” en la barra del Canaletas, a orilla de la Rambla del mismo nombre. El hombre estaría “muy visto” en Barcelona y meditaba la resolución de cambiar de escenario y de aires. “Pero es que sin dinero...”, pensaría entre los lentos sorbos de moka, calculando al tiempo recursos para saltarse esta barrera de los cuartos, tan esencial. Claro está que al modo de los toros: con los cuernos por delante, por las buenas y caiga quien cayere. Con las últimas gotas del peculiar brebaje, a Juan Bautista se le trasmutó el semblante, virando de ensimismado y grave a confiado y alegre. Pidió una ficha telefónica, marcó un número y habló con cierta mujer:

—Oye, Carmen, soy Juan. “Ascolta”, tenemos que vernos. Voy a Madrid y quiero que vengas conmigo. Pues un viaje de negocios. ¡Importante, ¿eh?, no creas! No. Nada de chapuzas. Una operación “en grande”, te lo digo.

Carmen estaba encantada. Aquello era una prueba con dos caras positivas: por una había amor; por otra, la sugestión de un viaje. Luego Juan Bautista la dijo que se trataba de “salir pitando”. La cosa no admitía demora. Habrían de coger un taxi y no perder ni un minuto. Relacionadas también con el tiempo estaban en juego “molt pesetes”. Quizá sería conveniente que ella llevara algún dinerillo, “para imprevistos”. Luego, en Madrid, habrían de sobrarle esos billetes grandes que tienen—¡bendito sea Dios!—color de esperanza.

El hombre del taxi amarillo, que se llamaba Primitivo, se salió de su vehículo para hablar. Aquello no era una carrerilla a la Barceloneta. Eran cerca de 700 kilómetros, que traducidos en “pesetes” resultaban 6.000. El espíritu de por sí animoso de Juan Bautista allanó con firme brevedad el concierto del largo viaje. Así fue que el día 21 de febrero de 1959, Juan, Carmen y Primitivo comenzaron a rodar rumbo a Castilla. En las puertas de Madrid el hombre de negocios dijo al taxista que se le había estropeado su reloj:

—Déjeme usted el suyo, que me va a hacer falta para vigilar un tiempo precioso.

De este modo Juan Bautista practicó la primera faena de la serie que luego se verá. Ya en la Villa dio una dirección:

—Al Castellana Hilton, por favor.

Carmen y su compañero se aposentaron a todo meter. Ya en la habitación él habló de “primeros pasos”. Díjole a ella que le dejara algún dinero, pues momentáneamente “no tenía efectivo”. Ella—¡oh el amor!—sacó 9.000 pesetas y se las puso en la mano, frescamente tendida. Eran sus costosos ahorros. Juan Bautista se ausentó sobre la marcha. Los negocios lo reclamaban... Pero, todavía tuvo buen cuidado de decirle a Carmen:

—Me vas a dejar la radio. Tendré que hacer algunas esperas aburridas. Me distraeré.

Ella le dio también el pequeño aparato de transistores que se había traído para el camino.

Después, la confiada Carmen y el inadvertido Primitivo pudieron cantar aquello de:

Ojos que te vieron ir  
por esos mares afuera,  
cuándo te verán venir,  
para alivio de mis penas.

Todavía suspiró alguien más: los del hotel, por ejemplo, pues Juan Bautista hizo lo que llaman en germanía “darse el piro”. Se fue y no vino. Todos se pusieron a esperar por él en vano. Y una vez que lo denunciaron, lo dieron por perdido. Menos la Policía, que está profesionalmente contra estos y otros frescos. Juan Bautista fue buscado con las buenas y eficaces mañas que han probado a la B. I. C. como uno de los cuerpos más ciertos y eficaces del mundo. Dos meses después, el 17 de abril, día de San Aniceto, Juan Bautista traspasaba los umbrales algo sombríos de la Dirección General de Seguridad. Luego engordaron a la par un sumario y un rollo, que hace pocos días culminaron con la vista de una causa por estafa. El negociante se sentó en el banquillo de la sección segunda para responder de tres estafas que, a juicio del fiscal, debería pagar con un total de doce años de presidio, entre mayor y menor. Aparte, y dada su multirreincidencia, a aquel individuo debería aplicársele la Ley de Vagos y Maleantes. En su ficha aparecían condenas antiguas por otras dos estafas y por una apropiación indebida. También debería indemnizar al taxista en la suma de 6.000 pesetas, en 11.500 a Carmen—la radio se valoró en 2.500—y en cerca de 5.000 al Castellana Hilton.

La Sala acaba de condenar a Juan Bautista, que estaba preso y preso seguirá, a seis meses de presidio menor por dos de las estafas y a seis años de presidio mayor por la tercera. Declararon los enjuiciadores que en razón de la pena impuesta no es consecuente la aplicación de la Ley de Vagos.

El reloj de Primitivo no apareció más. Tampoco se supo nunca de la pequeña radio de transistores de Carmen. Por lo que a los cuartos con qué indemnizar, no quedan, asimismo, esperanzas. Juan Bautista ha sido declarado insolvente.

DORAMAS

III  
“INFORMACIONES”

ARTÍCULOS VARIOS

1953-1955

1

SE ENCUENTRA EN MADRID LA ESPOSA  
DE UN FANTASTICO AVENTURERO CATALAN,  
A LA QUE ARRUINO  
Y ABANDONO LUEGO EN UN PAIS EXTRANJERO

El día 22 de mayo de 1906 vino al mundo, en la ciudad de Barcelona, uno de los pícaros más fantásticos de nuestro tiempo: José Farrás Maluenda. Su infancia fue oscura, así como su adolescencia. Nada notable que sepamos se registra en esas fases de su vida. Quienes lo trataron entonces hubiesen podido barruntar, sin embargo, de haberlo observado a fondo, que aquel mozo espigado y moreno, de ojos brillantes y vivos, de ademanes naturalmente elegantes y resueltos y de fácil y amplia sonrisa, daría juego a poco que se le brindaran coyunturas propicias.

No había nacido para estarse quieto en un sitio, casado como Dios manda y gastando su vida regularmente. Le tiraba la aventura, que, por lo pronto le brindó la Legión extranjera. Farrás se alistó en el Tercio y alcanzó allí el grado de capitán. Peleó en nuestra guerra, y bregando en ella por todos los caminos de España, acabó en su ciudad natal al término de la contienda. Pasado el tiempo y ya licenciado, surgió en la capital catalana un amor que habría de ser decisivo en su vida.

José Farrás conoció a una muchacha, también catalana, llamada María de la Cruz Lorente Truyenque. María de la Cruz era vistosa y desenfadada. Trabajaba como artista en un cabaret

de la Ciudad Condal. Farrás la conoció y la enamoró allí. Sus vidas se ligaron tan estrechamente que ni las bodas de su novio con otras mujeres quebrantaron su constancia y su fidelidad durante catorce o dieciséis años. Parece que la chica intentó dominar en cuanto pudo al genio apasionado y disperso de Farrás, instándolo a llevar una vida organizada. El hombre acabó cediendo y se dedicó formalmente a la representación y venta de géneros textiles, de los cuales era perito.

Pero aquel tren resultaba monótono a un espíritu inquieto como el suyo, no sólo aventurero a secas, sino dado a la aventura delincuente, además. Viró el rumbo de sus movimientos e inició una vida de fácil, productiva y peligrosa actividad. Se dice que estableció contacto en 1941 con las tropas de ocupación alemanas establecidas en la frontera francesa de los Pirineos. Montó un ariresgado contrabando, rigurosamente prohibido por las autoridades nacionales a través de las montañas. Y abasteció durante algún tiempo a las tropas hitlerianas de géneros textiles, de ciertos alimentos, de metales, etc. De este modo se inició en el fantástico mundo de los negocios en grande y en riesgo. Pero un día lo cazaron traficando con los nazis. Cayó en la cárcel y de allí lo sacaron su buena estrella, que durante tantos años lo alumbró sin falta, y su novia, María de la Cruz, que inició así, interesándose por él, entonces, su carrera de ángel guardián en el borde de sus peores pasos.

Resuelto a vivir al margen de los negocios decentes, Farrás fue pronto "calado" por el comercio barcelonés. Se imponía un cambio de "clima" y de ambiente. La pareja decide trasladarse a Madrid en el año 1945. El gestiona y consigue un piso en la casa número 32 de la calle de Abascal y lo monta comprando muebles a don Angel Peláez, dueño del parador de Velázquez. Recorre Madrid en busca de "asuntos" y de colaboradores. Y consigue de todo, porque no tenía un pelo de tonto y contaba con agallas para parar un tren, como ahora se dice. Pero no es prudente, estando pendientes ya bastantes cosas oscuras, usar su nombre, y adopta el de José Guillermo Franquexa Buxeda.

Surge su primer colaborador, un individuo llamado Antonio Roca Soler, que entra a trabajar en sus negocios, mitad como secretario particular, mitad como apoderado. El ahora José Guillermo, cuyo fuerte seguían siendo los textiles, abre en su casa de la calle de Abascal una sastrería de gran lujo. Pero aquello no marcha, o porque está a trasmano o porque él no tiene temple para aguardar a que el nuevo negocio cuaje con la paciencia y la caña exigidas. Un día se reúne con su apoderado y le dice:

—No me gusta cómo va esto. Cuando las cosas no dan de sí, se cambia.

—¿Qué piensa usted hacer?—le preguntó Roca.

—Pues pienso transformar esto en un negocio de compraventa de tejidos. Tengo incluso el título de la razón social. Se llamará "Tamaro", Comercial Textil Española.

—Habrás que legalizar el negocio...

—¡Ni hablar del peluquín! Lo que hay que hacer es montar esto bien y encargar un papel timbrado vistoso, de efecto. Lo demás déjalo. No interesa.

El aventurero entró en contacto con diversas casas comerciales madrileñas. Entonces se puso en juego su extraordinario don de gentes, su maravillosa capacidad para la persuasión. Hizo creer a viejos y expertos comerciantes de la capital en una solvencia que sólo en su imaginación existía. Para afirmar el buen efecto que su trato le procuraba, pagó siempre religiosamente las primeras operaciones. Cumplía con las letras como podría cumplir uno de aquellos celosos tenderos madrileños que tan a lo vivo quedaron en las páginas de *Fortunata y Jacinta*. Así fue engañando a mucha gente. Hasta que un día...

Un día topó con los Almacenes Bustillo, de don Timoteo Sanz Bustillo. Farrás—José Guillermo—entabló relaciones con esos almacenes y trabajó con el señor Sanz durante todo el año 1947. Fue sacando cortes de traje de caballero, cuyos primeros importes abonó siempre, como se ha indicado, unas veces en metálico, y otras mediante letras aceptadas y talones contra el Banco Español de Crédito de esta plaza. De pronto, Farrás comenzó a mostrarse moroso. La deuda con Bustillo alcanzó la cifra de siete mil duros. Se hizo al "negociante" una reclamación; José Guillermo desplegó todas sus artes de embaucador para restablecer la mermada confianza. Tiró de talón, que firmó por 10.000 pesetas, como pago a cuenta, y lo entregó entre ofendido y cordial. Al día siguiente, el señor Sanz Bustillo mandó a cobrar. Y vino el chasco. En la ventanilla dijeron al empleado:

—Don José Guillermo Franquexa carece de cuenta o saldo en esta fecha para abonar esas diez mil pesetas.

Habíamos olvidado que Farrás, con un poderoso sentido del valor del "hábito", no se conformaba con su negocio de la calle de Abascal. Había que vestir a tono con Madrid, lo cual exigía una oficina en la Gran Vía. Tenía un apartamento lujosamente amueblado en el número 48 de la avenida de moda, exactamente en el piso cuarto, letra A. Y un almacén también, esto en la calle de Ibiza, donde depositaba los géneros—lanas, pieles, joyas, ferretería—que iba mercando en el confiado comercio madrileño. Pues en esta oficina de José Antonio se presentaron empleados del señor Bustillo a ver qué pasaba. Y pasaba que los pájaros habían volado.

Cuando Farrás estimó que la situación estaba excesivamente “empoltonada”, preparó pasaportes y se plantó en Tánger, siempre en unión de María de la Cruz Lorente. Se fugaba con él otro colaborador, Miguel Moret Canalias, al que acompañaba su novia, Angela Pastor Brun.

De este modo acaba lo que pudiéramos llamar la primera fase de la vida aventurera de José Farrás Maluenda, que fue detenido luego en la ciudad internacional por miembros de la Brigada Criminal española.

Aquí, en España, solamente tiene pendientes 32 causas por delitos de estafa y uso público de nombre supuesto. Se enterará usted, entre otras cosas sorprendentes, de la penosa aventura de una señora colombiana, dama que se encuentra ahora en Madrid y de la cual hemos obtenido una apasionante información, así como su “foto” con el aventurero, cuando él era todavía “el mejor marido del mundo” y ella la novia más generosa y confiada de la tierra...

DORAMAS

16-4-53.

2

DE LA CARCEL, DONDE SE FINGE LOCO, JOSE FARRAS PASA A UN MANICOMIO

Dejamos ayer a José Farrás Maluenda, el endiablado aventurero internacional, instalado en Tánger, luego de fugarse misteriosamente de Madrid en unión de su lugarteniente, Miguel Moret Canalias, y de haber mandado por delante a las novias de ambos: María de la Cruz Lorente y Angela Pastor Brun. Dejaban aquí un rastro de 33 estafas, un negocio quebrado y una deuda de algo más de medio millón de pesetas. Gran campo el de la intensa y traficada ciudad internacional para un hombre de la imaginación ambiciosa de semejante estafador. Rápidamente, y reanudado el espectacular y costoso tren de hoteles de primera, apartamentos elegantes y coches de millonario que había llevado en nuestra capital, *José Guillermo* se remonta sobre la cosmopolita urbe marroquí y “otea el campo”.

—En esta ciudad se pueden hacer grandes cosas—dice un día ante una “barra”, sonriendo malignamente, a su compinche Moret Canalias.

Pero algo impensado se atraviesa en su optimismo. La justicia

andaba tras las huellas del pícaro. Procedente de Madrid aterriza en Tánger un avión que conduce miembros de la Brigada de Investigación Criminal española. Los agentes localizan a los estafadores bien pronto, les echan el guante y los entregan a los jueces de la capital para que respondan de la constelación de delitos que aureola en negro sus primeras andanzas en Madrid y Barcelona. Se incoa un voluminoso sumario, y mientras, el farsante, su amigo y las dos mujeres ingresan en la cárcel.

Farrás está a la sombra en la prisión de Carabanchel. Su primer tiempo de encierro se caracteriza por una conducta disciplinada, condescendiente y gentil... Sonríe siempre y atiende a todo. Sólo tiene una preocupación, que ladinamente plantea y va acentuando sin apurar mucho el pesar: la situación de su novia, María de la Cruz Lorente, ensombrece su vida de penado. Muestra su deseo de formalizar sus irregulares relaciones con la muchacha, y nadie adivina tras aquella generosa disposición que se proyecto de desposarse con ella obedece simplemente a un audaz plan de fuga planeado en la celda durante muchas noches de desvelo. Va más allá en su política de redondear su proyecto y congraciarse con los jefes de la prisión: convence a Moret para que lleve al altar a Angela Pastor Brun...

José Guillermo expresa su proyecto al director del penal y al capellán. Y el noble propósito de reivindicar la honra de las dos mujeres encuentra una entusiasta acogida, naturalmente. Es curioso observar que, según ha dicho ella, María de la Cruz nunca aceptó las varias proposiciones de boda que Farrás le hizo. Entre otras razones porque tomó miedo—según cuenta—al estilo aventurero y arriesgado de la vida de él, que la tenía constantemente en vilo. Asegura que llegó a pensar seriamente en irse alejando de él, convencida de que acabaría envolviéndola en líos gordos.

Se celebró en el penal un doble enlace, señaladamente el 30 de junio de 1945. No fue una boda de rumbo como la que tres años después Farrás celebraría en la capital de Colombia con la que habría de hacer el número tres de sus esposas vivas... Pero el pícaro alivió las tristes circunstancias del casamiento a fuerza de ternura y simpatía. Mas ocurrían ya para entonces unas cosas raras. José Guillermo alternaba las demostraciones de cordialidad con bruscas y extemporáneas salidas. Su expresión cobraba de pronto un tremendo aire demente. Estaba ensayando. A pesar de conocerlo bien, la esposa número 2 se mostró sorprendida.

—¿Qué te pasa que haces cosas raras?—le preguntó.

—No te preocupes—contestó confidencialmente—. Tengo que salir de aquí cuanto antes. ¡Esto es para pobres diablos! He pensado que no hay más medio de largarse que fingirse loco. Me volveré loco y tú me vas a ayudar.

Le dio precisas instrucciones sobre su plan. (Pero María de la Cruz salió casada del penal de Carabanchel sin saber que su marido, siendo todavía casi un adolescente, se fugó de la casa paterna, en Barcelona; pasó clandestinamente a Francia y conoció en algún lugar del país vecino a una señorita mayor que él, pero rica, hija única del doctor Martin, un aristócrata francés con el título de conde, que practicaba la profesión de médico. Por primera vez este hombre frío y cerebral ejerció sus habilidades de falsario. Para él, las mujeres de su vida—muchas—nunca fueron un motivo en sí, sino un trampolín para conquistar el dinero y la grandeza, por cuyos poderes mostró siempre una apasionada manía. Una vez que despojó de cuanto tenía a la señora Martin de Farrás, fue abandonada ésta de la noche a la mañana. El aventurero se perdió y reapareció en España.)

Farrás levantó poco a poco la extraña tramoya de su demencia. Y la representó de modo tan cumplido, que no sólo engañó a los jefes de la prisión, sino que sorprendió a los propios médicos. Se dice que la Lorente gestionó y consiguió por todos los medios un certificado de un psiquiatra en el que se daba testimonio de que su esposo padecía una grave dolencia mental. También se afirma que habilidosa y tenazmente logró convencer a la gente de la cárcel para que ayudaran al traslado del farsante a un manicomio, adonde su enfermedad aún podría curarse... EL, entre tanto, intensificaba sus fingidos delirios, llegando a crear un problema en la cárcel con su permanencia. Pasó, por fin, a una casa de locos, remontando así victoriosamente la primera parte de su plan.

Una vez en la casa de salud, Farrás ultimó los detalles de su plan de fuga. Parece que la esposa visitaba al director y le pedía consideración para el marido enfermo, consiguiendo se le concediera un cierto trato de favor. Todo fue madurado sin prisa, con una sabia cautela. Y, cierto día, José Guillermo saltó una tapia y desapareció entre el tráfico de la gran ciudad. La chica se hizo la sorprendida ante el médico, pero se mostró digna compañera del pícaro. Ella declaró en Roma, durante su proceso, que había amenazado al director del Centro con denunciarlo a las autoridades por negligencia caso de precipitar la noticia de la fuga a la Policía. Consiguió así que su marido pudiera salir de Madrid impunemente, ganara la ciudad de Barcelona y se escondiera algún tiempo allí. Cuando lo creyó trasladado y seguro, María de la Cruz se reunió con él; Farrás tenía ya organizada la fuga a través de la frontera, camino de Francia. Era invierno, que en los Pirineos, intensamente nevados, se mostraba de una inclemencia temible. "Hay que salir como sea", resolvió Farrás. Y desafiando la ventisca, el frío y la lluvia, la audaz pareja em-

prendió a pie, por caminos de cabras y veredas de contrabandistas, una arriesgada y penosa peregrinación, que duró cinco largos días. Al cabo, alcanzaron el suelo francés.

Emprendieron el camino de París. En la capital francesa Farrás encontró pronto amigos. Se procura dinero, prepara pasaportes falsos y salta un día, siempre con su perro fiel al lado, a la isla de Cuba. Aquí tiene también camaradas, que caen atrapados por el magnetismo irresistible del truhán. La Habana resulta un paraíso del contrabando, y el aventurero se pone febrilmente a la tarea de preparar un golpe de gran estilo. En este trabajo le sorprendió una curiosa oferta procedente de Colombia. Corría el mes de abril de 1948. Se celebra en aquel país la Conferencia Panamericana. De pronto estalla en la nación una sangrienta revuelta de inspiración comunista, que impresionó al mundo entero, cuyo escenario más trágico lo ofreció la capital, Bogotá. Cae asesinado el jefe de la oposición liberal, Gaitán; mueren 250 ciudadanos, y los hospitales se colman con millares de heridos. Se llega a temer incluso por la vida del general yanqui Marshall, entonces secretario de Estado norteamericano. Pasa al fin la tormenta revolucionaria, y el Gobierno colombiano piensa seriamente en la conveniencia de dotar al país de organizaciones anticomunistas y de un moderno y eficiente servicio secreto. Un año después de los luctuosos sucesos, el audaz aventurero José Farrás recibe en La Habana la invitación de trasladarse a Bogotá para montar esas fuerzas y el delicado organismo secreto que allí necesitaban.

El granuja no lo piensa mucho. El y María preparan sus maletas y vuelan hacia Colombia. La gestión de Farrás fue un fracaso. No tenía la capacidad organizadora ni el talento y la serenidad mental que requería tarea de tanta responsabilidad. Por disipado y por frívolo tuvo que abandonar su cargo, delicadamente invitado a ello por los jefes militares colombianos...

—¡Pero a mí se me ha causado un perjuicio!—reclamó, ofendido—. Yo tenía mis negocios en Cuba y todo lo he abandonado por servirles...

—Usted será compensado—le prometieron—. Le daremos un permiso de estancia en el país y facilidades para que trabaje aquí.

Y se quedó. Y se estableció en la ciudad de Barranquilla. Y conoció en esta localidad a una viuda otoñal, rica e imaginativa... Ni qué decir que bien pronto la convenció para que financiara uno de sus fantásticos negocios... Varios millones de pesos colombianos pasaron pronto de las arcas de la viuda a los anchos e insaciables bolsillos del aventurero. No le pasó nada. Su estrella seguía en alto. Del mismo modo que convenció a la generosa viuda de Barranquilla para que "invirtiera" sus millones

en la “operación”, asimismo la conformó en la hora de la catástrofe, cuando le dijo que el negocio había fracasado y todo se había perdido. Como se trataba de una quiebra comercial solamente y él era tan simpático, nada hizo la buena señora contra el estafador...

DORAMAS

17-4-53.

3

UNOS AMORES ROMANTICOS QUE TERMINAN  
EN COLOSAL ESTAFA

Practicada felizmente la “transferencia” de algunos millones de pesos colombianos desde las arcas de una romántica y rica viuda vecindada en la ciudad de Barranquilla a los bolsillos insaciables del truhán, el desahogado José Farrás Maluenda de esta increíble historia se va a Bogotá y se instala fastuosamente en el hotel Continental, sito en la avenida de Caracas. Aquí, como antes en Francia, Italia, Alemania, Portugal, Brasil, Argentina, etcétera, se titula marqués de Farrás, primogénito de un aristócrata catalán que poseía en Barcelona grandes fábricas textiles. El aventurero, que parece pertenecer a una humilde familia barcelonesa—su padre era un sastre innominado de un suburbio de la capital—, tiene una nativa distinción, viste como un “dandy”, gasta con amplitud y con estilo y complementa brillantemente esas preciosas condiciones con el conocimiento casi perfecto del francés, portugués, inglés y alemán. Las lagunas de sus ignorancias las cubre mañosamente a fuerza de cara y simpatía.

En Bogotá se relaciona rápidamente con la flor y nata de la colonia indígena y española. Pasa por hombre libre, ya que ha tenido el buen cuidado de mantener relativamente al margen a su esposa, la ex animadora catalana María de la Cruz Lorente. Ella vive en otro hotel, pasando asimismo por soltera...

Y un día, cuando él llevaba en el Continental cerca de un año, en vísperas de la Pascua del año 1950, llegó de Nueva York una joven colombiana, alta y morena, que tomó en el mismo hotel un apartamento completo. Ella tenía casa en Bogotá, pero como viajaba constantemente, en particular a Norteamérica, la había alquilado. Se trataba de la señorita Ana Graciela Salazar, una mujer hermosa, personal y, sobre todo—desde el punto de vista del bergante, claro—, brillantemente situada. La viajera despertaba curiosidad, que sin proponérselo resultaba avivada por su retraimiento. Permanecía en el comedor el tiempo indispensable

y desaparecía. No había modo de abordarla en la “barra” ni en el “hall”...

Todas estas circunstancias impresionaron fuertemente la imaginación irritada y ambiciosa de Farrás. “¿Quién es?”, preguntó por todos sitios hasta obtener una información sobre su gentil y misteriosa compañera de hotel. Y cuando se enteró bien se propuso conquistar su corazón y luego su cuenta corriente...

Pero el contacto resultaba difícil incluso para un hombre de su audacia. Ana Graciela desaparecía siempre, rehuendo, tranquila y firmemente, todo trato con los demás huéspedes del hotel. Así pasaron las Navidades y así pasó enero. En los primeros días de febrero del 51, el aventurero adquirió un impresionante ramo de flores y lo envió a la habitación de la esquivia.

—¿Quién te las ha dado?—preguntó ella al botones que las portaba.

—Este caballero—y el sirviente mostró una tarjeta que rezaba: “José Farrás Maluenda. Marqués de Farrás, ingeniero.”

—Devuélveselas—ordenó Ana Graciela—. Y dile que yo no recibo flores de desconocidos. O mejor: llévatelas y no le digas nada. Yo hablaré con él.

Y habló. Le telefoneó a su apartamento para reconvenirlo. El se mostró apenado. No había querido ofenderla. Y pedía de todo corazón que le brindara una oportunidad de darle satisfacciones personalmente... Al mes de este florido y romántico incidente, la gentil colombiana Ana Graciela Salazar y el “aristócrata”... catalán se casaban en la parroquia de Usma, de la ciudad de Bogotá. Era exactamente el 3 de marzo de 1951. La boda fue montada por él fastuosamente... con el dinero de ella. El gran rumbo de su celebración aún se recuerda en la capital colombiana.

Mientras tanto, la segunda esposa, María de la Cruz, había sido “pasaportada” a Barranquilla. Ella venía quejándose de cansancio y ahogos. Algún médico habló de una enfermedad de corazón, el cual tal vez con los sustos y las sorpresas había ido quebrantándose... Convenía que la paciente se procurara un reposo algo lejos de la capital. Farrás la puso en marcha y se quedó con el terreno libre. Pero él no la olvidaba...

—Tengo que pagar unas deudas y cumplir unos compromisos—dijo a su nueva esposa al día siguiente de la boda—. Por lo pronto me vas a dejar 20.000 pesos.

Ana Graciela, que se había casado profundamente enamorada, se los entregó de mil amores. Y estuvo, además, pagando trampas del granuja durante seis días, sin querer emprender el viaje de luna de miel hasta saldar con los acreedores de su marido. Desembolsó la suma de 142.000 pesos colombianos...

Y a los dos días de desposado, Farrás hace un giro a Barran-

quilla de 20.000 pesos, dirigidos a María de la Cruz Lorente... No la olvidaba. (Ella declaró después que una doncella del hotel donde se hospedaba le mostró un periódico con fotos de la boda, leyéndole—porque era analfabeta—la noticia del enlace. Pasaron todavía unos días antes de que fuera a Bogotá a saber de tales nupcias. La conformaron sin mucha dificultad...)

Por fin salió la feliz pareja en viaje de novios: Panamá, Haití, Curaçao y, por fin, Roma, cuyo viejo y maravilloso encanto ella tenía la ilusión de conocer.

—Durante cinco meses—decía Ana Graciela a su prestigioso abogado don Manuel Piñeiro en presencia del cronista—yo fui la mujer más feliz de la tierra. El se mostró tan gentil ese tiempo, que no creo que marido alguno pueda superar su celo y su ternura...

Durante esos cinco meses, y siempre gastando de los fondos de ella hasta que él pudiera encauzar en París sus negocios, Farrás se puso en contacto con otro pillo, un italiano llamado Luis Trevisan, casado con la hija de un joyero de Barcelona, el cual ahora cumple también condena en Roma, con Farrás y la Lorente, por complicidad en las colosales estafas del aventurero. Ambos hombres se reunieron un día con Ana Graciela y hablaron en su presencia de un gran negocio a la vista. En París, donde él decía tener un lujoso apartamento comercial, había una entidad llamada Charles Lefevre y Compañía, dedicada al cambio de divisas.

—Mi padre—informó muy serio Farrás—poseía 53.000 dólares en acciones de esa empresa, que me ha cedido a mí. Se ha presentado ahora la oportunidad, que me ha comunicado aquí mi amigo Trevisan, de adquirir totalmente el negocio, haciéndose con el resto de las acciones. Esto supone un desembolso de 240.000 dólares...

Ana Graciela manifestó no poder disponer de esa suma en el momento, pero le entregó a poco cuanto dinero tenía, para así ir comprando las inventadas acciones. Surgió un supuesto Javier Callicó, español, que invertiría como socio 60.000 dólares. (A este Callicó ella no lo conoció jamás.) Apremiada por el farsante, Ana Graciela comenzó a vender coches y otras propiedades suyas en Colombia. Las sumas desaparecían misteriosamente y él pedía más.

—He pensado—le dijo un día, cuando ya declinaba la luna de miel—que te vayas a Colombia rápidamente y me gires 20.000 dólares. Me son absolutamente necesarios para los negocios.

—Pero es que yo no tengo ya ese capital..

—Puedes reunirlo allí. Tienes crédito.

Y la enamorada mujer, que por su estado no se encontraba bien, tomó, sumisa, el avión y voló a Bogotá. En el viaje tuvo una intensa hemorragia, que se repitió ya en su patria con tanta

gravedad que hubo de ser hospitalizada. Malparió y perdió su hijo. Sobrevino una septicemia después, y Ana Graciela estuvo a la muerte. Farrás conocía el percance y, no obstante, escribía y telegrafiaba demandando desesperadamente dinero. Por primera vez la esposa tuvo una réplica desabrida: le reprochó que no estimara su enfermedad. Pero en cuanto pudo valerse movilizó sus amistades y consiguió dieciocho préstamos hasta reunir los 20.000 dólares que el redomado pícaro le reclamaba implacablemente. El marido llegó al extremo de fingirse en las puertas de la cárcel y hasta dentro de ella. Así lo telegrafió a Colombia Trevisan, por orden de Farrás, para moverla a arañar la misma tierra, si era preciso, en busca de tal suma.

Entretanto el truhán telegrafió a Barranquilla diciendo a la Lorente que en las oficinas de la K. L. M. había depositado el importe de un billete para que volara a Roma, donde la esperaba. María de la Cruz se reunió con él a los pocos días. La dejó en algún lugar de la ciudad y acompañado de Rossana Mancinelli, una italiana rubia y espigada que conoció en sus andanzas, se marchó a Portugal. Practicó en Lisboa algunas fuertes estafas y regresó a Roma.

—Debes ir a Niza—le dijo—. Yo me reuniré allí contigo.

Ella empezó a recelar de su marido. Tuvo la sospecha de que no iría a recogerla. Pero a los quince días Farrás se presentó. Ana corrió a abrazarlo, llena de alegría. Pero él se mostró frío. Extiende la mano y le pide una lira...

—No tengo nada—le dice abatido.

Había liquidado toda la fortuna de Ana Graciela Salazar: unos siete millones y medio de pesetas...

DORAMAS

18-4-53.

4

EL AVENTURERO FARRAS ESTAFA EN ITALIA  
CIEN MILLONES DE LIRAS

El 19 de febrero de este año, el bergante español José Farrás Maluenda; su segunda esposa, la aventurera María de la Cruz Lorente; los pescadores de río revuelto Luis Trevisán Nodari y Terzo Monaschesi Moliozzi, italianos, y dos más con categoría de figurantes en esta espectacular farsa, se sentaron por fin, forzados a descansar por la Policía, en el banquillo de una Sala de lo Criminal de la Audiencia de Roma. La vista fue un aconteci-

miento. El palacio de Justicia de la gran ciudad registró el lleno del año. Como detalle curioso de este singular movimiento de expectación, cabe registrar la presencia, ampliamente mayoritaria en el público, de mujeres. Y de mujeres jóvenes y hermosas. El hechizo de Farrás, su maligno atractivo, trascendía de las rejas.

La carrera del truhán fue al fin interrumpida por la acción de su tercera esposa. El gran amor varió en recelo y luego en desprecio y asco. Al tiempo que la esquilmbaba, Farrás cometió un error que ninguna mujer—como no sea de la mentalidad fría y cínica de la Lorente—perdona nunca: paseó el prestigio trasnochado de algunas aventureras, como Rosanna Mancinelli, por ante los ojos estupefactos y doloridos de la sensible y enamorada colombiana.

Surgió un incidente que abrió el capítulo final. Farrás había hecho amistad con un comerciante romano llamado Iginio Valloni, cuya casa, en la calle de Ettore Rolli, 15, visitaba, así como su mujer. Aquí dejó Ana Graciela, al marcharse a Bogotá, algunas maletas. Un día, ya ahogado por las deudas y por el cerco de complicaciones que sus audaces estafas iban alzando a su alrededor, el pícaro irrumpió en la casa de Valloni y registró las maletas depositadas. ¡En ellas encontró una nueva solución! La señora Salazar tenía allí un libro de cheques del Chemical Bank de Nueva York, ya sin aplicación, porque los fondos en esa entidad se habían esfumado hacía tiempo. Pero éste era un detalle sin importancia para un hombre de las agallas del aventurero. Guardó el talonario...

Desde el principio, él había creado a la esposa colombiana una leyenda económica fabulosa. Inventó la historia de que era hija del “rey del café” de su país. Ana Graciela ha asegurado aquí, en Madrid, que su fortuna era íntegramente personal. Todo cuanto tenía lo ganó trabajando en una poderosa compañía de seguros y enviando mercancías desde Norteamérica a su patria. Pero a él, la verdad, no le había servido nunca para nada. Montada la leyenda y con un talón de cheques de la “princesa de los cafetales” colombianos, inició algunas de sus últimas notables estafas. Puso en circulación el primer documento falsificando la firma de la esposa: 4.500 dólares. Y convenció a Valloni para que le entregara divisas italianas. Sin sospechar nada, Valloni cursó el cheque a la sucursal del Chemical Bank... y le fue, naturalmente, devuelto por falta de fondos.

Poco antes de disponer de este talonario había dado un golpe similar, arruinando a un modesto comerciante de la calle de la Consulta, 43, Roma, llamado Angelo Michelin. Salió a voleo lo de los cafetales colombianos de su tercera esposa. Farrás propuso a Michelin un importante tráfico de café, tentando la co-

dicia del negociante con la certeza de unos impresionantes beneficios. Angelo, que quedaba en parte garantizado con la entrega de 600.000 liras por medio de un cheque contra la Banca Romana de Crédito Agrícola, entregó al aventurero un millón doscientas mil liras. El cheque fue protestado, sencillamente por que no había fondos, y Michelin también se quedó sin sus cuartos.

Igino Valloni no se conformó, claro. Le habló fuerte a Farrás y lo amenazó con la justicia. El pícaro va a verlo y lo convence para que acepte una especie de armisticio. "Necesito una oportunidad", le pide, implorante. Y le promete hacerle rápidamente una entrega a cuenta de lo estafado de 800.000 liras..., que no aparecieron.

Entretanto, Ana Graciela Salazar ha regresado de Colombia. Farrás la hospeda en el hotel Hassler. Tiene a la Lorente en el Parioli... Y tiene a la Mancinelli en un lujoso apartamento de la ciudad. Ha de atender la gorda complicación de esta coincidencia, ha de atajar la jauría cada vez más atosigante de sus víctimas, ha de tener la cartera repleta para derrochar en las interminables noches brillantes de su vida y calmar así su irritación megalómana. Pero sus hombros eran buenos para soportar esta montaña de circunstancias. Recibe enamoradamente a Ana Graciela y se pone en contacto con un rico italiano, llamado Stramignoni. Le cuenta con asombrosa seriedad que hay retenida en la aduana de Tánger una importantísima cantidad de café y azúcar procedentes de Colombia, cuya extracción él tiene a la mano, todo pendiente de capital. Stramignoni se entusiasma y sale con él, con la señora Salazar y con Trevisán, su compinche, para Milán, donde en la plaza Missori vive un hermano de aquél, el coronel Gino Stramignoni.

—La operación—argumenta Farrás con su mejor aplomo y sus más finos recursos persuasivos—requiere millones. Si vosotros me los facilitáis en divisas italianas, yo compro aquí relojes y brillantes, que vendo luego en Tánger en dólares. Con estos dólares levanto de los almacenes de la aduana el café y el azúcar. Se trata de una operación relativamente sencilla para mí, que culminaré rápidamente y que puede reportarnos un beneficio de varios millones...

Como se apuntara la conveniencia de algunas garantías, Farrás tiró de talonario, el del Chemical Bank de New York. Entregó un cheque por 21.000 dólares, con la firma de su mujer falsificada. Y a cambio de él, los confiados hermanos Stramignoni dieron al granuja doce millones de liras... Ignorante del idioma italiano y ciega todavía por el amor de su marido, Ana Graciela asistió a la entrevista sin sospechar de la faena.

Farrás parece iniciar la operación conforme a su plan. Ad-

quiere, en efecto, relojes en Milán, y en número de 300. Son de oro y ostentan marcas de fama universal. El truhán los embala y se los entrega a un tal Emilio Parisi, que se encarga de transportarlos a Roma con la consigna de depositarlos en la conserjería del local nocturno *Chi-Nat*, de la calle de Lombardía, donde Farrás es bien conocido. Ocurre esto en la Navidad de 1951. Pero los cronómetros no salen nunca para Tánger: acaban lastimosamente empeñados en una sucursal del Monte de Piedad romano establecida en la calle de Governo Vecchio, donde los deja en tres lotes, obteniendo por ellos la suma de 4.337.000 liras. Todavía saca tajada nueva al asunto: vende los resguardos en el Campo di Flori por siete millones de liras...

Estos son, brevemente reseñados, algunos de los sabios “golpes” del pícaro. La historia de todos ellos ocuparía páginas enteras...

Ana Graciela se entera un día, por azar, del uso que su marido está haciendo con el talonario del Chemical Bank. Entonces Farrás se descubre a sus ojos, por fin, en toda su monstruosidad. Cuando viene por ella a Niza, Ana Graciela le recrimina su felonía. El explica con vaguedades lo del talonario. La esposa ha decidido de pronto cortar con él y desenmascararlo. Pero se muestra cauta. Necesita una prueba de sus falsedades, que él, fiando aún en sus fuerzas, le entrega confiadamente: un cheque falsificado. “Yo iré a cambiarlo a Milán”, ofrece, mostrándose serena. El se lo da y luego se marcha, después de haber convenido en reunirse por la noche para asistir a una fiesta.

Pero Ana Graciela hace rápidamente sus maletas, las entrega en conserjería con la consigna de que no se las den a nadie, ni siquiera a su marido, y sale a la media noche de Niza para Milán. Se presenta al coronel Stramignoni, le cuenta lo de la falsificación. Gino, que ignoraba la estafa, muestra el cheque igual que le fue entregado a él en garantía de la operación de Tánger. Desde Milán, Ana Graciela vuela a Roma. En el hotel Hassier, donde había quedado el grueso de su equipaje—diez baúles, maletas, cajas, etcétera, con un contenido valorado en 150.000 dólares—, no encuentra ni rastro de estas propiedades. El chófer de Farrás, Mario Ouzzoli, que vive en la calle de Bradano, 8, cuenta a la señora Salazar que por orden del señor había llevado muchas prendas suyas al hotel Parioli. Ana Graciela se va allí. La conducen a una habitación y encuentra una mujer.

—Soy la señora de Farrás—dice, presentándose.

—Yo también—contesta la otra, que es María Cruz Lorente.

La situación es violentísima. Ana Graciela reclama sus propiedades. La otra no se opone; pero en cuanto a lo que guarda en los roperos, sugiere que la visitante vuelva al siguiente día. Ahora



tiene que salir. La señora Salazar dice que sí, que volverá mañana. Pero retorna a poco con la Policía. Luego, en la Prefectura de la Vía Giulia, Ana Graciela denuncia al Farrás y a la Lorente por apropiación indebida. Ahora la iniciativa está en manos de la dama colombiana, que no se da un minuto de reposo. El 7 de marzo denuncia a su marido por bigamo ante las autoridades consulares españolas. También acude a la Comisión investigadora de Carabineros de Roma y solicita se esclarezcan las actividades como falsificador y estafador de Farrás. Esta Comisión pudo reconstruir en parte la aventura romana del truhán, llegando a la conclusión de que en un tiempo asombrosamente corto había estafado en Italia cerca de cien millones de liras... El tribunal de Roma dictó sentencia el día 19 del pasado mes de febrero, condenando a Farrás a la pena de cinco años de prisión e imponiendo catorce meses, por encubridora, a María de la Cruz Lorente. Los otros cuatro encartados pasaron también a unas celdas con penas distintas.

De este modo acabó la extraordinaria correría del fantástico megalómano José Farrás Maluenda.

DORAMAS

20-4-53.

5

UNA SEÑORA SE CONSIDERA VICTIMA  
DE UNA PELUQUERIA, DONDE AFIRMA LE QUEMARON  
LA CABEZA AL HACERLE UNA PERMANENTE

Doña Teresa quiso arreglarse su pelo. La determinación, como ocurre siempre que una mujer se dispone a torturar su cabeza, fue objeto de comentario y consulta familiar. Cuando la idea madura, las damas suelen quedarse traspuestas como si planearan una importación de café del Brasil. Luego, un día, dicen de pronto en el momento más interesante de un programa radiofónico:

—¡Tengo el pelo que es un asco! No me queda más remedio que ir a la peluquería. ¡Está una sin nada que ponerse y con el pelo como una gitana!

—¡Bueno, querida, vete a la peluquería, pero deja oír la radio, que siempre dices lo de tu permanente cuando están dando las noticias de Corea!—le contestarán destempladamente.

Doña Teresa se decidió y se metió una mañana en una de esas "checas" para señoras, de la que era antigua cliente. La cogió por su cuenta una oficiala, Gertrudis de nombre. Primero le sobó bien la cabeza, haciéndole un conciencuzado lavado. Luego la secó un

poco el pelo y seguidamente fue cogiéndole mechoncitos, mojándolos con un líquido especial y trabándolos con unas horquillas también especiales. Más tarde, de un aparato así como una radio fue sacando cordones y enchufándolos en cada una de esas horquillas. Durante unos veinte minutos la tuvo sometida a un calor de mediodía de julio madrileño en medio de la Puerta del Sol. Cuando ya la tenía medio ahogada le quitó las horquillas especiales, la despeinó toda y la mojó con agua fresca. Sin piedad ninguna, de un modo implacable, volvió a tomar mechoncitos y a liarlos apretadamente en unos como canutillos, que las víctimas llaman “bigudíes” y que son como especie de flautas, con sus agujeritos y todo, en una de cuyas puntas hay una goma con la que se traba el rizo. Terminada toda esta manipulación pasó otra vez a la Puerta del Sol, en lo más sabroso de la canícula, pero con variante llamada secador. Debajo de este casco aprisionador, y protegidos el cuello y las orejas contra los chorros de sol por algodones, permaneció unos veinticinco minutos. Por último la sacaron de allí y la peinaron. Total, dos horas de tormento, soportado con revistas de cine, cotilleo o una resignada somnolencia.

Doña Teresa se fue muy satisfecha con su permanente, que le elogiaron cumplidamente las amigas y en casa. Pero, pasados unos días, volvió por la peluquería en son de guerra. Le habían salido unas cosas raras en su cabeza, que precisaron asistencia facultativa y que tardaron en curar cuarenta y cinco largos días. Hubo la consabida discusión; vino la dueña del establecimiento; la chica negó rotundamente las acusaciones de que la había quemado con los líquidos especiales... En fin, se armó la marimorena. Y como allí no le hicieron mayor caso, doña Teresa se fue y denunció los hechos.

Consecuencia: procesaron a Gertrudis, que se ha sentado en el banquillo de la Sala séptima de nuestra Audiencia, acusada por el fiscal y un acusador privado de un delito de lesiones por imprudencia. La perjudicada—han pedido ambas acusaciones—deberá percibir una indemnización en la suma que fije el Tribunal, y la muchacha causante, arrestada por el tiempo que la Sala estime también pertinente.

El defensor de la peluquera procesada, letrado don Clemente Monje y de Sancho, ha pedido la absolución de su patrocinada, basándose en que las diligencias practicadas y de los dictámenes periciales se desprende que doña Teresa padecía de diabetes. Falta por esta circunstancia—añadió—la acción u omisión voluntaria, no maliciosa, que produzca el mal efectivo y concreto, típico de la imprudencia, ya que los diabéticos son propensos en todo momento a flemones, granos e infecciones de tipo padecido por la perjudicada. Por esto, el flemón padecido por la señora y que

precisó asistencia facultativa no fue debido a quemadura ni al trabajo realizado en la peluquería, donde se prestó a doña Teresa un servicio esmerado.

La vista quedó pendiente de sentencia.

DORAMAS

24-4-53.

6

“¿QUE LE PARECE A USTED, HIJO...? ¡DECIRME A MI QUE TENGO UN CAÑON!”

Lo primero fue una sorpresa. Se creía el periodista que la resistencia habría de encontrarla dentro. Y si no la resistencia, al menos la destemplanza. Y resulta que la liebre saltó donde menos pensaba: en el antedespacho de don Cecilio. Estaba allí, bien atravesado, un subalterno al que no le iban ni le venían los estampidos de los fuegos, los ruseñores, los gatos y el supuesto cañón de ese extraordinario personaje que es el jardinero mayor de la ciudad. Nosotros íbamos a saber de eso. Y él estaba al margen.

—¿Qué quería?—nos preguntó de entrada, en un tono hostil.

—Pues ver a don Cecilio.

—Don Cecilio no recibe sino de nueve a doce. Así que...

—Ya... Pero esta tarjeta sí que podrá pasársela usted. O, mire, dígame simplemente que ha venido retrasado un periodista y que...

—¡Le digo a usted que ya no puede verlo!

—Está bien, está bien. Pero hágame usted el favor de pasarle la tarjeta. Puede ser que me señale hora fija para venir mañana...

—¡Yo no le paso ni recado ni tarjeta!—y tiró la pequeña cartulina sobre una mesa—. ¡Usted no puede verle, y se acabó!

El cronista no iba preparado para la escaramuza, tan insospechada. Estuvo bajo en la réplica, pero no cedió. Quería ver a don Cecilio. Se limitó, por eso, a una retirada estratégica. Estando en ella se produjo una nueva sorpresa, que provocó ahora la mediación de un hombre con cara de buena persona, allí sentado como interventor de la Providencia. Entendió razonable lo de pasar la tarjeta. Unas pocas palabras suyas bastaron para que el irascible funcionario cogiera al fin la cartulina y se metiera por una puerta. En seguida reapareció. Y con harto dolor de su alma dijo:

—Ahora sí puede usted pasar.

Todavía no hemos entendido lo de “ahora sí”. Pero nos dimos cuenta sobre la marcha de lo que sigue: la plancha del resistente

había sido tan grande que, de venderse al peso, podría dar un dinerito.

Nos sentamos frente a don Cecilio y a un gato que dormita bajo una lámpara, sobre la mesa del despacho, junto al gigantesco, venerable e imbatido jardinero. Hay más gatos: uno, plácidamente dormido también, en el estante de una librería; tres o cuatro mirándonos perezosamente desde el suelo; otros tres o cuatro, entre las rejillas de una ventana que da a una terraza; algunos más en esa terraza; muchos todavía fuera, abajo...

—¿Qué le parece a usted, hijo? ¿Decirme a mí que tengo un cañón... ¿Fue usted quien escribió eso del cañón y de que yo me vaya de este puesto a descansar de una vez...?

—Pues no. Yo quiero escribir lo que usted me cuente sobre lo ocurrido la otra noche, cuando los fuegos.

—Ya... Yo no tengo culpa de lo que pasó, ¿entiende? Mire, unos días antes vino por aquí el señor alcalde. Me dijo: “¿Qué hay, Cecilio?” Yo le manifesté mi disgusto por el proyecto de quemar fuegos artificiales en el estanque grande. ¡Pero señor! ¿No comprenden que es un mal momento para los pájaros? Usted, dígame: ¿entiende un parque sin pájaros? ¿Verdad que no, hijo? Pues empieza a arder la pólvora y empiezan los estampidos... Naturalmente, los animalitos, muchos de los cuales están ahora empollando, se levantan asustados y ya no vuelven a los nidos.

—¿Y eso?

—Pues los aborrecen. Así, ni crías ni huevos. Si se quiere mucho a los pájaros, como yo los quiero, porque amo las flores y los árboles, y hay que estar conformes en que los pájaros son tan de las plantas como la rosa y el clavel, entonces se comprenderá que lo que yo le dije al alcalde era razonable. ¡Pero entienda bien: fue puramente una opinión y una queja como de enamorado! Nada de resistencias ni de cañones aquí dentro. ¡Líbreme Dios de oponerme a una determinación del Ayuntamiento. Yo soy un funcionario disciplinado.

—Sí, pero...

—Sin peros. Esto quiero que quede bien claro. ¿Usted se cree que yo estaría aquí de jardinero mayor desde el año 1914 (durante treinta y nueve años) si me hubiera pasado por montera al Municipio y hubiera hecho lo que me daba la gana? Se han metido mucho conmigo, pero al final yo he tenido siempre la razón.

—Y volviendo a los del incidente de la otra noche, ¿cerró usted las puertas para que el festejo pirotécnico no se celebrase?

—¡No, señor! Yo no he cerrado las puertas. Lo que hice fue no abrirlas, pero con mi cuenta y razón. Yo soy jardinero, y los que trabajan a mis órdenes son jardineros. Y mis guardas son guardas. Nosotros no sabemos nada de electricidad, ni nos va ni nos viene

la luz del parque. El Retiro cuenta con su sección de alumbrado. Aquellos que la llevan a su cargo tenían que haber venido a darla. ¿Por qué no la dieron? Yo no lo sé. ¿Qué sabía yo tampoco, observando la oscuridad, si el alcalde había decidido suspender el festejo? Desde luego, mis guardas estaban preparados y la vigilancia en las zonas oscuras dispuesta también. Después empezó la gente a vociferar ahí fuera y vinieron los concejales señores Primo de Rivera y Del Castillo. Se abrieron las puertas. Lo de la luz se arregló porque un guarda indicó dónde estaba la caseta de las palancas, y allí estuvieron metiendo y quitando hasta que pudieron dar alumbrado a alguna parte de la zona donde celebraron el jolgorio.

—¿Y han aparecido pajarillos muertos después del número de San Isidro?

—Pues no me he enterado. Pero no es esto. Le repito que es que la pareja se espanta y toma miedo del nido. Ahora mismo están criando los mirlos, las tórtolas, los jilgueros, los verdaderos... ¡Hombre, no me diga usted que no es una lástima!

—¿Y los famosos ruiseñores del Retiro?

—Esos no están criando todavía. Son más tardíos. Creo están en celo. Y cantan de noche, ya sabe usted. Ahora para cortejar. Más tarde, ahí por junio, para calmar los celos de la hembra. Usted lo sabrá: la hembra del ruiseñor es muy celosa. Si el macho se alejara, ella se iría detrás. Para que se mantenga en lo suyo, calentando los huevos, él permanece al lado, cantando. ¿No es bonito esto...? ¡Usted, dígame, hijo! Para que luego vengan a deslumbrar y atronar el parque, habiendo tantos otros lugares donde quemar eso...

—Pero oiga usted, don Cecilio, ¿y sus gatos?...

—¿Mis gatos, qué?

—Dicen por ahí que ellos son más dañinos en los jardines que lo pudieran ser los fuegos de una noche; que cazan y se comen los pajarillos...

—¡Diga usted por ahí que eso es mentira! ¿Usted tiene gatos en su casa?

—No, señor.

—Pues pregunte a las amas de casa que conozca, y que tengan gatos, si un animal de éstos, estando harto, es cazador o goloso. Ellas le dirán que de tenerlos bien comidos, pueden dejar descuidados los filetes y la pescadilla. Venga usted conmigo. Asómese usted a esta ventana. ¿Ve usted en esa terraza restos de carne? Ahí tiene los gatos: ni la miran. Los mirlos, a los que les gusta, bajan ahí y comen entre ellos. Nunca vería a uno tirar la garra o saltar.

—¿Tiene muchos, don Cecilio?

—Veintidós aquí en la oficina y veinte en mi casa. Los mantengo yo, de mi bolsillo, y mi hija los atiende y hasta les cura todas sus enfermedades. Luego le han hecho un beneficio a los niños, que la gente no conoce: han desaparecido las ratas y ratones del Retiro, que asustaban a los pequeños y hasta los mordían.

—Y hablando de otra cosa, ¿no se siente usted cansado ya de bregar en los jardines madrileños?

—¡No, señor! Tengo ochenta años. Llevo metido entre árboles y flores desde 1881, en que entré aquí como ayudante. Tenía ocho. Luego he ido para arriba. La gente se cree que porque entiendo de jardines. Yo le digo a usted que no. Pasa que he tenido suerte. Desde que abrí los ojos, vi flores. Mi abuelo era ya de parques y jardines. Si me quitaran esto, a los pocos días me moriría. El Ayuntamiento me hizo la gracia de jubilarme algo así como simbólicamente, para cumplir con los reglamentos, autorizándome a seguir en mi puesto mientras mi cabeza rija y mis energías se sostengan. Gracias a Dios sólo tengo algo pesadas las piernas. Por lo demás estoy divinamente. Que no se crea nadie que es por el dinero. ¿Sabe usted a cuánto sube mi retiro? Pues unas 12.000 pesetas anuales. ¿Y sabe usted con qué se retiran hoy los obreros de jardinería, los barrenderos, pudiéramos decir, de todo esto? ¡Pues con más dinero que yo, aunque parezca mentira! Y nadie querrá compararnos...

—Si nos atenemos a lo que dice usted sobre que no entiende nada de jardines, que todo ha sido cuestión de suerte, pues sí podría comparárselos...

—¡Hombre! Ya me entiende usted...

DORAMAS

20-5-53.

7

AHORA HACE AÑOS DE LA DERROTA DE NELSON  
POR LOS CANARIOS DE TENERIFE

El malayo, que por las buenas o por las malas había recalado en playas de Occidente desde las Filipinas, dio a los ingleses el chivatazo. Les dijo a unos oficiales de la escuadra británica que mandaba el almirante Jervis:

—Vienen de Manila o de Méjico dos galeones cargados de oro, piedras y telas ricas. Fondearán en Santa Cruz de Tenerife antes de tocar la España...

Empezaba a correr el año 1797. La noticia fue almíbar en la

boca amarga del joven contraalmirante Horacio Nelson. Lo que se la puso de mal gusto vino rodado así: Jervis había peleado por febrero, en aguas del cabo de San Vicente, con una escuadra española superior en número, logrando sobre ella una brillante victoria. Haciendo la guerra como es debido, ordenó a Nelson el bloqueo y el bombardeo de Cádiz. Pero los gaditanos aguantaron el envite con tal corazón que el joven héroe, ya en el camino de su leyenda, tuvo que levar y trasponer, sin haber dejado más huella que unos daños y unos difuntos.

Y en esto se chivó el malayo.

### EL DESQUITE ESTABA EN TENERIFE

Horacio Nelson no era un pirata, como su paisano Drake. Era un marino, pura y sencillamente, aunque a veces uno desconfie de su rigor al verlo costear el oro ...La quiebra de Cádiz fue una espina tirando a clavo. Y sabiendo que un clavo se saca con otro, pidió licencia para bajar el Atlántico sobre Tenerife, a cuya rada llegarían, si no estaban ya allí, dos galeones hispanos bien repletos. Uno piensa ahora que Nelson conocía a su gente y que con tal pretexto no habrían de ponerle peros a la aventura "del clavo"...

A las seis de la mañana del 15 de julio de 1797 se desprendieron del grueso de la escuadra los nueve navíos que le encomendaron, virando hacia el Sur. Nelson los gobernaba desde el *Theseus*, la nave almirante. Llevaba dos mil hombres de desembarco y un total de 393 cañones. Por este tiempo de verano, el aire del Atlántico se desmadeja y se echa en el agua como un gran perro cansado. Navegaron cinco días. Y el 20 de julio—mañana hace un siglo y siete años justos de esto—cayó sobre la cubierta del *Theseus* el consabido grito de "¡Tierra!" Nelson se encaró el tubo de los marinos de la época y divisó allá abajo, entre las candelas hermosas del sol puesto, la mole inmensa, parda y con su golpe de nieve del pico de Teide.

### ORDENES PARA EL ASALTO

Inmediatamente dio una orden a sir Thomas Troubridge, capitán de la *Culloden*, para que se hiciera cargo de la gente del desembarco. "Atacaréis la isla por la parte nordeste de la bahía de Santa Cruz", precisó, entre otros detalles meticulosamente estudiados y dispuestos. Y le entregó una carta, "la cual contiene una intimación". He aquí el texto de esta histórica misiva:

“A bordo del *Theseus*, julio 20 de 1797. Señor: Tengo el honor de participaros que he venido aquí a exigir la inmediata entrega de la fragata *Príncipe de Asturias*, con su cargamento completo, y asimismo las demás cargas que se hayan desembarcado en Tenerife y no sean para el consumo de sus habitantes. Y mi mayor deseo es que ningún isleño sufra las consecuencias de mi petición.” Ofrecía luego una serie de “honrosas condiciones”, que “si las rehusaseis, todos los horrores de la guerra serán a vuestra cuenta, pues destruiré Santa Cruz y bombardearé las demás plazas de estas islas”.

#### ENTRETANTO, LOS ISLEÑOS...

Redobló un tambor en la plaza de La Laguna, capital tinerfeña entonces, la tarde del 2 de noviembre de 1796. Y cuando calló el reclamo, un pregonero dijo a la gente que S. M. don Carlos IV, que estaba de turno, había resuelto declarar la guerra a Gran Bretaña. Luego llegaron nuevas de lo del cabo de San Vicente y de lo de Cádiz. Don Antonio Gutiérrez, que era comandante general de las islas Canarias, tenía sus razones para pensar que la contienda se iba a correr hacia el Sur. Estaban cayendo de nuevo sobre el archipiélago los corsarios, que saqueaban y mataban cuando les daba la gana.

Lo grande es que ante estas cosas, el señor Gutiérrez y otras fuerzas vivas de los azotados territorios insulares dijeron al rey que por España y por él hiciera el favor de echar una mano a las ruines defensas insulares, enviando tropas y cuartos. Su Majestad mandó a decir en dos reales órdenes algo así como que perdonaran, que no había pan partido... Desde luego aquello se conservó para España, porque la Providencia quiso hacer siempre todo lo contrario que los gobernantes. Tuvo, pues, don Antonio que arreglarse con los 2.023 hombres que componían toda la guarnición de la isla, entre los que se contaban 110 franceses, que se sumaron a la pelea cuando vino Nelson. Eran los tripulantes del bergantín cautivo *La Mutine*.

#### ¡BARCOS A LA VISTA!

El comandante isleño, que no se fiaba ni de día ni de noche, había puesto centinelas a todo lo largo de la costa. El día 22 de julio un vigía de la Punta de Anaga avistó los barcos británicos. Gutiérrez, del que a propósito de sus dotes se han dicho majaderías—el historiador isleño don Agustín Millares, por ejemplo,

lo pone en entredicho—, se mostró gran capitán delante de la amenaza, compensando con energía y tino el “arréglatelas como puedas” que le llegó de la Corte. Disponía el hombre de sesenta y siete cañones, servidos por 536 artilleros.

Aquella misma noche y usando la cautela, Nelson intentó el asalto. Destacó cuarenta y seis lanchas de desembarco, provistas de artillería, dirigiendo una mitad sobre el llamado valle del Bufadero y enfilando la otra sobre la plaza. Todo estaba oscuro y se oía únicamente el golpe blando de los remos sobre el agua. Pero sustituyendo, como decíamos, la ayuda real, la Providencia movilizó el viento, haciéndolo soplar de proa sobre los lanchones. La formación se abrió y se dispersó, fallando un elemento precioso con el que Nelson contaba en su plan: la sorpresa. Tuvo que esperar al alba para reagrupar su gente, y así dio ocasión a que la isleña se parapetara en unas alturas que don Antonio se olió le apetecían a su enemigo.

Con la luz del amanecer los artilleros canarios ametrallaron a placer las lanchas asaltantes, que castigadas duramente, viraron. Dos veces más probó Troubridge a ganar tierra, y a la tercera pudo, saltando por la plaza del Bufadero. Pero allí estaba la gente heroica del heroico señor Gutiérrez. Los ingleses mordieron el polvo, como se dice, y reembarcaron, dejando un buen rastro de muertos y de sangre.

#### NELSON APLAZA EL ATAQUE, YA MINADA SU FE...

Pasaron unas horas tensas, que Gutiérrez empleó en evacuar mujeres, niños y viejos, seguro de que el británico volvería, y Nelson en planear un nuevo ataque. Al amanecer del 24, el contraalmirante mandó levar y sus nueve naves navegaron sobre las aguas lechosas despacio, enfilando la rada, como gatos en acecho. Pero amagaron y no dieron. A las seis de la tarde viraron y pasaron de largo frente al Bufadero. Así llegó la noche, que estaba caliente y espesa de estrellas.

Mientras en tierra todo el mundo andaba con los ojos sobre el agua negra, Nelson, encerrado en su cámara, inquieto y sombrío, porque había llegado a la certeza de que la isla no era “pan comido”, redactaba órdenes y cartas. En una de ellas comunicaba, incierto y pesimista: “Esta noche intentaré un nuevo desembarco, bajo el fuego de las baterías de la ciudad, y mañana mi cabeza estará orlada de laurel o de ciprés.”

### UNA MUJER A BORDO

A horas de la cena, el contraalmirante pasó del *Theseus* a la fragata *Seahorse*. El azar había puesto a su bordo una dama, que estaba precisamente de luna de miel. Había casado con el capitán Freemantle. Y navegando la pareja hacia Inglaterra, desde Liorna, el marino recibió orden de incorporarse a la división de Nelson. Comieron los jefes con esta mujer en la cabecera.

Con un grito de “¡Hurra!”, Nelson dio a las lanchas la orden de navegar para el asalto. Eran las doce en punto de la noche. Avanzaron silenciosas las barcas, con la rigurosa consigna de no hacer el menor ruido hasta estar a tiro de fusil de la costa. Y rompieron la marcha con la formación ordenada por el contraalmirante. Pero el viento y las sombras se pusieron de nuevo de parte de los isleños. Perdióse la formación y el oleaje fue tirando los lanchones hacia el Sur. Sólo unas cuatro arrimaron a las escalerillas del muelle, entre ellas la que ocupaba el propio Nelson.

El fuego isleño fue entonces terrible y de fortuna. Saltaban despedazadas las lanchas, sin que se entienda cómo lograron los artilleros de la isla tales maravillas de puntería. Los que trepaban eran barridos por la fusilería. La noche se llenó de ráfagas y de locura. Entre los cañones que mataban ingleses como quien tuesta y lleva al molino, se contaba el *Tigre*, la pieza legendaria de la batalla, uno de cuyos disparos se dice fue el que alcanzó de muerte al propio Nelson.

### EL MANCO DE TENERIFE

La cuarta lancha que arrimó al embarcadero era la que ocupaba el contraalmirante. Se agarraron los de proa a las piedras, la fijaron y saltaron sobre los sillares. Desde arriba, alguien tendió la mano al jefe, que segundos antes, con su espada en la mano derecha, se preparaba a brincar. De pronto estalló contra las piedras una granada y un casco hirió de rebote a Nelson en el brazo derecho. El contraalmirante cayó desfallecido en el fondo de la embarcación, con tal mala idea de su herida que exclamó: “¡Soy hombre muerto!”

Remaron hacia fuera los supervivientes, a todo tren. En el trayecto hasta el *Theseus*, Nelson presenció cómo asaltaban sus barcos, barridos por la metralla incansable de los sesenta y siete cañones que defendían Santa Cruz.

## EL DESASTRE EN TIERRA

Lo de tierra fue un desastre británico. Combatidos sin descanso, diezmados, sin haberse podido agrupar en la plaza de la Pila, conforme a la orden del jefe, los ingleses tuvieron que capitular. Luego vino aquel inefable final de "minuet": Gutiérrez hizo desfilar con sus armas a las tropas derrotadas, dio un banquete a sus jefes, embarcó a los prisioneros, devolviéndolos gentilmente... Todo fueron reverencias y muy señores míos. Nelson, medio muerto—le habían quitado el brazo con un serrucho y sin anestesia—, le escribió una carta delicadísima y le remitió un presente: una barrica de cerveza y un queso. Gutiérrez le contestó tratándolo de "muy señor mío y de mi mayor atención", indicándole: "Será de mucha satisfacción tratar personalmente con un sujeto de tan dignas y recomendables prendas como V. S. manifiesta." A la cerveza y al queso respondió con "un par de limetones de vino, que creo no sea de lo peor que produce Tenerife". Nelson, profundamente emocionado por el trato, tan ajeno a la guerra, que recibió de aquellos a los que había querido exterminar y arrebatarse su tierra, este presente de vino tinerfeño, de fama antigua en la corte británica, debió haberle hecho llorar, cosa que no consiguió ni la misma amputación en frío de su brazo. A tal extremo llegó su embargo que se ofreció a ser portador del mensaje en que don Antonio Gutiérrez participaba a su rey que con dos mil hombres y sesenta y siete cañones defendió aquella tierra suya frente al poder orgulloso de la escuadra británica y de uno de sus héroes legendarios.

DORAMAS

19-6-54.

8

¿SABE USTED, AMIGO PEATON, CAMINAR  
POR LAS CALLES DE MADRID?

Póngase usted la mano encima del corazón y contéstese estas preguntas:

—¿Sé yo caminar por las calles de Madrid a tono con su tráfico y de acuerdo con el Bando de Circulación?

(¿Ponemos que no, por aquello de piensa mal y acertará...?)

—Si no sabiendo andar por la urbe como Dios manda y como manda el alcalde; o sea, si soy una complicación en potencia

para la sensibilidad y el tráfico callejero, para la familia, los acreedores y los conductores, ¿lo soy por “paleta” o por “flamenco” y desahogado...?

Vamos a ayudarle en las respuestas.

Desde el punto de vista del trajín ciudadano, usted puede pertenecer a una de estas tres clases de viandantes: antiguos, contemporáneos y provincianos.

Si es usted antiguo sabe por suspirante experiencia que “de aquel Madrid” sólo quedan algún agónico café, tal cual chotis metido en “offside” dentro de nuestras geniales revistas líricas y unos cuantos socios del Bellas Artes. La aparición de un coche de punto tiene carácter casi fantasmal. El trote del tiro y el sosegado deambular del paseante en Cortes fueron, ¡ay!, empujados y arrumbados por el “haiga” y el pie en el aire del hombre con tres sueldos de los de naranjas de la China, unos cuantos de familia que comen como limas y un tiempo de más naranjas—lo que ya es decir—que las remuneraciones.

Si usted no es de los de antes, sino de post-cafeterías, post-nailon y post-cola, no tiene que darse cuenta de nada por comparación, ahí están el tráfico de la calle y la prisa de las aceras, nacidos con usted, delante mismo de sus narices.

Si, por último, pertenece a la categoría de forastero, procedente de esos lugares donde todavía se trabaja en un solo empleo y hasta las siete de la tarde nada más, ¡ay!, debe advertir antes de convidar a una chica con “rubios” y cigalas, que el medio en que va a moverse unos días no tiene ni el remanso ni la largura que tiene el suyo habitual, sino que, por el contrario, peca de peligroso y hasta de endiablado.

Así planteadas las cosas lo entenderemos todo mejor al pasar al grano, que no es “sintético”, sino que está recogido por ahí, sobre la misma tierra que lo cría y lo madura, mano a mano con autoridades, unas oficiales y otras en la materia. Preguntamos a orillas del campo lo mismo que hemos pedido a usted se conteste poniéndose la mano sobre la región precordial:

—¿Es el madrileño un buen peatón? Es decir, ¿se ha puesto a tono con el ritmo actual del tráfico urbano?

Antes de que conozca la respuesta, entérese de estos datos, que puede que ignore. Ruedan por la ciudad cada día 32.758 turismos particulares; 1.980 oficiales civiles; 3.818 taxis; 240 gran turismos; 95 de abono de lujo; 19 de alquiler sin chófer; 325 de pompas fúnebres; 25 comerciales; 3.470 camiones privados; 750 oficiales civiles; 450 de alquiler; 250 auto-ómnibus de servicio urbano; 325 de líneas interurbanas; 140 autobuses de la E. M. T.; 3.292 motocicletas particulares; 493 oficiales; 25 de alquiler; 20.145 bicicletas; 47 coches y 123 carros de tracción

animal; 4.325 carrillos de mano; 293 tranvías y 39 trolebuses. Añada usted a todo este golpe de ruedas en danza, unos 40.000 automóviles de provincias y extranjeros; unos 2.000 con matrícula de pruebas y los vehículos del servicio militar.

(No son muchos, si tenemos en cuenta que según el reciente censo de la revista neoyorquina *El automóvil americano*, circulaban en todo el mundo, a finales del año 1952, ochenta y tres millones de vehículos. No son tantos, decimos, pero para andar por casa tan poco holgada quizá resulten más de la cuenta.)

Quien sabía nos contestó con cara seria:

—No, señor. El madrileño no es un buen peatón.

—¿Pues...?

—Tiene una mal refrenada tendencia a la indisciplina. Allí donde lo contienen las señales y el pito del “urbano” se comporta debidamente, pero “tascando” el freno. En cuanto el guardia falta o se despista, él pasa, jugándose la piel. Y asoma entonces el torero que cada español lleva entre corazón y flanco. Los coches reciben “faenas” de tal marca y garbo que se sienten tentaciones de sacar el pañuelo y pedir la concesión de una aleta.

(Esto no es serio, amigo. Sobre decir mal, da disgustos. ¿Sabe usted cuántos accidentes callejeros se registraron en los dos últimos años? Pues 1.007. ¿Y sabe cuántos heridos de “mayor o menor cuantía”, con sus muertos, arrojaron esos accidentes: 541. Hay que reconocer que son bien pocos—los muertos en dos años suman doce—. Doce muertos los da cualquier gran ciudad yanqui en cosa de media hora. Pero en esto sí que no tendríamos que civilizarnos.)

### TRES SUPUESTAS ZONAS DE TRÁFICO

Una persona que está muy enterada de este trajín y sus problemas, nos ha dicho:

—Pudieran considerarse tres zonas de tráfico para determinar las condiciones en que éste se desarrolla en Madrid actualmente. Una que llamaríamos “centro”, dominada por las señales y los guardias; otra, “media”, casi necesariamente dejada a la buena de Dios, de calles con circulación continua, y una última de vías con movimientos intermitente. En la primera, las conveniencias y el bando han implantado su imperio...—claro que con el contrapunto del pito— En la “media”, el caminante suele hacer lo que le da la gana. No debe cruzar las calles por el centro de las cuerdas y en oblicua, sino por las esquinas y en línea recta..., pero las cruza. Tiene que atravesar a buena marcha y vigilante, y no embebido en la página de fútbol de un periódico. Pues pasa em-

belesado. Tendría que quedarse en el bordillo de la acera hasta tanto pasara un “golpe” de coches—en San Bernardo, por ejemplo—, y no tirarse a modo de espontáneo taurino entre la carrera para darle el quiebro a un vehículo, que si llevara pitones y su “lidiador” traje de luces, sacaría del lance trozos de alamares... Queda, por último, la zona de tráfico intermitente...

—Que será la más “dramática”...

—Es posible. El viandante se confía aquí no ya sólo a su potencial ibérico de diestro taurino, sino a que los coches pasan de ubas a brevas. Por su parte, los conductores se hacen la ilusión de que circulando por vías menos intensas pueden correr algo más. El índice de “cacharrazos” y estropicios humanos es así mayor.

—Descubre usted un nuevo motivo para meterse con el alcalde, censurándole que no aumente el número de policías de tráfico...

—Pues, no, señor. La labor de los alcaldes madrileños a este respecto es espléndida. Sería absurdo pretender que para la protección de la vida de las gentes y los intereses del automovilista, el Municipio desplegara una fuerza uniformada por toda la ciudad. Esto resultaría tan vergonzoso como pretender salvar del desmán las zonas verdes de Madrid defendiéndolas con una belicosa alambrada de púas.

—¿Entonces...?

—Pues entonces hay que ir a la raíz del mal. ¿Sabe usted lo que caracteriza nuestro tráfico en relación con el de otras grandes ciudades del mundo? ¡Asómbrese!: la lentitud. Madrid es una ciudad de tráfico desesperante.

La afirmación es extraordinaria, pero tiene su fundamento, cuyas razones conocerá usted mañana si se sostiene su curiosidad por conocer unos cuantos aspectos fundamentales de la vida callejera de nuestra capital.

DORAMAS

10-7-53.

## ESPAÑA VA GANANDO SU BATALLA CONTRA LA MORTALIDAD INFANTIL

¿Saben ustedes, madres, y novias españolas destinadas a tener hijos, qué millares de nuestros niños, nacidos sanos, razón por la cual deberían crecer y vivir, mueren todos los años a causa de algo bien triste: la ignorancia de sus progenitoras? Parece

mentira, pero es bien cierto que la rutina, los prejuicios, la indiferencia materna se confabulan para matar tempranamente un montón impresionante de criaturas.

Ahora, con el verano, pasamos lo que los médicos puericultores llaman “ápice o auge estival”, un punto cumbre en la mortalidad infantil levantado primera y principalmente por dolencias de origen alimenticio. Ahora es, madre, la época de las diarreas y enteritis mortales. Luego vendrá el otro “ápice”, el invernal, que marcará una cima de muertos por enfermedades del aparato respiratorio. Y entre aquél y éste, riesgos varios, siempre. Tenéis, pues que velar de verano a invierno, a fin de que vuestros críos no añadan un indebido punto más a esa curva negra que todavía sube demasiado en el cuadro de niños caídos temprana y absurdamente.

Hay entre nosotros un joven médico, puericultor del Estado, el doctor don Antonio Arbelo, que desde los comienzos de su carrera y por apasionada vocación y méritos forma en las vanguardias de la legión técnica que España ha puesto en movimiento contra la muerte prematura de sus hijos. Haciendo milagros con el tiempo, el doctor Arbelo escribe y publica, misionado al tiempo que brega. Hace dos años, la Real Academia de Medicina galardonó un trabajo suyo titulado *Mortalidad neonatal en España* con el premio Sarabia y Pardo. Pareciéndonos excelente o colaborador en este cuarto a espada por la salud y la vida de nuestros pequeños, le pedimos unas declaraciones sobre este grave problema. Nuestro diálogo fue así:

#### VICTORIAS INICIALES

—Doctor Arbelo, ¿quiere usted decirnos qué se ha logrado hasta el presente en la lucha contra nuestra mortalidad infantil?

—Los resultados actuales son muy halagadores y suficientes para sentirse optimista. Observe este detalle: en las defunciones de chicos menores de un año se ha logrado una reducción del setenta y dos por ciento desde el comienzo a la mitad del presente siglo. Pero es preciso decir desde ahora que, pese a lo mucho que esto significa, todavía no hemos llegado a cuanto es posible obtener en la batalla que venimos librando.

—¿Desde cuándo se lucha en España a estos fines?

—Oficialmente, desde hace ahora veinte años. Pero los mejores resultados se han obtenido en esta última época. Vea cómo los refleja claramente este gráfico.

El puericultor nos muestra una tabla, resultado de largas y pa-

cientes anotaciones estadísticas, de la que destacamos los siguientes expresivos datos:

En el año 1900, las cifras absolutas de la mortalidad infantil en general eran 128.363. De cada mil niños venidos al mundo entonces morían fatalmente unos 204 antes de cumplir el primer año de vida. En 1932, el tremendo índice había descendido a 77.390, o sea 117 muertos por cada 1.000 nacidos vivos. El año 42, superada la crisis demográfica de nuestra guerra, registró un bajón notable. Fallecieron 54.464 chiquillos, 108 de cada 1.000. En un progresivo éxito llegamos así a 1951, año en el que el coeficiente de las defunciones de lactantes se redujo a 62,59 muertos por cada 1.000 nacidos. De esta alentadora cifra saltamos en 1952 a 31.832 fallecidos, 54,32 por cada millar, o sea un magnífico bajón de ocho enteros. Este es, indiscutiblemente, un hecho espléndido.

#### EL ORIGEN DE TAN BRILLANTE TRIUNFO: LA ESPECIALIDAD PEDIATRÍA-PUERICULTURA EN EL SEGURO OBLIGATORIO DE ENFERMEDAD

—¿Qué factores han acentuado la reducción de nuestra mortalidad infantil en ese año mil novecientos cincuenta y dos?

—Es sabido que la baja en la tasa de la mortalidad infantil obedece a la suma de todos los esfuerzos sanitarios, médicos y sociales, así como a los progresos farmacológicos y técnicos de la Medicina. Pero casi siempre resulta posible discriminar “grosso modo” la causa o causas que determinaron una intensificación en la tendencia descendiente de dicha mortalidad. Por ello, y sin entrar en los análisis que la investigación estadístico-sanitaria requiere, puedo asegurarle que sólo un hecho nuevo, de enorme trascendencia: la puesta en práctica en todo el ámbito nacional, y con fecha uno de julio de mil novecientos cincuenta y uno, de la especialidad de pediatría-puericultura en el Seguro Obligatorio de Enfermedad.

—¿Qué significación ha tenido la introducción de esa especialidad?

—Pues la aplicación diaria de la pediatría-puericultura a los hijos de los beneficiarios del Seguro Obligatorio de Enfermedad por esa abnegadísima legión de pediatras y enfermeras puericultoras diseminados por toda la nación, ha supuesto la prestación de millones de asistencias a centenares de miles de niños españoles en forma tan eficiente como jamás se conoció en épocas anteriores.

—¿Qué cabe atribuir en esos éxitos al amplio y casi milagroso arsenal de elementos curativos con que hoy cuentan ustedes?

—Los nuevos fármacos han desempeñado el papel principal en el tratamiento y la profilaxis de las enfermedades infecciosas

—bronquitis y bronconeumonías—, curando o evitando dolencias que en otras épocas eran mortales o, al menos, inevitables. ¿Y sabe usted dónde se ha acusado más su acción sanitaria? Pues en la posibilidad que nos brindan de ampliar y prolongar la vigilancia periódica del pequeño paciente, antes interrumpida por la muerte.

—¿Y cuál es la parte del triunfo que corresponde a ustedes, los doctores?

—La que se refiere a la obra divulgadora de conocimientos elementales sobre “pediatría preventiva”. Cualquiera de sus lectores entenderá el concepto, ¿no le parece? Sencillamente, intentamos meter y fijar en la mente de las madres que la criatura debe estar rodeada por ellas no sólo de ternuras maternas y arrumacos (tan encantadores, desde luego), sino de algo así como esos cercos defensivos que se ponen a los árboles tiernos o a los parterres floridos cuando crecen bajo la amenaza de chiquelos o animales.

—¿Han podido comprobar la eficacia de esa predicación?

—Perfectamente. Llevamos a la conciencia de las madres, mediante la advertencia y el consejo, el conocimiento de normas científicas para la crianza de sus hijos y de la profilaxis de enfermedades evitables; hemos logrado rebajar el número de víctimas anuales en la edad de la lactancia, por ejemplo, a casi las tres cuartas partes de su valor respecto al comienzo del siglo. Lenta, pero seguramente, esas madres han ido entendiendo lo que significa para la seguridad de sus críos su alimentación, la vivienda, el vestido, el descanso y el recreo, los baños, etc., todo ello siempre delicado, pero particularmente durante el primer año de vida, cuando el niño es más vulnerable que nunca.

### LAS “BARRERAS DE DEFENSA”

—¿Qué le ha enseñado su experiencia respecto a cómo crían sus hijos las madres españolas?

—Puede llegarse a la conclusión de que no somos un pueblo bien preparado para defender positivamente la vida de nuestros niños. Se observa actualmente una clara tendencia de las madres por lo que pudiéramos llamar la “segunda barrera de defensa”. Le aclararé este extremo. La madre española en general da (inconscientemente, claro) margen a que la enfermedad gane el organismo de su pequeño. Por ignorancia o por pereza no se mantiene alerta cuando el niño está sano. Y cuando el mal está entronizado acude en busca del fármaco “milagroso”, en el cual ha puesto una fe que roza la superstición... Se observa que sus motivos de consulta tienen ahora un carácter curativo más acentuados que en épocas anteriores a la “era de los antibióticos”. Fenómeno hu-

mano y natural, como comprenderá, pero inconveniente y afortunadamente transitorio, que nosotros estamos haciendo desaparecer al convencer a esas madres de la mayor importancia de la puericultura. Sencillamente, insistimos en el conocido principio de que “prevenir es mejor que curar”.

—Ha hablado usted de la “segunda barrera de defensa”.

—Es que hay una primera, constituida por la puericultura, de que le he venido hablando. Como consecuencia del bajo nivel de cultura materna, los chicos escapan a la “primera barrera”. Claro está que disponiendo, como disponemos, de sulfas, antibióticos y tuberculostáticos, a cuyos elementos hemos de añadir nuestro mayor y mejor conocimiento de la fisiopatología infantil, cuando los chicos pasan la primera zona de defensa, salvamos muchas vidas oponiéndoles la “barrera terapéutica”. Es curioso señalar, en relación con la apuntada tendencia de las actuales madres, que con la aparición de los modernos medios de lucha se ha presentado un peligro. Ellas han abandonado la puericultura por la pediatría. Su desorbitada fe en el medicamento las ha hecho más confiadas, descuidando así la crianza. Y es preciso que vuelvan a entender el valor primerísimo y sustancial de los principios básicos de la maternidad. En la defensa diaria de la criatura contra los tres peligros principales que rondan su salud está la clave de la pelea contra la muerte temprana.

DORAMAS

5-8-53.

10

### LAS GITANAS DEL SACROMONTE, QUIETAS EN EL CAMINO

Los gitanos del Sacromonte—del Camino, como ellos simplifican—ya no son vagabundos ni en el verano. Por lo que hace a esta gente morena de las laderas de Granada, pueden estar tranquilos los cuchillos, los senderos, las gallinas y los civiles.

Como sobre Córdoba o Sevilla, sobre Granada se alarga el apasionado aliento africano, que, puestos a imaginar, resulta un nostálgico y extenso beso a través del mar y los montes. Todo el mundo se va huyendo del hervor del suelo y la alta fiebre del aire, que figuran aquí más abacorantes a causa de una curiosa sugestión provocada por la presencia en el paisaje de las pitas y las chumberas. Esta flora, que eriza profusamente las lomas y acompaña a uno con una tenacidad de gitanillo por la orilla de los

senderos, inventa verano, como el camello inventa arena infinita y tal vez una palma, aunque pasee su cansino garabato por el asfalto de una urbe. Se va la gente, menos los gitanos, que todos por trotamundos y algunos por ricos, casi ricos u holgados pudieran muy bien transponer sus cuevas y coger camino.

Si uno se mete por la carrera del Darro y remonta el Sacromonte en busca de las “calés” más sonadas de la tribu, se encuentra que están en sus agujeros Lola Medina, *La Faraona* y *La Golondrina*. Y no hallándose ausentes estas tres singulares flamencas, puede asegurarse, sin más indagaciones, que toda la gitanería permanece, llenando de donaire y color, de elemental desenfado, de jarana y alegría desgarradas, los recintos, graciosamente constelados de cobre, de sus viviendas, y el camino, que trepa con poca pena a una banda del río y frente por frente al perfil de torres y arboleda de la Alhambra, tan hermoso y pronto tan querido.

Ya habrán oído, porque ha dado que hablar lo suyo, cómo vive Lola Medina, esta “enduendada” destiza de “pago” filipino y gitana: en una cueva ambiciosa de espacio y refinada de estilo, donde al enjalbegado de la piedra bronca y al cobre relumbrante y profuso se oponen—en una milagrosa armonía de perro y gato bien avenidos—el mármol, los tapizados, el teléfono, el último modelo de radio-gramola y los perfumes franceses. El más templado se quedaría aquí pegado a la roca.

Cuando va delante de mí, mostrándome, tranquila y con señoría, su casa, pienso—un poco en Quintero, León y Quiroga, la verdad—que Lola sería una vara de nardos si los nardos fueran morenos. Con esta mujer van a tener los años mucha tarea. Registramos al paso un detalle: en su cuarto de baño hay una báscula, donde la gitana vigila sin un descuido, con el celo de una azafata, las demasías que acechan su cintura.

—Vive usted como una “estrella de Hollywood...”

—¡Natural!

—¿Cómo natural?

La gitana sonrío sin explicar nada y acaricia un perrillo de raza, ciego por los años, que busca torpe y obstinadamente la que- rencia de su bata roja.

—¿Por qué ha permanecido aquí usted, que puede salir a veranear como la primera?

—¿A veraneá...? Uno se va a veraneá cuando la casa de uno quema, o cuando uno está jarto de la cama dura y de los mismos muebles tristes y padésíos. Pero las cuevas son frescas, ¿no lo siente? Y aquí se está blando y sin buya ni mosca. ¿Pa qué irse, me quiere desí usted?...

—Sí... Pero ¿y la curiosidad, qué? ¿No le pica?

—Pue argún cominiyo se siente. Y sargo alguna ve. Mire, aho-

ra estuve en Torremolinos unos día. ¡Er ma sí que me gusta! Mi cueva o er ma, grande y asú. Pero en la playa solita, ¿sabusté? Na de rebumbios y eso. Yo cojo un barquiyo, con un barquero que sepa tóo lo que hay que sabé del agua salá, y me voy lejos. Nado lo que resisto y vuelvo ar bote. Ahora estoy otra ve quieta aquí, de humo de mi casa, que ya sabusté que relumbra ma que la candela en la ajena.

—¿Y esto no será que las gitanas van “perdiendo raza”?

—¡Vaya usté a sabé! Desde luego, cuando yo las veo bajá er camino, a comprá en Granáa, con unos pantalones y una blusiya camisera, me digo como aqué de la copla que vio ar de la pata de palo: “¡Malo, malo, malo!” Termiarán chamuyando inglés y ganando seisienta peseta y los puntos en una ofisina der Gobierno.

#### TAMBIÉN “LA FARAONA” VERANEA EN EL CAMINO DEL SACROMONTE

Rosa Maya, *La Faraona*, tiene su vistoso mechinal unos pasos más abajo. Bien alta y bien morena, y así como entristecida, posee la gitana un garbo solemne, como de pino antiguo en medio de un pinar retoñado. Sobre el blancor de la cueva, su facha cetrina ofrece un curioso efecto de contraluz.

—Y usted, *Faraona*, ¿no siente la comezón, cuando llega el verano, de dejar esto un tiempo y caminar?

—¿Caminá, con lo caro que están los sapato...? ¿Y pa qué quiere usté que deje mi cueva, si aquí estoy en la mismita gloria? En la casa de lo señore no se pué dormí de la caló que jase. Pero en este bujero se duerme usté pa tiempo de chumbos, y como no lo dispierten, no abre usté el ojo hasta que lo ángeles no arbeen lo armendrerros.

—¿Y cómo pasa aquí el verano?

—Metía en jaleo, mi niño. Tengo que atendé ar turismo, ¿sabusté? ¿No ve que viene el inglés, tan amariyito er pobre, o ese jombre raro de Parí de Fransia, y hay que bailá pa eyos...? Yegan aquí aburríos, con er pecho pa dentro y lo brazos corgando, jartos de esa tierras de eyos, donde pa alegrarse la gente no vale er vino por la boca, sino que hay que meterse indesiones de jeré por la sangre pa dentro. Y con tóo se quean cuajaos. Aquí, entre er so de Granáa y la sandunga nuestra, se ponen de tar forma que luego su mujeres no los pueen meté a viaje. Y no lo hasemo por interés, ¿sabusté? Bien mirao, resurta caridá, también pa las señoras der turismo, que no me diga usté que no se tienen que aburrí, las pobre, con unos maríos ar lao que paresen der sine, cuando se esconchaba la máquina y se quea er personá parao.

## "LAS GOLONDRINAS" TAMPOCO EMIGRAN

Otra cueva de rumbo: la de *La Golondrina*. Ella es bajita, morenilla, vivaz y sandunguera. Sus ojos negros saltan a todo, centinelas y alegres, cordialísimos y vigilantes del ritmo de sus fiestas.

—¡A ve esas parmas, que están tirando pa er funeral! ¡Vivo esas parmas!—grita, interrumpiendo graciosamente nuestro diálogo, a un corro colorido de sus gitanos en zambra, que baila y jalea en medio del camino, para unos nórdicos estupefactos, agrupados alrededor de una cámara cinematográfica en acción.

—Pues si, señó, a mí me yaman *La Golondrina* por mi madre, que creo que nació mu menuita y muy renegriya. Cuando la pusieron en lo arto de la cama y la vieron tan redusía y tan escuchimisá, fue y dijo mi abuela: "¡Osú, pero si parese una golondri-niya." Y ya está: *Golondrinas* pa los restos yo y éstas. Estas son mis hijas. Esa es *La Golondrina* mayó, esta la menó y aqueya la de en medio. Ese es mi marío, Jasinto Fajardo Moreno, forjaó y serrajero del jierro artístico pal flocore y pa lo que usté guste mandá.

—Pues *La Golondrina* mayor parece su hermana...

—Es que a mí, ¿sabusté?, me robó mi marío cuando yo tenía trese año. Casé mu mosita y fui a la iglesia con tre *Golondrina*.

—¿Qué pasa con los gitanos, que ya no caminan ni en el verano siquiera?

—Pasa que si se camina tiene uno que ve con la guardia siví y con el emprendimiento y con la jambre, que también tiene bigote y tricosnio de charó. Nos vamo ensivilisando, ¿sabusté? Luego que aquí nos alegramos mucho. Cuando se muere arguien en er Sacromonte e un fenómeno. Corre aire. Y hay chumbo y cole a tóo meté.

—No obstante, los chicos no parecen muy fuertes...

—Pues onde usté los ve están mu rejustos. Como andan así bien forraos por fuera, pues, er microbio no entra. En er tiempo de las habas verde, como en el de los higos chumbo, se empelotan pa too el año. Y luego que aquí no hay penas, una cosa que también cría, ¿sabusté?

—Como hay mucho "meneo" de turistas entrará el dinero bien.

—¡Diga usté que no! Dende que la Junta de eso der turismo hizo eso..., cómo se yama..., ¡tu, *Golondrina*! ¿Cómo se yama eso der turismo de la Junta?

—Er reglamento.

—Eso. Dende que hisieron er reglamento, el negocio de la sambra hay que componerlo, como a los burros de la feria, ¿sabusté?

—¿Interpretan ustedes eso que hacen los gitanos en los teatros de Madrid?

—¡Quite usted; no, señó! Lo nuestro es lo antiguo, de la antigüedad de antes. Se conjunta der cante y er baile que hasemo cuando roban a la novia y nos casamo. ¡Na de cademias!, ¿sabusté? E de la sangre nuestra, que nos sale.

Jacinto, el gitano “serrajero del jierro artístico”, precisa con cierta solemnidad:

—¡Y de los abuelo, mujé, que viene rodado!

Está transponiendo el sol, y el camino del Sacromonte es un corrido jolgorio de una punta a la otra. Al fondo está Granada, tan sorprendentemente seria y hasta triste, bajo el cerro antiguo y señorial de la Alhambra. La ciudad está constantemente advertida de su encampanada y melancólica presencia por el bronce de la torre de la Vela, que suena siempre sobre los tejados y a todo lo ancho de la vega.

DORAMAS

17-9-53.

## 11

### HA MUERTO DON CECILIO

Anoche falleció en su casa del parque del Retiro el jardinero mayor del Ayuntamiento de Madrid, don Cecilio Rodríguez. Llevaba este funcionario setenta y nueve años al servicio del Municipio, en el que ingresó como aprendiz de la Escuela de Jardinería a los nueve años de edad. Desde entonces, por su tesón y fuerza de voluntad fue ascendiendo en la especialidad que constituía su vocación, hasta que en 1914 fue nombrado para el puesto que ahora ocupaba. En 1935, al cumplir los setenta años de edad, se planteó la cuestión de la jubilación reglamentaria, pero el Municipio, atendiendo a sus muchos y meritorios servicios, acordó, a título excepcional, que continuase en activo. Y puede decirse que ha muerto en plena actividad, pues hasta hace muy pocas semanas siguió haciendo vida normal y atendiéndolo todo con aquella energía y capacidad de trabajo que constituía una de sus características más acusadas. Deja en Madrid una obra de jardinería muy importante. La Rosaleda, los Viveros de la Villa, el parque del Oeste, los jardines que llevan su nombre, dentro del mismo Retiro; los jardines de Sabatini, el nuevo trazado de la plaza de Oriente, son muestras de sus conocimientos profesionales y del amor con que los aplicó.

Fue don Cecilio hombre de fuerte personalidad, que suscitó grandes polémicas, especialmente durante los años de la República. Puede recordarse una campaña que contra él se hizo por la poda de los árboles. A la postre, en esta ocasión, como en tantas otras, don Cecilio demostró que él era quien tenía la razón. Alto, vigoroso, enérgico y tenaz, don Cecilio era dentro del Municipio una verdadera institución, en el que gozaba de cierta autonomía, pues no en vano llevaba ochenta años a su servicio. Su poderosa voluntad se impuso muchas veces a las opiniones de otros técnicos, y él solo regía el mundo complicado y agotados de los árboles madrileños. Aún no hace muchos días, el conde de Mayalde, contestando a preguntas de los informadores sobre el estado de salud del jardinero mayor, decía que “de no ser don Cecilio quien es, se hubiera muerto ya”, con lo que definía el recio carácter de este veterano funcionario capaz de sobrevivir al daño físico por un esfuerzo de su voluntad.

Madrid ha perdido con don Cecilio Rodríguez una de sus figuras más populares y calificadas, y estamos seguros de que, aun sus antiguos detractores, sentirán hoy la desaparición del jardinero mayor, que como tipo humano y como profesional fue durante casi medio siglo un ejemplo extraordinario de dedicación a Madrid. Tenía don Cecilio ochenta y ocho años. Hubiera cumplido los ochenta y nueve en el próximo febrero.

14-10-53.

12

## VIUDA DESDE LOS TREINTA Y DOS AÑOS, HOY CUMPLE LOS OCHENTA LA ESPOSA DE GABRIEL Y GALAN

Frades es un pueblecillo salmantino, del partido de Sequeros, rayando con Alba de Tormes y con la capital. Por allí—todavía un arroyuelo—nace el Alagón, que más tarde, ya “hecho un hombre”, se vuelca en las aguas grandes del Tajo. El lugar es campo de granos y pastos y tierras de encinas y de robles. Estos despliegan por una sierra pequeña, en cuyas laderas se espesa el tomillo, un tomillo de flores moradas. En un pequeño altozano de Frades hay una casa. Entre sus cuatro paredes vino al mundo un crío que se llamó José María Gabriel y Galán. Esto era el 28 de junio de 1870.

El padre de José María fue don Narciso Gabriel Panadero, labrador acomodado del campo de Salamanca. Dirigía labranzas grandes y tenía caballos, perros de caza y buenas escopetas. Don

Narciso fue un hombre relampagueante, lo mismo hablando—con el apoyo vivido de sus ojos azules, de sus manos nerviosas, de su expresión cambiante—que cabalgando por sus haciendas: “Se va a Extremadura al trote—y al trote vuelve a Castilla...” (Un día que pasaba caballero por la dehesa de Frades se halló con su lobo. La alimaña se quedó “de muestra” un instante. El jinete le echó encima la bestia y le dio una tenaz y brava carrera, después de sacarla hasta terreno claro. Así, sin tocarlo, mató don Narciso un lobo, dejándolo reventado sobre los tomillos.)

La madre era alta y hermosa, de ojos luminosos y serenos. No se sabía en todas aquellas rayas de mujer más inteligente y más amiga de libros. En ella nace, como el Alagón en su pueblo, el arroyuelo lírico que habría de ser caudalosa corriente en el hijo José María. Los versos de “El ama”—como todavía la llaman sus deudos, pues ella fue la referencia del famoso poema—, cantaban donosamente la vida y las ausencias de los hijos.

Estos fueron siete: Matilde y Luisa, muertos sin alcanzar los tres años; Enriqueta, que casó con un labrador de La Maya y murió joven; Carlota y Baldomero, José María y Luis.

### SOMBRA DE LA IGLESIA

Frades, que es campo alto, con muchas fuentes cristalinas y aire seco, es bueno también para el espíritu. Todo el pueblo vive bajo la sombra ancha y sana de la iglesia. En Frades no se baila “agarrado”. Se baila suelto, al son del tamboril y la dulzaina. Pues las sencillas danzas se acaban rigurosamente el martes de Carnaval, hasta que pase la Cuaresma. Y ese mismo día se friegan las sartenes en señal de que ya no volverá a comerse nada en tal tiempo fuera de vigilia. Por Corpus, los mozos van y arrancan tomillo y echan sobre las calles una larga y olorosa alfombra morada.

A la vera de tales padres y en esa límpida atmósfera campesina y religiosa, crece y se hace adolescente aquel José María que estaba llamado a ser el cantor más popular del hombre y las tierras de Castilla y Extremadura. Todo este clima es una clara explicación del hombre y del cantor.

### PRIMEROS VERSOS

El chico, que salió alegre, travieso, inquieto y burlón, fue creciendo, leyendo, estudiando... Un día “se destapó” con unos versos burlescos titulados “La aristocracia del lugar”. Ponía en solfa

a las "fuerzas vivas", incluido su padre, amigo del vizconde de Revilla, jefe político salmantino; al mismo vizconde y a otros. A don Narciso y al aristócrata les hizo gracia la precoz caricatura del inesperado poeta. Pero la madre juzgó prudente retirar los versos de la circulación, "no fuera a no entender la chiquillada alguna de las 'víctimas'"...

Pasan luego por la vida del poeta dos grandes ciudades: Salamanca y Madrid. En ellas cursa los estudios de profesor normal, con el propósito de opositar a cátedra. Entretanto se convocan las vacantes, gana la escuela abulense de Piedrahita.

### AMOR Y BODA

Don Narciso Galán era un apasionado cazador. El hijo se aficionó con el padre, y su escopeta fue de las más famosas de los contornos. En el verano solían ir al pueblecito extremeño de Guijo de Granadilla, estándose en la casa de unos primos de don Narciso. También aquella parte era buena tierra de conejos y perdices.

Los parientes del hacendado salmantino tenían con ellos una sobrina. Era una mocita de mediana estatura, morena clara, con el pelo y los ojos negros, guapa y graciosa. El poeta la encontraba allí todos los estíos. A ella ya no le gustó más que aquel mozo espigado que tenía unos ojos profundos y al tiempo alegres y que hacía unos versos tan galanos, hablando de los labriegos y de las tierras suyas. El fue advirtiéndole que le encantaban sus maneras nerviosas, su movilidad, sus risas francas. Así, suavemente, sin explosiones, como todo en la vida del poeta, nació y creció aquel amor.

José María desposó a la mocita guapa de Guijo de Granadilla en la iglesia de Plasencia. Luego se la llevó a Piedrahita, que allí estaba el deber de su escuela.

### LA LIBERTAD EN GUIJO

Pero empezaron a apretarle el corazón los cuatro muros del centro de trabajo. Sin remedio piensa uno que de volar, la libertad para un poeta de su alcance estaba en Madrid... Pero un extraño apego a la tierra campesina hace que cuando renuncie al monótono encierro escolar se vaya con la esposa a Guijo de Granadilla. Dirigiendo las labranzas, cazando y escribiendo versos, siempre en el campo, bajo la sombra de una encina, encuentra la libertad que apetecía su corazón.

## LA MUERTE

El día 31 de diciembre de 1904 llegó del campo a los patios de su casa José María Gabriel y Galán. Nada más bajarse del caballo se quejó de un dolor en un lado del estómago. Aquella noche el mal se agudizó, subiendo la fiebre hasta producirse delirios. Acudieron los médicos del lugar y se habló de “frío al vientre” y de “cólico miserere”... Recetaron ladrillos calientes y botellas con agua casi hirviendo. El día 1 ó el 2 de enero mandáronle un purgante... Empeoró rápidamente. Se avisó a Salamanca, a su hermano don Baldomero, que allí era abogado del Estado. De la tardía carta dedúcese en la ciudad que se trataba de un dolor de apendicitis... Don Baldomero acudió con un cirujano, y cuando los dos se bajaron en la estación de Oliva y Villar recibieron la tremenda nueva de que el poeta ya había muerto. Era el 6 de enero de 1905. Tenía treinta y cinco años.

## HOY CUMPLE OCHENTA LA VIUDA

Allá en Guijo, agarrada a la memoria de sus muertos y a la tierra nativa, quedó la joven viuda del poeta. Fueron vanas las pretensiones de algunos galanes de Granada que quisieron hacerla su esposa. “No podría querer a nadie después de haber amado a José María”, era su invariable respuesta. Fallaron también los ruegos de los hijos a los cuales había ido dispersando en la vida para que descansara junto a ellos, luego de tantos años de admirable dedicación al esposo, a los pequeños y a las haciendas por último.

Hasta que no la venció el tiempo, hasta que no sintió que había que abandonar su puesto, al que silenciosa y apasionadamente había servido, no accedió a reunirse con sus hijos, don Jesús y don José. Con ellos vive ahora en Madrid, en una señorial casa de la calle Ancha de San Bernardo, desde hace años. Y junto a ellos cumplirá hoy los ochenta de su ejemplar vida de esposa y madre a la más pura y mejor manera española.

Se debe un homenaje a este espejo de damas. Y como ella vive de espaldas al mundo, recogida a la memoria del poeta, habrá que rendírsele a éste para alcanzarla así a ella. Recogemos, por esto, apasionadamente las sugerencias que ya ha lanzado la Prensa salmantina y cacereña para que desde ahora se comience a pensar con seriedad en la más sonada celebración del cincuentenario de la muerte del gran cantor de Castilla y Extremadura.

LA POSADA DEL PEINE EXISTE EN LA CALLE DE POSTAS  
DESDE 1610

Catorce puertas tenía la villa. De esto hace ahora casi un siglo. ¿Y catorce puertas, para qué...? Con dos tan solo, ya es mala de guardar una casa. Qué no sería todo Madrid—aun siendo tan... villorrio entonces—con tanto hueco sobre tanto camino de carros y tanto brillo, a todo lo ancho, sobre el cerco infinito de su paramera. Había una copla que se refería con sandunga a tal franqueza. Decía así: “Como Madrid está sin cerca, — a todos gustos da entrada; — nombre hay de Puerta Cerrada, — más pásala quien se acerca.”

¿Y quién se acerca...? Advenedizos de todos los puntos del reino en busca de mudanza y de fortuna, entre ellos la flor y nata de la picaresca nacional. Aquí metieron raíces, se cruzaron con los nativos, asentáronse principalmente en el “cuartel” de Lavapiés y crearon la “manolería”, los manolos y las manolas del castizo y requetesuspirado XIX.

Aún había más comparsas del vaivén. Además de aquella gente folklórica, que iba madurándole a la ciudad la breva pintona del arrabal, entraba otra que apenas calentaba el sitio, pero que le metía a la ciudad color y vida, bulla y garbanzos, trajín y queso. Dos cosas, en fin, de mucha importancia: sustento y acento. Estos otros “flotantes” eran los trajineros de los carros heroicos; los arrieros, que arribaban serios en lo alto de grandes y caminadores machos; los hortelanos, que venían a regatear más, después de haber regateado tanto con la tierra y con los tiempos; los ordinarios, corsarios y recaderos, fieles al mandado y fieles al camino, lo mismo si el aire venía con poder, derrotando y navajero, que si hacía un sol que rajaba las piedras. Como éstos no eran mayormente carne de picaresca, algunos que se quedaban ponían un puesto de frutos del campo, abrían un mesón o servían a los trajineros y demás gente vinos gordos de la tierra castellana. Así aquel leonés, fundador de un ventorro por la carrera de San Isidro, que escribió sobre la puerta de su industria: “Soy de Astorga, — vine a Madrid, — perdí el billete — y me quedé aquí.”

## EL MADRILEÑO Y SU DESENCANTO

Resulta curioso advertir, para explicarse la fuerza y la preponderancia creadoras del paleta en la Corte, que el madrileño era un hombre desencantado. Nacióle tal vez este desencanto de su presencia en la tramoya, de su actuación más o menos directa tras las alcahuetas y entre los bastidores del tinglado donde la farsa tenía su representación primera y principal. Aparte los esporádicos arranques—las “acciones por ráfagas”—, que bien mirados eran parte de su condición española, el madrileño “se dejaba ir”, que es lo que suelen hacer los que están de vuelta y han adquirido fiema. Don Ramón de Mesonero Romanos corrobora esta sospecha cuando define de esta manera el carácter del hombre de la Corte:

“Los hijos de Madrid son, en general, vivos, penetrantes, dotados de una fina amabilidad.” Pero la “educación demasiado regalada (!), las seducciones de la Corte y otras causas de este tenor, cortan el vuelo de aquellas facultades naturales. Así que brillando por su elegancia, sus finos modales y su divertida locuacidad se les ve permanecer alejados de los grandes puestos y relaciones, dejando en primer lugar y en su mismo pueblo a los forasteros, que con más paciencia y menos arrogancia vienen a vencerlos, sin encontrar apenas resistencia de su parte”.

¿Entiende usted ahora dónde vamos a parar? Vamos a parar en que la gente fundadora fue la gente paleta. Y una vez determinado esto, intentemos ver algo de lo que ellos levantaron sobre el perfil incipiente de la Villa. Algo de lo que queda claro, por ahí, en alguno de esos rincones que por faltos de “estrategia” han dejado en paz el implacable cemento de las inmobiliarias y los Bancos y la insinuante tortita con nata y caramelo. Es lo cierto que de casi todas las estancias, de casi todos los comercios, las diversiones y alivios de entonces, queda sólo un vago recuerdo. Lo hemos comprobado con cierta nostalgia leyendo cosas y caminando por los viejos barrios de Madrid. Pero si se busca pacientemente acaba uno por encontrar el milagro de algunas cosas todavía a flote sobre la marea de la ciudad en camino de gran urbe.

## EN BUSCA DE LOS RESTOS

Y en eso hemos andado curioseando lo que se sostiene y metiendo las narices en ello para ver cómo fue y cómo marcha. No se figure el lector que esta averiguación ha sido pan comido, como

aquel que dice. La gente no se acuerda. A cada momento oye uno que le dicen: "Sí, había un viejo por ahí, por Lavapiés, que sabía, pero se murió la semana pasada." En muchas ocasiones los preguntados remolonean, porque el que tiene una industria y le marcha regular no quiere latas. Y el periodista es una lata para estos vecinos, todavía acorazados contra lo yanqui y su escuela. Pero, en fin, algo se ha pescado.

#### LA POSADA DEL PEINE

Los forasteros no estaban para repulgos. Ni por hábitos ni por apetencia estaba nadie para ellos en la áspera España, mucho menos cuando se pasaba un camino a lomos de caballería o entre las bandas duras y bien medidas de una diligencia. Cerca de la Puerta del Sol tenían los pobres—incluidos los exquisitos propietarios del aire, que tenían castillos en él—lugar donde reparar los huesos: la Posada del Peine.

Este parador de trajineros y feriantes, de aventureros y aves de paso, de artistas y de soñadores, ofrecía techo y catre a quien lo pagara y no viniese con melindres.

¿Quién abrió esta posada hace ya más de tres siglos y medio, estando en el trono don Felipe III, el que, por cierto, tuvo la ventolera de llevarse la Corte a Valladolid, reintegrándola a los cinco años, arrepentido a la fuerza en vista de lo mal que sentó su real gana? ¿Y por qué le pusieron ese extraño y pintoresco nombre? No lo sabemos, pese a haber preguntado, tal vez, sin fortuna, y hojeando viejos libros y otros nuevos con historias viejas.

Lo cierto es que perdura durante más de tres siglos y medio—desde el 1610—en la misma rinconada de la bulliciosa calle de Postas, donde un día lejano la abriera un olvidado mesonero.

#### Y HOY SOMBRA DE MÍ NO SOY...

Naturalmente, la Posada del Peine es ya otra cosa. El tiempo y las circunstancias fueron variándole su configuración y su espíritu. Antaño tenía, como las otras, un viejo portalón, un patio ancho y empedrado de guijarros en punta y unas largas cuadras a las bandas, con cama y paja para las bestias. Cuando se entraba olía a cocina: a callos, a cordero, al sustncioso cocido de los buenos tiempos. Pero poco antes de la guerra del 14, el dueño, padre de la señora viuda que actualmente la posee, quitó las cuadras,

cerró los patios, liquidó los fogones... La gasolina había ganado una nueva batalla.

A partir de entonces la posada sólo recibía "gente a dormir". Ya no respondía la del Peine a esa descripción de Azorín: "Tal posada tiene un balconcillo con dos cristales rotos, sobre la puerta; tal otra tiene un zaguán largo y estrecho. En los cuartos de las posadas hay unas camas chiquitas y abultadas, las cubre un altar rameado; en las maderas de las puertas se ven agujeros tapados con papel, y las fallebas y armellas se mueven de una parte a otra y cierran y encajan mal." Se allanaron los gastados peldaños, se enladrillaron los pisos, pusieron cristales con dibujos modernos en las ventanucas que abren su luz sobre los patios húmedos. Y crecieron y se ablandaron las camas.

#### CINCO PESETAS EL CUARTO

No hay aquí teléfonos. Ni los puede haber. Cuando el periodista, distraído en la observación del ambiente, siente que un empleado habla con alguien dentro por teléfono, pregunta:

—¿Es que hay teléfono en las habitaciones?—aún no habíamos subido a verlas, lo que no fue tan fácil.

—¿Este señor es... un poco ingenuo!—sintió que le replicaban en un aparte—. ¿Cómo quiere usted que haya teléfono en habitaciones de cinco o seis pesetas? ¡Pues arreglados andaríamos!

—¿Dice usted cinco o seis pesetas?

—Naturalmente. Ese es el precio corriente, aunque las hay más caras. A doce pesetas con cincuenta y cinco céntimos.

No piense el lector, en vista de esas tarifas que la posada del Peine tiene por esto una parroquia esencial y totalmente popular. Lo mismo entran a dormir en ella un pobre de solemnidad o un humilde labriego castellano que un sacerdote o un médico. Hay familias de ricos labradores y ganaderos, con "teneres" más que sobrados para acomodarse en un hotel del centro, que vienen fijos a la histórica posada, porque a ellas vinieron sus bisabuelos, sus abuelos y sus padres, y allí se encontraban bien.

—¿Mucha gente?

—Pues sí. Esto está siempre lleno. Claro que hay bastante personal fijo.

En efecto, allí han encontrado refugio numerosas familias modestas esperando que un día se resuelva esta gorda papeleta de la vivienda.

—¿Cuántas habitaciones?

—Ciento setenta y tres, todas individuales. Eso de los dormitorios comunes diga usted que es un cuento.

## LAS SÁBANAS SE LAS LLEVAN MÁS EN LOS HOTELES

—¿Y cómo se desarrolla la vida en la posada? ¿Tranquila?

—Pues, mayormente, sí. Suele haber quien se lleva una sábana, pero esto pasa también y más a menudo en los hoteles de lujo. Por lo demás, las inquilinas arman alguna vez trifulca, pero nunca llega la sangre al río. ¡Cosas de mujeres, puede imaginarse!

Entra y sale gente constantemente.

—¿Tienes cuarto?—preguntan.

—Lo veremos.

El conserje da un vistazo a un cuadro policromado y lleno de números y agujeros que tiene a su izquierda. En algunos de estos agujeros hay un clavo puesto. Ese clavo quiere decir que la habitación correspondiente se ha quedado libre.

## NO HAY NADA QUE HACER

El cronista está un poco—quizás un mucho—desconcertado frente a sus interlocutores. No hay modo de abrir brecha en la correcta pero cerrada actitud de quien podía, creemos, refrescar curiosos recuerdos de este viejo mesón. Pregunta por decir algo:

—¿Y algún banco o alguna inmobiliaria, no han tentado a la propietario del inmueble con sus millones?

—Pues, que yo sepa, no.

—Ya... Menos mal...

—¿Menos mal por qué?

—Hombre, pues es una cosa más del viejo Madrid que escapa al embate, quiero decir al crecimiento de la ciudad... Vamos, digo yo...

—Bueno, si usted lo dice...

No hay nada que hacer, sino meterle el capuchón a la pluma y coger el camino. Nos afirmaron desde el principio rotunda y teñazmente que la señora “no quiere propagandas”. Que lo que quiere es que la dejen tranquila. Tal es la razón de que haya quedado esto primero algo así como un cocido de ahora, con restricciones.

MONAGAS

UN MOZO DE CASTILLEJO DE MESLEON LLEGO  
A LA CORTE Y SOBRE EL VIEJO PARADOR DE SAN  
PEDRO LEVANTO EL MESON DEL SEGOVIANO

A COMER A LA CAVA

Para parar y comer era también bueno pasar las arcadas de la plaza Mayor y meterse en las Cavas, parando en la Baja, callejuela movida por todos los trajineros, mercaderes y cosarios de la Castilla cercana a Madrid. “La Cava Baja—escribió un cronista—no es Madrid. Es la calle Mayor de un pueblo de Castilla la Nueva. Dan vida y animación a esa calle las galeras, carros y carricoches de los pueblos de esta provincia, y más lejos, el sinnúmero de caballerías que constantemente entran y salen de las posadas, ya portando géneros de comercio, ya sirviendo de medio de locomoción al labrador, que en sosegado macho hace su entrada en la corte, llevando a la grupa a la esposa o a la hermana.”

Allí estaban la vieja posada del Dragón de la Villa, con una curiosa historia tras el nombre legendario, sostenida en el murellón antiguo de la ciudad; la de El Galgo, la de El León de Oro, La Merced, la de San Pedro... ¿Sabíais que andando el tiempo esta de San Pedro acabó en el salado pintoresco mesón del Segoviano?... Como la posada del Peine, tal mesón debe arrancar del 1600. Su concreta historia se desdibuja y se pierde en el descuido natural de quienes no pensaron nunca que pudiera ser un día motivo de curiosidad y hasta de amor. Encontramos el hilo en los últimos años del XIX.

LLEGÓ A LA CORTE UN MOZO DE CASTILLEJO DE MESLEÓN

Hacia 1860 rompió en su primer llanto un nuevo vecino del pueblecillo segoviano de Castillejo de Mesleón. Los padres eran labriegos y pastores. Tal vez las dos cosas al tiempo. Por eso, en cuanto el chaval, medio criado, pudo remontar un ramaje, encandilado por el nido de unas aves, se pegó a la tierra o se estuvo quieto a la orilla de una punta de ganado. El chico no era espigado, ni sorprendente, ni galano; pero tenía los ojos vivaces, los movimientos ágiles y, al tiempo, un temprano asiento en las faenas y frente a los rapaces con los que iba a pájaros o a la fruta ajena. En cuanto remontó los quince años, la vida igual y tardía

de la aldea empezó a desasosegarlo y a ponerle triste la mirada. Aguantó hasta los diecinueve o veinte años. Entonces subió a una galera y se metió por las puertas francas de Madrid.

Pronto halló trabajo en la capital. Se lo dieron en el parador de Barcelona. Castellano y ambicioso, cuando lo atacaron lo que don Ramón de Mesonero Romanos llama las “seducciones de la corte”, pincharon en hueso. Los escasos márgenes de libertad los llenaba acudiendo a los corros baratos de la Puerta del Sol, engrosando las bandas de mirones de los billares del café o esponjándose al sol dominguero en los quietos moceos de la plaza Mayor, envarados por el rayo caliente y la reserva aldeana. No gastaba, pues, una perra. Ahorraba con el celo apasionado de un emigrante canario o gallego.

#### DEL MESÓN DE SAN PEDRO, AL DEL SEGOVIANO

Un día bajó a la Cava en busca de gente viajera de tierras de Segovia. En el 35 de la callejuela había una taberna cerrada. Por falta de ángel o por exceso de agua, el tabernero había tenido que echarle la llave. Le habló Santiago González, el mozo segoviano.

—Si usted se pone en razón, quizá yo pueda abrir ese negocio.

—En dándome usted veinte duros—respondió el del figón—, le pongo la llave en la mano.

Santiago desdobló el pañuelo y sacó el dineral. Después se casó con una moza de su misma tierra, nacida y criada en Navas de la Asunción, que se llamaba Petra. Petra Piquero. Como la luna de miel es cosa de libros y de señoritos, allí dentro la pasó la pareja, poniendo en condiciones la taberna-hostal. Luego él se metió tras el cinc, sirviendo rondas de tinto y blanco, y ella se arrimó a los fogones, preparando con buena mano sopas de arriero, cocido y callos. Fueron viviendo. Y guardando. A los dos años de esto, Santiago compró por poco el viejo parador de San Pedro, que está casi enfrente. A partir de entonces fue él quien recibió los carros y las recuas y quien dio a los ordinarios y trajineros las “camas chiquitas y abultadas” que vio *Azorín*, cobrando también el aposento de las bestias, que llenaban los patios a todo lo largo, con capacidad para sesenta o setenta machos y caballos. Todavía hay en el ancho zaguán, a la derecha según se entra, pesebres para cinco animales.

Santiago y Petra Piqueros fueron engordando y, consecuentemente, haciéndose más sonrientes y gentiles con su brava parroquia. Esto gusta a cualquiera, aunque sea rudo. Por eso se creó una clientela grande y leal.

## LLEGA LA FAMA GRANDE

Pero la fama, la fama grande que levantaría el humilde figón sobre todos los tejados de la Villa, estaba pendiente. Pendiente de la literatura; véanse las cosas: retornó un día de un largo viaje a Hispanoamérica Grandmontagne. Era por el 1920 ó 21. Esa vuelta debió haber sido acogida con emoción particular, porque conmovió de fondo a lo más auténtico y brillante del espíritu joven de la época. Antonio Machado dijo: “Cuenta la historia que un día, —buscando mejor España,—Grandmontagne se partía—de una tierra de montaña,—de una tierra de agria sierra...” Quiso la flor y nata de las letras y las artes decirle al escritor: “¡Bienvenido!” por todo lo alto y por todo lo castellano. Y anduvieron Ramón Gómez de la Serna, Pérez de Ayala, los Machado y otros ingenios de entonces buscando un lugar con “clima” donde darle al viajero una sonada comida a la antigua, dispuesta en un viejo marco y servido con cazuelas y cucharas de palo. La típica cuchipanda se vio amenazada del fracaso.

—¡Semejante antojo!—rezongaban los taberneros consultados—. ¿Qué hago yo luego de que ustedes coman y beberreteen con tanta cuchara de palo y tanta cazuela? ¡Conmigo no cuente!

Pero fueron a Santiago González. Y el segoviano dijo que sí, que él compraría para los señores artistas todas las cazuelas y todas las cucharas que fueran menester. Y que si luego había que arrinconarlas..., ¡bueno! Más perdimos con Cuba y con Filipinas... El mesonero tendió manteles a todo lo largo del portalón, por donde entraban y salían las recuas y los carros del viejo parador de San Pedro, que desde entonces se llamó de El Segoviano. Allí se dio el impresionante banquete, con platos castellanos, vinos castellanos y discursos castellanos, todo, quitando las cazuelas y las cucharas de plata de ley.

Por cierto que en el transcurso de uno de los discursos comenzó a rebuznar una caballería. Y hubo rebumbio, malicias y donaires a cuento de la coincidencia.

Esto dio al mesón del Segoviano un empujón definitivo, tan definitivo que de veinte duros que le costó a Santiago ayer ha subido hoy—según cantan ofertas murmuradas—a dos millones de pesetas...

¡TODAVÍA HAY UN CORSARIO!

Si usted va un viernes por la mañana, algo tempranito, al mesón del Segoviano verá entrar por la Cava un viejo carro con un tiro de cuatro bestias, blanca la delantera y rucias las que la flan-

quean y a la que tira entre las varas. En lo alto del entoldado carruaje viene Bautista García y García, ordinario recadero o cosario de Illescas, en las rayas de Madrid y Toledo, justo a 35 kilómetros de las dos ciudades. Detrás camina un perro, un perro guardián.

—Para que usted entienda: va atrás del carro porque es que los tiempos no son de fiar. Abunda la necesidad y abundan los sinvergüenzas. ¿Se da cuenta?

Este asombroso superviviente de los viejos trajineros españoles nos parece un hombre singular por muchas razones. Gran tipo castellano Bautista. Lleva un pantalón de pana negra, un blusón del mismo color, una boina estrecha y ceñida rematando la intensa cabeza. Es de mediana estatura, recio, resuelto, pero discreto. El rostro lo tiene colorado del mucho sol y del aire bravo que ha cogido en los caminos que anda y desanda desde hace más de treinta años.

#### EL ABUELO TAMBIÉN VENÍA

Que su abuelo Aquilino estuviera yendo y viniendo a Illescas toda su vida, hasta que se murió a los sesenta y dos años, para acarrear a la capital toda clase de mercancías y llevarse de aquí desde un perfume fino hasta un saco de cemento, vaya. Cogió ese oficio y eran los tiempos. Todavía se entiende lo de su padre, Vicente, que anduvo en el mismo trajín hasta poco antes de irse a la tierra. Pero que en este tiempo de aviones, trenes, autobuses y camionetas Bautista siga de cosario de Illescas, con su viejo carromato, sus machos grandes y su perro guardián a la zaga, no me digan que no es para quedarse como quien ve visiones.

—Desde luego que sí. Pude haber entrado por el camión, pero... Con los oficios pasa lo que con las mujeres, que se le tiene ley a una y las demás, sí... Pero la que tira de adentro es aquella, ¿comprende? Después hay que la gente me aprecia, tanto en Illescas como aquí. El comercio madrileño y el de allá me conoce y tiene confianza en mí. Esto también me llena. En resumidas cuentas: me basta el carro para dormir ancho. ¡Y allá los camiones!

—Pero criar cuatro mulas “camellas” como ésas...

—Desde luego que tragan, no le digo a usted que no. Pero para que entienda. Mire, yo vengo a Madrid, fijo, cada viernes, a menos que dé en nevar recio y se pongan los caminos que no hay de qué. El resto de la semana labro unas tierras que tengo allí. Aquí entran ahora los machos. Ellos me sirven también para arar, cargar y demás.

## LLUEVA O VENTEE...

De verano a invierno, fijo a las doce de la noche, aunque el tiempo vuelva cuchillos el aire, aunque la nieve y el viento serrano saquen los lobos a los caseríos, Bautista García y García sale de Illescas, pasa la carretera castellana en unas ocho horas y amanece en Madrid, igual que en la edad de oro de las posadas y mesones de la Villa, cuando venía el abuelo Aquilino.

—¿Y nunca le han dado un susto por esos mundos, trayendo, como trae, mercancías apetecibles?

—Pues mire, no, señor. Desde luego, yo no vengo solo. Mi hermano Santiago viene también.

—¿Desarmados?

—Eso, no. Traigo una escopeta. Uno no sabe lo que hay tras las vueltas del camino, ¿comprende? Pero, gracias a Dios, hasta ahora voy y vengo en paz. A mi padre le oí contar yo, siendo un mocoso, que en sus tiempos había por ahí, por el kilómetro treinta, un salteador de caminos que lo apodaban *el Zapaterín*. Creo que solía parar en un punto que llaman la Casa Quemada. Hablaban de él poco menos que en romances, porque era bragado, y se sabía el monte como la palma de la mano. Pero con los míos no se metió nunca. Tiraría más bien para la gente gorda, digo yo. Y como mi padre era un trabajador de muchas fatigas y *el Zapaterín* lo sabía, pues eso.

## UN "PALETO DE GARROTAZO Y TENTE TIESO"

—¿Y aquí, en Madrid, tampoco le ha pasado nunca nada?

—Aquí, en Madrid, sí, ya ve. Como uno trae este aire de paleto, pues siempre se tercia un pícaro que cree que todo el monte es orégano, como aquel que dice. Me pasó un día de mucho calor que salía de una cervecería. Se me arrimó un chaval que no debía tener más de once años. Y fue y me dijo: "Oiga, usted, ¿quiere decirme de cuánto es este billete?" Me enseñó uno de marcos de Alemania, que esto que le cuento a usted era a poco de la primera guerra grande. Yo lo vi venir, pero... Le dije, digo: "¡Chico, llevas ahí lo menos quinientas pesetas!" Y seguí mi camino, que iba para la Cava. En esto se me acercó un señor, bien portado él, con una corbata de pajarita y un sombrero de paja, de los que se estilaban entonces. Me para y va y me dice: "¿Se ha dado usted cuenta? Ese chaval lleva un fleje de billetes como el que le enseñó." "Bueno, ¿y qué?", le dije yo. "Pues que entre usted y yo podríamos hacer negocio comprándoselos. Como yo no llevo di-

nero bastante, si usted quisiera..." Todavía le dio al pico que era un primor escucharlo. Le dije, digo: "Bueno, pues véngase conmigo aquí, al mesón del Segoviano, porque es que allí tengo los cuartos, y hablamos." Fuimos. Ellos se esperaron en la calle. Yo entré en las cuerdas, cogí el mango de una escoba, pasé por esa puertecilla que usted ve ahí y me salí a la acera. El hombre estaba apoyado en el postigo, muy flamenco, esperándome. Le tiré en la cabeza con el palo, sin más palabras. El sombrero de paja se partió como una galleta. Luego le di vapuleo de respeto. Me llevaron a la Comisaría y al Juzgado. Dijeron allí que no había derecho a golpear así a un hombre. Respondí que aquello no era un hombre, sino un granuja suelto, y que si encima se iban a poner de su parte. En total, que tuve que pagar sesenta pesetas de multa. ¡Son las que más a gusto he soltado en mi vida! Después no me ha vuelto a pasar nada notable, así como esto.

DORAMAS

14-7-54.

15

### EN 1839 LLEGO A ESPAÑA MONSIEUR LHARDY, UN SUIZO QUE FUNDO EL PRIMER RESTORAN EUROPEO DE MADRID

Madrid contaba con algo de más nivel que estos castizos mezones. Un local que le dio tono europeo a la ciudad: la casa Lhardy. He aquí la historia, en síntesis, de este precursor hotel-restaurante.

Pareció liquidarse con un abrazo—el famoso de Vergara—el bronco y cruento choque de la guerra civil, la española y novelesca guerra carlista. Era el 1839. Por la mano de Espartero—que de hijo de un carretero manchego había llegado a duque de la Victoria—, Cristina, la regente, había ganado la pelea. Y en este año, a poco de iniciarse la pausa, cruzó los Pirineos, tomó una diligencia en las tierras altas y se vino para Madrid un suizo pasado por Francia—por la piedra pulimentadora de París, especialmente—. Este forastero era monsieur Emile Lhardy, un hombre listo, de mucha letra menuda. Había trabajado cuando mozo en Besançon. Allí "rompió piedra" como pastelero. Rompió piedra y aprendió un rato largo de harinas, azúcares y sus mezclas. Cuando se sintió algo fuerte en el oficio, lió su petate y se plantó en París. Aquí se metió en terrenos gastronómicos más profundos y extraños: fue aprendiz en el arte culinario. Y pronto maestro. Encontró una brecha en Burdeos para establecerse por su cuenta y caminó para

Burdeos. Allí abrió Emilio Lardhy su primer restaurante y el primer capítulo de su fama europea como cocinero.

### ¿POR QUÉ VINO A MADRID M. L Hardy?

¿Qué lo trajo a la tierra caliente e inquieta de España? Exactamente no lo sabemos. Hemos leído que Lhardy fue gran amigo de Próspero Merimée, y que Merimée iba en ocasiones hasta los portales del Sacre-Coeur parisiense a encontrarse con dos nenas españolas, de nombre Francisca y Eugenia de Guzmán, de las que también era amigo. El famoso escritor francés llevaba a las pequeñas andaluzas golosinas de Lhardy, que las que habrían de ser andando la vida duquesa de Alba y emperatriz de Francia gustaban encantadas. Ellas supieron así de este suizo criado en Francia. ¿Influyó tal contacto en la decisión del famoso cocinero-repostero de venir a instalarse en Madrid?

Anduvo el hombre por la estrecha Villa en busca de local, y halló uno en la carrera de San Jerónimo, en el 6. Abrió aquí su "pâtisserie". Y empezó a venderle a los madrileños unos productos exquisitos, que sólo se atragantaban al nombrarlos: "petits choux", "eclairs", "mille feuilles", "mousse de chocolat"... A los bollos los llamaba "brioches", "croissants", "muffins", "plum-cakes" y así. Pero la gente pedía lo mismo que ahora: "Deme de eso." Y comía embelesado las cosas finas que "mesie" Lhardy componía allá abajo y allá arriba, en unas misteriosas dependencias que daban a la vieja y legendaria callejuela del Pozo.

### COMO LA ESPUMA

Aquello empezó a marchar. El industrioso y simpático suizo compró la casita de cuatro plantas en que se había instalado, dispuso los sótanos para cocina, mantuvo y mejoró el despacho de la calle, ensayando el consomé en la "barra", que aún perdura; montó comedor en el principal y habitó algunas habitaciones en el ático para huéspedes escasísimos o seleccionados poco menos que con pinzas.

Lhardy empezó a llenar el ámbito elegante de la ciudad. Recordando su primera gloria, dice Ramón Gómez de la Serna: "Lhardy ha pasado por su edad de oro, que fue cuando la cacerola de monsieur Lhardy relució más. Entonces fue cuando a las cinco de la tarde se servía un consomé de moda, con su copita de Tokay, que muchas damas tomaban en su berlina, servidas por esa especie de ama de cría masculina y de librea que es el lacayo. En

Lhardy fue donde se aprendió a decir en Madrid “voillon”, “fruits glaces”, “claret-cup” “sherry-gobber”, “gibier”, “oeufs brouillés aux truffes”, “vermut”.

#### OTRA VEZ LA LITERATURA

También recuerda Ramón, al pasar revista a la serie de banquetes de los “reyes burgueses” que allí se celebraron desde su fundación, uno que él considera “la cena más dichosa y en la que los comensales fueron más sensibles al agasajo, aquella a que el marqués de Salamanca invitó a los famosos bohemios de la “cuerda granadina”, escritos incipientes y con hambre, entre los que se encontraban Pedro Antonio de Alarcón, Castro y Serrano, Manuel del Palacio, Fernández y González, jóvenes que, por una audacia de su buen humor, comieron opíparamente en vajilla de oro y en un comedor destinado a ellos solos, y en cuya puerta, sobre una silla, pusieron una caja de pistolas con la siguiente inscripción: “Queremos estar solos, y al que no acepte nuestra augusta soledad, le prenderemos fuego en el corazón.” “¡Cena arrebatada—comenta Ramón—, que acabó con una lectura de versos, bajo la ducha de la nieve, a los pies de la estatua de Cervantes, en la plaza de las Cortes!”

Lhardy fue coyuntura de galanterías, toque de elegancia, punto de refrigerio o cuchipandas en grande; rincón de conspiradores, asilo de artistas, orgullo, en fin, de un sector madrileño, que puso en él todas sus complacencias, porque sintió, más allá del consumé y de sus platos franceses o castizos, que aquel rincón de la Carrera ayudaría a aliviar de ruralismo y tono gordo al estilo de vida de una ciudad que paradójicamente había sido capital de medio mundo.

#### Y UNA ANÉCDOTA POLÍTICA

Lhardy tenía que verse envuelto en la política, irremediablemente, como se veía envuelto en la literatura. Sus característicos y bellos comedores, que hoy se contemplan con embeleso y con escalofríos, están llenos de historia, especialmente de la historia agitada del reinado de Isabel la castiza. Hay anécdotas a cientos. Esta es curiosa. Lhardy le sirvió una vez de burladero a González Bravo, siendo ministro de la Gobernación, cuando el toro de una masa amotinada le buscó la vida con su tremendo cuerno. Resultó que se había levantado la gente, una vez más, y agolpado en la Puerta del Sol, frente al entonces Ministerio.

Era una fea asonada, que pilló al ministro en su casa. Resolvió el político, que era buen y grande hablador, ir personalmente a calmar el tumulto. Para aliviar el riesgo se vistió con pana y dril y se puso un sombrero de arriero. Así llegó a Sol.

Pero no pudo entrar en el Ministerio, impedido por el tumulto y su disfraz. Y sin pensarlo, subió a una farola y dirigió a las masas una arenga, tan derecha y bien entonada, que la marea empezó a calmar. Pero en esto se escamó algún avisnado madrileño. ¿Cómo hablaba tan bien aquel "isidro"?... Fueron a por él. Y González Bravo se vio negro para escabullirse carrera de San Jerónimo arriba. Por las puertas de Lhardy se metió jadeante y allí lo escondió don Emilio veinticuatro horas, sacándolo a su tiempo por las puertecillas del callejón del Pozo, después de haberlo confortado con su famoso consomé y su copita de jerez.

Tenía ochenta y un años cuando se murió don Emilio Lhardy. Era el 17 de enero de 1887. Quedó su hijo, don Agustín Lhardy y Garrigués, pintor de cierto nombre en su tiempo. Después, la famosa "patisserie" pasó a otras buenas manos. Y ahí está, imbatido frente a las dentelladas de los bancos, las inmobiliarias y las "granjas".

Pasó el tiempo de los apartamentos galantes, del consomé en la berlina, de los bulliciosos banquetes literarios y de las fofosas comilonas políticas, que nos ha contado un curioso madrileño congregaban en la callejuela del Pozo, en tiempo bueno, un gran puñado de madrileños con "tribunas" de pie para oír los "hermosos discursos". Pasó todo esto, pero Lhardy sigue, fiel a sus tacitas de consomé en la barra y fiel a sus platos de calidad y de historia.

DORAMAS

15-7-54.

16

## EL HORNO DE SAN JOSE, EL DE LAS PASTELERAS BONITAS

También quedan hornos—los viejos hornos de la vieja repostería madrileña—como un rastro heroico por algún rincón de la ciudad. Por ejemplo, el de San José, acogido como en un bur-ladero, luego de la aventura de más de un siglo, a una orilla de la castiza plaza del Angel.

¿Quién calentó la primera vez este horno de San José, allá por el 1840, en los bajos de un serio caserón de la calle de Fuencarral? ¿Fue doña Josefa Uría...?

Doña Josefa—que por entonces sería Pepita—era una moza bilbaína, guapa desde el alto y frondoso moño hasta la botilla breve. A estas prendas “de bandera”, Pepita juntaba la de un carácter en magnífico equilibrio. Hay quienes “candil de calle y oscuridad de casa”. La vasca lucía fuera y de puertas adentro, sin que su clara alegría le aflojara la mano con que timoneaba su industria, a la que le echaba talento y el tesón de un hombre. Quien supo de ella por gente que la trató y la sirvió nos ha dicho ahora:

—Era de las que entran pocas en libra por la facha y por el genio. Pero un genio a tiempo, ¿sabe usted? Y con salero. Porque es que hay quien tiene genio sin salero y lo echa todo a perder.

Doña Josefa Uría se casó en Madrid con alguien que ha ido perdiéndose debajo de los años y los olvidos. Ella es la que ha dejado memoria firme porque tenía eso: salero. De su matrimonio nacieron cinco hijos, un varón y cuatro hembras: Pedro, Juana, Carmen, Teresa y Consuelo. Las cuatro igualaron—y hasta, tal vez, superaron la belleza de la madre.

—Eran cuatro rosas de olor, se lo digo yo a usted—nos cuenta el señor Isidro, un viejo pastelero, uno de estos viejecitos empedregados, vestido de oscuro y con gorra, que se ven tomando el sol de invierno en esas orillas remansadas que Madrid tiene para que se calienten sus viejos—. Oí contar que una noche paró una ronda delante de la casa de las “pasteleras bonitas”. Uno de los mozos andaba a mal traer por alguna. Soltó su copla y le torció el final, haciendo justicia, ¿sabe usted?, en lugar de ir a lo suyo, que era requebrar a la que fuera. El muchacho cantó así: “Debajo de estas ventanas—tiran agua y nacen rosas;—de las hijas de su madre...—todas cuatro son hermosas.”

Ríe, encantado, antes de comentar:

—Tenía que haber dicho, para que usted entienda: “Fulana es la más hermosa”, por la que lo trajera ojeroso. Pero se ve que no pudo. ¡Cómo serían de primorosas las cuatro mocitas del horno de San José!

### COMO LOS CHORROS DEL ORO

Juana, Carmen, Teresa y Consuelo se ponían de punta en blanco y asomaban en la tienda a vender sus pasteles y sus bollos.

—La mercancía era honrada, no como ahora, que más vale no hablar...—rezonga el pastelero jubilado—. Honrada y especial. Por eso acudía gente hasta de lejos en busca de aquellas golosinas, de buten que daban en San José. Claro que hay que distinguir entre esta parroquia, gente ya tranquilizada, que iba por

la mercancía lo que se dice “en sí”, y otras de pollos más o menos lechuguinos, como los llamaban, que acudían a la “miel” de las niñas del horno, una miel, desde luego, que se tenía que quitar la flor de la Alcarria. ¡Se lo digo yo!

Una cosa y otra le dieron al horno fama ancha por todo Madrid. Entonces no era corriente que las chicas vendieran así, quitando las horchateras de la parte levantina, que venían por tiempos de calor. Y mucho menos que las dependientas fueran cuatro claveles reventones, de los que hay que destocarse. Hoy las tiene usted como para parar un tren. Y bastante de ellas agraciadas.

### LAS “VUELTAS DE SAN ANTÓN”

—Por San Antón sería extraordinario...

—¿Por San Antón...? ¡Por San Antón era la reoca, hombre! Lo tengo oído de gente que lo sabía bien. Las niñas guapas de doña Josefa despachaban entonces ¡ocho mil reales! de “panecillos del Santo”. ¡Echele usted guindas al pavo!

—¿Qué panecillos eran esos?

—Pues panecillos de mazapán, de coco, de yema...

—¿Y no le parecen a usted muchos panecillos...?

—Para que usted entienda, la parroquia de esa ocasión no era de personas humanas tan solamente, como aquel que dice. Se vendían las hornadas mayormente para los animales que iban a las “vueltas” del Santo. ¡Usted échele panecillos a una mula, a ver qué pasa...!

Claro que sí. Es que el... taxi y el coche privado de la época se movían totalmente a fuerza de bestias. Los “carruajes de plaza”, dedicados al servicio interurbano de Madrid, eran, hace un siglo, entre berlinas, carretelas, etc., unos quinientos. Los particulares, exactamente seiscientos cincuenta. Tiraban de estos vehículos los 1.555 caballos y 410 mulas. Todo ese montón de animales, más los borricos y los perros, las cabras y los corderos locales y las bestias de los feriantes, arrieros, trajineros y cosarios que anduvieran por aquí en la ocasión, tomaban parte en ese curioso festejo popular que se sigue conociendo con el nombre de “las vueltas de San Antón”. Los animales eran llevados a comer la “cebada bendita”. Enjaezados y cascabeleros hacían una ronda por Hortaleza y Fuencarral. Y cuando acababan con la cebada, se hinchaban de panecillos del Santo, que las manos graciosas y diligentes de las cuatro guapas del horno no daban abasto a despachar.

## CERDOS VUELTOS PEDROS

A propósito de las vueltas de San Antón. Hay en un curioso documento anónimo del 1746 noticias sobre ciertos cerdos protegidos que andaban por Madrid como Pedro por su casa. Dice el cronista: "Para que ésta sea una Corte embarazosa, le basta su numerosa gente, sus carrozas, sillas de mano y coches; esto es un embarazo tolerable; pero Madrid tiene otros muchos que por ningún caso toleraría la Policía de otros pueblos. Los cerdos que llaman de San Antón se han hecho famosos por la atención que han merecido, no solamente en la Corte, sino aun a la real cámara por vía de patronato. Ellos se pasean en crecidísimo número por el lugar, sin límite conocido de jurisdicción, y sin que sus dueños (que son los padres de San Antón Abad) tengan para ello más que un privilegio mal entendido, según dice la sala de los alcaldes, porque sólo se extiende su facultad a pastar en la dehesa de Madrid.

"Los inconvenientes de este abuso son tan abultados que no es menester decirlos, porque todos vemos que con ellos no hay empedrado seguro; porque revolcándose en la hediondez, hacen todavía peor el mal olor de Madrid; porque acosados y huyendo de los perros hacen caer a muchos; porque introducidos entre las mulas de los coches, hacen muchas veces que aquéllas se disparan, y en fin, por otras perjudiciales resultas que sería razón evitar."

¡Bendito sea Dios, lo que había que ver en aquel Madrid...!

"¡AQUÍ ME METO, QUE LLUEVE!"

—¿Y qué fue de las cuatro bellas?—preguntamos a doña Benigna Castillo de Lucas, la heredera y actual dueña del horno.

Doña Benigna es madrileña de las de antes: simpática, jovial, finamente castiza.

—Casaron. Y casaron bien. Una de ellas, con un médico, y otra, con un abogado. Vivieron mucho, unos setenta años. A la última, doña Teresa, la enterramos hace por ahora tres años. En paz descanse.

—¿Y de doña Josefa, qué sabe usted?

—Poco. Enviudó joven, en lo mejor del negocio, cuando ya habían instalado una sucursal allá por las inmediaciones de la hoy calle de Serrano. Estando ella en el luto "de alivio" empezó a mirarla más de la cuenta, a quedársele parado delante, ¿sabe usted?, sin atinar a hablarle derecho, un conocido. Al hombre le

gustaba de tiempo la pastelera. Antes, ni hablar, claro. Pero una vez viuda, ¡dígame usted!

—¿El era también del oficio?

—¡Ca!, no, señor. El era de otra cosa. Pero le gustaba la señora, le gustaría el negocio en marcha que estaba detrás de ella, y se diría: “¡Aquí me meto, que llueve!” ¡Digo yo! Pero de este segundo casorio no hubo hijos.

### EL DECLIVE

Una vez casadas, las cuatro guapas volaron cada una a su casa; a doña Josefa le llegó su tiempo y se murió. Y al viudo no le gustaba el horno, ni aun en invierno. En cuanto la señora Uría dejó este valle, él dejó los pasteles. O les dio de lado, que viene siendo lo mismo.

—La madre de mi marido—relata doña Benigna—, que se llamaba doña Juana Montero Uría, fue la que siguió con la industria. Las cosas la arrancaron de Fuencarral, abriéndose entonces aquí cerca, orillas de donde estuvo el teatro Romea. ¿Sabe usted dónde está abierta hoy la plaza de Benavente? Pues en un solar de esos. Un hijo de doña Juana, Angel, con sangre de los Urías, claro, por su madre, se enamoró de mí y conmigo casó. ¿Qué más quiere usted que le cuente...? Tuvimos dos hijas nada más, Julia y Merceditas. Julia se casó. A Merceditas, ahí la tiene usted.

Esta bisnieta de doña Josefa es morena, tiene los ojos grandes, hermosos, que de casta le viene, digámoslo también, algo tristes, porque no le gusta su trabajo. Merceditas empezó a trajar con pasteles cuando tenía doce años. En los tiempos buenos, cuando no había colegio, don Angel las ponía a trabajar.

—Para que se soltaran, ¿comprende usted? Mi marido decía: “No sabemos lo que la vida guarda en el cajón de las sorpresas negras. Tenéis que aprender a tratar la parroquia, por un si acaso...” Así, cuando la vida forzó a mi Merceditas a trabajar de firme, vaya.

Doña Benigna nos dice ahora, sonriendo con tristeza:

—Nos ha hecho mucha falta un hombre, ¿comprende usted? Estas cosas sin un hombre tranquean en lugar de caminar.

—¿Es que no marcha bien esto?

—¡Psss...! ¿Qué quiere que le diga? Tirandillo y se acabó. Yo creo que esto no ha salido nunca del be a ba.

—¡Jesús, mamá, no digas eso!—tercia Merceditas—. La abuela tenía muy buenas joyas. Yo he oído hablar de unos solitarios suyos que eran famosos en todo Madrid.

—Bueno, sí... Pero... ¿Sabe usted lo que le digo? Yo creo que

lo peor fue poner este horno bajo la advocación de San José. De sobra sabe usted que San José era carpintero. Luego, de los remendones, como aquel que dice. Y encima honrado. ¿Así cómo quiere usted que nadie se ponga rico?

—¡Mamá, por Dios, qué cosas dices...!

—El Santo me lo perdonará, hija.

#### LA RACHA MALA

A doña Benigna le tocó lo peor: la expropiación y el derribo del horno viejo de Atocha; la guerra, que ya se sabe el “tomate” que tuvo y que les consumió cuanto guardaban; la muerte del marido, a los seis meses de acabarse la contienda... ¡Y a los ocho días de este duelo, un incendio en el horno que por poco se come los restos. Sobre ser artesano y decente, San José le viró la espalda a doña Benigna.

—¡Si viera usted que en vida de mi marido nos ofrecían 50.000 duros por el traspaso de lo de ahí, de Atocha...! Angel no quiso. Bueno, el pobre le tenía ley. Y ni barruntarnos que iban a expropiar. Tuvimos que venirnos aquí, a la plaza del Angel, y aquí estaremos hasta que Dios quiera.

—O hasta que Merceditas se case y entre en la familia un hombre que le dé un impulso al negocio...

—Pues... no sé... Para eso quizá tuviera que hallar un marido de oficio. De cualquier manera, las bodas hoy ¡se ponen tan mal! ¡Mira que no haber ni casas donde meterse...! En mis tiempos, conque el novio ganara treinta duros ya estaba uno en el primer escalón del altar. Era una gloria andar por las calles y ver las ventanas llenas de papeles, pidiendo inquilinos. Sólo por cambiar de aires se mudaba usted sin más. Con seis duros pagaba al casero. ¿Usted entiende lo que pasa ahora...?

—Pues, señora, bien, bien, no.

—Para mí, la gente de antes sabía menos que la de ahora. Ahora se sabe mucho de bombas “haches” y de cosas muy gordas así. ¡Pero lo que es de arreglar una cosa tan simple como techos bajo los que meterse el vecino, de eso “nasti”! Y perdone el dicho, que es que se me ha pegado de los chicos de ahora.

DORAMAS

## EN UNA EPOCA ERA COSTUMBRE DOMINGUERA IR AL HORNO DEL POZO

No está muy al paso, pero usted conocerá esa callejuela madrileña que hay detrás de la carrera de San Jerónimo, con una entrada por la calle de la Victoria, a mano izquierda, según se sube, y otra por la de la Cruz. Es un pasaje con algo de garabato, que llaman del Pozo desde el año “catapún”. En una rinconada de esa intacta travesía supervive otro heroico horno, que si perdió el antiguo rumbo, porque las costumbres viraron con los años, conserva el palmito de su fama. Tampoco sabemos quién lo abrió, pero sí que el vecino don Pablo Agudo, del oficio, en cuanto pudo llevar en las manos una tortera de pasteles sin derramarla, lo tomó de su posible fundador. O por lo menos de su segundo dueño.

El señor Agudo, que había nacido por el 1840, fue primero Pablillo, un chaval despierto y salado, que entró en el horno como “chico”. Después fue Pablo, cuando andando los años aprendió el oficio y entró en la industria con categoría de oficial. Era una ardilla, pero leal y simpático. O sea, distinto a la generalidad de los listos, que suelen ir a la picardía como el río va a la mar. Por último, cuando los alifafes del tiempo vencieron al patrón, éste dio al mozo facilidades—una cosa fenómeno en nuestro país, donde la “oportunidad”, en sentido yanqui, ni se estila ni se entiende—, convirtiéndole en dueño y señor del negocio. Y surgió don Pablo.

### ¡ARRIBA CON EL HOJALDRE!

Don Pablo se dio buena cuenta de que el Madrid goloso—en especial los paladares cultivados de la Villa—iba hasta de lejos a la recoleta callejuela en busca de los hojaldres del horno del Pozo. El hojaldre no es cualquier cosa reposteril. Tiene, como diría un flamenco, su “pelenguendengue”. Quienes lo han historiado dicen que es una pasta tan antigua que arranca del 1600. Por entonces vivía un pintor francés que se llamaba Claudio Gelée. Este hombre nació en Chateau de Champagne y luego se murió de viejo en Roma, a los ochenta y dos años. Llegó a tener prestigio con el sobrenombre de *el lorenés* y destacó como paisajista, hasta el punto de que lo han llamado *el Rafael del paisaje*.

La vida de este artista, humildísimo de origen, es de una no-

velería sorprendente. Su padre debió de haber reaccionado como un profesor de latín que tuvo el que esto escribe y que rompía con lujo de aspavientos y visajes nuestros malos versos de adolescentes, gritando, mientras consumaba el estropicio: “¡El arte no asegura el garbanzo!” Gelée tuvo que entrar a los quince años en una pastelería de su pueblo, donde le ofrecían un jornal. Pero sus represadas tendencias buscaron una evasión. En lugar de hacer pasteles en serie, sujeto a la norma, hizo creación, arquitecturando las masas, e inventó así modelos que sorprendieron y encantaron a su maestro.

#### NACE EL HOJALDRE

Y llegó de pronto la histórica y negra oportunidad de su vida. Coincidió con las vísperas del santo de su padre. Gelée ideó un nuevo pastel para el obsequio. Tomó un poco de masa, la trabajó largamente, le añadió una pella de mantequilla, volvió a plancharla, doblándola sobre sí misma. Al fin encerró aquello en el horno. Dorado y a punto, lo entregó en su casa. Los “¡hum!...” más sonoros, las cabezadas más expresivas, consagraron aquella invención exquisita. Había nacido el hojaldre. Luego se perfeccionaron sus dosis, el trabajo de sus “doblecés”, los complementos, el “punto”, hasta conseguir esa grata sensación de láminas de cristal suave y comestible que algo así como imbricadas componen este famoso producto de pastelería.

#### LÁGRIMAS Y SUSPIROS

No volvió Gelée a ocuparse de su invento. Pero, andando los años, se marchó a París, donde, otra vez como pastelero, trabajó en casa de un monsieur Rotabant. Aquí probó a repetir la fórmula y entonces armó el escándalo. Lo mejor de París se agolpó ante los mostradores de M. Rotabantd en busca del extraño y gustoso pastel. En el horno del francés tenía Gelée un compañero de faenas, italiano él. Un tal Luigi Mosca, ambicioso y desahogado. Luigi era hermano de un pastelero de Florencia, Angelo Mosca, con el que se escribía. Le puso alguna vez un párrafo hablándole de la novedad y el éxito. “Tráete a ese Gelée”, respondió Angelo. Así fue como el florentino arrancó con el joven artista metido a pastelero y lo plantó en Italia.

Los Mosca metieron a Gelée en una cueva y lo pusieron a trabajar el hojaldre para ellos. El éxito fue similar al de París. Empezaron a vender la pasta por toneladas, atribuyéndose tan

ancha y frescamente el hallazgo, que bautizaron con el nombre de "pasta sflogiata". Enriquecieron, mientras que el pobre Claudio, secuestrado en la cueva del obrador, sudaba como un negro para que ellos medraran, aunque reservándose el secreto de su composición.

#### INTENTO DE ASESINATO Y FUGA

Angelo y Luigi Mosca debieron pensar que estaban enfrentados con una situación insostenible. Aquel muchacho acabaría por no fiar en sus cálidas y aspavorosas promesas y por hartarse del secuestro. Hablaron de esto y se confabularon para arrancarle el secreto. Idearon, incluso, asesinarlo luego. Era el mejor medio de quedarse bien anchos. Pero el francés se barruntó la trastada y una noche lió el petate, brincó por una ventana y ¡adiós, Florencia! Fue a parar a Nápoles, pasó allí las moradas, de ganas de comer y otras menudencias, tales como un mal que se le metió y que lo tuvo a orillas de la sepultura. Salió al fin de tanta quiebra y dio entonces con un pintor alemán que, adivinando sus talentos, le ofreció protección y lecciones, sacándolo al fin a las orillas tan ambicionadas y costosas de su vocación.

Es imponente comprobar que el invento de un pastel, por muy pastel que sea, pueda acarrearle a un hombre tanto lío y tanta desdicha y hasta la muerte de mala manera.

#### EXPERIMENTO DE PABLO AGUDO

No sabemos quién introdujo el hojaldre en España, pero sí que la golosina fue también un suceso. Don Pablo, que, como dijimos, tenía una chispa de artista, logró raras perfecciones en su confección. Y hasta una novedad: probó a cambiar la mantequilla originaria por manteca de cerdo. La masa, rellena con cabello de ángel, transparente como el cristal, dio una calidad asombrosa. Asombrosa y discutida por la competencia. La nueva llegó a oídos de otros pasteleros madrileños:

—¡Eso no puede salir bien, ni cosa por el estilo!—sentenciaron los de "enfrente" con la boca llena.

Don Pablo se picó:

—¡Eso sale como las propias rosas! Dicen que el movimiento se demuestra andando. ¡Pues el hojaldre se demuestra hojaldrando!

Y apostó a hacerlo, no ya sólo para sus "bayonesas", esas tartas cuadrilongas y doradas que desde sus torteras de lata se meten por los ojos de los golosos, sino para otra pasta más difícil,

con la que él preparaba un pastel que llamaba “alfonsino”. Y los “alfonsinos” le dieron la palma a don Pablo, pues sobre su exquisito paladar, obtuvieron un peso de algunos gramos menos que los otros enfrentados en la reposteril palestra. Lo cual añadía un triunfo técnico a la victoria.

#### OTRAS PASTAS FAMOSAS

No se quedó en los hojaldres la fama ancha y rumbosa del horno del Pozo. Metieron también ruido sus pastas, sus azucarillos y sus bollos. Ultimamente, sus yemas. El secreto de la fabricación y el aprecio de los buenos gustadores estaba en la excelente calidad de los productos y en el concienzudo trabajo de los pasteleros, que nunca soltaron las masas hasta dejarlas, como San Miguel su balanza, “en el oro, puro y fiel”.

Consideráronse entonces—y aún hoy se los estima excepcionales—como únicos en toda la Villa sus buñuelos de viento. Preparábanse en peroles de metal. Y como podían criar cardenillo, se les hacía una limpieza “fenómeno” a la vista de los golosos y embelesados clientes de confianza, que pasaban al obrador a probarlos sin relleno y con azúcar. Esta prueba, ceremoniosa y gentil, corría de cuenta de la casa. Nunca sacó de ella don Pablo ni un perro chico.

Sonaban también los “marguerites”, unos pasteles de pasta de almendra, que pasaban a la hornada metidos en “cazuelitas” de papel, las cuales guardaban tan gustoso rezumo, que los señores con perros de lujo se los ofrecían a sus animales como plato “de domingo”. Los canes se zampaban el papel como si fuera chorizo. Y fueron asimismo muy socorridas unas pastas que se conocían popularmente con los nombres de “carajitos” y “cañitos”. Eran de almendra entera, de almendra grande y dorada por el horno. Con los “empiñonados”, se llevaban la palma del dulce almendrado.

De sus clásicos bollos de aceite, de sus frutas en almíbar, cuidadas como el “marron glacé”, y de sus magdalenas, se hablaba hasta fuera del contorno madrileño. Llegaban los castizos cocheros al callejón del Pozo:

—A mí—se acercaban y pedían—me va a dar “usté” una “magdalena”. Bien despachadita, ¿estamos?, que es “pa” revender...

—¿Y “p'al” caballo, qué...?

—“P'al” caballo, luego: una torrija de la taberna de al “lao”.

## LAS BAYONESAS DOMINGUERAS

Constituyó una típica costumbre ir al horno del Pozo los domingos a tomar las “bayonesas” y, sobre todo, un detalle de ellas que tiene sabor y color. Acudía el “todo Madrid” a degustar especialmente la socarrada exquisitez de la “escorza”. Quizá usted no sepa qué cosa es la “escorza”.

—La “escorza” es—nos explica este artista de su trabajo, de la vida y de la simpatía, que se llama don Teodoro Azcona, sobrino del famoso pastelero don Pablo Agudo—esa parte de la tarta que... Verá usted, más claro. La tarta de hojaldre, ya la habrá usted visto, se ofrece en sus bandejas de lata, morena y coruscante. Si se fija un poco, observará que los bordes de esas tartas son una especie de bisel del dulce, más quemadito. En ese bisel, sobrecargado por el reboso de los jugos de la mantequilla y el cabello de ángel, el calor del horno se encona, pudiéramos decir, deformando y quemando. Pero no sólo no hace daño, sino que procura un prodigio de tueste. Para el gusto estético de la época, más dada a los remilgos que la nuestra, ya sabe usted, la deformación de esas orillas resultaba... chocante, fea, de mal efecto... El pastelero cogía entonces un largo cuchillo y cortaba, cuadriculando la tarta, dejando los filos limpios y perfectos. Pues ese sobrante, retostadito y al tiempo borracho de las mejores esencias del dulce, es la “escorza”.

La casa regalaba la “escorza” como golosina menuda. Y allí se daban cita dominguera damas de “alto copete”, caballeros de gordo bigote y con blasones políticos, de turno o en cola, “cabeceas de cartel”, escritores, cantantes, toreros de muchas corridas y con una duquesa al fondo... Iban a comer la “escorza”. Hemos oído decir al actual propietario del horno—que cree, a su vez, que se lo dijo don Gregorio Marañón—que aquéllo fue antes—un antes muy lejano—botillería. De este antecedente debió quedarle un rastro en algún licor de la época y en un valdepeñas imponente que don Pablo tenía en la cueva. Destapaba el simpático industrial su pellejo y subía glorioso con los vasos de caldo. La “escorza” y el vinillo aquel fueron dos cosas que colmaron y al tiempo encendieron el corazón limitado, pero más iluso que el nuestro, de los abuelos.

## DIGAMOS AHORA ALGO DE DON PABLO

Todo Madrid conocía y quería a este su pastelero de la rinconada del Pozo. En el horno siempre tuvo un mandil blanco que

parecía de estreno. Y en la calle vestía del mismo color y con superior pulcritud. A don Pablo le hacía la ropa un sastre que vivía frente a su industria. Y se cuenta una historia con gracia de la relación de ambos industriales.

Tenía el sastre un loro de leyenda, como con una vena andaluza, parlanchín y guasón, fogueada encima su habilidad natural por los pícaros y graciosos de la vecindad. Al animalito de la callejuela del Pozo le atribuyen cosas muy buenas, algunas desvergonzadas, como es natural, y entre ellas unas saladas réplicas que usaba con los traperos nuevos en el pasaje.

—¡Traperoooo...!—gritaba el del saco, cruzando.

—¡Sube!—le gritaba el loro desde el balcón, donde lo ponían cuando hacía bueno.

—¿Dónde?—preguntaba, perplejo, el de abajo, buscando a la “vecina”.

—¡A la horca!

Tras la impostada voz del loro sonaban el rezongo de unos tacos y las risas grandes de aquella feliz vecindad de entonces, que amaba al loro como cosa de familia.

### ¡DON PABLO HA MATADO AL SASTRE!

Pues cierto día se armó un belén de los caros arriba, en casa del sastre. Oyéronse unas palabrotas—aunque de tono atildado—, luego unos gritos desgarrados, después chillidos, tropel, voces de vecinas por las ventanas y en los traspatios.

—¡Es ahí, en casa del sastre!—gritaban de arriba sobre la calle con expectación—. Tiene que estar pasando algo como la guerra de Cuba.

Se fue congregando gente de las tabernas, de los talleres, barberos y clientes con toda la cara llena de espuma; transeúntes a porrillo. Y en plena tragedia, aún no desvelada, asomó por el portal del sastre don Pablo Agudo, con su mandil blanco, en el que se observaban algunas manchas de sangre. En la mano traía su palote de trabajo, ese gordo rodillo de madera con que estiran las masas. El ceño fruncido y la mirada grave... Alguien barruntó el drama:

—¡Santo Dios! ¡Ya don Pablo mató al sastre!

Costó que lo oyeran. Al fin pudo explicar:

—No he matado a nadie. ¡Pues estaría bueno! Lo ocurrido es que el sastre le ha querido hacer una gracia al loro, que ha

amanecido de un vinagre que “pa” qué. Metió la mano en la jaula. El animal le brincó un dedo y no se lo soltaba por nada del mundo. ¡El vecino se envenenó!

### LA ESPOSA

Don Pablo casó con una señora tan cordial como él. La esposa era un montón de hojaldres bañados en miel, y así tanto se consumieron.

### LA LEYENDA DEL POZO

Bajo la dirección del decorador Teodoro Azcona se realizaron hace muchos años las obras de un establecimiento nuevo en las Cuatro Calles, esquina a la de la Cruz. Entonces se descubrió un profundo pozo. Este, con su leyenda, debió de haber dado nombre a ese viejo pasaje del castizo Madrid. La leyenda habla de que al lado o en las inmediaciones había un convento de frailes que daban culto a una Virgen poseedora de una corona de valor imponderable. Probablemente, cuando la invasión francesa, esa corona fue arrojada al fondo del pozo para librarla de la codicia de los intrusos. Allí estuvo largo tiempo. Y mientras permaneció en el fondo, cuentan que las aguas hicieron prodigios en cuantos dolientes acudían a beberlas. Pasó el atracón de la guerra, se remansó la vida otra vez y volvió a flote la corona. Automáticamente, las aguas perdieron sus virtudes milagreras.

Y aquí acaba la semblanza del horno madrileño de la calle del Pozo.

MONAGAS

### LOS CAFES—TAN LIGADOS A LA VIDA ESPAÑOLA DESDE HACE SIGLO Y MEDIO—ESTAN DE CAPA CAIDA

El Café—con mayúscula, para que quede diferenciada la institución del brebaje—está tan ligado a la vida y la historia españolas de hace algo más de siglo y medio a la fecha, que entendemos imprescindible hablar de él en abstracto antes de meternos a

humsmear en concreto los azares de una de estas industrias centenarias.

### EL CAFÉ Y SUS RELACIONES CON "LA PARRALA"

La "botillería" parece haber sido el antecedente inmediato del Café. Sobre su condición y trascendencia, los autores están divididos. Así, por ejemplo, Ramón Gómez de la Serna habla de ellas de este modo:

"Las botillerías debieron ser rincones agradables, a los que sólo ahora encontraríamos todo el gusto íntimo de primeras reuniones públicas, en las que se hablaba a los desconocidos y a las desconocidas."

Refiriéndose concretamente a una, la llamada de Canosa, que estuvo en una cueva de la carrera de San Jerónimo, y a la que había que entrar bajando unos cuantos angostos y empinados escalones, Ramón dice:

"Estaba iluminada por un candil de veinte pábilos, y bajo la luz amarilla de los velones se veían los bancos lustrosos y las mesas de madera oscura; de vez en cuando entraban las gentes sedientas de estar solas en el tiempo de entonces, gran sed que les entraba, más que a nadie, a los que bien podían haber sido gentes de hoy, porque su espíritu tenía algo de precursor."

Y añade estos detalles:

"La botillería, servida por barberos castizos, tenía la especialidad del licor y del refresco, sobre todo del licor, y había desde los aguardientes de caña de las Indias más lejanas hasta los dulces pardillos de por aquí cerca. El dueño de la botillería las alcanzaba con gran desparpajo, como quien caza la gallina elegida arrancándola a su travesaño. Y como quien sacrifica y desangra por el cuello la gallina, así escanciaba la copilla—¿de finglas?—para el cliente, al que se le servía en seguida en los salerillos clásicos.

La botillería, que es ítalo-suizo-francesa, tiene el sabor exótico de una institución liberal, parlamento privado de unos pocos, primer paso de una solidaridad y de una convivencia social hasta entonces desconocida."

"¡QUE NO, QUE NO!"

El mismo Ramón señala las negaciones:

"La botillería tuvo, indudablemente, encantos; pero a aquellos primeros y cargantes descubridores de la vida distinguida y europea que caracterizan a la primera mitad del siglo XIX y a los que todo se les antojaba pobre les parecía hedionda la botillería."

Bastante después ha dicho de ellas un cronista:

“Los botillerías eran de pobre aspecto; locales húmedos y oscuros, suelos de ladrillo, zócalos de estera, quinqués clavados en la pared y mesas y bancos de pino.”

#### APARECE EL VICIO NACIONAL DEL CAFÉ

En el primer cuarto del siglo pasado, las botillerías entraron en barrena. Les pasó respecto al Café lo que a éste le está pasando ahora con las “granjas” de las tortitas y los batidos. Juan Antonio Cabezas señala la aparición cuando escribe refiriéndose al 1820:

“Por este tiempo comienza en España un vicio nacional que ha llegado a nuestros días. Comienza el imperio del Café, establecimiento mitad negocio, mitad círculo político-literario, donde florecen la retórica y la maledicencia como en su ambiente más propicio. ¡Cuántos hombres de España han perdido su vocación de hacer algo y se les han secado los sesos y el alma al calor corrosivo de una tertulia de Café!”

Ahí va una réplica de Gómez de la Serna:

“Los enemigos del Café pierden el tiempo y sólo revelan con su enemistad que quieren la tertulia sórdida, donde no pueden ser juzgados tan espléndidamente como en el Café. Yo creo en el Café sobre todas las cosas, y por eso no aspiré nunca ni admitiré jamás que se me lleve a otras instituciones. ¡Pobre del hombre que ya no podrá ir al Café o ese que lo desdeña! Cuando el hombre es libre e inofensivo es cuando entra en el Café, pues en la tribuna no es libre, ya que en ella se tiene que halagar el sectarismo del público; ni es inofensivo, porque puede arrastrar desde ellas a la acción violenta e inconcusa a la multitud que lo escucha. La base esencial del Café es que nos dejen en paz y que dejemos en paz a los otros, tanto que basta estar completamente solo en una de sus mesas para no ser discutido. Cuando se es verdaderamente contemporáneo y se vive la contemporaneidad que nos ha tocado vivir, es en el Café. Unamuno llegó a ser tan humano que comprendió el Café, y Ramón y Cajal, siempre, aun dentro de su alcurnia excepcional, no dejó de ir al Café hasta su muerte.”

#### CAJAL FUE DE LOS DEL “¡QUE SÍ, QUE SÍ!”

Pues sí, nuestro sabio don Santiago fue de los amigos del Café. Suyas son estas palabras sobre uno del Madrid de su tiempo, hoy desaparecido:

“Yo debo mucho a la sabrosa tertulia del Suizo. Aparte ratos

inolvidables de esparcimientos y buen humor, en ella aprendí muchas cosas y me corregí de algunos defectos. Allí elevamos un poco el espíritu, exponiendo y discutiendo con calor las doctrinas de filósofos antiguos y modernos, desde Platón y Epicuro a Schopenhauer y Herbert Spencer. En el terreno literario, nuestra mesa proclamó el naturalismo contra el romanticismo, y al revés, según los oradores de turno y el humor del momento. En torno de esta tertulia, Pepe Botella y San Martín, los más filarmónicos de la reunión, riñeron descomunales batallas en favor de Wagner, cuando en España no había más wagneristas que el regocijado Peña y Goñi. Burla burlando, también nuestra "peña" hizo un poco de política. Ella comentó, acaso con pasión y vehemencia, pero inspirada siempre en el más acendrado patriotismo, todos los grandes sucesos de la vida nacional; prorrumpió en gritos de indignación contra las arbitrariedades e injusticias del caciquismo y lloró con lágrimas de rabia las inconsciencias e insensateces que prepararon las ignominias de 1898."

MARAÑÓN. TERCIA EN CONTRA, O NOTICIA SOBRE UNA SONADA  
DIVERGENCIA

Don Pío Baroja discursó con motivo de su recepción en la Academia. Contestó ese discurso don Gregorio Marañón. Don Gregorio "se metió" con los Cafés y con los cafeteros nacionales, a quienes llamó "pequeños monstruos". Ramón recuerda que él estuvo presente ese día. Y que al salir comentó:

"A Marañón le ha faltado en la vida más Café..."

Empezó el ilustre galeno "ensañándose con ese pequeño monstruo, anónimo y terrible, que es el hombre del Café". Luego acusó a Gómez de la Serna de haber dado el espaldarazo de su elogio a este hombre, añadiendo: "Es difícil saber por qué." El escritor se le revolvió, diciéndole en letras de molde:

"Difícil? El mismo Marañón es quien da la respuesta al decir que se me deben a mí las páginas más profundas sobre la pasión del resentimiento morboinsinuante y letal de la vida española. ¡Letal y... vital", se encrespa Ramón.

Don Gregorio dijo más. Dijo luego que tanto don Pío como Gómez de la Serna sabían bien que "el hombre del Café es, entre otras cosas, manantial inagotable de resentimiento".

Ramón le puso a este punto de vista el siguiente comentario:

"Y el resentimiento (digo yo), manantial inagotable de rebeldía, y la rebeldía, manantial inagotable de la más alta conciencia espiritual."

Entérese de este otro juicio del ilustre médico:

“El hombre de la calle hace la historia, y el del Café, fundamentalmente antihistórico, la envenena.”

Ramón se subleva:

“Qué es esto? Y la historia, como el progreso, como la civilización, ¿no son acaso veneno?”

Gómez de la Serna cierra la cita de la curiosa escaramuza con estas palabras:

“La razón por la que he afirmado que el hombre del Café es el que forja nuestra cultura (así, como suena), nuestro cultivo de lo hondamente humano es que ese hombre siente su propia miseria y que esto hace su grandeza.”

¿QUÉ OPINA EL HOMBRE DE LA CALLE, EL CAFETERO  
DESCONOCIDO?

El hombre de la calle, el que alienta el corazón y la bulla del Café, debe echar, creemos su cuarto a espadas en este pleito—que va dejando de serlo—tan español. Hablamos con un viejo funcionario. Le contamos los pros y contras citados.

—Hoy día, eso, ¡bobadas!—dice sin “comprimirse”—. Los Cafés se van y las “granjas” vienen. Luego tocará “doblar” a las “granjas”, cuando vengan las máquinas tragaperras y se lo den a “usté” todo “confeccionado”, lo mismo el “cortao”, con más o menos malta, que el bollo con jamón sintético. Ya “usté” me entiende el equivalente del símil... ¡Pero oiga, “usté”, una cuestión previa: estoy dispuesto a opinar con una condición: que “usté” me guarde el secreto! Quiere decirse que “usté” no me mente. Saldríamos perdiendo los dos: “usté”, porque me sacaría una opinión “coacionada”, o seáse, cuatro tonterías “pa” salir del paso periodístico; y a “usté” lo que le interesa es la verdad “fetén”, ¡digo yo! Por lo que hace a mí, tengo familia y me veré precisado a criticarla. Luego hay amigos que siguen fieles al Café. Yo soy un “rajao”, pero respeto el libre albedrío del individuo. Creo que está claro.

—Pues sí.

—Conformes. Yo opino que ese pleito ya no es pleito, porque, como le decía, el Café está de capa caída. Hay que partir de una cuestión previa. Siempre que “usté” parta de la “cuestión previa” tiene “usté” luz “p’al” problema, cualquiera que sea. “Usté aclare primero esta pregunta: “¿Por qué iba el madrileño al Café?” Mire, “usté”, yo era lo que se dice un cafetero de los de brillo en las asentaderas, perdonando el modo de señalar. Pero “usté” lo habrá leído, como lo he leído yo: “El ciudadano evoluciona.” Yo, por

ejemplo. Primeramente me quedé viudo. Esto es importante para la cuestión que aclaramos.

—¿Usted cree? ¿Qué relación tiene?

—¡Hombre! “Usté” dése cuenta. Las mujeres (debe ser cosa de ellas, de sus glándulas, o de que las crían de tal modo que luego derivan a la cosa—se ponen teclosas en cuanto maduran... ¿“Usté” es casado?

—Pues no.

—Entonces no tiene idea. ¡No sabe “usté” lo que es bueno! ¡Las mujeres son el elemento vivo y coleante del inhóspito hogar español! No ponga “usté” esa cara, porque yo he sido socio del Círculo de la Unión Mercantil y he leído lo mío, ¿estamos? Para mi gusto, el nuestro es el hogar más “desintegrado” de todos los hogares, dicho sea sin ánimo de ofender. “Usté” piense en la casa madrileña sin calefacción, donde hay que darle la cara al invierno con una mesa camilla; hágase cargo del precio del carbón. Póngase “usté” luego a encender el brasero, con todo el “tomate” que la cosa tiene. Cuente después con el “tufo”, que casi siempre saca “tufo” y se atufa hasta el canario. Para más, en cuanto “usté” se desplaza dos metros de la camilla, ¡la tiritona, vamos! ¿Se da “usté” cuenta del rodamiento que va cogiendo la argumentación?

—Perfectamente. Siga usted.

—Sigo con los cuartos de baño. De esto, “¡nasti!” Prosigo con los colchones, mayormente rellenos de borra. Idem idem las almohadas. A las mujeres les da por menearlos, hasta acabar “usté” durmiendo sobre una cama de melones, porque ese relleno tiende a la unión y el apelonamiento. Las sillas lo empujan a “usté”. De los patios sube un vaho de sentina (creo que me expreso) que se resiste porque el hombre tiene mucha tela que cortar. Los cuartos son a base de tinieblas y el invierno es en ellos “Pedro”, de cómo entra por las rendijas y se pasea tan fresco. ¿Quiere “usté” que siga?

—¿Es que hay más?

—¡Naturalmente! En este país no le es fácil al personal salir del “be” a “ba”. La iniciativa, lo que se dice la iniciativa, está “monopolizá”, como el tabaco, por unos cuantos que tienen... eso, ya sabe “usté”.

—¿Qué?

—Padrinos, pongamos. Y cara, naturalmente. ¿Consecuencia? “Usté” ganará despacio y “per omniam” un sueldo. En lo alto, “usté” tiene una especie de luceros alumbrando. Dos: el escalafón y la lotería. Como ni una cosa ni otra se palpan, pues “usté” se estanca. Entonces empiezan los hijos (las hijas, mayormente) a reclamar “mejoras”. La madre se pone fácilmente de parte de ellas. Uno, galoeote de un empleo con freno en las cuatro ruedas,

si acaso camina algo es como el cangrejo. Empiezan los reproches con unos rezongos de menor cuantía, van creciendo... Un día, “usté” acaba “conceztuao” como un mandria o un Juan Lanas. Cuando van las cuñadas a casa, las mujeres se lían a hablar.

—¿Y cómo os va?—pregunta la visita.

—¡Hija! ¿Cómo nos va a ir si Serafín no sale del “be” a “ba”? Ahí tienes a muchos de sus compañeros estupendamente, con cocineras y tirando de cines de la Gran Vía. ¿Pero éste? ¡Si siempre fue un “atontao”! ¡Además, de verdad!

—Bueno, mujer, ya será menos...

—¡Lo que te digo! Tú figúrate que vino el otro día de la oficina “esponjao” como un pavo porque cierto señor de provincias, al que se le había resuelto un... “asuntejo”, pues fue y le puso así, delicadamente sobre la mesa, un puro y un sobre con doscientas pesetas. ¿Pues sabes de lo que llegó presumiendo? ¡Pues de que lo echó del despacho a voces!

—¿Con el sobre?

—¡Pues claro, mujer! ¡Si es que es idiota desde el vientre materno! Se quedó con el puro y luego nos apestó a todas. ¡Vamos, que es que no había quién parara de la tagarnina y de pensarlo!

—Así hablan. Y ya está “usté” perdido. Le han “comido” la moral. Pasa “usté” a ser trasto, como el viejo perchero familiar. Ante tanta “esquina” y tanto “yogur”, pues “usté” cogía el portante y se iba para el Café. ¿Entiende ahora?

—Perfectamente. ¿Y ya no...?

—¡Hombre, yo no diría tanto! Yo diría: “Ahora, ya menos.”

—¿Es que cree usted que las esposas han cambiado?

—Cambiar, lo que se dice cambiar, no. Pero se han comprimido, ¿comprendes? Ahora la que habla es la radio, mayormente. Con las novelas, Machín, Lola Flores, Bobbi Deglané y etcétera, pues las señoras se han “acallo”. “Atualmente” puede “usté” sacar hasta el crucigrama. Para huir de tanta cosa mala había que recurrir ante el Café, en donde uno tenía independencia, o así, donde nadie sabía el puesto que ocupaba “usté” en el escalafón, y en donde se opinaba, vamos a un suponer, que empalmando el Manzanares con el Tajo, luego de ahondar una miaja, “Madriz” podría tener un puerto de mar ahí, por San Antonio de la Florida, frente a la Bombi. Y no sólo no pasaba nada, sino que quedaba “usté” como una inteligencia desperdiciada por la incomprensión nacional del Estado. ¿Estamos?

—Sí, sí.

—Pues eso... Y hay más. Las hijas lo meten a “usté” por el aro de los créditos. Quiere decirse que lo embarcan en las compras a plazos. Sacan lo primero una radio (y medias para ellas). Luego, un par de alfombras, un brasero eléctrico y una ducha de esas que

yo llamo de “lavadero y esquina”, con su cortinilla de “plesiglás”. La casa va cogiendo calor y el Café deja de ser una necesidad. Así se explica “usté” el éxito de las “granjas”. Pide “usté” lo que sea, lo toma en la barra y caminando, que ya no es gerundio, sino una mezcla de pretérito perfecto y de futuro imperfecto. Quiere decirse, en razón de las dos o tres oficinas que “usté” tiene que “atender” para que el garbanzo pudiéramos decir cotidiano, y el filete de vaca jublilada, que llega a manteles de uvas a brevas, pase a ser lo que pudiéramos decir una “entelequia” a una cosa dura, pero palpable. Creo que está claro.

—Sí, señor. Como el agua cristalina.

Ibamos a hablar del centenario café Levante. Pero esto se ha estirado lo suyo. Tendrá que ser mañana.

MONAGAS

20-7-54.

19

EN 1854 NACIA EL CAFE DE LEVANTE EN EL PAISAJE  
MAS NOCTAMBULO DE LA VILLA Y CORTE

Café de Levante: he aquí un nombre socorrido en el nomenclátor de los cafés de Madrid. Levantinos serían sus fundadores, levantinos fieles y complacidos en la memoria buena de sus tierras naranjeras, del verde huertano bien regado, con su orilla de rosales. Del primero y más antiguo sólo queda el recuerdo. Un gran recuerdo, eso sí. Por muchas cosas: porque estaba en la calle de Alcalá, porque lo decoró Alenza, el triste y grande pintor del XIX, desde la portada y la muestra hasta sus rincones; porque lo prestigiaron gentes de las letras, de la política, de las tablas y de los ruedos de entonces.

Se abría al comienzo de la castiza calle, donde empezaba su “viene y va” la florista de los nardos, que “no costaban dinero y eran lo primero para una mujer”. Era el viejo Levante un café serio, al que la gente de orden, que puede ser también flaca si la tentación es gorda, podía acudir tranquilamente y hallar en el socorrido brebaje negro pretexto para gozar lo que entonces se llamó (aún colea)—con palabras muy del tiempo, que piensa uno que sólo sonarían bien dichas con bigotes y barba—“solaz y esparcimiento”. Así lo asevera la crónica vieja de un apologista. Dice el hombre:

“El café de Levante es una poderosa prueba de que si hay en Madrid quienes no toman café sino por moda o vicio, los hay quie-

nes lo toman por placer o necesidad, sobre todo con conocimiento de cosa y causa.”

Aún le parece poco al comentarista, ya que añade:

“Que si hay insípidos vanistorios e impertinentes saltimbanquis, que anhelan divertirse y gozar, y que si gozan ni se divierten, los hay quienes con sensatez, prudencia y decoro saben reunir las distracciones a las fatigas de sus estados.”

### BUEN BURLADERO ESTE LEVANTE

Es, pues, el Levante un buen refugio para vulnerables, para tímidos y sensatos, para controlados, fríos y hartos. Los bullentes, los de la tendencia aventurera y trapisondista, como no tenían nada que hacer aquí, se corrían algo más allá, hacia la esquina de Peligros, donde estaba Fornos—hoy Riesgo—. Fornos tuvo una leyenda galante y pasional que aún palpita en el corazón de estos caballeros de los casinos madrileños, que se adivina que vivieron el Fornos porque tienen la mirada más perdida y más triste que los otros caballeros más castellanos, menos... paganos y afrancesados. Ramón Gómez de la Serna tiene este recuerdo de ese intenso y desaparecido café:

“En Fornos ha habido juergas estrepitosas, de esas de las que se habla al otro día; suicidios y hasta crímenes pasionales, habiendo en nuestra imaginación una postal en que figura la soledad de un reservado, y a los pies de su mesa una mujer con las enaguas medio levantadas y un charco de sangre bajo la cabeza, como si se hubiesen desmelenado sus cabellos rojos. Cada día, en las morigeradas casas burguesas, se comentaba un escándalo de éstos:

—¿Sabéis lo que ha pasado anoche en Fornos?

—¿Os habéis enterado de lo de Fornos?”

### EL TRANQUILO LEVANTE

En el Levante no ocurre nada de esto. Aquí se jugaba al billar, a las damas—las del cartón y las fichas—, al chaquete... El cronista que antes no ensalzó el celoso tono de la casa, nos cuenta todavía:

“En dicha casa (según buenos informes), el concurrente se ve libre de coquetería, de enganchamientos para otros peligros y vicios, y puede alternar con jugadores de verdad a juegos reales, sin ninguna especie de tropiezo ni funesta consecuencia.”

Luego, tal vez para enmendar algo propaganda tan poco estimulante, señala el probo comentarista:

“Sujeto fidedigno, parroquiano antiguo de aquel café, me ha asegurado que el dueño, hombre chapado a la antigua (ya apareció la palanca del morigerado estilo), socorrió en la terrible hambre de 1812 la pública miseria con limosnas particulares, y no alterando los moderados precios y abundantes medidas de sus exquisitos géneros, según lo fijado en años regulares. Que da frecuente bien pagado trabajo a muchos artistas pobres.”

#### SIEMPRE SE EXAGERA UN POCO

Pero esto debió de haber estado exagerado por este descarado agente de publicidad decimonónico, ya que del viejo Levante quedan recuerdos distintos, testimonios de que había en su recinto espíritu y vida. Allí tuvieron tertulia *Clarín*, don Manuel Fernández y González, Ortega Munilla, Castro y Serrano... Allí estuvo de cabecera indiscutible de “peña” el inmenso gallego don Ramón María del Valle-Inclán. Por cierto que fue en el Levante donde don Ramón citó a la madre de Anita Delgado, aquella malagueña que bailaba con su hermana en una especie de “music-hall” de entonces que se llamaba Kursaal, y que fue esposa de un rey de Oriente. La andaluza acudió a él:

—¡Ay, don Ramón de mi arma, que ese moro, que no é de los moro de por debajo der Peñón, sino de otros de más lejos entodavía, y que ha venía a la boda der rey don Arfonso trese, s’ha enamora de mi niña, ¿sabusté?, de la Anita, y se la quiere yevá.

—¿Se la quiere llevar cómo...?

—¡Qué sé yo...! Lo sierto es que la tiene atiborraíta de flore y de cartas. É un majarajá, o como la yamen a é. Aquí tiene usté la última carta, que escribe emperrao. Usté que sabe mucho de tóo, don Ramón, ¿cree que esto e formá...?

—¡Esto es más “zerio” que el Código!—contestó don Ramón—. Vete esta noche por el Levante, que le voy a contestar yo a ese maharajá de Kapurtala.

Acudió la malagueña, don Ramón respondió a la misiva del príncipe.

—Si usted la quiere, hay que casarse, amigo—venía a decirle muy finamente Valle Inclán.

Y Anita se casó, pasando de hija de un tabernero malagueño y de humilde bailarina del Kursaal, a “maharajaresa” del reino de Kapurtala.

## COBIJO DE REVOLUCIONARIOS

En algún sitio hemos leído que los revolucionarios de los tiempos del general Prim se reunían allí, enardeciendo el ambiente del Levante con frases propulsionadas a chorro retórico y brazos engarabitados sobre las barbadas cabezas. Quizá cuando el café se encalmaba, respondiendo a la medida del pintoresco—y pagado—apologista, era por el día. Hasta que trasponía el sol, sería así como nos lo describe Sainz de Robles:

“Al café de Levante acudía esa gente pacífica de pasiones claras y ademanes torpes, que ya Balzac, en su *Comedia humana*, calificó de “burguesía sin principios”. Ganaderos con el dinero de una venta feliz en la cartera; viejos pensionistas, cuya única depravación era la asistencia a un baile de candil; señoras muchachas retiradas del servicio de Venus; militares cuyos bigotes, ya canos, no conseguían ningún enderezamiento marcial... Horas de sorbos lentos, de dormilones frecuentes... El café de Levante tenía su aire de provincia en el paisaje más nocheriego o noctámbulo de la Villa y Corte.”

## UN LEVANTE “SIN CHICHA NI LIMONÁ”

Otro Levante estuvo en la calle del Arenal. También se lo llevó el viento. Apenas hemos tropezado con tal cual cita pasa-a sobre este segundo establecimiento. Por pillar a trasmano lo que era el meollo de la ciudad—Sol, Alcalá, Cuatro Calles, eligos—debió pintar tan poco y dejar tan pobre rastro que se habla de él en las listas de cafés sin el perrito de un punto y aparte que le ladre.

## EL LEVANTE DE SOL

Y llegamos al último, al de la Puerta del Sol, que este año que corre cumple cien años. Volvemos a la pregunta difícil: ¿quién lo fundó, en 1854...?

Hay un camarero en la casa que, sin ser muy viejo, tiene cuarenta y dos años de oficio y veintiocho en el Levante. El nos dice:

—Tengo oído que esto era de un valenciano. Hasta hace poco venía por aquí una viejecita que se sentaba ahí. Pedía su café con leche y su bollo—creo que suizo—y se quedaba mirando para todo, mirando mucho, ¿sabe usted—, entre sonriente y llorosa. Era así como cuando llueve con sol verla sonreír con los ojos

humedecidos. A mí me daba sentimiento y alguna vez le hablé. Decía, dice: "Yo soy hija del fundador de este café..."

—¿Y dónde vive esa señora?

—Pues eso sí que no lo sé. Ni ella lo dijo nunca ni nosotros se lo preguntamos. A lo mejor se ha muerto ya, vaya usted a saber. Desde luego, hace tiempo que no recalca por aquí.

#### DE 1903 A LA FECHA

Sabemos de la historia de este Levante que en 1903 un señor llamado don Nicasio Ruiz de la Riva se lo vendió a don Cándido Alvarez Cosme en treinta mil duros—¡de entonces!—. Don Cándido se murió el año 15, y sus descendientes lo tienen hoy como comunidad de bienes y sociedad anónima desde 1942.

Hasta el año 39 fue restaurante de fama. Sonaban sus callos, sus raciones de solomillo, sus cocidos, sus purés de cangrejo, sus "huevos de Levante". Tenía prestigio en el invierno su chocolate con churros, y en el verano sus horchatas. Alejandro Velasco, que es el antiguo camarero citado, nos cuenta:

—Aquí vinieron a comer o tuvieron tertulia don Ramón del Valle Inclán, Díaz Caneja, Ricardo León, don Jacinto Benavente, Alberto Insúa, Millán Astray y su padre, don Carlos Arniches, Chicote, el Niño de la Palma, Marcial Lalanda... Recuerdo también la presencia de los hermanos Franco, don Francisco y don Ramón. Don Ramón venía mucho a comer.

#### UNA BUENA BROMA A VALLE INCLÁN

Fue en este Levante, según nos cuenta Velasco, donde unos guasones idearon una buena broma a costa de don Ramón del Valle Inclán. Encontraron un tipo bastante parecido al escritor, vistiéronlo como él, le pusieron unas barbas iguales... Cuando don Ramón entró y se encaró, como ante un espejo, con su propia figura, presidiendo la tertulia en el sitio habitual, sintió una impresión tremenda, de la que se repuso rápido, comenzando a despotricar con tal lengua que la "peña" se disolvió para ahorrarse las bofetadas que demandaban sus terribles improperios.

¿Sería aquí donde el estrafalario ciudadano y genial escritor habló una noche de la "homofagia", explicando, entre la estupefacción general que era una costumbre animal consistente en comerse los seres de su misma especie...? Cuentan que cuando algún papanatas pidió más aclaraciones, don Ramón se las dio con un ejemplo:

—Si usted comiera besugo—le dijo—, usted “zería” homófago.  
 ¿Y sería en este Levante de la Puerta del Sol donde hablándose del hijo de un camarero de café que había salido dramaturgo le preguntaron a Benavente que si él creía que el chico servía? Dicen que don Jacinto replicó:  
 —El que sirve es su padre.

### UN TIPO DE VENDEDOR AMBULANTE

Ramón Gómez de la Serna habla de haber recogido de la tradición oral la historia de un pintoresco vendedor del Levante de Sol, un óptico que iba diciendo por las mesas:

—Periscópicos y cilíndricos... Vista cansada y estrabismo... “Fine glace” y de Bohemia..., bicóncavos y biconvexos...

### LA TERTULIA DE BENAVENTE

Don Jacinto desertó de su vieja tertulia de El Gato Negro, en donde había empezado a triunfar, “con una aureola—dice un cronista—de hombre malo y luciferino, sobre el que hay la interesante nebulosa de un estigma y la ingenua creencia de que con una frase puede variar la historia nacional”. Se pasó al Levante de Sol. Don Juan López Núñez escribió esto: “Dadas las doce de la noche, antes que los teatros cierren sus puertas, empiezan a llegar al café de Levante los contertulios. Y junto al mostrador se sientan, no sin dejar antes un hueco libre para el maestro, para el que todos llaman “padre”: para Jacinto Benavente...”

### PRESENTE DE ESTE CAFÉ DE SOL

Ya no se congregan allí estas figuras del Madrid perdido, ya no va al Levante el doctor Castañeda, íntimo de Millán Astray, que tenía la manía de coleccionar duros “Amadeos”, y que daba a los camareros un pitillo por cada duro de éstos, dejando al morir una imponente cantidad de ellos. El Levante varió su fisonomía y su ambiente. Hoy tiene una parroquia con cierto perfil, una parroquia mañanera de ganaderos y tratantes ricos castellanos que manejan millones, pese a su aspecto corriente. De doce a dos el Levante se anima con esta parroquia y hay una danza insospechada de millones sobre sus mesas cafeteras.

Abajo, en los sótanos, Giménez Caballero animaba una “peña pombiana”, o así, los sábados, en torno a un periódico hablado,

el *Levante*, que luego se editaba, y conservan con amor, bien encuadernados, los dueños actuales del centenario y simpático establecimiento.

## DORAMAS

21-7-54.

## 20

## BOTIN ERA UN MESON DE TRONIO EN EL SIGLO XVII

Hay dos Botines: Botín de la plaza de Herradores, junto a la Puerta de Guadalajara, y Botín de Cuchilleros, antes cava de San Miguel. Aquél pone: "Botín". El de Cuchilleros: "Sobrino de Botín". ¿Cuál es el primero, el fundacional y más antiguo...? Parece que el de Herradores. Dicen que empezando el año de 1620 lo encendió por vez primera un hostelero olvidado. Pronto cogió vuelo. La Puerta de Guadalajara era lugar de cita para mucha gente trajinera o quieta, alguna de esta última de campanillas, por los blasones o por los dineros. Provincianos, pícaros y escuderos allí atracaban, unos a tiro hecho y otros a lo que cayese. Es fama que en ese pequeño mundo encontró Lope de Vega perfiles y voces para los pícaros de su teatro. También cuentan que metido en farra, una farra delirante y derivada a bronca, porque era agria la gente de la pandilla y agrio, por lo popular y mucho de vino bebido, a don Francisco de Quevedo le dieron una brava corrida en pelo por en medio de la noche y las callejuelas del paraje. A cintarazo limpio dejó la juerga y pudo haber dejado este mundo de no haberse hallado abierto el burladero del figón de Herradores, que lo libró del toro negro de aquella noche, al que acuciaba una tropa de bergantes.

## ¿Y EL DE CUCHILLEROS, QUÉ?

Estos dicen de una parte. De otra dicen que por el 1600 la gente de los tercios que iba a poner una pica en Flandes o venía de plantarla, y aquella otra que iba a Italia o a Indias, se bajaba al pasar la Corte por el arco de Cuchilleros y paraba en un mesón de la cava de San Miguel, donde comían y se tajaban, metiéndose en unas francachelas de camisa por fuera y mandobles por dentro. Dicen más: que este mesón fue el que había de llamarse luego Botín, y que quizá sea el más antiguo de Madrid.

(Por allí estuvieron los de El Galdo, San Isidro, El león de oro, La Merced, La Villa, El Dragón... ¿Cuál de éstos sería?)

Pasó luego por algunas manos. Y en los primeros años del 1700 acabó en las de un riojano—esta cuna le atribuyen—que se llamaba Cándido Remis Puertas.

—Pero, ¿y Botín?—preguntamos.

—Botín es Cándido.

Nos habían dicho que era el apellido del hostelero y resulta que es un apodo, un apodo cultivado por un hombre listo. Explican así el origen de ese nombre de guerra. Un poco como elementos decorativos y otro poco como elementos prácticos del hostel. Cándido Remis había hecho colgar de las paredes unas pequeñas botas llenas de caliente vino manchego. La clientela, mayormente de las armas—y entre la que por tradición figuraba además gente nombrada de las letras, los apellidos y el dinero—, no tenía sino alargar el brazo y tomar la botilla para beber, sin más requilorios. Gente seca, de los largos caminos y del riesgo, la ansiedad y el delirio en que vivía, con medio mundo en guerra a una mano y con otro medio fabuloso, apenas estrenado, a la otra, sus tragaderas eran insondables. Se arrugaban los odres y la parroquia quería más, demandando a gritos, con la sanfason y el imperio con que pisaba Europa o iba desvelando América. Entonces alguien reclamó vino con una voz que hizo fortuna:

—¡Botín! ¡Botín!

Surgía Cándido, sabihondo, curtido, inventando sonrisas y gentilezas como el más cumplido “maitre” de ahora. Traía una bota grande, del tamaño de una cabra, tan exacto como que era una cabra misma, o sea, su pellejo. Iba llenando las botillas entre dichos y donaires.

Y ya no hubo más Cándido, ni más Cándido Remis, ni más Cándido Remis Puertas. Ya no hubo sino *Botín*.

—Botín debe ser un diminutivo de bota, el nombre de la bota pequeña.

Será, pero el diccionario no lo aclara así. El diccionario dice que botín era un despojo que se concedía a los soldados a expensas del enemigo vencido. El vino de Cándido estaría más allá de las tarifas del negocio. Sería de dominio de la tropa, la alta y la baja, que una vez invadido el figón exigía a voces el tributo blanco y tintorro en calidad de “despojo”.

BIEN, PERO, ¿Y DÓNDE...?

Dónde, si en Herradores o en Cuchilleros, yo no lo he podido averiguar bien. Parece que en los últimos años del siglo pasado

se metió la curia a dilucidar la razón de partes que se creían con derecho a los bienes de Cándido Remis (a) *Botín*. Los que esto cuentan dicen que aquél por quien la Justicia se inclinó, que era un sobrino directo del último Botín, tituló la casa: "Sobrino de Botín".

Pero creemos que la cosa tiene tan sólo importancia anecdótica. Lo bueno es que ambos famosos figones viven y se las prometen largas y buenas, a menos que la moda dé en desdeñar estos graciosos lugares del viejo Madrid, hoy tan queridos por el indígena y por el forastero de más allá de fronteras.

#### DEMOS UN VISTAZO AL DE HERRADORES

Ya no es lo que fue. Lo tocó la guerra y lo arrasó. Acabaron de arruinar su rancio prestigio las reformas. Se perdió la oportunidad de hacerlas atinadamente sobre las arbitrarias pero saladas estructuras antiguas. Y así, ni ha ganado el que llega a comer—que va allí para algo más que para empiparse—ni gana lo que pudiera Manuel Rodríguez, su actual dueño, un cocinero serio, pero cordial, que lleva siempre un alto e impoluto gorro blanco del oficio.

—Yo soy de Oviedo, pero vine chico a Madrid. Entré a trabajar en el hotel París. Luego cociné en la Gran Tasca, de la calle de Barbieri, que era mía. En el 42 vendí allí y compré aquí.

—Esto no era antes así, ¿verdad?

—Pues creo que no, señor. Creo que antes tenía un horno, con ventanales enrejados, que daba a la calle del Bonetillo. Aquí, a mano izquierda, según se entraba, había un comedor bajo, alumbrado por velones de los de cuatro mechas. Los zócalos eran de estera y las mesas antiguas de pino, lo mismo que las sillas. En el invierno se encendían los braseros de sartén, esos braseros de metal dorado que usted habrá visto. Arriba tenía esto unos zócalos buenísimos, de ladrillos talaveranos. Luego había cacharros, cuadros viejos, loza antigua, velones... Todo lo arambló la guerra. Aquí estuvo o un cuartel o un comedor de tropas, o algo por el estilo. ¡Usted, dígame, tres años, casi pateando esto...! No dejaron ni los ladrillos. Se hicieron unas reformas y ahí están.

(Manuel Rodríguez, no se enfade usted por lo que vamos a decirle, pero eso no nos gusta. Haga usted un poder y aplique unas pesetas a otra reforma, a un "descubrimiento" de su local. Levante esos papeles pintados, pique esa cal y esa pintura. ¡Debajo está lo bueno! Sáquelo. Vaya comprando cositas, que por

ahí las hay: hoy una, mañana otra ...Un cuadro gracioso, pero viejo; algún cacharro; un plato bonito... Su Botín puede volver a tener "carácter", a estar completo, emparejando un ambiente a su buena, a su sabia mano de cocinero.)

—Abajo hay un viejo horno con la boca de piedras. No lo usamos ya. No es práctico. Ahora encendemos ése de ahí dentro. Está más a mano para el trabajo.

—¿Y recuerda usted algo curioso del viejo hostel?

—Pues o he leído o he oído contar muchas historias de esta casa. Dicen que en ese comedorcillo de abajo se reunían algunas parejas de compromiso, a lo mejor una señorona con un hombre pobre. Esto quizá ya no se estila. Antes sí. La gente era más... romántica, digo yo. Hablan de cierto billete, escrito por una dama, que creo que venía a comer aquí cochinitillo. Ponía: "Si queréis venir a casa de Botín, cenaréis conmigo. Estaré sola, por lo cual os pido por favor que no vengáis de uniforme, sino como la gente maja." Aquí acudía personal muy principal. Y sigue viniendo. En tiempos, don Antonio Cánovas comió una vez en la casa pepitoria y cochifrito. El le dio un gran empujón a la industria con el elogio tan cumplido que dedicó a la cocina. Aquí se hacían también hojaldres que tuvieron fama, poniéndose de moda, desde los Carnavales de hace así como tres siglos, venir a comerlos en los respiros de las parrandas.

### SOBRINOS DE BOTÍN

Bajamos las escaleras del arco de Cuchilleros; en seguida llega uno frente a la vieja fachada de Sobrino de Botín. Ha conservado mejor este hostel el estilo de viejo figón. Todo es gacho, pequeñito, íntimo. Al fondo, a la derecha, el horno. Es bonito, con su campana de cerámica de estilo castellano puro, y es emocionante, porque allí está la mella de los años en la piedra de la boca, que protege una gruesa lámina de hierro. Tanto han entrado y salido las palas y los atizadores para meter o sacar tostones y corderillos, desde el fondo siempre caliente, a través de los siglos, que el canto y hasta el hierro están gastados, lamidos por el trajín de los utensilios.

—¿De dónde sale tanto lechón...?

—Es que las cerdas son muy fecundas. Cada tres meses, tres semanas y tres días, ¿sabe usted?, puede una cerda tener ocho cochinitillos. Luego, como se destetan, la madre no se gasta. En dos años, un solo animal puede parir cuarenta y cinco lechones.

## SECRETOS DE LA CALIDAD

Hablan de que son centenarias las fórmulas de esta cocina de Cuchilleros. Algún viejo artista ideó la salsa del cochinillo asado a base de tomillos y otras hierbas del monte. La gente de ahora sigue fiel a la receta antiquísima, no por rutina, sino porque constituyó una diana de la culinaria y sería tonto ensayar teniendo a mano una fórmula insuperable. “En pequeños, pero en constantes detalles—ha escrito una autoridad—, consiste la importancia de Botín: en que su pimienta viene de ciertos cortijos andaluces, en que su sal es especial y en que el aceite es del más puro de oliva.”

Así han logrado un tostón o rostrizo de valor tan extraordinario como revela esta anécdota, bien conocida, ya lo sabemos, pero tan fuerte y tan española que nunca perderá frescura, intención y gracia. Preguntó el inglés, estupefacto ante la “cara” dorada y jugosa del cochinillo abierto:

—Por favor... eehh... ¿Cuánto costar esta cazuela de cochinita asada?

El de Botín se le paró, entre guasón

—Mucho, míster. Tanto, que sólo cambiarse por Gibraltar...

## LA CUEVA, HOY BODEGA

La casa de Cuchilleros tuvo cueva. Hoy es bodega. Esa cueva debió haber tenido “tomate”, si es cierto que había en ella una buena cama y ajuar completo para parar una persona. Uno adivina un escondrijo galante o de otra laya. Se perfila la sombra de Luis Candelas, que tenía tantas razones para “enratonarse” de vez en cuando. O la de otros perseguidos de la Justicia por lances o desafueros del tiempo.

Así, sobre poco más o menos, son los Botines famosos, el de la plaza de Herradores, pegando a la Puerta de Guadalajara, y el de Cuchilleros, antigua cava de San Miguel.

DORAMAS

## HACE CUATROCIENTOS AÑOS: BODA DE FELIPE II CON MARIA TUDOR

Repican gordo San Pablo de Londres y todos los campanarios de la ciudad. Es el 15 de noviembre de 1501. Hay boda real. Una princesa de España, Catalina de Aragón, se desposa con Arturo, príncipe de Inglaterra. Ella—que aunque no buena moza, era bonita—tenía dieciséis años. Arturo, unos meses menos. Se trata de un enlace ciento por ciento de conveniencia, que ni siquiera se consuma. En la espera de que los adolescentes consortes maduren algo, Arturo se muere cinco meses después del casorio. Por esto cuando pasados siete años la desposa nuevamente aquel Landrú del trono británico que se llamó Enrique VIII, la novia sube al altar toda vestida de blanco, con su pelo suelto. Así corresponde casarse a las doncellas.

### CUATRO HIJOS MUERTOS Y UNO VIVO

Enrique y Catalina tuvieron cinco hijos. El primero, un varón, se murió a los dos meses de nacido. Acabado de alumbrar, se fue el segundo. El tercero vino abortado. La reina alumbró luego a María—María Tudor—, que fue el único logrado, porque un quinto, que esperaban varón y dio el chasco, se marchó también de este mundo bien temprano. Pues esta María Tudor, española mestiza de inglés, desgraciada y magnífica en la prueba familiar e histórica, es la que nos va a ocupar.

### A LOS SEIS AÑOS ERA NOVIA DE CARLOS V

Cuando el amo imperial de Europa, Carlos I de España y V de Alemania, tenía veintitrés años, Enrique le prometió a María. Era una novia de seis “abriles”. Cosas de Palacio. Tanto en las islas como en el continente, se pusieron a prepararla a conciencia para su alto destino: emperatriz de Alemania. La niña creció entre griegos y latines, bebiendo en los textos, tan amargos para una cría, de Platón, de Cicerón y Plutarco, de Eramo y Tomás Moro. El plan lo dictó desde Europa nuestro humanista Luis Vives, porque se lo mandó don Carlos. Menos mal que doña Catalina, la madre, se hizo cargo y le alivió la engorrosa formación, haciendo

que le enseñaran más gratamente francés, italiano y español. Hizo también que aprendiera viejas baladas de la tierra inglesa y canciones de su España, acompañándose de un laúd. Tal vez hasta quebrantó la prohibición, dejándola jugar a la baraja y a los dados, permitiéndole vestirse alguna vez con lujo y dándole a leer libros de caballerías y novelas pastoriles, las obras favoritas de entonces. Vives había vetado todo esto por indigno de una reina con tal alto destino.

#### EL BERGANTE DE ENRIQUE EMPIEZA A JUGAR SUCIO

Por envidia o por alguna otra mala pasión, Enrique VIII le hizo a don Carlos la primera mala faena. Secretamente ofreció la pequeña María al rey francés. Lo supo el Emperador y reclamó airado. El inglés, que era un cuco de siete suelas, contestó con la más insospechada salida: "Mi corazón de padre no resistiría separarme de mi querida y pequeña María." Se plantó Enrique en el recurso y no hubo de qué. Carlos, que estaba en casarse, tuvo que cambiar de novia. Subió al altar con doña Isabel de Portugal, que había de ser la madre de aquel personalísimo monarca que se llamó Enrique II.

#### COMIENZAN LAS LÁGRIMAS Y LOS SUSPIROS

Enrique cometió luego una de sus históricas felonías matrimoniales: se cansó de Catalina, halló un obispo complaciente que le hizo el juego y se divorció. Nuestra pequeña María pasó entonces el umbral de su penosa y agitada vida. Automáticamente quedaba en situación de bastarda. A la escandalosa faena conyugal, el atrabiliario y duro monarca añade la apostasía de su antigua fe. Se revuelve contra el Papa, separa Londres de Roma y seculariza y reparte los bienes de la Iglesia. Corre, encima, sangre de frailes y de clérigos. El diablo se ha entronizado en el trono británico y toda Inglaterra, tradicionalmente católica, se echa a temblar, ganada por un terror que no tiene precedentes en su Historia.

La pobre Catalina de Aragón pasa desterrada a un castillo —y menos mal que escapó con el pellejo, cosa que a otras no les pasó, porque este hombre mataba a sus esposas como quien tuesta y lleva al molino!—. María fue separada de la madre, cuando estaba más falta de ternura, y ya no la volvió a ver nunca más. La reina murió en el destierro, solitaria y humillada.

### APARECE ISABEL, LA DE LOS COMPLEJOS

Se encaprichó Enrique con Ana Bolena, se casó con ella y nació Isabel I, la de los extraños complejos. Ana era una mala persona, según se desprende del aborrecimiento que cogió a María Tudor, la rival de su hija. Llegó a malmeter al rey contra aquélla, hasta tal extremo que Enrique la amenazó en público.

Pero el soberano de Britania era más alegre que una veleta. Harto también de la Bolena la soltó por la borda, pero más trágicamente que a Catalina. Después de someterla a un vergonzoso y humillante proceso, la mandó ejecutar. Y entonces Isabel, colocada en una situación idéntica a la de María, pasa también a condición de bastarda. Las dos desgraciadas mozas reales tienen una modesta residencia y reciben una miserable renta. En la tribulación, María pone en juego su corazón magnífico para aliviar a Isabel, generosidad que ésta había de pagarla, andando el tiempo, tan de mala manera.

### OTRAS FAENAS CONYUGALES Y LOS TERRORES DE LA VEJEZ

Entretanto el monstruo real se casa con Juana Seymour y le nace un hijo tísico, porque tísica era su madre, y le pega la dolencia a fondo. El chico fue Eduardo VI, rey a su tiempo, aunque por poco y para poco. En su destierro, María Tudor asiste todavía a la boda de su padre con Ana de Cleve, de la que también se cansa como un chico de un juguete, a la ejecución de la quinta esposa y a la boda con la sexta, que salvó el pellejo tal vez porque a Enrique se le colmó la medida y entregó su alma tal vez a Dios porque su misericordia es infinita... Había engordado y se había puesto hecho una calamidad de un mal gordo que le entró. Entonces le empezaron a invadir unos miedos delirantes. Un historiador nos ha contado: "Tiene horas en que reconoce, arrepentido, el mal que ha causado y en que le persigue, como una sombra siniestra, la angustia del más allá."

Es luego de haber consumado el cisma, conservando parte de los dogmas y ritos de la Iglesia antigua, pero sustituyendo el primado del Papa por el del soberano civil. En el declive, marcado por ráfagas de terror, asoman las rectificaciones. María Tudor, que ya tiene veinte años tristes, sellados por todas las experiencias del dolor, la humillación y hasta el peligro, es autorizada a volver a Palacio. El monstruo, trasponiendo y lleno de miedo, la recibe con los brazos abiertos.

## LA PELEA CONTRA LA IGLESIA NO FUE COSER Y CANTAR

Quienes crean que los católicos británicos se resignaron a la apostasía, al capricho y la soberbia satánicos del rey Enrique, se equivocan de medio a medio. Se revuelven los fieles al Papa y los fieles a los derechos de Catalina. El monarca tiene un brote de furor y ordena sangrientas ejecuciones. Caen sobre María sospechas de contactos con los católicos. Y cuando parecía que habría de hallar al fin la paz y la certeza, su padre la manda encerrar en un castillo.

Al fin entró la muerte en la alcoba de Enrique. Al sentir que se iba, testa, regulando la sucesión por este orden: Eduardo, María e Isabel. También a esta última le había levantado la condición de bastarda.

## SUBE AL TRONO MARÍA TUDOR

Entró a reinar Eduardo, a quien prepararon concienzudamente como anglocatólico, acentuando en su formación lo dispuesto por su padre. Durante su mandato estalla violentamente un movimiento de los "fanáticos de la Biblia", que intentan ahogar en sangre y lodo el tradicional y arraigado sentimiento católico de Inglaterra. Es entonces abolido el culto de los santos, prohibida la misa, sustituido el latín de la liturgia por el inglés, que tan mal suena para esto...

Pero Eduardo muere tísico, como se ha dicho, y pronto. Entonces surge la coyuntura de María Tudor.

## ESPAÑA ENTRA EN JUEGO

Cuando María sube al trono de Inglaterra tiene treinta y siete años. Nunca ha sido hermosa. Ahí está, en el Prado, atestiguando su falta de gracias, un retrato que le hizo Tomás Moro por encargo de Felipe II. Sobre esa condición natural cayéronle luego, como zarpazos, las sucesivas desventuras de su vida, envejeciéndola prematuramente. No obstante, el dolor no la hizo rencorosa. Era auténtica y profundamente buena, pero no floja. Una soterrada corriente de energía—la de los Tudor—corre por sus venas. Luego probaría el temple ampliamente.

Así las cosas, España entra en juego.

El ocaso de Carlos V produce al mundo, aún hoy día, una profunda estupefacción. No hay en este crepúsculo imperial la

arrebolada, los oros magníficos que uno espera del gran sol. El Emperador traspone por un fondo brumoso, de nubes aceradas y pardas, con pinta y ánimo de gastos salvajes que reviran desde las esquinas de su cerco. Corre, fugitivo, delante de Mauricio de Sajonia, que lo ha traicionado y lo amenaza. Todo el mundo se asombra de esta huida nocturna y humillante a través de los Alpes, derrotado, viejo. El imperio retiembla. Y cuando es de esperar que el brillante y eficaz guerrero tienda la espada y acabe con los crecidos insurrectos, se descubre una insospechada, casi inverosímil debilidad: Carlos no tiene dinero. No tiene dinero, pese a su ancho poder, pese al vivero inagotable del Nuevo Mundo, cuyo oro remonta la mar para él una vez y otra.

#### LA CAÍDA SE TORNA VUELO

Los años, los males—su gota—, su asombrosa pobreza, lo despeñan en lo que el historiador británico William Thomas Walsh llama “una especie de letargia melancólica que había sido la maldición de toda una rama de su familia”. Y añade: “De ella había sucumbido la madre de la gran Isabel y aun Isabel estuvo a punto de padecerla alguna vez. La historia de Juana *la Loca* era conocida de todos. Ahora era Carlos la víctima de la insidiosa enfermedad.

Perdió el sueño y dio en la manía de desmontar, pieza por pieza, sus relojes famosos, volviendo a montarlos.

La muerte de Eduardo VI, que coincidió con la mortal depresión, levanta de nuevo al Emperador. Rebrotan sus fuerzas, vuelve a animarlo una ráfaga de grandeza, planea dar el golpe extraordinario y morir luego a gusto, recostado en él; María Tudor puede ser, al fin, su esposa... Juntos librarán la batalla contra la Francia enconada, contra la Alemania revuelta y, sobre todo, contra los enemigos de la Iglesia de Roma, que amenazan la unidad cristiana. Escribe a Felipe. Le habla de esta posibilidad y de otra más prudente, en razón de los años y de la preciosa descendencia. Felipe responde con una sumisión impresionante. La boda del Emperador con María “sería la mejor cosa posible. Pero, puesto que vuestra majestad piensa que como me dice y desea arreglar el matrimonio conmigo, ya sabe que soy hijo obediente y que no tengo más deseo que el suyo, especialmente en asuntos tan importantes.”

María había sofocado ya, con la decisión, el arrojío y el tino de un hombre, la revuelta que contra ella levantó y organizó el ambicioso y cismático Northumberland, la cual le costó la cabeza. Medio año después pudo aplastar un segundo levantamiento, más

peligroso, porque se apoyó en una propaganda popular contra la boda con Felipe de España, que habría de torturar y quemar a la gente llana y arrebatara a las clases altas los bienes de la Iglesia que les habían entregado para ganarlos al cisma por la ambición. Alianzada así su realeza, la boda se concertó y tuvo lugar tal día como mañana, el 25 de julio de 1554. De este modo comenta Ludwig Pfandl, las pretendidas consecuencias de este casorio: "No es solamente la potencia política de Francia la destinada a morir por asfixia, sino también la Alemania luterana y la Suiza calvinista las que sentirán cerrada su política religiosa por un anillo de Estados habsburgueses fieles a Roma."

LAS RÁFAGAS PRECURSORAS DE LOS VIENTOS QUE SE LLEVARON  
LA *Invencible*

Y termina Pfandl con este sencillo pero impresionante comentario: "Sino que todo ello queda en el aire, porque el matrimonio de Felipe y María no tiene descendencia, y esta sola razón conviértelo en un fatal fracaso político, cuyas consecuencias serán añadir uno más a los enemigos mortales de España, abrir en la defección de los Países Bajos una brecha muy peligrosa y preparar la catástrofe de la *Invencible*, aquel último y desesperado esfuerzo de una España ya en declive por derrotar siquiera a uno de sus poderosos enemigos."

Sobrecoge pensar hoy que el frustrado nacimiento de una cosa pequeñita, de algo que las mujeres de todos sitios arrojan cada día por miles, fue bastante para torcer el rumbo tremendo de la Historia. La falta de un niño, que pese a su grandeza es nada, como es nada una gota en medio de una mar, fue bastante para que el mundo perdiera algo tan imponente como la unidad cristiana del Occidente europeo.

¿No es para quedarse sin habla?

MONAGAS

LA FARMACIA MAS ANCIANA DEL LUGAR:  
LA DE LA REINA MADRE

Las farmacias—a las que llegamos en este repaso de establecimientos centenarios de Madrid—son harina de otro costal. Pu-

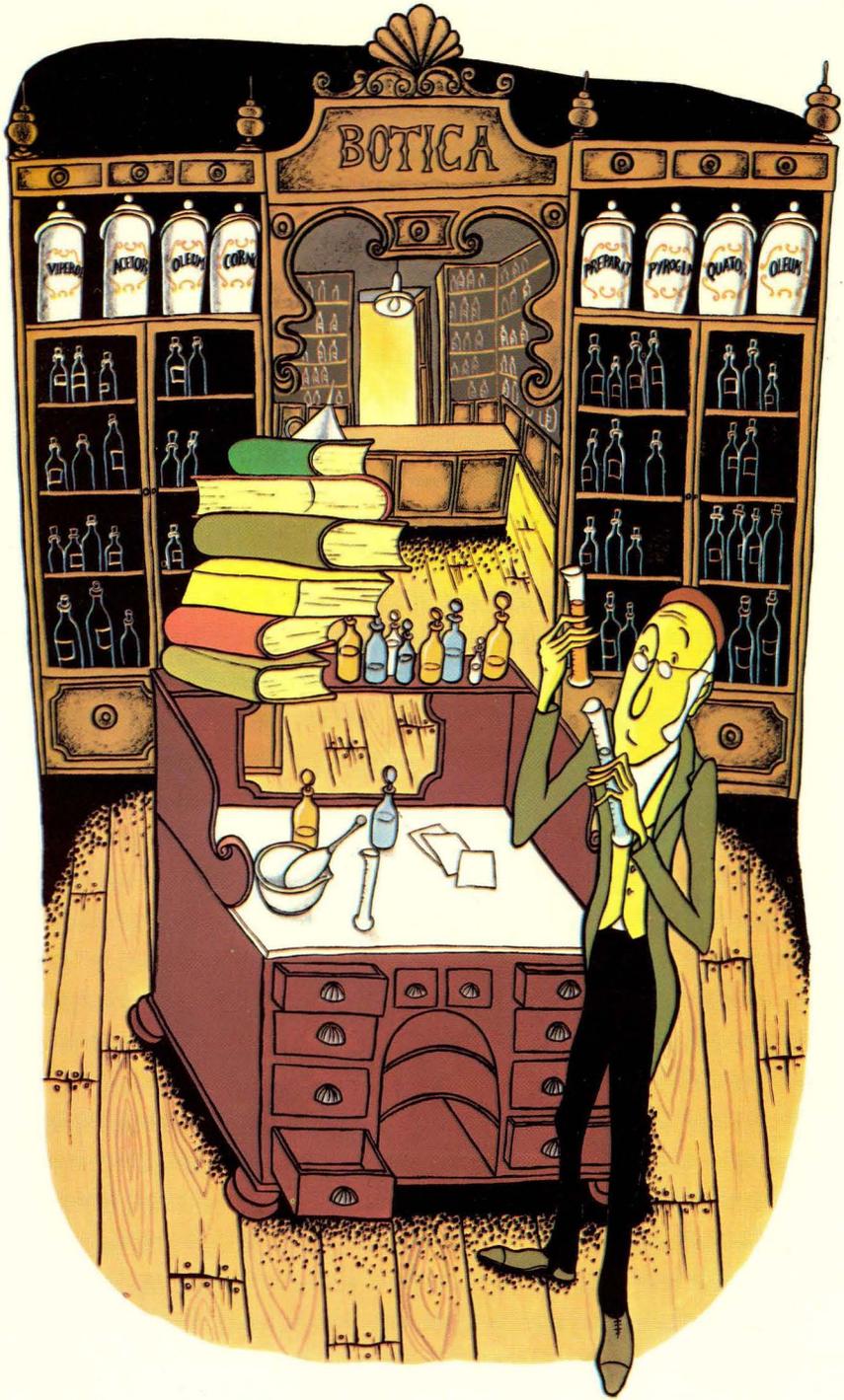
diera decirse de ellas algo así como “con la Iglesia hemos topado”. Lo mismo que en la tienda de la esquina, le entregan en ellas al ciudadano unos productos a cambio de dinero. Pero el toma y daca de la tienda se practica para mantener la vida en su camino corriente, y con cosas de origen claro y clara función. El ambiente es vital, festoneando de movimiento, voces animadas y hasta jarama con pellizcos. En la botica sirven cosas que sostienen jirones del oscuro, alientos de lo desconocido y misterioso, y que también son para vivir, pero bregando, en un mano a mano con la cosa más imponente de este mundo: la muerte. A la farmacia va la parroquia con la voz sobrecojida, metida entre pecho y espalda, y a dar con el mazo, luego de rogarle a Dios, cuando el hilo de su gente querida se roza o se abarrota su peso, amenazando soltar en el vacío negro la carga, hasta poco antes suspendida, derecha y caliente. En la botica, el ambiente es agónico y los corazones están en un puño.

Esta diferencia tuvo que ser más notable en el tiempo viejo, cuando entre la supervivencia y el milagro no había más que un pelo, cuando la farmacopea tenía algo de palo de ciego delante de los pasos. Recargaban sus arcanos los latines del botamen—abreviado, a veces, para colmo—: “Acetor quator latronum”; “Viperoe proeparatoe”; “Oleum pyrogenatum cornu cervi”... El antiguo cliente enfrentaba el prodigio, encerrado en las hileras de aquellos hermosos botes de la vieja botica.

#### LA MÁS VIEJA DEL LUGAR

Esta de que vamos a ocuparnos primeramente es reconocida como “la más anciana del lugar”. Está en la calle Mayor. En lo alto del frontis reza un rótulo: “Farmacia de la Reina Madre”. El nombre pica de por sí. Luego la curiosidad llega a su colmo cuando uno se entera de lo viejísima que es, de que es la más viejísima de todo Madrid. ¿La fundó, en los años primeros del xvi, un veneciano que sabe Dios por qué incitaciones arrimó a la capital imperial?

En la botica conservan papeles viejos. Uno de ellos lo mandó escribir su propietario desde 1875, don Roberto Moreno Villena, y en él se recoge una curiosa tradición oral. Según esta memoria, el establecimiento “proveyó de drogas y filtros a Francisco I de Francia—el alto prisionero de Carlos V—estando cautivo en la torre de los Lujanes”. Esto, de ser cierto, fue en el 1815. ¡Cuatrocientos treinta y nueve años vendiéndole medicina a la villa de Madrid! ¡Ya está bien! Pues ahí sigue tan campante la “Reina



Madre”, cambiada la “triacá magna” y el “vinagre de los cuatro ladrones” por la aspirina, la estreptomyciná y etcétera.

El señor Moreno Villena pudo escribir, esponjado, de su establecimiento esto que sigue: “No digo que sea el más antiguo de su clase en la vida de Madrid, sino de todos otros establecimientos de cualquier clase que sean.”

#### OTRA VERSIÓN LA ARRANCA DEL 1696

Luego hay otra versión. La “Botica de las Platerías”, como parece se llamó originariamente, fue fundada por el boticario mayor de la reina madre, don Bartolomé Fernández Ortiz, en el 1696. Esta reina madre era doña Isabel de Farnesio, viuda de Felipe V y autora de los días de don Carlos III y don Fernando VI. Don Roberto, cuya ufanía por la posesión de tan remontado establecimiento no disimulaba ni tanto así—claro que con razón—, escribía también que “de cuando era regente del Reino la reina doña Mariana, madre de don Carlos II, *el Hechizado*, conservaba mi padre escritos o garabatos que la botica era de sus abuelos”.

Parece, pues, que estando al frente de ella don Bartolomé Fernández Ortiz cambió su viejo nombre de botica de las Platerías—por allí abrían sus tiendas los plateros famosos de la España imperial—por el de la Reina Madre, a causa de haber designado la soberana a don Bartolo “boticario privado”, cosa que se estilaba entonces, al margen de la botica real, creada ya, según dicen, desde los tiempos de don Felipe II.

#### LO QUE HABLAN DE UNA POMADA

Se habla también de una “pomada de la Reina Madre”, algún unguento de ranas, alacranes y víboras sería, que para algún malejón de la soberana fue hecho allí y que “pegó” bien, aprovechando los dueños de la fortuna de este hallazgo para prestigiar el establecimiento y darle ese pomposo nombre. Pero esta Reina Madre, ¿cuál era? Porque es que en los enamorados escritos del señor Moreno Villena se lee también, a propósito del afortunado unguento, esto: “La reina María Luisa tuvo en mucha estima a la botica, y de su tiempo data la pomada que llamaban de la Reina Madre.”

Aquí hay lío, pero no tiene importancia.

## OTROS PRODUCTOS DE FAMA

Don Bartolomé debió haber sido listo como un rayo. Las farmacias eran empresas industriales, y ayer, como hoy, una buena fórmula las ponía a flotar que daba gusto. Hay noticias de dos productos que se sacó don Bartolo de su cabeza, uno que atendía la estética y el otro el físico, en aspectos muy trascendentales, que aquí está la miga de los descubrimientos. Lanzó el señor Fernández Ortiz la “pomada encarnada”. La “pomada encarnada” era para cuando a los caballeros se les caía el pelo. No había calvicie que se resistiera a esta misteriosa y colorada untura. Entonces no era obligatorio declarar los productos, y el secreto de la fórmula acrecía su arcano... Todos los calvos de la villa y corte y muchísimos de las provincias dejaron sus buenos cuartos a don Bartolomé a cambio de su “pomada encarnada”. Ni que decir que las testas abuelas continuaron mondas a la par que lirondas.

El otro producto era el “bálsamo anti-rheumático”—así, con su guión y su h—, cuyo uso don Bartolo recomendaba de este modo:

“Se echan en la palma de la mano tres o cuatro gotas, y una palma en otra se frotan mucho, hasta que el bálsamo se embeba bien en ellas; y si se cansan—las manos serían, que no las gotas—, se para un poco y se prosigue; y ello se repite, según se necesite, tres o cuatro días, por mañana y tarde; y en caso que el dolor no cese, se untará la parte que duela; y es lo mejor no lavarse después las manos en dos o tres horas. Sirve para los efectos reumáticos, y para otros muchos, que procedan de humores filados, como tiña, sarna, herpes, etc., y es singular para el mal de piedra, que molesta en los riñones. Se hallará en casa de don Bartolomé Fernández Ortiz”, terminaba el reclamo.

## LA BICOCA DE LAS AGUAS MINERALES

Según nos cuenta el viejo farmacéutico don Gustavo López y García, que a sus ochenta y un años recuerda y escribe cosas muy saladas sobre las viejas boticas de la villa, don Roberto Moreno Viena, el ya citado propietario de la farmacia a finales del siglo pasado, se dio maña para redondear la potencia económica que el prestigioso contacto con la casa real le había procurado al establecimiento. Obtuvo el monopolio de todas las aguas minerales conocidas entonces, tanto del país como extranjeras, de manera tan concluyente, que los propios almacenistas tenían que irse a la calle Mayor a pedirle a don Roberto que les despachara cajas o garrafas.

Pero reza un malicioso refrán castellano que “de la calle vendrá quien de casa te echará”. Y también dice el pueblo, escarmentado: “Cría cuervos y te sacarán los ojos.” Adivina uno ambas sentencias en la lengua irritada de don Roberto, enjaulado en su rebotica, revolviéndose contra la ingratitud y el chasco. Porque había ocurrido que un estudiante de Farmacia, que fue practicante suyo mucho tiempo—entonces lo estudiantes de Farmacia practicaban en un establecimiento del ramo—, le salió más listo de la cuenta. Se llamaba el “pollo” Emilio Navarro. Cuando se licenció y fue don Emilio, buscó casa, reunió cuartos y se estableció por su cuenta. Enfrente, casi, de la Reina Madre, en la otra acera, que entonces llamaban “de Platerías”.

Hasta aquí la cosa no tiene mayor novedad. Lo gordo vino después, cuando el señor Navarro, que debió haber tenido también la letra menuda, se las apañó para apoderarse del lucrativo monopolio de las aguas, que él suministraría en adelante a los restaurantes y hoteles.

El señor Moreno se puso que tocaba las vigas del techo.

#### LA REBOTICA DE LA REINA MADRE

Por la rebotica de la antiquísima farmacia desfilaron personajes notables de la época. Uno de ellos, el jesuita alemán padre Nihtard, confesor y ministro de la reina doña Mariana, la regente, madre del último de los Austrias, don Carlos II, quien llamaron, como se ha dicho, *el Hechizado*. Don Roberto Moreno cuenta en su curiosa crónica que cierto día, estando el padre Nihtard en la puerta del establecimiento, le soltaron de enfrente—desde el portal de la iglesia de El Salvador—una “peladilla”—que así, tan delicadamente, llamaban al canto rodado pequeño—. La pedrada le acertó en la cabeza. Los madrileños no simpatizaban con Nihtard, y algún anónimo protestante le expresó la repulsa popular en forma de peladilla.

Fue un gran momento de la rebotica la época en que la manejó el boticario don Benito Moreno Siñén, a partir del 1820 ó 21. Hasta entonces la tuvo don Domingo García Fernández, que consiguió se dictase una real cédula autorizándole para, sin ser boticario, tener abierto el establecimiento de por vida, con un regente, que lo fue don Bernardino Puerta. Sustituyó al señor Puerta el señor Moreno Siñén. Don Domingo tenía una hija casadera, sobre la cual puso el ojo Benito, con tan buena maña que la llevó al altar. No obstante, esta boda no parece haber alcanzado categoría de braguetazo, ya que aparecen papeles que acreditan una venta de farmacia hecha por don Domingo a su yerno.

Este don Benito Moreno, tildado por los que le conocieron de “hombre bastante reaccionario”, fue personaje de muchas influencias, las cuales se dice aprovechó “para librar de hacer papeles trágicos en la plaza de la Cebaza a no pocos liberales...”, “y en la fuga y salvación de Olózaga en vísperas de ser ahorcado”. Quiere decir esto que las ideas eran distintas, pero algunos de sus amigos de la rebotica eran sus amigos. He aquí algunos nombres de los contertulios de entonces: Fernán Caballero, Modesto Lafuente, Miguel Puche, Francisco y Diego Amorós López, los priores de Atocha y Santo Tomás “y muchos otros que fueron ministros o magistrados”.

### REFORMAS Y AMORÍOS

Algo después del 1821, don Benito resolvió derribar la finca de la calle Mayor, donde estaba instalada la farmacia, para reedificarla, colocando provisionalmente el establecimiento en un cuarto bajo que tomó en la casa número 10, “propia de las monjas carboneras”. De esa reforma quedó constancia en un curioso documento, firmado por médicos y practicantes de Farmacia, en el que “los abajo firmantes, que conocían el deteriorado estado del mobiliario de la antigua botica titulada de la Reina Madre, presencian con fruición el verla restaurar, y todos, así como su propietario, ansían ver terminada la obra iniciada”.

Los firmantes no se limitaron al garabateo de sus nombres, sino que pusieron un “párrafo”. Uno de ellos—don José Sepúlveda y García—, farmacéutico y antiguo practicante de la reina madre, escribe: “Vemos cumplidos los deseos por la restauración elegante que ha sufrido el antiguo cuchitril, testigo de infinitas aventuras amorosas” (!). Asoma la oreja “Don Hilarión, el delicioso inmortal boticario de *La verbena de la Paloma*”. Otro firmante, Paz Sánchez Ocaña, hace una oscura, aunque picante alusión, al escribir sobre alguien: “Niña hermosísima, de diecisiete años, delirio del propietario del establecimiento” (!!!).

### EL BOTAMEN Y OTRAS CURIOSIDADES

El año que comenzó la primera guerra europea, la botica fue dotada de una barroca estantería de nogal tallado, que ahí está todavía. A lo largo de ella se alinea una de las muestras de botamen más hermosas que pueda haber por España. Es flor y nota de la cerámica de Talavera y Puente del Arzobispo, hecha probablemente en el siglo XVIII. Hay en esos botes escudos con las armas

de Granada; otros, carmelitanos, encuadrados en águilas bicéfalas; otros, con el anagrama de Jesús bajo corona real; otros más, con los atributos de León y Castilla bajo capelo cardenalicio... Algo casi único, que arrumbado por la invasión del especificuismo se mantiene vivo en la orilla de su desuso por la maravilla de su calidad y de su belleza.

MONAGAS

23

LA BOTICA DE LA PALOMA, ¿SIRVIO A RICARDO DE LA VEGA PARA SU INMORTAL "VERBENA"?

Don Antonio Flores, que escribió en el pasado siglo, nos dejó en un libro costumbrista, fechado en 1843, un curioso dibujo de un boticario de por entonces—al que llama "fharmacópola", empleando el término griego—, otro de un practicante o mancebo y alguna pincelada sobre la parroquia y el clima de la farmacia decimonónica. El "fharmacópola" se cubre la cabeza con un gorro "griego", encarnado él y bordado en seda de colores; adorna su cuello con corbatín blanco; lleva una levita holgada, de color verde botella, y un chaleco de piqué amarillo; el pantalón, bien estrecho, es de paño negro si sopla de la sierra, y de una ligera tela blanca si corren los tres meses de infierno"; las medias son blancas, como el corbatín, y se calza con zapatillas de orillo. ¡Bizarra traza!

El mancebo se toca boina azul, con borla de plata, y viste blusa de percal morado.

BARRIO POPULAR Y PARROQUIA CASTIZA

El licenciado tiene su farmacia en un barrio popular, de lo más sabroso de Madrid. Salta al recuerdo la primera deliciosa escena de *La verbena de la Paloma*, el sainete más salado que las pesetas. *Don Hilarión* tenía su botica por la Paloma. En la madrileña calle de Calatrava hubo una farmacia histórica, que se murmura fue la que le ofreció a don Ricardo de la Vega el pie para esa imperecedera estampa castiza. La que el señor Flores nos pinta tenía unas puertas vidrieras de nogal oscuro, unas cortinillas rosa, un ventanillo por donde se servía a la parroquia, al menos cuando

sólo pedía un “simple”, y en lo alto, una muestra parda con clavos romanos que rezaba: “Botica del Doctor Tal.”

La parroquia de la mañana iba a por perfumes, mayormente. Llegaba una moza:

—¡Boticario! Déme usté dos cuartos de pomá p'al pelo, que huela a rosa. ¡Y no sea usté indino ni roñica despachando!

Entraba otra:

—¡Ave María! Despácheme usté dos cuartos de cremol, pa los dientes. Y écheme usté un polvito de quina.

Arrimaba la mujer de un “amarrado” a la milicia nacional:

—¿Qué quieres?

—Pues quiero cuatro cuartos de asta de ciervo molida.

—¿Pa qué?

—¡No te fastidia, preguntando...! Pa limpiar el sable a mi marido, que es que se le pone negro y le meten el paquete. ¡Condená milicia, que no da más que mal dormir y gastos!

Despachaban a las mujeres. Se quedaba la botica un rato sola. El mancebo, bailándole la borla plateada, tiraba de plumero y daba unas pasaditas a las redomas, con su amarillo y su azul limpios, tan bonitos; luego, al botamen, lleno de cosas y nombres extraños; por último, al “ojo del boticario”, que no era el ojo propiamente dicho, sino una vitrina o armarito donde se guardaban celosamente ciertos frascos pequeños, pero cuyo contenido era el de más valor y peligro de la casa: unos frascos llamados “cordiales”, con venenos, con estupefacientes... Su pérdida podría representar una ruina. Aparece así explicado el dicho que, para definir la inoportunidad máxima, la más grande mosca en el más puro y cumplido vaso de leche, habla de caer “como pedrada en ojo de boticario”.

#### “DOCTOR GARRIDO. SIEMPRE EN SU FARMACIA. LUNA, 6”

Se fueron perdiendo estos perfiles, pero se sostuvieron la anécdota, los grandes, los salerosos tipos del boticario del XIX, que inventaba la maravilla y la jaleaba—como hoy se jalean las cosas—en las planas de los periódicos del modo más pintoresco. Fue, por ejemplo, de lo más popular y simpático un boticario de la calle de la Luna—don Francisco Garrido Pardo—, del que nos cuenta don Gustavo López y García, farmacéutico, de ochenta y un años, que sabe y narra con el mejor garbo las más curiosas historias de las viejas boticas, que el doctor Garrido inventó unos sonados “polvos antigastrálgicos”, a los que montó una propaganda precursora del estilo yanqui. Cerraba los pregones periodísticos con un “slo-

gan" que hizo fortuna: "Doctor Garrido. Siempre en su farmacia. Luna, 6."

Necesitó cierta vez un practicante, puso un anuncio y vino uno. Don Francisco lo examinó previamente. Le preguntó para empezar:

—¿Usted qué haría si un cliente guasón le dijera: "Deme usted diez céntimos de polvo de asta de boticario"?

—¡Lo echaría a la rúa con cajas destempladas!—respondió ufano el pretendiente.

Garrido lo miró de lado, mientras se acariciaba sus grandes patillas:

—Usted no me sirve, pollo. Yo necesito gente más viva.

—¡Hombre, don Francisco; yo...!

—Mire usted, para que aprenda: lo que debe hacerse en casos tales es envolver en un papelito un poco de creta y meter los diez céntimos en el cajón, ¿se entera?

Empezando el siglo, y ya cansado, Garrido puso en venta su establecimiento, anunciando el traspaso de esta manera:

"El doctor Garrido piensa retirarse del trabajo de la profesión farmacéutica, y, como consecuencia, no teniendo herederos para su farmacia, pone ésta en venta, esperando que en breve se aprovechará de la ocasión alguno de los más listos que puedan comprarla. Su despacho anual es de cuarenta mil duros. No hay otro modo de adquirirla que entendiéndose con su propietario. Doctor Garrido. Siempre en su farmacia. Luna, 6."

#### CENTRO DE NODRIZAS GARANTIZADAS

Por el último cuarto del siglo XIX—nos cuenta también don Gustavo López—era signo de distinción entre la sociedad madrileña "comprar" la lactancia de los hijos a una nodriza, de preferencia nacida en el valle del Pas, por Santander. Vestíanla con falda roja y corpiño de terciopelo, de escote amplio y cuadrado, por el que desbordaba la nítida blancura de la ropa interior. Luego la alhajaban con grandes collares y pendientes, formados con cadenas de plata de a dos reales. Por la calle Mayor hay aún restos de una platería que se llamó Las Amas de Cría, por haberse especializado en el adorno de las rollizas donantes montañesas, desplazadas hoy por el "pelargón". El doctor don Casimiro García Cenarro, fundador de la farmacia, que aún tienen sus descendientes en la calle de la Salud, instituyó un centro titulado Centro de Nodrizas Garantizadas.

—La nodriza que acudía para brindar a los críos ricos de Madrid su jugo lácteo—añade don Gustavo— era reconocida por un

médico, quien garantizaba que no padecía enfermedad transmisible por la lactancia. Y don Casimiro analizaba la leche, garantizando a su vez su contenido en lactosas, grasa y demás componentes. Del reconocimiento y del análisis se le entregaba una ficha, copia de la que se guardaba en el fichero del centro a disposición de quienes buscasen nodrizas.

EL “VERDADERO” ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO  
ERA EL DEL BACALAO TRANQUILO

El padre de don Gustavo, según él nos cuenta, era un hombre curioso y ordenado en extremo.

—Al morir dejó un sobre con este título: “Notas y recortes sobre el charlatanismo terapéutico”.

A ese material pertenece este pintoresco caso de competencia francesa, llegada a España, y que se planteó a propósito del aceite de hígado de bacalao. Lanzó uno un M. Hoga. Rue de Castiglione, 2. París. “Es de una eficacia cierta—decía—, extraído de los hígados frescos de bacalao, con exclusión de los de todo otro pescado.” Se le enfrentó con otro aceite otro “monsieur”, que decía del suyo esta estupenda cosa:

“Me preguntáis por qué pretendo que mi aceite es superior al de los demás, y olvidáis que mis competidores no han tenido presente un hecho importante. Siendo el bacalao uno de los peces pequeños del mar, es sin cesar perseguido y acorralado por sus terribles enemigos la ballena, el cachalote, etc. Su temor es, pues, continuo, y sabido es que éste engendra en todos los animales las enfermedades del hígado. De aquí que todos los bacalao pescados en alta mar están enfermos de esa entraña. Por el contrario, los que me sirven para extraer el aceite que expendo son los que viven en un rincón de difícil acceso para los monstruos marinos, y allí viven sosegados, felices y tranquilos. He aquí el porqué de la incontestable superioridad de mi aceite.”

LA FARMACIA DE LA PALOMA

Y llegamos a don Ramón Labiaga, uno de los boticarios más prestigiosos, queridos y populares del siglo XIX. Se abrió su establecimiento en el hoy número 28 de la calle de Calatravas, en pleno corazón del barrio de la Paloma. Allí sigue una farmacia, que es hoy del doctor don José Cachafeiro. Murió don Ramón en abril de 1893. Eran todavía unos chavales sus hijos Ramón y Ricardo. Ramón estudió la carrera de su padre, quedando la botica

a nombre de la viuda del señor Labiaga, hasta que aquél terminó los estudios, en 1903. Allí, en la Paloma, siguió el primogénito hasta 1913. Por conveniencias profesionales, trasladó ese año el establecimiento a la calle de Toledo.

Don Ramón Labiaga II introdujo en Madrid una mejora sustancial en relación con un servicio de seguros que la gente conocía con el nombre de "médico, botica y entierro". Igual que ahora con las sociedades médicas, el ciudadano pagaba una cuota y estaba... atendido en aquellos tres aspectos. Cuenta don Gustavo López que los abusos de estas sociedades, de las que vivían prósperamente empresarios de ancha conciencia, llegaron a extremos vergonzosos, en los que hubieron de colaborar infelices médicos y farmacéuticos obligados por la necesidad. Fueron impuestas a unos y otros tarifas ínfimas para el pago de sus servicios, se coaccionaba a los médicos para que no recetasen sino fórmulas cuyos precios no excediesen de un real, etc.

Añade don Gustavo que don Ramón Labiaga II ideó crear una empresa propia, que redimiera a médicos, farmacéuticos y asegurados de esta explotación, logrando su propósito. El tercer Labiaga fue también un Ramón, que amplió su negocio fundando una fábrica de productos químicos y que luego marchó a Méjico. Aún hay un Labiaga farmacéutico, don Ricardo, establecido por los Cuatro Caminos.

#### LA REBOTICA DE LA PALOMA

El primer don Ramón tuvo fama en todo Madrid no ya sólo por sus virtudes profesionales, sino también por el prestigio de su rebotica y por su salero.

Es fama que tenía una chispa excepcional, "golpes" de tal fortuna que corrían luego a todo lo ancho de la Villa. Véase una muestra. Casábase en la Paloma un mozo de pueblo con una moza... rara: zancuda, musculosa, resuelta, con patillas y un sombrero notable de bigote endureciéndole aún más la boca, de labios estrechos y sellados. En vísperas del casorio llegóse a la botica un hermano del novio:

—Santas y buenas, don Ramón.

—¡Hola, hombre! ¿Qué te trae por aquí?

—Pues es que un hermano mío, mi querido Isidro, ¿sabe usted?, se va a casá él con una moza con la que habla de tiempo. Para que usted entienda, yo soy el padrino, y quería que la cosa tuviera algún lucimiento. Vengo a convidarlo para que usted y algunos de los señores amigos suyos, si no es molestia, sean testigos y eso.

—Bueno, hombre. Iremos encantados. Vete tranquilo.

Se lo dijo don Ramón a sus amigos y contertulios de la rebotica don Felipe Ducascal y don Andrés Vilioda. Fueron los tres. Celebróse el casorio. Y durante el popular ágape con que se cerró la ceremonia, el padrino y hermano del consorte vino a saludar al distinguido testigo:

—¿Y qué, don Ramón, que le ha parecido la novia?

—¡Hombre, bien...! Solamente que algo afeminada, ¿sabes?

### MÉDICOS, ESCRITORES, TOREROS...

Fue aquélla una gran rebotica, una de las más movidas e ilustres reboticas del tiempo. A ella acudían los doctores Cortezo, Espina, Simarro y algunos otros famosos; don Ricardo de la Vega, el sainetero admirable; los actores Vico y Calvo; los toreros Lagartijo, Frascuelo y Angel Pastor.

¿Qué habrá de cierto en la leyenda de que don Ramón fue el trasunto del "Don Hilarión" de *La verbena* inmortal...? Es cierto que Ricardo de la Vega fue uno de los grandes amigos del señor Labiaga. Esta amistad no la enfrió ni siquiera un incidente sentimental de que fue víctima el garboso comediógrafo. Se enamoró don Ricardo de una hermana de don Ramón. A esos amores se opusieron decisivamente los padres de la señorita Labiaga. Don Ricardo regaló a su amigo el boticario el original de *La verbena de la Paloma*, que conservan los Labiaga como oro en paño... Pero esto no parece ser suficiente. Es posible que su asistencia a la rebotica, el clima del barrio, la misma chispa de su amigo le prendieran la idea del sainete. Por lo demás, cuando *La verbena* se estrenó, don Ramón estaba casado y tenía siete hijos. La edad, algo más de cuarenta años, la misma, más o menos, que don Ricardo de la Vega. Y el boticario del sainete es un viejo solterón... Pero aun en el supuesto de que fuera verdad, creemos que el hecho no empaña nada la memoria prestigiosa y risueña de aquel boticario de Calatrava, en el barrio castizo y jocundo de la Paloma.

DORAMAS

28-7-54.

## MADRID, RASCACIELOS Y VIEJAS PIEDRAS

Otra de las farmacias centenarias de Madrid se abre junto al portal 13 de la castiza calle del León, por el viejo barrio de la Villa, donde vivieron y murieron nada menos que Cervantes, Lope de Vega y don Francisco de Quevedo. Precisamente la cercana casa donde habitó y entregó su alma el inmenso genio alcalaíno, fue del boticario don Germán Ortega y Mateo, propietario desde finales del XIX de la farmacia del León. Don Germán le compró el establecimiento a su posible fundador don José López Girón y Mora. Cuando se murió el señor Ortega, justamente el 17 de mayo de 1904, la botica pasó a manos de su sobrino, el licenciado don Rufino Escribano Ortega. Hace veinte años, éste la traspasó al doctor don Leonardo Gutiérrez-Colomer, que desde finales de nuestra guerra hasta el año cuarenta y dos fue presidente del Consejo General de los Colegios Farmacéuticos de España y es actualmente miembro de la Real Academia de Farmacia. El señor Gutiérrez-Colomer es uno de los hombres más enamorados de su profesión con que pueda uno tropezarse. A él debe mucho el cronista en su tarea de husmear el pasado de alguna de las viejas boticas madrileñas.

## EN TIEMPOS DE DON GERMÁN

—La botica no estuvo siempre aquí—nos dice don Mariano de la Fuente Monedero—. Antes se abría ahí, en la acera de enfrente.

Don Mariano es un viejecito pulcro y derecho. Tiene ahora ochenta y siete años. Como ingresó a los trece de practicante de farmacia, estuvo unos sesenta años despachando a la gente cosas para deshacer quebrantos del físico y atajar la muerte. Sabe un rato largo de la rancia farmacopea, tan pintoresca y curiosa. Don Mariano merece un párrafo aparte, que luego le dedicaremos.

—Don Germán Ortega la mudó para esta esquina porque la de enfrente no tenía desahogo.

Cuando el señor Gutiérrez-Colomer la tomó, hizo unas impresionables reformas en el frontis, pero no se metió en modernismos. Todo es sencillo en esta fachada, sobre uno de cuyos testeros se lee en letras grandes, color plata vieja, la antigua denominación: "Botica". Ya tenemos algo sosteniendo la tradición. Todavía fuera, en los escaparates, una característica nota: dos redo-

mas de alto cuello, como una pareja de cisnes de cristal, con sus clásicos coloridos: azul y amarillo.

Al cambiarla de lugar, don Germán Ortega mandó hacer unas estanterías corridas, coronadas por arcos de medio punto, y las hizo pintar de un verde aceituna. No fue capricho. Fue consecuencia con los gustos ornamentales de su tiempo. A excepción del color, que hoy es nogal, todo sigue a aquel sobrio estilo con que se la instaló en la segunda mitad del XIX.

#### MARAÑÓN OPINA SOBRE LAS REBOTICAS

A la izquierda había—y hay—una puertecita que daba a un despacho-biblioteca, con luz sobre la calle del León. Aquí estaba la rebotica, el consabido inefable rincón de la vieja farmacia. Hablando de estas sosegadas tertulias de entonces, don Gregorio Marañón ha dicho: “Las reboticas fueron y son de vez en cuando, todavía, auténticos centros de cultura, quién sabe si más útiles, por menos doctorales, por menos pedantes, por más ágiles de criterio, que algunas universidades con poso.”

Detrás hay una amplia dependencia para depósito. Y abajo, la cueva, la vieja misteriosa cueva del boticario histórico que hay que alcanzar encongado de cuerpo y de alma, metiéndose por una gacha y angosta trampa y hundiéndose por el caracol fresco y húmedo de una escalera truculenta. Allí están todavía, tiritando bajo el polvo, como el cuchillo del romance, los viejos remedios, los antiguos elementos de pelea contra el quebranto inesperado, los alifafes y la muerte. El señor Gutiérrez-Colomer las conserva amorosamente en espera de donarlo todo al museo de Historia de la Farmacia, instalado en nuestra Ciudad Universitaria, uno de los museos más raros y completos del mundo, abierto a iniciativa del que fuera catedrático de Historia de la Farmacia de nuestra universidad, don Ramón Folch. Es un centro por muchas razones extraordinario, del que vale la pena ocuparse. Alguna vez, si cuadra, lo haremos encantados.

Las cosas más raras y peregrinas, secas o semiconsumidas por el tiempo, allí están todavía en frascos y botes arrumbados por el “especificuismo”, dejados muy atrás en el camino por los pasos con botas de siete leguas que la Medicina ha dado en los últimos años. En la cueva de la vieja farmacia del León hay “carbón de suelas”, “víboras preparadas”, “agua de espadas”, “vinagre de los cuatro ladrones”, “jarabe de médula de vaca”, “tierra sellada”, “ojos de cangrejo”, “peras marciales”, “cuerno de ciervo levigado”, “aceite de alacranes”. ¡Y un bote de la famosa “triacá magna”!...

Mejor dicho, había, porque muchas de estas cosas fueron ya donadas al museo.

#### DE LOS VIEJOS FÁRMACOS A LOS DE SONIDO EN "IDA" Y EN "INA"

Hecho el oído contemporáneo a sonidos en "ida" y, sobre todo, en "ina"—desde la sulfamida a la estreptomycin, pasando por la modesta y gloriosa aspirina—, lo nomenclatura del viejo remedio, con sus puntos y ribetes de alquimia y brujería, nos deja perplejos primero y sonriente después.

No es para menos. ¿Sabe usted qué era el "carbón de suela"? Pues suela de esa misma que ahora se emplea para hacer esos calzados que usted mismo puede ver, pero no tocar, en las proliferantes zapaterías de Fuencarral y aledaños. Suela hecha carbón y prescrita probablemente como absorbente de gases y alivio de otros males de estómago. ¿Y tiene idea de lo que fue el "agua de espadas"? Decíase traída de Toledo. Era aquélla del Tajo donde se templaban los aceros famosos de la Ciudad Imperial. ¿Buena para fortalecer, para "acerar" el organismo, por lo que se le hubiera podido pegar en el temple? Me han dicho algo de esto, pero parece lo más cierto que estaba indicada en los males de ojos. El "vinagre de los cuatro ladrones"—¿de dónde sacaría este nombre el romance?—era la solución "como excitante aromático", usándose "por inhalación y en loción". Llevaba ajeno, romero, salvia, menta, ruda, espliego, ajos, pimienta de tabasco, vinagre blanco, alcanfor...

¿Y qué me dice de las "víboras preparadas"? He aquí la truculenta fórmula, que puede leerse, no en el manuscrito de un brujo o charlatán, sino en la *Farmacopea española*, editada por la Imprenta Nacional en 1865, y aprobada por Su Majestad la reina doña Isabel II, la cual, según se hace constar en la real orden de aprobación, quedó "muy satisfecha de la inteligencia y celo con que la comisión nombrada al efecto de su redacción ha desempeñado su trabajo". Y añadía la real orden: "Es asimismo la voluntad de S. M. que la expresada *Farmacopea* rija oficialmente para el ejercicio de las profesiones médicas en toda la extensión de la Monarquía, sirviendo de norma a los prácticos, tanto para la preparación de los elaborados medicinales, con especialidad los galénicos, como para el uso que debe hacerse de ellos en la asistencia de las enfermedades". La fórmula de las víboras era ésta:

"Víboras preparadas: Cójanse víboras vivas, una por una, con unas tenazas y por cerca de la cabeza para que no puedan morder; córtelas las cabezas con unas tijeras, haciéndolas caer en

alcohol o sobre un hornillo con combustible encendido, despójese el cuerpo de las víboras de su piel, que se arroja como inútil, y procédase a la desecación de los trancos, con sus vísceras, en una estufa, a un calor suave." Y termina la fórmula: "Sirven para la confección de la triaca."

#### LA "TRIIACA MAGNA"

Y hemos llegado al non plus ultra, a la "reoca", al "despiporre" de la dedicación histórica: a la "triiaca magna", producto del que la botica del León conservaba en un bote hoy donado, como se indicó, por el señor Gutiérrez-Colomer al museo de Farmacia.

"Electuario triacal magno", encabezaban unas letras gordas la fórmula inmensa, la fórmula asombrosa, que sólo podía elaborar el Real Colegio de Farmacéuticos, del que los boticarios habrían de surtirse. (¡Menuda pejiquera se quitaba de encima a costa del celoso monopolio!) Parece que la inventó Andrómaco, médico del emperador Nerón. (De aquí le vendrá la tos al gato.)

Entraban en la fórmula los siguientes elementos: polvo triacal—éste es el del "tomate", el que tiene más "tomate" de todos—, opobálsamo, bálsamo peruviano líquido, trementina de abeto, miel blanca y vino tinto. La fórmula remataba: "Acción terapéutica: antiespasmódica y calmante. Se usan también en edemas—lavativas—, diluyendo en uno a dos dracmas (cuatro a ocho gramos), excipiente adecuado."

#### EL "PULVIS TERIIACALIS"

Es una verdadera pena que no le podamos dar a usted una relación completa de los ¡setenta! productos que entraban en la composición exclusiva de este inenarrable "polvo teriacal", uno de los elementos de la "triiaca". Pero entérese de algunos: víboras preparadas y desecadas, con sus vísceras—del que ya hemos hecho mención—, pimienta larga, canela de China, agázico blanco, pétalos de rosas rubras, lirio de Florencia, simiente de nabo, azafrán, mirra, raíz de juncia, incienso, simiente de perejil, comino de Marsella, acacia de Egipto, asfalto, raíz de aristolaquia tenue, etcétera, etc., etc. ¡Setenta cosas, setenta!

¡Verdad que esto—reunido luego a lo otro—más bien que la "triiaca magna" era "la traca magna", algo así como las fallas valencianas y los fuegos de San Isidro juntos!

## OTRAS COSAS RARAS Y CURIOSAS DE LA BOTICA DEL LEÓN

Ahí están aún algunos aparatos y utensilios de uso corriente en la farmacia histórica. Por ejemplo, un extraño hierro—un molde con su brusel—, sobre el que, a golpe de mano, se preparaba un emplasto llamado “confortativo de vivo”, que se aplicaba luego sobre los riñones para alivio de sus quebrantos; una báscula de precisión, que se elevaba para pesar tirando de un cordelito con un peso en la punta; un histórico alambique...

Este alambique merece punto y aparte. En el petitorio de elementos que se consideraban indispensables para la apertura de una botica figuraba como esencial un alambique. Montar una farmacia no ha sido nunca grano de anís. Los modestos licenciados de la provincia de Madrid que se establecían por esos pueblos y ciudades de Dios, venían en la hora de la apertura a la botica del León. Don Germán Ortega y Mateo era un hombre bueno y un cordial colega, que se hacía cargo...

—Verá usted, don Germán—tartamudeaba el bisoño boticario—, voy a abrir una botica, ¿sabe usted?, y usted sabe lo que cuesta...

—En resumen, que tú quieres el alambique, ¿no?

Así fue cómo, prestado oportunamente, el precioso aparato de don Germán abrió muchas farmacias de la ciudad y la raya.

En la cueva hemos visto “tierra sellada”, unas bolas raras, con un sello grabado en una cara, buenas para el estómago; “peras marciales”, unos pedazos de hierro con un cordoncillo, del que se suspendían en agua para que ésta cogiera su sabor y aplicarla luego como tónica.

## EL MÁS VIEJO PRACTICANTE DEL LUGAR

Hubiéramos preferido poner “mancebo”, la vieja denominación, pero a los auxiliares de farmacia no les gusta que los llamen así. De “mancebo”, dice el diccionario de la Lengua que es el “auxiliar de farmacia que no es facultativo”... Pero esto no es importante.

Ya apuntamos al principio algo sobre don Mariano de la Fuente Monedero, que es posiblemente el auxiliar más viejo del lugar. La vida de este celoso colaborador queda resumida por él mismo así:

—Tenía ya trece años cuando ingresé como practicante en una botica de Dueñas, de la provincia de Palencia. Allí estuve seis. Luego me marché a Avila y trabajé en la farmacia del Mercado Chico. Cuatro años. Estando en Avila me hicieron maestro y tuve

una escuela interina en Palacios de Goda. A los cinco o seis meses me echaron. Me fui a Valladolid y trabajé de nuevo en una botica. Estando aquí se convocaron oposiciones del Magisterio. Las gané, pero sin plaza. Pagaban entonces a los maestros ¡ochocientas pesetas al año!... ¿Qué les parece?

—Que era razonable aquel dicho de, alternando con el del perro del ciego, “tiene más hambre que un maestro de escuela”. ¿Qué fue luego de su vida?

—Me vine a Madrid, en el mil ochocientos noventa y cinco, y entré entonces en esta farmacia. Hoy estoy jubilado, pero trabajé en ella cerca de sesenta años, que se dice muy pronto... Empecé ganando cuarenta pesetas. Eran los tiempos en que trabajábamos “internos”, o sea que aquí comíamos, aquí cenábamos y aquí dormíamos. Los permisos eran pocos y breves. Yo salía los martes, desde después del almuerzo a las ocho, y los viernes, desde las ocho a las once. No cerrábamos nunca, ni siquiera los domingos. No había turnos, como ahora. En cualquier momento de la noche podían tocarnos y nos levantábamos a preparar una “fórmula magistral, o sea una receta.

—Aún no se había producido la invasión del “especificismo”, ¿verdad?

—Pues estando yo en Dueñas, por el 1880, ya los había, nacionales y extranjeros. Una tabla había.

Don Leonardo Gutiérrez-Colomer nos muestra uno de los últimos registros en Sanidad, hasta el 20 de junio pasado: 21.515 específicos... Es una cifra impresionante, que sigue creciendo como la espuma. La gente traga medicinas a pasto. Actualmente, en los Estados Unidos se consumen ¡cinco millones! de kilogramos de aspirina por año, lo que representa un total de 15.000 millones de comprimidos de este popular y maravilloso fármaco. Otra noticia oficial, de origen yanqui, da cuenta de que, desde el año 39 a la fecha, la industria química de los Estados Unidos ha aumentado cuatro veces en volumen, habiendo alcanzado sus ventas en 1952 un valor aproximado de 18.600 millones de dólares. Los fabricantes de productos químicos han tenido que invertir más de 8.000 millones de dólares en la construcción de nuevas fábricas y materiales. En los diez últimos años se han introducido nuevos productos en el mercado a razón de uno por día. Actualmente hay en los Estados Unidos 7.000 sociedades dedicadas a la fabricación de productos químicos. Esas compañías emplean más de 800.000 trabajadores y producen más de 10.000 artículos diferentes.

La información termina indicando que en el transcurso de quince años los nuevos productos químicos medicinales han reducida en gran proporción la mortalidad ocasionada por muchas enfermedades.

¡Lo que va de la tabla que vio en Dueñas don Mariano a este colosalismo!

Digamos lo que aquel mozo al que las chicas en la fuente tiraban agua y pellas de barro:

—¡Vengan más si son de amores!

DORAMAS

25

NOVIA DE LAS DESDICHAS Y REINA  
DE LAS DESVENTURAS

Hoy hace cuatro siglos que murió en el lugar de Tordesillas la última reina española ciento por ciento, una reina sin chispa mestiza ni en la sangre ni en el temple. Y la primera del mundo y de todos los tiempos en el rigor de las desdichas y en la leyenda. El 12 de abril de 1555, hinchadas y paralíticas las piernas—que luego le quemaron y llagaron de un modo horrible, con la bruta aplicación de fomentos, sacados hirvientes de la vasija—, la reina doña Juana de Castilla, que quedó en la historia con el mote de *la Loca*, descansó. Nunca mejor empleado este sentido de la muerte como reposo, pues su vida fue tan esquinada y amarga, tan desencantada y dolorosa, que a lo largo de toda ella—setenta y seis años—lo que no se le fue en lágrimas se le fue en suspiros. A ratos, y como esas lunas que rompen entre los claros de la tormenta, fue feliz, más hondamente feliz que cualquier mujer del montón, porque estaba capacitada para las grandes pasiones, tanto las del corazón como las del mando. Su alma sin templanza se empapaba de las dichas fugaces hasta más abajo de las raíces. Cuando su destino la volvía al quebranto, la pena se le tornaba inmensa. En resumen, que como mujer y como reina doña Juana resultaba el arquetipo de la desventura.

LA INFANCIA, TAN PROMETEDORA

Juana fue, como se sabe, la segunda hija de dos reyes gigantes en la historia del país y del mundo: Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, los del sabio y eficaz “tanto monta...”. Isabel era una mujer excelsa por los cuatro costados. Fernando dio a Maquiavelo el pie de su célebre *Príncipe*. Al acero y la prudencia de la reina castellana juntó el soberano aragonés su astucia, su visión alta y lejana de ave de rapiña. Y de este extraordinario consorcio nació, primero, la fusión—inteligentemente convenida y más inteligente-

mente sostenida—de los dos mejores reinos peninsulares, y luego la unificación nacional, con el dominio de los grandes, emperrados en su soberbia feudal, y a los que Isabel y Fernando metieron en un puño por las buenas y por las malas, según cuadraba, y con los empujones a los moros, el último en la encantada vega granadina.

Estaba coronada esta meta de los monarcas cuando la infanta Juana cumplió los dieciséis años. Había madurado bajo el celo de Isabel, que encargó a los preceptores más notables la formación espiritual de la princesa, sin dejar de compartirla con ellos, porque teniendo también imperio sobre el tiempo, éste le daba de sí para hacer la guerra, velar la paz, celar a Fernando y criar a sus hijos hasta más allá de lo corriente: hasta extremos trascendentales. Juana aprendió el francés; hablaba el latín como el romance; era pronta y aguda en el decir y en la réplica; escribía primorosamente; tocaba con maestría y emoción el monocordio, el clavicordio y otros instrumentos y bailaba con tal arte y donaire que la hacían actuar ante los embajadores extranjeros. Entendiendo que había que redondear con experiencias vivas su preparación de reina en potencia, Isabel llevó a Juana por todos los caminos del país en sus incesantes andanzas. Y hasta la mantuvo junto a sí en las orillas de las campañas guerreras, cuando había que agacharle los morros a la grandeza, o invitar a los moros, zumbándoles, a que repasaran el estrecho y se estuvieran allá.

No era sólo amor filial, como se ha apuntado, lo que movía el cuidado de los reyes por sus hijos—Isabel, Juan, Juana y Catalina—. Los cuatro estaban destinados a completar en el exterior la gran obra interior de los soberanos españoles, que, una vez cuajados la unidad y el poder real, aspiraban a influenciar el mundo con cuatro bodas estratégicas, apretadas en torno a Francia, el único enemigo de la época que por grande podía estorbar el sueño rector de Isabel y Fernando. Uno de estos casorios era el de la infanta Juana con Felipe de Austria, hijo del emperador Maximiliano, a quien llamaron *el Hermoso*, porque lo era, para su desgracia y la de la prometida princesa castellana.

#### BODA EN FLANDES

Juana fue una niña sumisa a la voluntad omnímoda de su madre, que no admitía oposición. Se habituó a descansar en ella, sin que esto le resultara violento, porque, como todos, tuvo la superstición de Isabel como tipo humano superior. Así, bajo su prometedora formación, fue creándose una personalidad pasiva, indecisa en lo fundamental. Lo que pudo heredar del arresto de la madre

y la astucia del padre quedó ahogado bajo el absorbente imperio de la reina. Se le aflojaron temprano y definitivamente los resortes defensivos, sobre todo el de la intriga, tan precisa a su destino y a su tiempo. Jugó limpio frente a fulleros profesionales y perdió a tiro hecho.

Concertados los desposorios, la infanta salió del vizcaíno puerto de Laredo el 22 de agosto de 1496. Navegaban ciento veinte barcos, que como iban "a por atún y a ver al duque" llevaban dentro 15.000 hombres: si cuadraba—y esto debió planearlo Fernando—, Francia sería atacada desde el Norte. Comenzaron con el viaje las desdichas: se corrió un temporal de ocho horas. Después las carracas recularon, porque viró el viento y las batió de proa con tal tenacidad y empuje que las forzó a arribar a Inglaterra. Y ya en vistas de Flandes, el segundo navío de la flota, el que llevaba el rico ajuar de Juana y el guardarropa de sus damas, encalló. Escapó la gente, pero el mar se tragó la preciosa carga. Mas pronto se compensó de sinsabores cuando los flamencos, viéndola tan gentil, la aclamaron y agasajaron con verdadero calor, y especialmente cuando en la pequeña ciudad de Lier recibió al fogoso amante, Felipe, que tenía dieciocho años.

#### LA LUNA ES UN POZO CHICO

La adolescente novia salió del encuentro tan definitivamente traspasada de amor, que ni las heroínas eternas de la novela y el drama le hacen sombra. Siglos después se cantarían en las tierras bajas de su lejana España una coplilla que le hubiera venido entonces como anillo al dedo: "La luna es un pozo chico,—las flores no valen nada.—Lo que valen son sus brazos—cuando de noche me abrazan." Se olvida de su Patria, de su séquito, de su propia madre. Se olvida, pues, de su misión histórica. Es, sencilla y elementalmente, una mujer enamorada; nada más. Y una mujer con fortuna, porque el hombre que le buscaron las razones de Estado resulta ser el colmo de su extraordinario corazón.

La pasión no le permite advertir tampoco que ella es una pieza de mucho juego en el ancho ajedrez de la política europea. Y que su bien amado esposo, pese a la mocedad y el fuego, comparte la alta y sorda partida. Felipe manda en Flandes; su padre, el emperador Maximiliano, en el imperio alemán; Isabel y Fernando, en España; Enrique VII, en Inglaterra, y en el centro, en la Francia temida de todos, Luis XII, tan buen intrigante como el primero de los otros. Los flamencos sobre los que ella reina son comerciantes y pacíficos. Detestan la guerra y piensan que con Francia, contra la cual pueden servir de trampolín, es posible y

bueno vivir en armonía. No quieren que Maximiliano arrase sus ciudades y sus campos lanzándose sobre Luis para satisfacer sus propias ambiciones y las de los Reyes Católicos... Toda esta mañana es un plomo en el corazón de Juana. Y, sobre todo, le distrae sus supremos embelesos de enamorada...

#### AL DIABLO LO QUE NO SEA AMOR

Resuelve, con la vehemencia que signa todos sus actos, arrumbar con la responsabilidad y entrégase al puro deliquio amoroso. Los 15.000 hombres de guerra que fueron tras ella para servir a España no pudieron ni pelear ni retornar a su tiempo, retenidos por el invierno. Luis de Francia gana una batalla sin arriesgar un solo infante: 9.000 de esos soldados, sin pan, abrigo ni techo, mueren de frío y de necesidad, cayendo como moscas a lo largo de la húmeda estación. El orgulloso séquito español se mantiene agraviado y en la indignancia. Cuando acuden a Juana para que dé la cara en favor de los humillados, la enajenada novia nada quiere saber... Pronto se entera la reina española de aquellos graves descuidos. Con la noticia de estas cuitas va envuelta una acusación de frivolidad: Juana se ha adaptado de maravilla al ambiente fácil, sensual y complaciente de la corte flamenca, olvidando el rigor social y religioso de su Patria. Y esto debió haber impresionado a Isabel mucho más que la trágica situación de sus caballeros y sus mesnadas. La reina reconviene a su hija por cartas y con enviados. Juana arrima las misivas y desoye a los mensajeros...

Con este antecedente no es extraño que más tarde, cuando el majo monarca flamenco se suelte el pelo y comience a serle infiel, la reina de España disculpe a Felipe y dude de la cordura de su hija, puesta astutamente en evidencia por un diario que, en cumplimiento de órdenes del liviano monarca, lleva Martín de Moxica. En ese memorial Moxica, que por nombramiento de su propia madre era tesorero de Juana, registra minuciosamente las extrañas reacciones que en la conducta de la infanta van promoviendo sus celos, unos celos tan desapoderados como tal vez no haya habido otros en toda la historia de esta negra pasión.

#### UNA NOCHE DE NOVIEMBRE JUNTO A LA REJA DEL CASTILLO DE LA MOTA

Juana hace su primer viaje a España con Felipe, pasando por la tierra enemiga de Francia por darle gusto al esposo. Y es aquí

donde por primera vez se atreve a enfrentarse a su marido, que, empeñado en la amistad de Luis XII, insulta a su Patria y a sus padres. En España, el flamenco se obstina en sostener tal amistad, sin que nada puedan contra tal disposición los talentos de Isabel y las mañas de Fernando. Y harto de regateos, reconvenciones y severidades salió poco menos que huyendo hacia su reina, otra vez vía Francia. La infanta quedó desolada. De tal modo, que en su pena hizo cosas de asombro. Por ejemplo, impedida, en su delirante deseo de correr tras Felipe, por la resolución de su madre de retenerla aquí, cuando le cerraron la verja del castillo de la Mota para evitar su marcha, se acurrucó junto a ella y allí pasó la noche—una noche cruda de noviembre—y parte del siguiente día, rechazando colchones, mantas y cuantas sugerencias le hicieron para que retornara a su alcoba. En el mismo castillo tuvo unas palabras fuertes con su madre. Ella también había tenido celos y había llorado amargamente los desvíos de Fernando. “Pero yo supe ser fuerte y acabé conformándome”, le respondería la templada reina de Castilla. Bien; pero ella no se resignaba. Necesitaba la sombra y los brazos de Felipe como el aire.

#### A LA LOCURA POR LOS CELOS

Consigue volver a Flandes. Y, tal como sospechaban sus celos, encuentra que el rey tiene otros amores. Por ejemplo, el de una bella flamenca, a la que Juana corta, en un arranque, los cabellos, hermosos y rubios, clavándole después las tijeras en la cara. Felipe reacciona tan duramente que llega a pegarle... Las relaciones matrimoniales son desde entonces un infierno. La infanta española pelea como una leona contra el infiel, generalmente por la brava. A veces acude a recursos misteriosos: filtros mágicos que vuelvan el calor a la tibieza creciente del esposo. Alguna vez pone en práctica refinadas técnicas de atracción que le enseñan unas moras de su séquito... Como todo acaba en fracaso, la gran pasión se torno infinito odio, un odio que busca herir en lo que era más caro a Felipe: su ambición de poder.

Muerta Isabel I, Juana era la reina de España. El rey flamenco necesitaba contar con su beneplácito para dar cima al sueño imperial en que lo mecían las coronas del Imperio, flamenca y española, las tres puestas al alcance de su mano por el destino. Ocurría que la de su mujer le era particularmente preciada porque aportaba el oro del Nuevo Mundo, sin el cual el ancho y complejo tinglado nadaría en vilo. Juana lo atacó por aquí...Pero obtuvo la réplica, una réplica trágica, contra la que su espíritu, limpio y vehemente, negado para la intriga, no tuvo recursos. “Está loca”, sen-

tó Felipe, recordando la leyenda incipiente de su desvarío, juego en el que ella le ayudó abandonándose plenamente a sus celos.

Pero este odio desaparece en cuanto el amado corre un riesgo, desde que él, vencido o enfermo, necesita de su ternura. Así, cuando vuelven a España para hacerse cargo del reino, y Felipe, enfermó de muerte, durante los seis días que duró la agonía ella no se separa un instante de su lado, día y noche, en un enamorado, tenso y angustioso velorio. Se olvida totalmente de las obstinadas intrigas del marido para que la reina fuera recluida por demente, de la pelea sin tregua que por desplazarle del poder le ha hecho y frente a la cual Juana no ha cedido, con un tesón asombroso, que resulta más fuerte que su inmenso amor.

### EL MAYOR DELIRIO

Y cuando parecía que la muerte del flamenco, pasada la crisis de pena, la devolvería a la serenidad, entrando con ella en la pacífica gobernación del reino, tan costosa y admirablemente vertebrado por sus padres, Juana cae en el más espectacular delirio de su vida: ordena embalsamar el cadáver del esposo y que lo vistan de punta en blanco; se atavía ella con extraños ropajes de luto; lo visita en la cartuja de Miraflores, disponiendo que lo saquen de la cripta y que destapen la caja para ver los despojos de Felipe y besar sus pies... La leyenda habla luego de sus reiteradas peregrinaciones a esa cartuja, y de otra, en invierno y a través de media España, en pos del muerto, camino de su sepulcro definitivo en Granada, con el cortejo andando sólo de noche, entre una impresionante hilera de antorchas... Es cierto que ella lo llevó consigo a Torquemada, donde la forzó a parar un inminente parto.

Sin separarse del cadáver reacciona súbitamente. Se enfrenta ahora con su padre, que también sobre el pie de su locura intenta reemplazarla en el gobierno de Castilla. Lo que Fernando logra a su tiempo, después de haber esperado sabiamente a que el caos del reino estuviera a punto de fruta madura, y desde luego movido por el puro celo de atajar la descomposición, que prendió con las renacidas tendencias feudales de la grandeza y las pretensiones de Maximiliano, aspirante a una regencia hasta que fuera un hombre el futuro Carlos I de España y V de Alemania, el extraordinario hijo de Juana. La reina acaba recluida en Tordesillas, bajo la implacable y despiadada vigilancia de gente leal a su padre.

### SUS CINCO MINUTOS DECISIVOS

Después el tiempo brinda a Carlos la corona. Y cuando parecía que el hijo, tan querido, habría de sacarla del encierro, el rigor

del aislamiento y del despojo se mantiene y hasta se acentúa. En todo este tiempo de batalla constante por reinar sólo tuvo una oportunidad: la que le brindaron tan resuelta y generosamente los comuneros, con Juan de Padilla y Juan Bravo a la cabeza, sublevados al grito de “¡Castilla por Juana!”. Ella receló de la humildad de aquellos que tan resuelta y generosamente le abrían las puertas de la libertad y el reino. Fueron sus “cinco minutos decisivos” y los dejó pasar...

Con el único consuelo de su hija Catalina, que también le arrancaron cuando a la princesa le reclamó una boda política, vivió la reina Juana encerrada en Tordesillas durante cuarenta y seis años. Pocos meses antes de su muerte la visitó San Francisco de Borja, que de niño había prestado servicios como paje en Tordesillas, en la corte de la pequeña Catalina. Doña Juana le reconoció, y en la primera de las dos visitas de Borja hizo confesión general y recibió la absolución. En la segunda y última visita, antes de oír misa y recibir la comunión, le preguntó aquél si creía en los artículos de la fe tal como lo prescribe la Iglesia católica. La reina respondió rápidamente: “¿Cómo no voy a creer en ellos? Naturalmente que creo.” A los setenta y seis años—después de una vida horrible, llena de humillaciones, comida de celos, frustrada en sus ansias de gobierno, marcada por una persecución sin tregua, en la que participaron especialmente aquellos que por razones de sangre debieron haber sido con ella fieles y piadosos—descansó Juana de Castilla, a la que llamaron las gentes de entonces y de siempre *la Loca*. Era el Viernes de Dolor de 1555.

Ningún ser humano desgraciado, ni el ente más metido por la creación en llantos y malandanzas, pudiera llenarse mejor que ella la boca amarga con aquellos desolados versos de Bécquer: “Mi vida es un erial.—Flor que toco, se deshoja,—que en mi camino fatal—alguien va sembrando el mal—para que yo le recoja.”

DORAMAS

12-4-55.

## DOÑA FRANCISCA: UNA HUMILDE E INMENZA HEROINA DEL 2 DE MAYO

Que sepamos, doña Francisca no tiene una calle en Madrid. Y sería bonito, aparte lo justo: calle de Doña Francisca. Habrá incluso muchos madrileños que ignoren la existencia y la hazaña

de esta oscura mujer de la Villa a la que el Dos de Mayo puso de pronto un resplandor. Que se apagó después bajo el gran relumbro de los otros mayores, los que se fijaron en el plano primero de la Historia. Quedó en el fondo con la humildad y la gracia de un romance.

Doña Francisca nació en un piso principal de la calle del Mesón de Paredes, por el 1750. Era la hija de un matrimonio pequeño burgués. Las muertes de sus mayores fuéronle procurando mudanzas por partida doble: bajándole el bienestar y subiéndole la vivienda. Cuando el padre dejó este mundo, mermó el tirar y la viuda y su niño tuvieron que sacar los muebles y subirse a un segundo. Con los años también dobló la madre. Doña Francisca cogió sus peleques y trepó para la buhardilla. Como no le había cuajado el amor, se quedó sola en aquel rinconcito de los techos de la ciudad. Con un canario que cantaba primorosamente, de modo particular cuando entraba la primavera. Se ganaba la vida bordando y enseñando a las mocitas este arte.

Pero no se arrinconó. Le daba el tiempo para ir y venir en oficio de paño de lágrimas. Consolando aquí, dando algún dinero allá, recomendando infelices a párrocos, obispos y personajes, doña Francisca se creó su leyenda de ángel bueno, primero en su barrio y después a todo lo ancho del viejo Madrid. La buena fama la sacó un día en bien de entre las prisiones del Santo Oficio. Cuentan que alguna beata envidiosa la denunció a los de la Inquisición "por haber puesto puchero con gallina en día de vigilia". Entonces fue a dar por ella la cara el señor cura párroco de San Millán, y la pusieron en la calle sin más.

Rondaba la buena mujer los sesenta años cuando los franceses pasaron los Pirineos y se nos colaron. Ya se sabe cómo se les esquinaron aquí las cosas a las legiones de Napoleón. Y cómo de los rezongos pasaron los madrileños, tal día como hoy, al trabucazo, la puñalada y el agua caliente. También se sabe el alcance de la terrible represalia francesa. Fue uno de los trágicos escenarios de los fusilamientos en masa el palacio del Real Sitio, en el Retiro, residencia de los monarcas españoles desde Felipe IV hasta Carlos III. Allí fueron amontonándose hombres, mujeres y hasta niños del pueblo, que se habían emperrado en que los invasores desandaran el camino y nos dejaran en paz.

En una de estas redadas, las patrullas francesas tropezaron con una muchacha de servicio, que iba o venía de casa de doña Francisca, acompañando a dos niñas de la clase de bordado. La registraron y tenía unas tijeras... Eran las de las pequeñas. Pero los galos, a los que los dedos se les antojaban huéspedes, recelaban hasta de un palillo de dientes en manos de una mujer de Madrid. Tiraron para la improvisada prisión con la doméstica.

Pronto lo supo doña Francisca. Salió para el Retiro e indagó hasta dar con determinado oficial francés. Ahora era ocasión de que pagara una deuda grande y fresca. Aquella misma mañana pasaba ella, ya iniciado el fregado, por la calle del Duque de Alba, cuando una turba de madrileños soliviantados acometía a ese oficial. En trance de muerte, doña Francisca lo cubrió con su pecho y con sus voces. Su personalidad y su prestigio personal pudieron con el grupo de patriotas. El soldado extranjero escapó con vida... Fue por esto que la templada anciana pudo volver al centro con la aterrada muchacha. De otro modo hubiera formado en la pila de cadáveres que aquella noche tremenda cubrió la tierra del Real Sitio.

Pasada la medianoche de ese memorable Dos de Mayo, acabados ya los gritos y el estruendo de las armas, doña Francisca bajó sigilosamente a la calle, cubriéndose con un largo manto negro, y pegada a las casas, vuelta una sombra, recorrió la Magdalena, León y Francos y paró en la rinconada de Capuchinos, frente al palacio de los duques de Medinaceli. Llamó y llamó hasta que se oyó allá dentro la respuesta del señor Miguelón, el portero. Señor Miguelón abrió estupefacto la portada. "¿Qué hace usted aquí a estas horas?..." Doña Francisca tuvo una rápida entrevista con el mayordomo del palacio, y luego con los propios duques. Ella tenía la certeza de qué entre aquellos fusilados del Retiro había personas con vida, gentes sólo malheridas, que se desangraban lentamente. Era preciso hacer algo por aquellos infelices. Lo primero de todo, disponer una especie de hospitalillo de urgencia en una dependencia de la mansión ducal, mandar por practicantes y médicos y esperar allí lo que pudiera ir llegando. Ella iría hasta el montón de muertos con Miguelón...

Seguida por el viejo portero, la anciana llegó hasta los lugares donde se apilaban los fusilados. Fue apartando cuerpos, poniendo en ellos sus manos y su cabeza en busca de un aliento de vida. Manchada por la carne rota y sangrante, agotada por el esfuerzo de apartar muertos y más muertos, pudo superar aquel trance impresionante, rescatando uno a uno hasta once moribundos: cuatro hombres, cuatro mujeres y tres niños. Sobre los hombros de Miguelón fueron llegando al palacio de los duques de Medinaceli. Acabado el trágico ir y venir, la anciana volvió junto a los heridos, lavando, vendando y consolando. Dos de los hombres, una mujer y una niña murieron, porque llegaron casi desangrados, pero los otros ganaron la vida de la mano de doña Francisca.

Al amanecer, la heroica bordadora del Mesón de Paredes se derrumbó extenuada. La propia duquesa de Medinaceli la acostó en su lecho, le quitó los zapatos e intentó besarle los pies. Tuvo

fuerzas doña Francisca para impedir aquel grande y humilde homenaje.

Apenas recuperada, habló de volverse a su casa: ya había hecho lo que tenía que hacer. Fue en vano que los duques insistieran en que se quedara con ellos un tiempo, siquiera unas horas, hasta que durmiera y descansara algo...

—No puede ser. Tengo mi taller de bordado y he de abrirlo para cuando lleguen las niñas. Y el canario. Hay que darle su comida y cambiarle el agua todos los días.

2-5-55.

## IV

### “DIARIO DE LAS PALMAS”

#### ARTÍCULOS VARIOS

1960-61

1

#### DE NUEVO EN LAS GRATAS FILAS DEL *DIARIO*

MADRID, marzo. (De nuestro corresponsal Pancho GUERRA.)— A la vuelta de tantos años voy a reanudar el contacto con el amado y querido *Diario*, el de mis dorados comienzos profesionales. Me parece obligado dedicar casi toda esta primera crónica al simple acuse de tal acontecimiento personal. Para este corresponsal es ciertamente un suceso el retorno al histórico hogar periodístico, aunque no traspase físicamente sus umbrales, aunque entre por ellos tan sólo como un novio ausente. Una emoción entre alegre y triste, entre gozosa y nostálgica, conmueve hoy su espíritu. El servicio que se le encomienda ha removido de pronto entrañables fondos de la memoria, rincones donde abundan recuerdos de un tiempo irrecuperable y grato, “tiempo del anhelo”, desenvuelto bajo el signo del más gustoso aturdimiento, de la libertad más libérrima, de los más pintados y vivos sueños.

Es sincero el cronista si dice que una dulce congoja, así como de amante, alzaprima le tiene algo rendido el corazón. Los últimos pasos de su adolescencia y los más bizarros de juventud estuvieron estrechamente vinculados al papel y a la palpitación de *Diario de Las Palmas*. Incluso lo más ajeno al ritmo de su vida de entonces en la dulce isla donde por ventura nació, se asoció al recuerdo, mágicamente traído del periódico, gran eje y motor, toda una sentimental resurrección. El autor siente también, al estreñarse así como hijo pródigo, que el periódico le recuerda algo se-

mejante a la gran sombra de un ala negra con sus manchas umbrías y sus golpes rápidos sobre los júbilos y las tribulaciones.

Ha ocurrido que el mismo día del nombramiento como corresponsal de *Diario de Las Palmas*, y por un raro y venturoso azar, el cronista se sentó delante de un “sancocho” preparado por manos admirables y afortunadamente no olvidadas: las manos de Camila Lorenzo Reina, esposa de ese grancanario desde la raíz a la copa que es Alfonso Santamaría Ferrándiz. Así, aquella isleñísima comida resultó como una celebración del acontecimiento profesional. Corroborado con “mojo” de tan exquisita esencia que parecía trasplantado, y con ron de islas también—aparte una “caña” impresionante que desde Puerto Rico había mandado el pintor isleño Guillermo Sureda—, nada que se hubiese dispuesto habría resultado de mejor y más vivo acento. Junto al hospitalario matrimonio tomamos posiciones frente al “cherne” el doctor Antonio Arbelo, milagro de jovialidad y espejo de corazones; Eduardo Creagh, un palmero—pese al apellido—como no hay dos; Pepe Navarro Jiménez, al que por su, dijéramos, espartana capacidad para el favor a los de su tierra conocemos aquí como “cónsul canario en Madrid”, y el que suscribe. Aunque con pudor, considero preciso confesar que aquello más que comer, fue lo que en Islas decimos “apiparse”.

Hubo—¿cómo no?—café y puro, y a su “soco”, tertulia de sobremesa, firme en el entrañable tema insular, con una sola excepción que valía la pena: la de una virulenta réplica que Angel Ruiz Ayúcar le había disparado en *Pueblo* a don José María Pemán. Este publicó recientemente en *ABC* uno de sus sutiles artículos, titulado “Estar en Babia”. Con su donaire peculiar, Pemán tocaba el tema “Monarquía”, de tal modo que mereció la especial atención de Emilio Romero, el avisado director del diario de la tarde. *Pueblo* promovió una “invitación al diálogo” para centrar en artículos los comentarios suscitados por los intencionados conceptos del escritor gaditano. Se premiaba la mejor respuesta y Ruiz Ayúcar se llevó la palma, dando al colaborador de *ABC* una batida de las que no se usan. Todavía está en el aire madrileño la tensión por la bizarra respuesta.

Sería cosa de nunca acabar ir dando noticia de los sustanciosos temas que ocuparon el largo y grato rato del café. Porque Alfonso es gran deportista y se mantiene admirablemente fiel al Unión Deportiva Las Palmas, pese a los tristes “rengues” que su ilusionada arboladura restan tras el último mal capeado temporal, se habló largo y tendido del “equipillo” que desde aquí consideramos tan capital a la vida de la ciudad.

## 2

## DON GREGORIO, GALDOS Y LOS CURANDEROS

La muerte de don Gregorio Marañón ha seguido siendo en la capital “noticia”, mantenida en un vivo mano a mano con esas otras que, no ya sólo por su contenido y alcance, sino por más inmediatas, exige implacablemente la positiva e impávida fugacidad del periódico. El secreto de esta sobrevivencia habrá de atribuirse, ciertamente, a la resonancia popular de su mágica personalidad. La calle, cuya mejor y más palpitante expresión se encuentra aquí siempre junto a la barra de un castizo bar o de una típica taberna, tiene para el gran desaparecido el comentario cálido que hubiera podido dedicar a un ídolo más cercano a su corazón y que hubiese muerto en olor y aura de romance. El nombre de Manolete se asocia irremediabilmente al recurso. Sólo que ahora el tono ha tenido acentos íntimos y supersticiosos muy diferentes. Bien claro dice el madrileño “Tabernero” de *La Verbena de la Paloma*: “Hay que distinguir.” Y el pueblo de esta villa ha distinguido con una fina percepción de la jerarquía, dando justamente al jocundo intelectual lo suyo y lo suyo al trágico torero.

En una de aquellas “orillas” de Madrid escuché un diálogo sobre la noticia procedente de Las Palmas y divulgada por toda la prensa nacional respecto al viaje de don Gregorio a Gran Canaria, que frustró la muerte. Alguien dijo: “Si se hubiera ido antes..., ¡quién sabe!” A una réplica escéptica contrarreplicó el pesaroso: “No te queda duda. Aquel clima estira la vida, mayormente de los hombres cascados. Y aunque don Gregorio no lo era, tenía sus años. ¡Tú échale a una persona de su edad aire serrano y caprichos, así como femeninos del tiempo madrileño! Te digo que palma el más “pintao”.

De entre el río de palabras que ha encauzado esta sonada muerte recogemos para el lector isleño un viejo recuerdo ligado a nuestra tierra. Hace la evocación Eugenio Montes, refiriéndola al “archipiélago de tertulias” que era por el 1906-1909 Santander. Y se refiere a la que lo era por antonomasia, “pues hasta publicaba una revista con ese nombre: *Tertulia*. Dice el escritor: “A ella acudía un guanche gigantón de cabeza de huaco incaico, paso lento y aire de ciego, tras sus gafas negras.” También iba por allí Menéndez y Pelayo y don Manuel Marañón, el ilustre jurisconsulto, padre de don Gregorio. “El guanche gigantón con cabeza de huaco—puntuatiza Eugenio Montes—era don Benito Pérez Galdós.”

Montes titula su artículo “Los maestros del maestro”, y dice: “No creo que nadie le haya influido tanto como el autor de los *Episodios nacionales*, y no lo sé, pero me imagino que su pasión toledana haya tenido también ese origen, pues Galdós fue, de todo el siglo XIX, el escritor más sensible a la ciudad del Tajo, el que reveló el encanto de las callejuelas por donde pasara el Lazarillo, como fue también el que reveló el dormido encanto heráldico de Santillana del Mar.”

### MARAÑÓN Y LOS CURANDEROS

Nuestra tierra tiene una—al menos, para mí—encantadora tradición folklórica de melecineros, saludadores y sortilegios. Desde la legendaria “médica de Tara”, de la pila de Telde, me parece, hasta el inefable componedor de “madres” y “pomos” que fue el rehoyano “maestro Hilario”, proliferó de siempre en la isla una pintoresca fama de consoladores del dolor y la desdicha, artes especiales en las que también metieron—y meten—baza las “barajeras” de naipes tan resobados como sutiles. Me huele a herencia gallega, de la Galicia de las “meigas” y los “curandeiros”, pero esto no es del caso.

Pues resulta que don Gregorio, el don Gregorio de las glándulas endocrinas, de los diagnósticos infalibles y de los más rigurosos pertrechos científicos para la batalla del dolor y de la muerte, se puso al final de su vida de los curanderos, estos intrusos competidores... Es posible que el lector isleño conozca esta postura curiosísima de don Gregorio, pero por si acaso no, le daremos noticia. La cosa fue provocada por César González Ruano. Parece que Marañón apoyaba una tesis defensiva del inquieto periodista. El hecho provocó especial revuelo, sobre todo entre la clase médica. “¿Cómo es posible?”, se preguntaban aquellos doctores, propensos a una inflexible seriedad profesional. Y la respuesta, que copiamos, sobre todo, para los colegas insulares del maestro, para los médicos grancanarios que hayan podido “insultarse” ante la acción positiva de tan alta e insospechada lanza, dice así:

“Don Gregorio era médico. Era el médico aquel de las paratiroides, premiadas con un galardón que sólo supo conquistar Ramón y Cajal. Cuando a un hombre así le preguntan qué opina del aparente éxito de un curandero, puede dar una media docena de serias teorías comprobadas, hablar de psicoterapia, de la fácil sugestibilidad de los ignaros y hasta de las más misteriosas vías nerviosas que unen nuestro subconsciente mágico con nuestra fisiología. Pero no le entenderán más que unos pocos, y además no merece la pena. Sonríe y dice que bueno, que todo puede ser. Tam-

poco entienden su burla, porque es muy sutil. Si para justificar el éxito de un curandero es preciso preguntar al primer médico de España; si para comprender el curanderismo no ha habido más remedio que preguntarle a don Gregorio, es porque todo cabe en su inmensa comprensión, porque la Medicina ha progresado tanto que puede admitir hasta las razones de ser de sus pequeños enemigos.”

Otra sabia explicación del “escándalo” puede hallarse también en esta cita, incluida por Eugenio Montes en el artículo más arriba comentado. “Con un sano y penetrante escepticismo—dice Montes—, Marañón me dijo una vez: “Las enfermedades no se curan. Si se curan, no son enfermedades.” Repliqué al escritor: “Entonces, ¿qué se puede hacer con ellas?” Y respondió don Gregorio, muy a la española: “Torearlas.”

Al menos no se le negará al curandero capacidad de diestro, de torero por ambas manos, incluso en la última y suprema suerte: la de matar.

12-4-60.

### 3

## LA COLONIA CANARIA SE DISPONE A CONMEMORAR LAS INCORPORACIONES DE LAS ISLAS A LA CORONA CASTELLANA

Ha fallado La Gomera... Ocurre que el Hogar Canario, llamado aquí “octava isla”—claro que si se olvidan las chiquitas, bautizadas con los bellos nombres de Graciosa, Alegranza, Montaña Clara, etc.—, dedica cada año las fiestas con que conmemora las incorporaciones insulares a la corona castellana a una de las “peñas” que integran el archipiélago. El año pasado “le tocó” a Lanzarote. Esta admirable tierra de los “jameos” y el fuego, la que más bizarramente, lo que más gallardamente tiene el pie sobre lo negado del suelo y el cielo insulares, dio, una vez más, muestras de su vivacidad y alegría. La semana lanzaroteña fue sencillamente espléndida.

En este año de 1960 se había hecho la dedicación a la isla del Descubrimiento y del inefable Pascasio Trujillo, que por aquí sigue imperturbablemente fiel a dos anécdotas de su vida: la bohemia y la columna de Colón... Ignoramos cuántos isleños integran la colonia gomera en Madrid. Muchos a pocos, algo se les esquinó. Y han tenido que renunciar al ilusionado programa que se propusieron cuando aún los imponderables no habían salido al ca-

mina. En consecuencia, nuestra casa regional celebrará sus actos en puerta sin específica dedicación.

Y los celebrará desde su nuevo domicilio, en Fuencarral, 77, del que ya les di a ustedes noticia en crónica anterior, integrando la mudanza, por cierto, uno de los actos del programa general. Cronológicamente, esto ha tenido que desbordar las fechas precisamente a causa del traslado. Así, pues, sólo la misa solemne, con sermón de don Juan Alonso Vega, se celebrará dentro de los días tradicionales: el de San Pedro Mártir, nuestro jubiloso 29 de abril. (Por nuestra cuenta, una peña de ocho isleños—siete de Gran Canaria y un palmero agregado—se reunirá con el propósito de comerse unos berros en potaje y unos “baifos” compuestos con arreglo a la más ortodoxa cocina insular. Tiraremos también dos docenas de voladores, que no será la primera vez que estallan sobre el fondo azul nevado de la sierra, mientras el pendón hace su solemne recorrido.

El Hogar estará instalado cuando empiece a correr la segunda quincena de mayo. Entonces se verificarán los actos. Hay proyectadas cuatro interesantes conferencias. El marqués de Lozoya se propone hablarnos de “Imaginería isleña”. Claudio de la Torre nos dará una estupenda lección sobre “Poesía canaria”. Don José Francés—que tanto conoció y admiró a Néstor—disertará sobre pintura de la tierra. Por último considerará nuestra artesanía el jefe nacional sindical. Concretamente esta última conferencia se dirá sobre vivos exponentes de esa artesanía. Que no llegará de las islas para la ocasión, porque ello es engorroso y de superación no fácil, sino que se reunirá aquí, en casas de canarios residentes en Madrid, algunas con muestras muy ricas y muy bellas.

En el campo de las rumantelas destaca la solemne inauguración del nuevo domicilio, que por cierto tendrá bar y restaurante a precios muy asequibles, dicen. Con un baile de gala abrirá sus puertas el local este de Fuencarral, 77. Posiblemente la misma noche, tal vez en una verbena menos compuesta, como es natural, se elegirá la mocita isleña más guapa del concurso, que ostenta el nombre de Maga Canaria. Con ella, siete pimpollos más—la intención representativa del número se ve a la legua—, siete magas de honor, cortejo tierno y morenito de la reina. La gente moza está encantada con una cosa y otra.

Los isleños se reunirán también en una comida de hermandad. La primera vez que se celebró ésta asistieron cerca de quinientos comensales. Fue en verdad algo impresionante. Después ha bajado un poquito. Este año, con el número de socios acrecentado, se espera que vuelva a aquella cifra.

Como ven, estamos presente en estas fechas históricas y primaverales, aunque tengamos que trasplantar los sucesos y poner-

nos las gabardinas, siquiera, pues, como ya saben, Madrid es en cuestiones de tiempo arbitrariamente femenino.

26-4-60.

4

### CARYL CHESSMAN Y EL ROMANCE DEL "MIO CID"

Ustedes no podrían hacerse otra exacta de la pasión y bulla que levantó en Madrid la ejecución—no esperada—de Caryl Chessman ni aunque yo lograra la más certera, la más viva y coloreada pintura del ambiente. La reacción ante esta legal y decantada muerte ha sido universal, bien se sabe, pero cada pueblo le habrá puesto en lo alto su propio acento, la habrá marcado con su peculiar estilo. El de esta ciudad es teatral, de aparente vehemencia, altisonante y subrayado por un manoteo que no alcanza los extremos italianos, pero que le va a la zaga. Destaca la desparpajada resonancia de la voz, siempre brillante casi al grito cuando se habla entre mucha gente congregada, o cuando el diálogo se mete en terrenos polémicos.

En ocasiones, ni esto hace falta. Aquí va usted en un automóvil y es corriente y natural, por ejemplo, que una madre le vaya contando a otra, con general conocimiento del pasaje, la forma de preparar una papilla, el color de las diarreas de su nene y las broncas diferencias con su suegra, una señora paleta y bigotuda que se emperrea en suponer dentro del hogar de su nuera la añeja experiencia de sus años en el lugar provinciano donde vino al mundo. "Y lo que yo le digo: Usted será muy madre de su hijo, señora mía, pero yo soy su mujer, y la dueña, ¡la dueña!, ¿se entera?, de mi casa. ¡Nos ha "jorobao" la tía venerable ésta!" El forzado auditorio se pone a la escucha sin reparo alguno, tomando parte del modo más sencillo y espontáneo en esta para nosotros isleños inusitada familiaridad. Señalado esto, imagínense ustedes ahora lo que habrá oído en la simpática ciudad donde vino la dramática comedia que promovió el cumplido reo de la prisión de San Quintín.

Al principio, cuando Chessman, aún vivo, agotaba desesperadamente su cada vez más mermadas posibilidades de escapar a la muerte, la gente de la calle estaba unánimemente junto a él. El pueblo madrileño apetecía el perdón con tal calor especial y tan al margen de lo reflexivo, con verbo tan alto y aspaviento tan vivaz, que la suya, más que una postura humana, parecía una espontánea fuerza natural, como la de un viento ardiente, palpable

en la calle. “¡Ya está bien!”, remataba el madrileño con un tremendo tono de hastío.

En este movimiento de piedad jugaron papeles principales las mujeres. El cronista recuerda con tristeza que ellas son las mismas que se extasiaron, a finales del pasado invierno, ante la arrogancia fanfarrona de José María Jarabo, aquel triste señorito asesino de la madrileña calle de Alcalde Sainz de Baranda. Este corresponsal vio en la sala de la Audiencia donde la causa se ventiló cómo ellas se embelesaban ante la doble gallardía, la física y la de su personalidad desfachatada del frío matón, olvidadas, al menos por el momento, de las triples y rateras muertes que lo trajeron al banquillo. Las situaciones no son las mismas, claro, pero sí la extraña devoción y el inconsciente fondo de ternura.

De pronto ocurrió aquí algo inesperado, más inesperado aún que la propia ejecución, en la que nadie acabó creyendo, no ya por los ardidés de los curiales yanquis en danza, sino por la avalancha universal de reclamantes del perdón, encabezados por el *Osservatore Romano* y que cerraba Brigitte Bardot. Ocurrió que el periódico *A B C* dio en negritas, y en un recuadro a más de media plana, su opinión sobre el “caso Chessman”. Y para empezar dijo lo siguiente: “¡Que no haya piedad leguleya, ni literaria, ni libertaria por la muerte del bandido Chessman, y que esa piedad sea, en todo caso, la del Dios en quien Chessman no creía!”

Madrid se levantó ayer todavía bajo la presión de la absurda muerte. Le parecía mentira este tremendo y ejemplar respeto americano por la ley, una ley que al cabo de dar “leña” como ninguna otra, por pura devoción—tal vez excesiva—a la norma, acaba con la existencia del hombre más condenado de todos los condenados en toda la historia de todos los tiempos. Madrid cree en *A B C* como en la luz que nos alumbra. Y esperaba que de enjuiciar el caso coincidiera, por ejemplo, con el periódico vaticanista, y por pura coincidencia, con la leve, liviana y pregonada “estrella” del cine francés. Pues opinó todo lo contrario. Una ducha de agua serrana cayó sobre los hombros de la ciudad aún tibios del lecho (el *A B C* sale muchas horas antes de que Madrid se levante de la cama).

Fríamente, inexorablemente, el rotativo de la mañana le dijo a la ciudad estupefacta: “En esos años de estudiante, de escritor, de abogadete, Chessman se granjeó, poco a poco, la simpatía del mundo.” “Pero, ¡si es un gran narrador!” “Pero, ¡si sabe más de leyes que todos los abogados de los Estados Unidos de América!” “Pero, ¡si se burla de todo, y es muy arrogante!” Las damiselas cursilonas y cuell cortas de la burguesía llegaron a decir: “Pero, ¡si es un estupendo “guy” y atrayente.” Y así fue cómo se olvida-

ron los crímenes que Chessman había perpetrado por los años cuarenta.”

En consecuencia—¡oh, lo evidente del poder periodístico!—, Madrid empezó poco a poco a “virar el rumbo” de sus opiniones. Al mediodía, los juicios en favor del ajusticiado eran tibios, en general. Por la noche, eran casi fríos. Antes de que cayeran las bolas de cianuro, se hablaba alto, casi a gritos, pero sin oposición. Anoche ya, la altisonancia verbal podía justificarse por el tono polémico que tan de repente le había impreso a su comentario el sencillo habitante de esta villa...

Claro que uno ya no se asombra de nada. Desde escolar conocía aquellos versos tremendos del *Cantar* de don Rodrigo Díaz de Vivar: “Cosas veredes, mio Cid—que farán fablar las piedras.”

6-5-60.

5

## DE LOS TOROS DE TENERIFE A LOS TOROS DE SAN ISIDRO

Se acabaron las corridas de feria de San Isidro, patrón de esta Villa. “De repente” les suena a ustedes esto a jerga. O lo entienden, que será lo más probable, más para encogerse de hombros al pie de la noticia en un rotundo gesto de “bueno”, ¿y a mí, qué?” Ya sé que a nosotros no nos gustan los toros. Sospecho que por algo más que por falta de solera. Sospecho que no nos hubieran gustado ni con tradición. Hubo un momento en la historia de nuestro país que pareció que la brava fiesta—cada día menos brava—iba a arraigar en suelo isleño. Si usted hojea, por ejemplo, el *Diccionario de Historia Natural* del inmenso don José de Viera y Clavijo, puede hallar, en el capítulo dedicado al “buey”, una curiosa referencia que el sabio clérigo deja caer luego de un tierno canto al virado cornudo, al que don José empieza definiendo: “Toro castrado, animal cuadrúpedo, ruminante, de pata hendida.” Dice el curioso arcediano que el buey, tan útil para tanta cosa de rendimiento, “hasta el siglo pasado nos servía para la infausta diversión de las corridas de novillos y toros”. Estuvieron, pues, intentando enraizar y ocurrió que dieron en “tosca” viva.

¿Cuestión de britanizada sensibilidad...? No me parece verosímil. El isleño aguanta impertérrito la sangrienta contienda de dos gallos de pelea, que cuando su “castío” a ejecutoria es de ley, mueren arropados en sangre caliente y con las espuelas puestas. Tal vez ocurra que la intervención del hombre en el riesgo,

al que en los gallos es totalmente ajeno, promueva en los nervios y en el alma insulares una viva e irreprimible repugnancia vital, de cierto característico acento pagano. Característico, porque estamos convencidos de que el instinto de conservación y, lo que es más esencial a los efectos de esta teoría, su mejoramiento por la firme acción de la cultura, tienen un muy diferente sentido en Castilla, por ejemplo, y en Canarias. Nosotros, hombres de blando clima y de esperanzadoras orillas, hombres capaces de sacar leche de una alcuza, que es lo que en definitiva hemos hecho poniendo a verdear como por magia los pardos y encampanados serrijones de nuestra geografía, nosotros creemos que vale la pena vivir. Hasta ahora somos un pueblo con el paladar y la sangre en vilo, a diferencia de Castilla, ancha tierra negada, de desencantados pueblos y desencantadas gentes, donde el dolor no cuenta y donde se puede morir porque no se muere.

La actitud del canario ante los toros, donde la piel y hasta la vida del ser humano están en juego, la traza vívidamente aquella isleñísima anécdota que acaba siendo algo más que un jocosos motivo. Lidiaban reses bravas en la plaza tinerfeña. Un grupo de curiosos grancanarios “tiró de correíllo”. (Se murmuraba que estos viajes constituían en el fondo un motivo para “echarse la tierra por encima”.) Una vez desarrollado el brillante paseillo, el redondel se quedó repentinamente vacío. De pronto, y ante el pasmo singular de un paisano que en su vida había visto una corrida, se abrió una puerta y saltó a la arena un torito negro de airada y desafiante cabeza. Corrió el animal por el coso entre una cuajada expectación. Despacio salió a poco de detrás de un burladero un peón. Citó de lejos para los pases de tanteo. El cornudo no se arrancaba. Bien plantadas las patas, se puso a mirarlo suspenso, quizá con la misma estupefacción del isleño del tendido, sin comprender tanta audacia en un pelele vestido “de Carnaval”. Entonces sonó sobre el silencio de la plaza el famoso grito. El insular se puso en pie, sin poder más, y dijo al que agitaba abajo el capote, con voz entre angustiada y violenta: “¡Juiga’, cristiano, que lo coge el güey!”

Pues con todo esto yo creo que usted debiera ser también “isidro”, paleta o “maúro” de estas fiestas, y venir a ver los toros de las ferias madrileñas. ¿Por qué ser menos que los extranjeros? Desde febrero de este año, ya se recibieron encargos para las corridas del Santo. Un matrimonio de recién casados norteamericanos escribió por avión desde Nueva York. Decía el yanqui: “He prometido a Ruth que nuestro viaje de bodas volverá a reanudarse en el mes de mayo con unas vacaciones en Madrid. Algunos amigos me aseguran que nos resultará difícil conseguir entradas para ver torear en las corridas de San Isidro. Por eso

les ruego me reserven dos buenas localidades, de primera fila, que nos permitan contemplar diariamente (¿qué les parece?: ¡diariamente...!) el grandioso espectáculo de los españoles.” Luego son miles los que llegan de todo el mundo para pasmarse ante este colorido juego con la muerte, al que le ponen el bizarro contrapunto de unos pasodobles.

Por curiosidad siquiera vale la pena venir, amigo mío. De paso vivirá usted unos días en esta ciudad, que se va haciendo gran ciudad y a la que tienen como los chorros del oro en fuerza de mimos. Sobre esto de escapar de la isla un tiempo para venir a la capital, volveremos a hablar un día. Estoy firmemente seguro de que tal viaje es la mejor medicina de sus nervios y el mejor motivo para renovar su alegría.

¿Qué, cómo han estado las corridas...? Más bien malas. Siempre ocurre igual. Los toros son mansos, o defectuosos; los toreros que ya no tienen nada que ganar y mucho que perder, se reservan, cautos. ¿Cómo cree usted que con una fortuna de muchos millones detrás y con cuatrocientas mil pesetas al final de la lidia va a “echarse pa adelante” Antonio Ordóñez? Se dice aquí que él ha cobrado esa suma por una sola corrida... No obstante, Ordóñez ha sido el héroe de la fiesta nacional. El miércoles de la semana pasada llovió aquí a cántaros. También es propio de los festejos de San Isidro. Pues hubo toros. En el cartel, Antonio Ordóñez. Sólo lidió el espada uno de los dos de su lote. Al tercero hubo que suspender. Pero en aquel toro...

Eran manso y el lidiador se le metió en su terreno, le pasó capote y franela por las narices, le fue calentando la sangre, encelándolo... Esto fue memorable y ya quedará en la historia del toreo. Lo demás..., pues francamente aburrido. ¿Entonces, se me preguntará, por qué me recomienda usted que vaya a los toros de San Isidro? Pues se lo diré, paisano: por lo mismo que nuestros abuelos iban a las corridas de Tenerife: para “echarse la tierra por encima”. ¡Buen pretexto para rebasar las orillas y airearse bajo los cielos de la alta Meseta!

20-5-60.

6

BRILLANTE INAUGURACION DEL NUEVO LOCAL  
DEL HOGAR CANARIO EN MADRID

A las ocho de la tarde de ayer se abrieron oficialmente las puertas del nuevo local que en la madrileñísima calle de Fuen-

carral, 77, ocupa ahora el Hogar Canario de esta villa. Con tal inauguración se inician también los actos programados—y pospuestos—para celebrar las fiestas insulares de la Incorporación. Diremos a ustedes sucintamente cómo fue lo de ayer en el nuevo domicilio.

Todas las dependencias de la moderna planta aparecían abarrotadas de personalidades, autoridades locales y directivos y socios de nuestra Casa. Sobre las ocho entró por el Hogar el arzobispo de Sión y vicario general castrense, doctor Alonso Muñozerro. El ilustre eclesiástico recorrió las instalaciones, iluminadas brillantemente y ornamentadas bajo la dirección del arquitecto señor Nacher y el pintor César Manrique. Pepín Fernández, director de Galerías Preciados, ofreció gentilmente el personal técnico de que dispone su gran almacén para los arreglos. Y ese personal llevó a cabo los proyectos del arquitecto y el artista insulares. El doctor Muñozerro se revistió y bendijo el local.

Una vez acabada la ceremonia religiosa, nuestro presidente, el marqués de la Florida, pronunció unas breves palabras. Agradeció a la colonia insular y a las autoridades de Madrid el calor moral y material que vienen brindando a los propósitos y realizaciones del Hogar Canario. Hizo después el señor Benítez de Lugo un cumplido elogio de las anteriores directivas del Centro. Siempre bajo el signo del amor a la tierra, en ocasiones hasta heroicamente, aquellos grupos rectores consiguieron la creación y continuidad de esta “octava isla” plantada como una alta bandera en el corazón de Castilla.

Luego del presidente, que fue cordialmente aplaudido, habló el arzobispo de Sión. El se había sentido feliz de compartir unas horas el calor y el acento de la colonia isleña, hacía votos por la prosperidad del Centro que acaba de bendecir y también porque mantuviera el tono cristiano que le es tradicional.

El Hogar ofreció después a sus numerosos invitados un espléndido ágape. A su calor se animó un baile, que tiró hasta alta la noche.

Entre aquellos actos más solemnes y este jolgorio último, del grupo isleño de coros y danzas, animó, en medio de ovaciones, folías, isas, malagueñas, seguidillas, saltonas... Fue el delirio, porque al nostálgico entusiasmo insular se sumó, volcándose, el amplio grupo de invitados peninsulares. Ya lo he dicho alguna otra vez: nuestro folklore musical tiene aquí una devoción superior a la que se siente por el resto de estas expresiones regionales. Marta Padilla, la “mandadora” de estos brillantes coros, tenía ayer motivos sobrados para sentirse gozosa y satisfecha.

Se registró un detalle de especial valor sentimental: en una sala de la nueva casa, especialmente destinada a lugar de juego

y tertulia de señoras, se colgó un retrato de Pino González de Luján, muerta hace pocos meses casi repentinamente. Con Pino González perdió el Hogar Canario uno de los puntales de su simpatía y de su eficacia. En los heroicos tiempos de constitución de los grupos folklóricos, en las épocas de manifestaciones teatrales, siempre que el centro precisó de un alma excepcional que alzara su palma hasta las gallardas alturas merecidas, Pino González fue algo más que una colaboradora singular. Fue, dijéramos, una heroína, hasta el extremo de perder la salud en la brega incansable por la gracia y el prestigio de la casa.

Puede afirmarse, en resumen, que la inauguración del nuevo local resultó un éxito brillantísimo en todos sus aspectos. La celebración fue honrada por numerosas personalidades de la vida madrileña, escritores, artistas, periodistas de todos los diarios de la capital, destacadas personalidades de la sociedad isleña.

Hoy, viernes, prosigue el programa conmemorativo con una conferencia del arquitecto señor Nacher sobre arquitectura isleña. A Nacher lo presentará el también arquitecto don Pelayo López y Martín Romero.

23-5-60.

7

## UNA GOZOSA TARDE ISLEÑA EN EL ALTO MADRID

Para el canario que vive sumergido cada minuto de las veinticuatro horas en el clima general de su isla, quizá tenga apenas significación reunirse alguna vez en torno a un "timple", sumergirse con él en el mundo de vivas y entrables expresiones que pone en juego, en ir sintiendo, con la más particular de las complacencias, cómo se convirtió en mágico evocador de recuerdos y en exaltador chiquito, pero "abarrenado" de aquel concepto de Patria que el poeta limitaba a "la dulce, fresca, inolvidable sombra" de un almendro. A la importante distancia que hay desde aquí a esa orilla, y en razón también de la intensa capacidad para la nostalgia que singulariza al isleño, una de estas rumantelas, abiertas de tarde en tarde en algún rincón de Madrid, tiene para cualquiera de los desorbitados que aquí vivimos la más conmovedora importancia. No se prodigan estas ocasiones, entre otros motivos porque el canario es en la Península más individualista y huidizo que en su propia tierra, y su rareza será tal vez causa de que se las sobreestime y de que dejen después un largo y entre gozoso y "maguado" recuerdo.

Ahora acaba de abrir las puertas de su bella casa a una de estas pocas y amables oportunidades María Luisa León Suárez, señora de Guillén. María Luisa León Suárez, la gentil anfitriona isleña, logra, primero, la iniciativa y después el mejor “rodamiento” y la más perfecta culminación de la fiesta, porque en ella se reúnen una tradición y un estilo, es decir, un espíritu. Para entender el encanto y la fortuna de una reunión como esta que la dama canaria acaba de ofrecer a un grupo de paisanos y a algunos peninsulares amigos, ha de considerarse su ascendencia familiar. María Luisa es hija de aquel gran médico isleño que se llamó don Gregorio León. Al margen de las preocupaciones de su carrera y por debajo de su aparente grave y hasta reservón, don Gregorio escondía una insospechada alegría de vivir y una sutil inquietud por el aire y el acento de su tierra. Recordemos que cuando Néstor levantó, contra el escepticismo y hasta la mordacidad de gran parte de sus paisanos, aquel luminoso y fecundo movimiento de revalorización folklórica, que nos apagó gran parte del tono gris en que se desenvolvía nuestra vida, al tiempo que nos redimía de un torpe aislamiento, con pretensiones de espléndido y todo, el doctor León se pasó con las armas y el bagaje de su prestigio y de su dialéctica al bando del artista, influyendo con ese gesto, entonces valeroso, en el espíritu de los timoratos y de los dubitativos.

Claro es que al lado del médico, compartiendo enteramente su vida, había toda una artista. La esposa de don Gregorio, doña María Suárez Fiol, era—y continúa siendo, para gracia y fortuna de su isla—uno de estos raros ejemplares de mujeres canarias espiritualmente superdotadas y al tiempo animosas, a cuyas inquietudes, puestas en marcha, casi siempre con el viento de cara, tanto debe el tono de la Gran Canaria. (Creemos de memoria perenne aquella *Verbena de la Paloma*, promovida por la Sociedad Amigos del Arte cuando la gobernaban otras dos damas insulares de espíritu y alientos también excepcionales: doña Encarnación Millares Carlo de Bosch y doña Paquita Mesa de Christensen, *Verbena* en la que doña María incorporó la *Señá Rita* como luego nunca más se la hemos visto animar a nadie.) Con la formación en semejante clima familiar es explicable en María Luisa León Suárez de Guillén el aire y la plenitud de esta fiesta suya, una fiesta de perfecta “consolación” (lo diremos en “canario”) para el “maguado” hombre insular, que entre “margullos” y “baladeras” va librando el fuerte “jalío” de la sangoloteada marea que es la gran ciudad.

El “timple”, gallito “mariscal” de muchas peleas, “quiquere” musical, breve, requintada e infalible palanca de todas las escalas de la alegría, se convirtió rápidamente en corazón y bandera del “rato”. Verdad es que estaba en las manos “rehileteras”, entre los dedos mágicos de un pollo canario capaz de suspender y embele-

sar al mismo Jeremías: Alejandro Rodríguez Torres. Alejandro tiene al pronto, tras unas redondas y como pasmadas gafas de seminarista, ese aire ingenuo y envarado de nuestros campesinos. De pronto, él tira la mano derecha sobre el juego tenso de las cinco cuerdecillas. Entonces los ojos se le animan con una jocundidad de romero “desborritado”. La envuelve la bulla aguda del “camejillo”, que, como por milagro, se plenifica y derrama alto y ancho. Cuando el “timplista” se ha cargado de una especie de electricidad, lo trasciende.

Hay entre el grupo de asistentes—¿cómo no?—algún isleño grave, metido en un embeleso semejante al que provocan las mecedoras del Casino, o cayendo en la consideración del precio que ahora tiene la fruta en Londres. Alejandro y su “timple” “calzan” por todo esta circunspección y la “botan” a la calle, que en el caso es la avenida de Cea Bermúdez, arteria nueva y grande de la ciudad, hacia arriba, por la parte que da a la sierra. ¡Ay, madre, qué bien lo “toca”!, se viene a los labios la isleña y graciosa canción de Néstor Alamo.

Están en la fiesta de los señores de Guillén dos excepcionales voces insulares: la de Milagros Argüello de Duret, tan cálida y honda intérprete de nuestros aires populares, y la torrencial y brillante de Alfredo Krauss, cuyas isas levantan los pies del suelo. Incluso los de los vecinos. Hay un momento, ya entrada la noche, pues el regocijo se ha estirpado más de lo previsto, en que llaman al timbre. María Luisa se impresiona. “¡Ya vienen a quejarse!”, murmura dolida, tanto por sus convecinos como porque habrá que ponerle punto final a la alegría, entonces en plenitud. “Dicen los señores—le avisan de parte de los que viven en el piso de arriba—que si es usted tan amable y abre más la puerta de la terraza para poder escuchar mejor las canciones de su tierra.” Esto, que es rigurosamente cierto, pone a la fiesta una espléndida inyección. Acaban cantando Krauss y Milagros Argüello: interpretan graciosamente las voces del inefable *Santo Domingo*. En el “coro” figuran Victoria López de Letona de Arbelo; su marido, el doctor Antonio Arbelo; Elena Valenzuela de Valido, Perico Valido; su esposa, María Luissa Massa de Manrique de Lara, con Frasco, que contará luego unos sabrosos cuentos de la tierra; Agueda Castro de Massa, Luis Manchado y algunos otros cuyos nombres siento no recordar.

¡Qué grata tarde, amigos! ¡Y cómo nos supo a poco!

## PERIPECIA DE UN TORERO CANARIO EN TIERRAS DE AVILA

De pronto ha roto a llover “a base de bien”, como dicen por aquí. *Meteor*, que parece ser el más sensato comentarista local del tiempo, nos ha dicho esta mañana que de súbito, y cogiendo al país desprevenido, ha llegado a España una borrasca del Atlántico de pequeña área, pero de notable vigorosidad. Hasta el miércoles, con sólo algún fresquillo, lucía un bello sol otoñal sobre casi toda la Península. Únicamente en las clásicas zonas de Galicia y las riberas cantábricas estaba la luz triste y lloviznaba. Ese miércoles que decimos el barómetro pegó un bajón en “aquella esquina verde” y a lo largo de las cosas del Norte. La repentina borrasca lanzó en la región cantidades mayores de 30 litros por metro cuadrado. Esta mañana me encontré en la Gran Vía un isleño en tránsito. Para encontrarse aquí a los isleños en tránsito no hay cosa mejor que darse un garbeo por esa corta pero traficada calle madrileña. Hablamos del tiempo, ¿cómo no?, y yo dije al paisano lo de esos litros. El abrió mucho los ojos, se mordió el labio inferior y exclamó, con un espontáneo y delicioso acento de “magua”: “¡Quién los agarrara, “mano”!

Lo que son las cosas: aquí está la gente “rechinchada” con estos imprevistos anticipos invernales que estafan la más bella estación con que cuenta, por lo menos, la Meseta: el otoño. Los más indispuestos con el cambio son los toreros y sus públicos. Se estiran las corridas hasta casi los comienzos de noviembre, en un aventurado deseo de dinero y de regocijo. El domingo, que jugaba el Barcelona con el Atlético de Madrid, corrían novillos en la placita de Vista Alegre. Uno de los novilleros, Vicente Alcalá, es amigo del cronista. El chico trabaja en una secretaría de la Audiencia de Madrid, y el cronista lo conoció allí cuando hacía información de tribunales para un diario de aquí. Invitado por el incipiente torero, acudí a Vista Alegre. La plaza estaba casi llena. En el camino desde el suburbio de los Carabancheles, donde el coso está enclavado, hasta el centro, pasamos por las puertas de varios locales de espectáculos. Las colas eran impresionantes.

Aparte que en esta Villa hay gente para todo, se observa una recuperación en la alegría del gasto superfluo. Hace algún tiempo acusamos cierto bache en la típica animación madrileña. Se registraba de modo especial en las tabernas y otros locales donde se bebe y “pizquea”. Estaban vacíos. Ahora, ya no. La gente, reani-

mada de pronto sin que sepamos concretamente por qué, vuelve a llenarlos. Y, ¿cómo no?, a hablar a gritos.

A propósito de toreros. Quizá ya sepan ustedes que hay gente canaria de esta ibérica y templada profesión lidiando becerros malamañados y toretes de bastante sangre. Es gente de Tenerife. La verdad es que no concebimos un torero grancanario. Las dos islas están bien cerca, pero también en esto nos parecen profundamente diferentes. Uno de los arriscados mozos del caso es Manuel Rivero, chicharrero de la capital, de veintidós años de edad, menudito y triste, con una tan grave cara, con una cara tan desencantada y patética que le han puesto *Manolete II* a cuenta de su to-cayo, aquel cordobés del rostro dolorido y doloroso, al que mató un toro en la plaza pretenciosa de Linares. El otro lidiador es José Mata. Mata es palmero, nacido en Garafía hace veintiún años. Fue un precoz emigrante a Venezuela. A los quince años “hizo Caracas”, recalando luego por Madrid, tirado de su afición. Dos temporadas lleva actuando el novillero de Garafía. En la actual ha hecho veinte corridas. Esto es lo de menos, porque puede haber quien las toree a trompicones, liquidando los toros por aburrimento, carreras y sablazos. Mata ha hecho algo más: ha recogido cuarenta y ocho orejas, nueve rabos y dos patas. Todavía ha salido en la incómoda pero gloriosa postura de “a hombros” doce veces...

Por ahora no le van bien las cosas a *Manolete II*. El muchacho fue hace poco protagonista de una españolísima desgarrada peripecia, una peripecia que tiene gracia bohemia, de costosos comienzos de carrera, pero que cuenta también con fuerza temática para un lírico como Antonio Machado o un pintor como Solana. “Die-ron” toros en un alto pueblecito de Avila, por ferias del lugar. Contrataron a *Manolete*. Y *Manolete* contrató su cuadrilla. El día de la corrida, y a la hora de comenzar, el muchacho no aparecía. Llamaron a Madrid preguntando por él. “No está—contestaron de aquí, ponderando la ausencia—. Tiene novillada en un pueblo de Avila.” Contestó del otro lado una voz entre agria y aterrada: “¡Es que yo soy el alcalde de ese pueblo! ¡*Manolete* no ha venido! ¡Y me van a matar a mí y a él!”

El amigo Rivero llegó, por fin, seguido de una alegre cuadrilla de isleños de la colonia, armados de “timples” y guitarras. Nueva complicación: la cuadrilla auténtica, personajes de un lienzo de Solana—bien morenos, cerrados de barba y hoscos—, se negó a salir a la plaza si antes *Manolete* no se “retrataba”. “Primero, los cuartos”, dijeron al paisano, tirados para atrás. Ocurría que *Manolete* no tenía una gorda. Se llegó a una transacción, para que el espectáculo pudiera empezar. Después de la lidia se pagaría... Así, al menos, lo aseguró *Toni Canary*, el cómico del Puerto, que iba en el acompañamiento.

La corrida tuvo por fondo las más vivas folías y las más parranderas isas. Desde el tendido chillaba insólitamente el chiquito, pero “abarrenado” timplillo, sustituyendo los “¡olé!” clásicos con sus vivos, eléctricos sonos. El novillero superó los nervios y despachó los novillos, resabiados, broncos, más bien que mal. ¡Cualquiera, con el lío preliminar! Después, como pasa en casos semejantes, intervino la Guardia Civil, que prestó al incidente más acento ibérico. *Manolete* tenía que pasar a la cárcel, reclamado por su cuadrilla, que se había vestido y le había completado la lidia a base de que al final le “apoquinaran” las pesetas convenidas. Entonces fue cuando *Tony* le echó picaresca y cuento al trance. Convenció a un rico del pueblo para que “adelantara” los sueldos. Luego, desde Madrid, la cosa quedaría perfectamente...

Entre dos luces, más sobre la noche que sobre el día, el torero, con sus amigos isleños, rodaba de nuevo camino de Madrid, sin un esparadrapo, con sólo un palo en una muñeca, que uno de los toros le propinó en un derrote asesino. Sobre los altos y bellos montes castellanos de la alta Avila sonaba una isa tan cumplida como si romeros del Pino la levantaran por esa Apolinaria arriba...

18-10-60.

9

EL ESCRITOR CLAUDIO DE LA TORRE  
RECIBE UN BRILLANTE HOMENAJE DE SUS PAISANOS  
Y SUS AMIGOS DE MADRID

Bajo los acentos, en la ocasión tan vividos, de la calidez y la calidad se celebró en la noche del sábado pasado el banquete-homenaje que la colonia canaria en Madrid ofrecía al escritor Claudio de la Torre, recientemente honrado con el premio nacional de Teatro a la mejor dirección escénica. Dificilmente se produce en un acto semejante un arropo de cordialidad como el que vivificó este agasajo al gran escritor isleño. Y no es fácil tampoco que se congreguen en torno a una figura de las letras, del modo espontáneo y apegado con que lo hicieron, tantos valores ciertos del mundillo local de escritores y artistas. El secreto de esta amorosa gravitación en torno a su figura lo explica la mágica personalidad de Claudio, su prestigio de creador y su alta y profunda condición humana, tan característica y honrosamente insular. Lo de anoche fue, ciertamente, como entrar en un remanso luminoso y óptimo, libres por unas horas del irremediable y crudo curso cotidiano, que ha de hacerse entre masas físicas y zarzas figuradas.

Se sentó Claudio de la Torre en el lugar de honor de una de las largas mesas que para la comida se instalaron en el amplio salón de actos del Hogar Canario. A su derecha tenía a Julio Maurra, y a su izquierda al presidente de la casa, marqués de la Florida. Ocupaban luego sitios en ese lugar presidencial el director de la Academia de la Historia, catedrático de Historia del Arte en la Central y director del Museo del Prado, don Javier Sánchez Cantón; la escritora Mercedes Ballesteros, esposa del homenajeado; el novelista y crítico de teatro Torrente Ballester, el autor dramático López Rubio, la actriz Tina Gascó, el primer actor del teatro nacional Angel Picazo y algunas otras personalidades de las que ahora mismo no se acuerda el cronista. Entre la gente isleña se mezclaban después Ramón Escotado, Fernando Fernández de Córdoba, Manuel Dicenta, Mario Antolín, Manuel Díaz Crespo, Josefina de la Torre y otra gente de nombre. Y como paisanos de relieve recordamos a don Simón Benítez, que está en Madrid de paso; el doctor Emilio Ley, el escritor Vicente Marrero, Francisco Aguilar de Paz, don Esteban Pérez González, el arquitecto Vicente Nacher, el notario Marcos Guimerá Peraza...

Desde el inmediato punto de vista gastronómico, estas comidas suelen servir sólo para empalagarse y andar luego a vueltas con el bicarbonato. Mas anoche estaba bueno el menú. Y como los tiempos no se dan propicios a larguezas, tampoco resultó pesado. Acabado el medio pollo del último plato, el secretario del Hogar, Francisco Rodríguez Batllori, leyó las adhesiones. Estaban las de Calvo Sotelo, Lina Rosales, don Manuel Chacón Secos, director general de Política Interior, etc. De Las Palmas sólo patentizaron su recuerdo cinco personas. He aquí sus nombres: doña Elisa Pablo de la Nuez, el poeta Saulo Torón, el poeta y director de *Diario de Las Palmas*, Pedro Perdomo; el doctor don Luis Manchado Martín y Manolo Padrón Quevedo, en su calidad de presidente del Gabinete Literario... Nada más. Asombra este descuido, que habrá que atribuir a una suerte de pereza característica y que habría que rectificar, pues no se puede vivir de espaldas y manifestarse después en doliente, sin salir de quejumbres por olvidos y desdenes más o menos exactos. Pensamos que apuntalando valores como el representado por Claudio, y hasta otros de menor entidad, afirmaríamos certidumbres y pretensiones. De la otra manera, con sólo plátanos—que ya ni futbolistas—y el displicente ofrecimiento de una anécdota subtropical, el mimoso y lamentable complejo pervivirá. Lo siento, amigos locales, pero esta denuncia me parece constructiva y por eso la hago.

En nombre de la colonia ofreció el homenaje este otro gran tipo isleño de lo espiritual y lo humano que es Francisco Aguilar de Paz. Con su peculiarísimo acento canario matizado de ger-

mano, Aguilar consideró brillantemente los tres aspectos esenciales de la personalidad artística de Claudio. Había en él un tiempo íntimo: el de la poesía; una segunda nota: la acción, que se expresaba, en la novela, y un tiempo tercero: el del teatro de la pasión, que se vertía en mundos pequeños, en cuanto al límite físico, pero con grandeza capaz de lo universal y eterno. Todavía señaló en la vida de Claudio de la Torre otra característica fundamental: él había sabido hacer de su propia vida un arte, manteniendo una soberana elegancia sobre sí mismo frente a algo tan complejo y duro como son los públicos. El creador de belleza había sabido transfundir belleza en su propia alma. Situándolo como típico hombre de su tierra canaria, Aguilar evocó para Claudio un día isleño, sereno y transparente, vivas las lejanías y rotundos los perfiles, haciendo después, y siempre en alusión, una sutil definición de la timidez canaria, que nos hace “señores”, hasta el extremo de preferir “no ser” a obtener las cosas de manera miserable.

Visiblemente emocionado, Claudio se levantó desde donde estaba sentado para venir a dar un estrecho abrazo al tinerfeño de pro que acababa de hacer su justo y bello canto. Luego el dramaturgo López Rubio leyó unas donosas cuartillas, que es pena no poder siquiera resumir porque el espacio de esta crónica no lo consiente. En síntesis, hizo una exaltación de la amistad suya con el escritor, dedicando un curioso recuerdo a los primeros tiempos de Claudio, aquellos del teatro íntimo que se llamó “El Mirlo Blanco”, donde Rubio lo conoció. El autor de *Celos del aire* glosó ingeniosamente el concepto “aplatanamiento”, para señalar que el ilustre paisano estrenó allí una obra titulada *El viajero*. Claudio, dijo, tenía entonces más acento canario que ahora y tenía también acento insular *El viajero*. Claudio estaba, pues, “aplatanado”. Don Ramón del Valle Inclán, que era bien dado a sutilezas, creyó encontrar cierto regusto americano en aquel diálogo. Pero no había que buscarle tres pies al gato. La obra tenía, pura y simplemente, dulce y cautivador acento isleño. Insistiendo en lo del “aplatanamiento”, lo desmintió como tumbona postura ante las cosas del espíritu y de la vida. “Quien conozca al trabajador canario—afirmó—sabe de sobra que es el más trabajador y enérgico y duro de los trabajadores de todos nuestros campos.” En el terreno espiritual citó a Galdós como ejemplo de titán frente a la obra. Por lo que hace al acento del habla isleña, recordó que alguien había dicho: “El deje canario está entre el de un andaluz desmayado y un cubano enérgico.”

El presidente de la Casa declaró abierto un coloquio, que se animó por el interés de las preguntas y la calidad de las respuestas. En él tomaron parte Tina Gascó, López Rubio, Ramón Esco-

hotado, el propio Claudio, Torrente Ballester, el también crítico de teatro Manuel Díaz Crespo y Fernández de Córdoba, en su condición de director de la Escuela de Arte Dramático. Una síntesis, tan sólo, de este vivo diálogo, daría de sí dos o tres veces el tamaño de esta crónica. Habré, pues, de sacrificarla. De los preguntados, sólo falló Mercedes Ballesteros. Resultó que Ramón Escohotado la quiso sacar de su inalterable mutismo de toda la noche. Mercedes no es una mujer habladora. Oye replegada, así como en un melancólico escepticismo, que se altera apenas para la ironía, manifiesta en una leve sonrisa, siempre discretísima. Escohotado empezó diciéndole que a todos los hombres les es concedida la gracia de unas alas, con las que poder liberarse. Reclamó de la esposa del escritor dijera públicamente de qué color eran las alas de Claudio. Mercedes salió de un fugaz estupor para responder breve y vivamente: “La pregunta es tan sutil... que te la contestaré por carta...”

Cerró la espléndida velada Claudio de la Torre. Dijo que le era bien difícil repentizar unas palabras. En consecuencia, había decidido “improvisar” unas cuartillas. Leyó, con su calmosa y dulce voz de siempre, alternando las ces y las eses, sin más remedio. “Es costumbre, en ocasiones como ésta—comenzó—, que se levante el homenajeadó a dar las gracias, encendido de santa modestia, y que proclame, junto con su gratitud, que no creo merecer el homenaje que se le dedica. Pero confieso que mi espíritu, en este momento, al menos en el momento en que escribo estas cuartillas, no se siente animado de tales sentimientos. No quiere decir esto que mi gratitud no sea infinita por este acto de cordialidad, al que me vaya a faltar la emoción más sincera cuando llegue el momento de levantar mi copa, sobre todo si no parece que la levanto para brindar a mi salud. Pero no disminuye en nada esta gratitud de que hablo el que me sienta convencido, en el fondo, de que estoy recibiendo un homenaje merecido.”

Claudio explicó a continuación la intención especial de una “declaración tan escandalosa”. Señaló que vivimos en un país cordial, efusivo, en un país donde, por mucho que se ahonde, nunca aparecerá petróleo; en un país carente de muchas riquezas naturales. “Pero no hay que ahondar nada para encontrar un amigo. La inclinación hacia la amistad es, como si dijéramos, una predisposición nacional.” Pensaba que así como la moneda “amistad” circulaba libremente, no ocurría lo mismo con la moneda “admiración”. “Oímos a menudo ponderar una novela o una obra de teatro.” “¿La has leído?”, “¿La has visto?” El interrogado casi se irrita. Ni la ha leído, ni la he visto, ¡ni falta que hace! Está escrita por un amigo, y basta”... Claudio había considerado que

esa moneda de la “admiración” no hacía falta, indicando después: “claro está que habrá quien me diga que hay también amigos que traicionan, y no lo niego. Pero debo confesar, un tanto avergonzado de mi falta de experiencia, que yo nunca los he conocido.”

El escritor terminó así sus bellas y breves cuartillas: “Esta noche me encuentro en esta octava isla canaria, anclada en los mares de Madrid, que es nuestro Hogar. Mi máxima aspiración hubiera sido que ninguno de los aquí presentes conociera lo que he hecho como director, ni como autor, ni como nada, y que ciegamente, sólo por amistad, hubieran decidido festejarme. Por eso dije, al principio, que creía merecer este homenaje. Ya habrán oído ustedes decir eso de “amor con amor se paga”. Y como yo me tengo por buen amigo de mis amigos, y no me olvido nunca de mis paisanos, ni de la tierra en que nací, y en pocos lugares me encuentro tan a gusto como en este acogedor hogar de la amistad, considero lo más natural del mundo que se me pague en la misma moneda.”

Sonaron ovaciones, y no es tópico. Sonaron ovaciones fuera de serie.

13-12-60.

10

## CARMEN LAFORET HA COMENZADO A CONTAR SU VIDA

Con un fuerte catarro—la sazónada fruta del tiempo, a la que le sobran, contumaces, aguas mil y sutiles aires serranos—, el cronista le tomó miedo a la mañana en el Retiro. No acudió, pues, este año al homenaje que la colonia isleña en la Villa rinde a don Benito Pérez Galdós en el aniversario de su muerte, de la que ayer se cumplieron cuarenta y un años. El lector tendrá ya ahí la glosa que Rodríguez Batllori dedicó a la figura del hombre bueno y del gigante novelista honrado, como también el estudio de la obra galdosiana que ante el monumento hiciera Vicente Marrero Suárez. Dedicaremos así esta crónica a otra sonada cosa, que afecta muy en lo vivo nuestra sensibilidad insular.

Carmen Laforet le ha empezado a contar su vida a Marino Gómez-Santos. Mejor dicho, él ha empezado a contar la vida de esta otra gran figura de las letras, tan ligada a la tierra gran-canaria. Marino Gómez-Santos, un buen periodista de la plantilla de *Pueblo*, ha hablado largamente con ella y luego ha montado estas confidencias de la novelista. Todas no, claro. Ya se lo dijo Carmen: “De otras cosas mías, de mis contactos con la

vida de las personas mayores o con chicos y chicas de mi edad que me causaron impresión, de las gentes que me empezaron a interesar en el alma, no te hablaré, pues esto pertenece a una intimidad que es únicamente mía." Destacaremos de la larga entrevista cosas que nos atañen.

Situemos primeramente, como dato entre orientador y curioso, la fecha de llegada de Carmen Laforet a la Gran Canaria. Ella había nacido en Barcelona, en la casa de sus abuelos paternos, el 6 de septiembre de 1921, y en agosto de 1923 llega a Las Palmas. Su padre, arquitecto, había pedido plaza allí para la Escuela de Artes y Oficios. Antes de que la escritora hable de la ciudad donde transcurrió su infancia y se modeló su "sensibilidad", Gómez-Santos dice de su cosecha: "¡Las Palmas! Para Carmen Laforet éste es un nombre que está lleno de recuerdos entrañables." Ella le dijo:

"—Las Palmas es una ciudad luminosa. Todos mis recuerdos de Canarias están envueltos en esta luminosidad. El mar siempre está en mi vida desde entonces. En las épocas malas, en las de mis escasas enfermedades, por ejemplo, he soñado con el mar, y su recuerdo me ha vigorizado. He sabido nadar, tirándome desde los hombros de mi padre, casi desde que supe andar, y esto no es ningún orgullo, pues jamás he tenido buen estilo, pero sí algo importante en mi vida: una fuente de gozo, una compenetración con aquel elemento medio fundido en el sol que rodea mi vida en Gran Canaria."

Recuerda Carmen cosas curiosas de su niñez en Las Palmas. A la pregunta de qué debía preferentemente a su padre, ella contestó:

"—De todo lo que le debo, lo que más ha influido en mí es el gusto por la Naturaleza y la vida. Mientras mi madre vivió, los gustos de mi padre dominaban en todas nuestras horas. A veces esto me causaba un fastidio inmenso. El hacía que todos los habitantes de la casa nos levantáramos a los sonos de la marcha militar que ponía en la gramola, e inmediatamente mis hermanos, Eduardo y Juan, corríamos por el jardín detrás de su figura para hacer gimnasia. Los chicos subían al trapecio como monos; yo remoloneaba furiosa, sintiéndome en ridículo, gruñendo antes de la ducha fría. Cuando años después mi padre dejó de poner en la gramola *Los voluntarios*, y nosotros nos levantábamos según nuestro gusto o nuestros deberes, descubrí que madrugar es un placer de dioses. Siempre fui la primera en hacerlo, y aún hoy día es raro que yo no salga a la calle al amanecer para dar un paseo por las calles, brumosas de invierno de la ciudad."

Señala Marino Gómez-Santos que la niñez de la escritora está invadida del gusto por el mar y las larguísimas excursiones por

los riscos de la isla que su padre les imponía a ella y a sus hermanos. Ella recuerda luego su vivienda en la ciudad:

“—Vivíamos en una casa grande en Las Palmas. Mi madre—de la que antes dice: “Era toledana, una muchacha muy menuda y con mucho encanto, que se casó a los dieciocho años”—tenía un día de “recibo” en el salón. Aquel día la casa se llenaba de “señoras” y “caballeros” que charlaban y reían. Escondida detrás de una puerta (que por la parte del salón estaba cubierta por un tapiz) yo oía, emocionada y asombrada, las alabanzas que mi madre dedicaba a mis trabajos escolares, y me enteré que, según mi familia, y los complacientes amigos de mi familia, yo era una niña inteligente y que escribía cosas llenas de gracia.”

Después hace una alusión a su casa de Tafira:

“—En la casa de Las Palmas—antes de trasladarnos al chalé del campo—, los niños teníamos en la azotea, allí donde subíamos al compás de la música de *Los voluntarios* por las mañanas, antes del traslado a la casa con jardín. Los domingos nos solían llevar a un cine—el más destartado de la ciudad—que se llamaba Pabellón Recreativo. Veíamos películas de americanos y de indios con nuestras niñeras y sus novios, que nos convidaban a caramelos. Estos caramelos y estos novios de las niñeras eran uno de los misterios más magníficos de nuestra infancia.”

En esta primera parte de su bello relato figura también este lírico recuerdo, que de seguro emocionará a la canaria de ese jardín con ese banco de hierro que Carmen recuerda así:

“—Yo iba entonces a un colegio de monjas (las madres Teresianas), y por las tardes, a veces, a la salida del colegio me quedaba a jugar en casa de una amiga que tenía un gran jardín lleno de árboles del amor, con sus flores rosas o azules, y una enorme enredadera añosa donde se acostaban los pájaros en el largo atardecer, cuando nos sentábamos los niños, cansados de jugar, en un banco de hierro, bajo aquella enredadera. En aquel banco de hierro del jardín, con mi merienda en la mano, creo que he sentido por primera vez una impresión de poesía, de melancolía y ensueño, entre los gritos de los pájaros y el cielo de la tarde sobre los árboles. Estas son impresiones todas de antes de los ocho años.”

Hay un recuerdo para Juan Laforet, el médico excelente y simpático, que posee un cartel en la puerta de su despacho diciendo: “Volveré dentro de media hora.” Cuenta la novelista:

“—Pocos meses después de llegar a Canarias nació mi hermano Eduardo, y algún tiempo más tarde, Juan. Este es el único de los hermanos que vive en Las Palmas, después de hacer su doctorado de Medicina. Está casado allí y es canario por los cuatro costados. Hay otra familia Laforet en Las Palmas, la de mi

tío Mariano, hermano de mi padre, que se afincó allí algún tiempo después de nosotros.”

20-12-60

11

HOMENAJE INTIMO A DON MATIAS VEGA GUERRA  
EN EL HOGAR CANARIO

Desde que don Matías Vega Guerra fue exaltado al Gobierno Civil de Barcelona tuvo el Hogar Canario en Madrid el propósito de agasjarle. Quería nuestra casa regional honrarle por su nombramiento y agradecerle de un modo directo y vivo su amistad para con el Centro, cuyo sentido y alcance no escaparon a su perspicacia política y a su acendrado amor a la tierra natal. El Hogar tuvo en don Matías a un fiel amigo, entendiendo por tal el que tiende la mano en la hora de la tribulación y el que aconseja el camino en medio de la encrucijada. El cronista sabe bien de su ilusión por imprimir a la llamada “octava isla” un nervio para su eficacia y un estilo para su conducta, entendiendo hasta esta avanzadilla canaria las dos maneras que fueron caracterizando su personalidad y su acción a lo largo de tantos años al servicio apasionado de su isla.

No hubo ocasión entonces de satisfacer el homenaje, que fue diferido a propuesta del propio gobernador de Barcelona y también condicionado a que tuviera carácter íntimo. Ahora ha llegado la oportunidad. La directiva del Hogar, a excepción de su presidente, el marqués de la Florida, que se encuentra ahí, y un pequeño grupo de amigos y admiradores del gran político isleño, se acaban de reunir con don Matías en un almuerzo de mucha significación cordial. Por cierto que el agasajado hizo un auténtico sacrificio para asistir. El día anterior, cuando caminaba por la madrileña carrera de San Jerónimo, perdió el equilibrio en un bordillo defectuoso de la acera. Se torció un pie, sin más alcance, según se comprobó radiográficamente. Acudió al Centro visiblemente afectado por el accidente, pero animoso.

Con los directivos se sentaron a la mesa Claudio de la Torre, el ex subsecretario de Información y Turismo don Manuel Cerviá, los arquitectos señor Nácher y don Pelayo López, el escritor Vicente Marrero, el bibliotecario del Ministerio de Asuntos Exteriores, don Miguel Santiago, el representante del Cabildo insular de Gran Canaria en Madrid, don José Betancor, y del de Tenerife, don Francisco Aguilar, don Agustín Correa, don Juan

Coello, el torero isleño José Mata, que quiso agradecerle personalmente su interés por él en relación con corridas en la plaza de Barcelona, y otras conocidas personas de la colonia en Madrid. Paco Rodríguez Batllori, secretario del Centro, leyó unas expresivas adhesiones, entre las que recordamos la de don Blas Pérez, don Manuel Chacón, director general de Política Exterior, y el almirante Tomaseti.

Al cordial ofrecimiento del banquete, del que se señaló su humildad, pero también su devoción, contestó don Matías Vega con unas breves y magníficas palabras:

“Los que me conocen—dijo en síntesis—saben bien que nada hay para mí como nuestras islas, a las que yo abrazaría estrechamente alrededor del Teide. Es por esto que me complace mucho estar aquí con ustedes, un grupo de amigos entrañables. Por esto he venido, pese a no encontrarme en condiciones, a causa de este accidente que conocen. Agradezco mucho la intimidad de este acto. No me han gustado nunca los homenajes y menos los multitudinarios, pero me agradan estas celebraciones de limitado ámbito, en las cuales pueden removerse la amistad y el afecto.

“El Gobierno ha querido que saliera de una isla y que fuera a Barcelona. El hecho de que por ese puesto de mando de la capital catalana hayan pasado antes dos gobernadores canarios, el inolvidable don Luis Antúnez, que tan grata memoria dejó en la provincia, y el no menos admirable don Leopoldo Matos, al que la brevedad de su mandato no permitió dejar la huella del anterior, me obligará también a dejar en el lugar más alto la memoria de ambos ilustres políticos insulares. Desde ese otro puesto serviré a los que son mis amigos y a las islas mejor que antes. Allí haré por ellas patria, de las que están muy necesitadas y haré patria por España, que también precisa de servicios.”

Don Matías Vega Guerra terminó sus breves palabras de agradecimiento ofreciéndose al Hogar Canario y a sus socios para cuanto necesitaran y tuviera en su mano en el Gobierno Civil de Barcelona.

Fue éste un agasajo magnífico por la sencillez, hondamente marcado por un auténtico clima cordial, y en el que jugaron papeles decisivos el respeto, la admiración y el afecto por uno de los más preclaros hombres buenos de todos los tiempos.

## ALEMANIA, NUEVO ELDORADO PARA LOS EMIGRANTES

Siempre será cierto aquello de que cada cual habla de la feria según le va en ella. Los emigrantes isleños de Venezuela, a los que más o menos les han florecido las piedras, dicen villas y castillos, claro, lo mismo de las ciudades que de la tierra adentro. Pero—también, naturalmente—respiran de otro modo aquellos a los que el brisón les sopló en proa. Hay, pues, los oportunos, que llegaron a tiempo y cuajaron, y que hoy pueden llenarse la boca diciendo en canario: “Me estoy ‘empajando’”, y hay los que retornaron al cabo de írseles en lágrimas lo que no se les fue en suspiros. Estos, si acaso se llenan la boca con algo será con un rezongue así: “Aquí no hay más chinches que la manta llena.”

Sin olvidar tal relatividad puede sospecharse que por aquel “trasmarino” ni los asuntos ni las perspectivas se plantean ya risueños y prometedores. Todo puede saturarse, incluso el más ancho y virginal campo sudamericano. Es posible que el éxodo en avalancha explique parte de la negativa situación actual. La otra razón pudiera hallarse en una postura dijéramos más “civilizada”—más blanda—del actual emigrante. Tal vez se ha perdido para siempre, salvo raras excepciones, aquella entre gallarda y mansa disposición del aventurero isleño que “pasaba el charco” rumbo a Eldorado de entonces—Cubita la Bella—dispuesto a “pegarle” a lo que cuadrara, la urbe o la manigua, sin esas replegadas distinciones de ahora. El mayor núcleo de emigrantes lo daba el campo. Nuestros sosegados, pero resueltos y tenaces mauros, se entregaban a la tierra “en forma” y con amor, sin extrañarla, ya bien batidos de la suya, que era encampanada, bronca y costosa, y, sin embargo, querida fielmente. Los campesinos canarios llegaron a cobrar fama de ser los mejores trabajadores de las tierras nuevas de América. Esto lo sabemos todos, pero siempre da gusto recordarlo.

Habla el corresponsal con cierto desencanto de las presentes posibilidades de Venezuela a base de algunas cartas que de allá le llegaron, de conversaciones también con gentes que volvían con los ojos tristes y los brazos caídos y de las públicas noticias de prensa, que demasiado frecuentemente vienen diciendo de contrastes y oposiciones vivas, apoyados por bombas y huelgas, protestas y alzamientos. No está, pues, el horno para bollos. Aparecen en crisis, no ya sólo el trabajo, sino el clima de serenidad y de certeza que el emigrante necesita para que le maduren su

sudor y su esperanza. Cuba, con Fidel removiendo y ensayando extremadas políticas, ya no sirve para probar fortuna. La verdad es que estaba agotada bastante antes de los inquietos barbudos que ahora la mantienen en experimento y en vilo.

¿Hacia dónde se volverá un pueblo como el isleño, de vieja y fuerte tradición migratoria? Ocurre que se han abierto caminos nuevos, donde los inquietos, los ambiciosos, los inadaptados, encuentran ahora algo más que espejismo o leyendas: Canadá, Australia y Alemania son al presente las tierras más prometedoras del mundo para cualquier hombre resuelto y que quiera jugar su envite con tres, caballo y perica.

La mágica República Federal creada por el genio germano es el más inmediato y atractivo campo de aventura, aunque parezca más limitado por condiciones de especialización. Allí necesitan, según cifras oficiales, un total de 500.000 trabajadores extranjeros, déficit que Alemania se propone cubrir este año, saltando a tal cifra desde los 326.000 de 1960. Al parecer, la representación española, que sigue inmediatamente a la italiana, alcanza ya los 25.000 hombres. De éstos sólo 8.000 llegaron con arreglo al acuerdo hispano-alemán de contratación de mano de obra, es decir, con sus viajes pagados y contrato de trabajo en mano. Los demás se lanzaron a salga lo que saliere y a muchos de éstos se les dio bien el arrojo.

Parece que Alemania reclama con preferencia obreros industriales, especialistas, pero el corresponsal sabe incluso de mujeres aldeanas, procedentes de humildes pueblecitos castellanos, gallegos o andaluces, semianalfabetas o analfabetas del todo, que saltaron desde sus lugares o desde el servicio doméstico en Madrid a fábricas de la pujante República. Ellas están ganando ahora altos jornales, sumergidas, de paso, en un clima social que algo enmendará tristes resabios nacionales, y—¿por qué no decirlo?—encantadas también con los gallardos y rubios y graves germanos. Como casi todas son mozas y tienen el pelo negro y los ojos intensos de las meridionales, bastantes se casarán. Con ello, en cierto modo y burla, burlando, se producirá aquel remedio que para determinados fallos de la raza preconizaba Ortega y Gasset: un cruce con nórdicos... También ha ido mucho hombre soltero y moreno, color que a bastantes alemanas encandila o pone nerviosillas. Si se produjera una concurrencia de éstas, el tiro de los marcos fuertes mataría otro no chico pájaro.

El problema del alojamiento de esta avalancha, que ha tenido momentos de crisis, en algún momento agudas, hasta provocar incidentes y la propia intervención del Gobierno federal, es de presumir que lo resolverá Alemania como jugando. No hay dificultades para ese pueblo que se levanta temprano y que quita

escombros con el mismo fervor que escucha un concierto de Wagner. El avance sobre la solución de los acomodos está alcanzando hasta algo así como mimos. Se informa de cierta empresa que ha puesto a disposición de sus 400 obreros españoles una biblioteca y una discoteca, naturalmente a tono con su idioma y con sus tendencias dijéramos folklóricas. El importante asunto "alimentación" ha sido también objeto de excepcionales detalles: los directores de la fábrica han contratado los servicios de un cocinero valenciano e importan para la colonia española aceite de oliva.

No puede preverse lo que ocurrirá en un futuro más o menos inmediato. En altas esferas alemanas, estos movimientos de población obrera inmigrante tienen enemigos. El propio genio de la recuperación, el vicescanciller Erhard, ha sostenido la tesis de que era mejor para la economía de su país exportar capitales a naciones subdesarrolladas, que absorber masas de trabajadores extranjeros. Si esta teoría, preconizada por un hombre del peso político del doctor Erhard, prevaleciera, todo este óptimo escape desaparecería. Mas mientras las cosas siguen el curso actual, Alemania sigue ofreciendo a los trabajadores españoles unas ricas posibilidades, de seguro más ciertas y efectivas que los Eldorados sudamericanos, sobresaturados ya, y encima tan inciertas como las tierras de subsuelo no asentado, donde aún palpitan viejos fuegos y que retiemblan de vez en vez y cuando menos se piensa.

## 13

## EL FABULOSO NEGOCIO DEL TURISMO MALLORQUIN

Aparentemente, nada tiene que ver Néstor, nuestro gran artista perdido, con la sequía que puso en tal mal trance los campos de la isla a lo largo del invierno pasado, y que, según nos dijeron isleños en tránsito, hasta obligó a los vecinos a lavarse con agua agria, resucitada, tal vez, la antigua manopla de aseo, aquel inefable método de lavarse a usanza de gatos. Aparentemente, porque Néstor y esos implacables solajeros, Néstor y esa temperie "de lujo", Néstor y la especie de límpido fanal bajo el que se serena y se hace miel dorada la breve geografía gran-canaria, tienen una vital y viva relación.

Entonces, cuando llegó el eco de la angustia labradora y casera, pareció al cronista que volvía a sonar sobre todo el agónico campo de la isla la palabra enamorada y servicial del pintor. Repetía él en vida, con una anhelante creencia en las virtudes

de la gota de agua, con su voz lenta, pastosa y cordial, su apasionada revelación: ésta es una tierra tocada por el dedo de la gracia, pero para un destino distinto del que le han impuesto los hombres que la habitan, éste es un refugio imponderable de nórdicos, de cansados y vencidos, de amantes del sol y del mar, esto es de lo más piripintado del mundo para la gente en potencia de extraerle a la vida parte de sus esencias más gratas; éste es, en fin, un lugar donde el oro, el carbón, el petróleo, están sustituidos por la radiante medida del sol, por cumbres de tiempo contenido, transparentes y calladas, y por largos y dorados veriles de arena.

Néstor murió con su obra de atracción inacabada. Sabía mejor que nadie que los dones no se podían brindar en bruto. Empezó a montar la escenografía precisa, de tanta calidad—¡cómo no!—, a sacar del olvido las viejas canciones y las antiguas danzas, a decir machaconamente: “Esta es la esperanza y la certeza. Lo otro—los frutos considerados medulares—es contingente. Muchos azares, muchas poderosas luchas, pueden desplazarlo. Acordaos de la cochinilla, de su cimera y gloriosa circunstancia, de su tremenda caída en barrena.” Después han rodado los años por encima de su memoria y de nuestra tierra. Mas, a semejanza de Santa Bárbara, tenemos que acordarnos de él siquiera cuando el trueno de la sequía retiembla sobre los montes, las medianías y las costas insulares. Y también cuando la competencia, que anda agazapada por algún rincón más o menos sospechado, saca su garra, una garra cada día más acerada y artera.

Hay algo, amigos, cierto y firme como el asomar y el trasponer de las estrellas nuestras playas, tan generosas que no precisan industria, como las del mágico y admirable Puerto de la Cruz, y ese clima de “habanera”, con céfiros y “luz no usada”, así como la que, según fray Luis, se ponía en los cielos al sonar la extremada música del maestro Salinas. De tal blanda tempe-rie nos decía una vez María Fernanda Ladrón de Guevara: “¿Usted sabe lo que significa que yo me pudiera sentar a cuerpo en una terraza de Las Palmas la noche de Navidad, y brindar allí, ¡sin abrigo y sin estufas!, porque fuéramos todos un poco más felices...?” Jamás se dirá bastante al oído de nuestra tierra que quien no ha padecido las brumas de Londres, los fríos implacables de París, que pueden hacer inhóspita la ciudad incluso en verano, los sutiles aires del Guadarrama, contra cuya cruda seranía se recuesta Madrid, no sabrá nunca ponderar suficientemente lo que de modo tan pródigo tiene ahí derramado por el cielo y por el suelo.

Uno advierte de pronto esto con más fuerza que de ordinario cuando sabe de otros lugares españoles peor dotados, pero cuya

tenaz e inteligente explotación está rindiendo auténticas fortunas. El secreto es secreto a cencerros destapados. La levantina playa de Benidorm lo pregona a todo el país como el pescado en los pueblos: a son de caracolas. Sitges, en la costa catalana, lo había voceado bastante antes. Ninguno de estos rincones le llega a los nuestros a la suela del zapato.

Pero el más alto ejemplo nacional de decantación, organización y rendimiento, lo da Palma de Mallorca. He aquí una cifra impresionante: el turismo dejó en la isla, el pasado año de 1959, la impresionante suma de *mil millones de pesetas*... A usted, paisano rico, que invierte capitales en caseras y precarias industrias, o en la aventura de un pozo a través de una tierra cada día más exhausta, ¿qué le parece esta cifra...? Estoy escuchando la réplica: "Esto está lejos, amigo mío. ¿Y para qué nos preparamos a recibir turistas si luego los medios de hacerlos llegar a nuestras orillas son irremediablemente escasísimos?"

Eso de que la isla está lejos, vamos a dejarlo. Ya no hay en el mundo nada lejos. Y hasta ni nada cerca. Aquí mismo, en Madrid, si usted quiere trasladarse por los medios populares desde un lugar a otro, distante del de partida como está ahí la plaza de Santa Ana de la playa de las Alcaravaneras, usted puede invertir en ese viaje casi una hora... El mundo actual ha liquidado el concepto lejanía. Ahora es ciertamente un pañuelo, con sus cuatro esquinas tan a mano como en el juego infantil del mismo nombre. Al turista le interesa saber que hay un sitio junto al mar donde puede ser feliz, o "empelecharse" si lo ha arruinado el trajín de su vida. Donde caiga ese sitio, le preocupa poco. O ni poco ni mucho.

Es otro cantar el de las comunicaciones. Aquí ya hay que guardar cierto respeto a la réplica. Mas, no volviéndole la espalda al problema, sino caminando hacia él como los toreros que citan de lejos. Volvamos al caso de Mallorca. La isla mediterránea se puso a considerar, ya desde finales del invierno pasado, la conveniencia de redondear su típico negocio con la atracción en grande de un turismo de invierno. Una comisión provincial, convocada por el Fomento del Turismo, venía estudiando un programa de atractivos actos con vistas a la estación fría de 1960. Se hizo público desde marzo que los acuerdos tomados eran importantes, los proyectos sugestivos y considerable el volumen de dinero que habría de invertirse en propaganda y en la realización de lo programado.

Comentando esta actividad, un cronista mallorquín informaba hace poco que como hasta ahora la capacidad de transporte marítimo está en la proporción de uno a dos con relación al transporte aéreo, por acuerdo de la Junta Provincial de Turismo, que

preside el gobernador civil don Plácido Alvarez-Buylla (¿no fue también gobernador nuestro?), una comisión provincial se desplazaría a Madrid para solicitar la intensificación y mejora de los medios de transporte marítimo, puesto que el problema, con relación a los transportes aéreos, ya ha sido resuelto por el general jefe de la zona aérea, al trasladar el aeropuerto civil a la base de Son San Juan. Añadía la información que al tiempo la Cámara de Comercio y Navegación de Barcelona había anunciado su propósito de realizar gestiones para que se incrementen notablemente los medios de transporte y comunicación entre Barcelona y Palma de Mallorca durante los meses de este verano.

Lo estupendo de todo esto es que se promueve en pleno impresionante auge del tráfico. Ojo, paisano, a esas cifras: durante 1959 sólo el movimiento de entrada de aviones en el aeropuerto de San Juan fue de *ocho mil cuatrocientos cuarenta y nueve*. Esto da un promedio de *veintitrés aparatos diarios*. Aparte, claro está, las salidas.

El número de visitantes de Mallorca en ese mismo año, y que dejaron allí, como se ha dicho, 1.000 millones de pesetas, se elevó la cifra de 562.234. Por vía aérea llegaron 368.914. Los demás cruzaron la mar. A base de barcos, naturalmente. Que a esas islas no bajan, ¡ay!... Sigamos con las cifras, que ellas cantan como ninguna otra cosa. Durante el primer trimestre de este año que va corriendo, una sola entidad bancaria mallorquina ha convertido divisas por valor de 70 millones de pesetas. Se calcula que las operaciones totales sobrepasaron los 200 millones. Una cifra comparativa de idea del salto. En el primer trimestre del 59 el mismo banco citado convirtió tan sólo unos tres millones de pesetas.

Pienso que luego de mantener viva la memoria del clarividente Néstor conviene practicar lo que de viejo recomienda por Castilla a los grandes a cuenta de los chicos: "El niño que no llora, no mama." Si alguien cree que a Mallorca le han dado lo que tiene a manera de "papa dulce" está bien equivocado. Lloraron lo suyo, como lloraron en Badajoz para que les dieran su Plan, tan prometedo. Y es bueno considerar que siguen llorando.

13-5-60.

V

COMEDIAS

1

TRES LUNAS ROJAS

*Suceso de tierras del sur de Gran Canaria*





*Una habitación amplia de una antigua y rica casa rural. Las paredes son blanquísimas, y el techo luce oscuro, con su simple artesonado de rajas. En el testero del fondo se abre sobre el campo una ventana de ancha luz. Los muebles son antiguos y bellos: butacas y sillas de rejilla y madera doradas. Entre otros hay, junto al ventanal, una consola con dos candelabros de hierro negro y un candelón amarillo de los de cuatro torcidas.*

*Están en la estancia doña María de las Nieves, el ama, y Bernarda, una sirvienta colonial. La señora, joven y hermosa doncella, tiene un aire sofrenado de demencia. Hasta en la quietud es una mujer tensa, viva y estremecida.*

*La mulata es todavía joven, pero gastada. Conserva un hechizo de raza en algunos rasgos, particularmente en la mirada y en la sonrisa, para la que apenas tiene oportunidad.*

*Doña María, sentada en una mecedora, en sesgo ante la ventana, lee embebida, Bernarda, en el suelo, sobre una estera de palma rubia, duerme un niño con la tonada del amor insular.*

*Es la última hora de la tarde y fuera se enrojecen, se doran y se apizarran la luz, las piedras y las tierras del campo que se ven por el ventanal, hasta alcanzar el oscuro hacia el final de este acto.*

## CANTO DE ARRULLO PARA LA ESCENA INICIAL

(La letra y la música son originales del escritor canario NÉSTOR ALAMO)

*Cómo duerme mi niño,  
¡ay, cómo duerme!,  
con sus deditos blancos,*

que se los muerde.  
Y dos claveles  
de mi sangre revientan  
entre sus nieves.  
Cómo duerme mi niño,  
¡ay, cómo duerme!

DOÑA MARÍA.—¿Se durmió, Bernarda?

BERNARDA.—Sí, señora.

DOÑA MARÍA.—¿Qué pronto es tarde! (*Deja el libro y viene, hincándose al pie de la sirvienta.*)

BERNARDA.—Igual que siempre. Son sus libros, que la embelesan hasta hacerle perder la cuenta del tiempo.

DOÑA MARÍA. (*Descubre un poco el rostro del pequeño y lo acaricia en el aire.*)—¡Hijo!

BERNARDA.—Voy a dejarlo en la cuna.

DOÑA MARÍA.—Espera. (*Destapa un poco más la cabeza del niño.*)  
¡Galán! ¿Me perdonas que embebida...? (*Turbada de pronto.*)  
No lo puedo remediar. Me estremece verlo así, con ese parecer de muerto.

BERNARDA.—¡Pero qué cosas dice! Cuando está dormido, está dormido, y nada más.

DOÑA MARÍA.—Sí, dormido y nada más, gracias a Dios. Pero como no ha tenido salud estos días, verlo así... (*Mirando al hijo, suspenso.*) ¡Qué tremendo parecido! Igual de serios y de blancos se me quedaron los otros.

BERNARDA.—Pero éste está caliente de la salud que lo llena. Meta la mano y le sentirá el corazón. Como una almendrita, pero fuerte.

DOÑA MARÍA.—Sí, mujer, sí; pero...

BERNARDA.—Sin peros que valgan. ¿A qué sacar otra vez lo de los otros? Con éste no ha de pasar. Se va criando como un baifillo granado. ¡Mire qué primor de carnes! Serás una paloma real, ¿verdad, patroncito? Y no habrá viento que te tumbé ni mujer que no tiemble debajo de tus ojos.

DOÑA MARÍA.—¿Verdad que sí, Bernarda? Pero necesito verlo criado y duro para que afloje este miedo, que hasta me saca ramos de loca a la cabeza. Si fuera posible, no lo dejaría dormir. ¡Siempre despierto! Y yo viéndole la vida, a cada instante, pasar como una agua por sus ojos.

BERNARDA.—¡Tales locuras! Deje de una vez esas ideas, que le aflojan la cabeza y le amalezan el pecho. ¿Por qué no repara que lo está criando con su leche?

DOÑA MARÍA.—¡Ay, Bernarda, si supieras con qué claridad me doy

cuenta que no debo envenenar mi pecho con agonías y sustos! Pero no lo puedo remediar.

BERNARDA.—Cualquiera pensaría que no lo quiere usted como es de ley.

DOÑA MARÍA.—¡Y como es de ley! Lo que sé es que no lo quiero, que no lo puedo querer como quieren a los suyos las otras madres, tranquilas y aturdidas hasta cuando se les encandilan de fiebre. Lo quiero con una calentura que me sube a los pulsos desde no sé dónde. Y de otra manera también: como una avara sin dinero. Me hace falta, ¿entiendes? Me hace falta para que me quite de aquí dentro un odio que llevo, para que me ablande los puños, que a veces se me ponen duros como los de un hombre.

BERNARDA.—¡Jesús!

DOÑA MARÍA.—Por tiempos ¡tengo un miedo, Bernarda! ¿Verdad que me lo has visto en los ojos? A veces me imagino que estoy loca, como aquella recién casada de los altos que perdió el marido en un barreno de la carretera. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cómo lo llamaba, ronca y toda rota por las zarzas, creyendo que solamente estaba perdido?

BERNARDA.—Era otra pena la suya, grande y cierta. Usted se la inventa, como si le gustara estar amarga.

DOÑA MARÍA. (*Fuerte.*)—¿Por qué me hablas así? (*La mulata huye sus ojos sumisos. El ama vuelve a hablar con dolorosa ternura.*) Llevo la pena dentro quizá desde que nací. Y de pronto me salta y me llena. Entonces, si me miro en un espejo, veo mis ojos igual que los de la viuda del barrenero.

BERNARDA.—Andaba usted últimamente calmada y ahora vuelve a las visiones. ¿Por qué no se ayuda? (*Por el hijo.*) Y si es él quien la saca, ¿no lo ve saliendo tan agarrado?

DOÑA MARÍA.—Los que se murieron empezaron igual que éste, hasta que un día...

BERNARDA.—Siquiera por él, póngase a vivir. Las cosas pasan y vienen otras.

DOÑA MARÍA.—Así es. ¿Pero cómo vendrán? Ahora mismo, ya ves, hay otra luna en puerta. (*Vuelve el rostro con terror sobre la ventana.*) ¡Y ésta...!

BERNARDA.—¡Calle! Va a despertármelo. (*La madre se cubre rostro, pesarosa. Y la mulata vuelve a acunar al niño. Am! acaban entonando a boca serrada el arrullo.*)

DOÑA MARÍA.—Ve y acuéstalo.

*La sirvienta sale. Doña María de las Nieves va a la ventana, estándose allí inmóvil hasta que Bernarda retorna.*

*Como ha oscurecido, la mulata vuelve con una palmatoria encendida, que deja sobre la mesa, junto a la ventana. Toma del plato del velón un pabito y enciende sus cuatro torcidas. Por último coge de nuevo la palmatoria y emprende la salida.*

DOÑA MARÍA. (*Con ánimo de retenerla.*)—¿Lo dejaste dormido?

BERNARDA.—Sí, señora. (*Intenta marchar de nuevo.*)

DOÑA MARÍA.—¿Bernarda!

BERNARDA.—¿Señora?

DOÑA MARÍA.—¿Qué iba a decirte...?

*En esto llega sonido de horas de un reloj lejano. Son siete campanadas. Las dos mujeres oyen y cuentan en silencio, con una misma atención y un mismo pensamiento.*

DOÑA MARÍA.—Dan las siete en el pueblo. ¿No era a estas horas cuando había de venir el Santero de Ayagaure?

BERNARDA.—A las siete, sí, señora. Para encontrarlo salía yo.

DOÑA MARÍA.—Casi lo había olvidado después de apetecerlo tanto.

BERNARDA.—Con su permiso voy por él.

DOÑA MARÍA.—Escucha. (*Viene al centro, cavilosa, y se sienta.*)  
¿El Santero! ¿Crees tu en él, Bernarda?

BERNARDA.—Como en Dios y en Santa María.

DOÑA MARÍA. (*Volviéndose con sorpresa y anhelo.*)—¿Por qué tienes esa fe?

BERNARDA.—Allá, en mi tierra, había blancos y negros que tenían parte con Dios. Con sus rezos y sus hierbas del campo les vi hacer cosas que me pararon la sangre... De éste no he visto nada, todavía. Pero gentes que sí han visto y dicen verdad, aseguran que personas que estaban tullidas se han levantado y caminan y otras que estaban locas van y vienen ahora, sueltas y tranquilas. Hasta la misma raya del mar, todo el mundo habla de él como se podría hablar de un santo.

DOÑA MARÍA.—¿Si pudiera con esto mío!

BERNARDA.—¿Por qué no va a poder?

DOÑA MARÍA.—Es que lo que quiero tiene en contra la misma muerte...

BERNARDA.—Quizá no sea tanto. De cualquier manera, han dicho que a la misma muerte le ha ganado pleitos.

*Rosa, una mujer joven; pero seca, amarilla y cansada, que sirve en la labranza de la casa, aparece en la puerta.*

ROSA.—Señora doña María, está en los portales Juan de los Angeles, el santero de Ayagaure. Le di caridad, pero dijo que no era eso lo que le traía. Dijo que usted lo mandó llamar.

DOÑA MARÍA. (*Inquieta.*)—Sí... Dile que suba... ¡Espera! Bernarda, estás segura que no le hallará aquí don Alonso?

BERNARDA.—Su marido salía al sol puesto de los Secanos, señora. No estará aquí hasta dos horas después de oscuro.

DOÑA MARÍA.—¿Y nadie que se lo diga lo verá entrar, o salir después al camino?

BERNARDA.—Así lo creo. Le avisé para estas horas porque llegara y se fuera sin ser notado.

DOÑA MARÍA. (*Con intención.*)—¿Entiendes, Rosa...? ¡No ha estado aquí el santero! Dile que venga. (*Rosa sale. Bernarda va a seguirla.*) ¡Bernarda!, ¿por qué te obstinas en salir?

BERNARDA.—Yo quería traerlo hasta aquí...

DOÑA MARÍA.—Déjalo. Vendrá con Rosa.

BERNARDA.—Sí, señora.

*Bernarda se mantiene en su sitio, con la lumbre en la mano, mirando al ama silenciosamente. Hay una pausa, durante la cual, doña María de las Nieves, inquieta, da algunos pasos inciertos por la estancia. Luego se para ante la ventana.*

DOÑA MARÍA. (*Mira a lo alto, un instante callada.*)—Dentro de poco hará la luna su salida... Sólo quedan ésta y otra... (*Volviéndose a Bernarda, entre aterrada y amenazante.*) ¡Oh, si me quitara también este hijo! Porque es ella la que me los quita...

BERNARDA.—No piense más en eso. ¿Por qué había de quitarle éste también?

DOÑA MARÍA.—¡Sí!, ¿por qué...? Cuando me paro a pensarlo se me pone la boca carnícera, como la de los perros que van al ganado... ¡Ah, si este sino que me los mata tuviera cuerpo, carne donde clavar las uñas, en vez de estar en la luz como un aire...!

BERNARDA.—No siga atormentándose, señora doña María. ¿No ve que...?

DOÑA MARÍA. (*Viniendo al centro, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza gacha y sombría.*)—Tengo una mala sospecha, Bernarda... Algo fuerte me va a ocurrir.

BERNARDA.—Visiones. Visiones de sus duelos y de su cabeza, que no anda bien dormida.

DOÑA MARÍA. (*Sentándose en primer término.*)—Puede que no pase nada, pero puede que pase... Y si pasara... Entonces no llo-

raría. ¿De dónde podría llorar ya...? Caminaría sola toda la noche hasta la costa... Cuando yo era pequeña y morían los niños de mi casa y de las otras casas, si notábamos su falta, los mayores nos decían que se habían ido por el mar a una tierra alegre de la otra banda del mundo... Si pasara lo que puede pasar, el alba me hallaría con los tres hijos entre los brazos mojados...

BERNARDA. (*Viniendo a ella.*)—Deje de una vez la cabeza quieta. Y los libros también... En lugar de estar aquí encerrada, leyendo, dándole vueltas al hijo siempre, debería salir al campo. ¡Tan bien como monta y con tan buen caballo...! Ande sus tierras y coja sol. Verá cómo le vuelve el sueño.

ROSA. (*Desde el umbral, con un farol en alto.*)—Señora, el santero de Ayagaure está aquí. (*Le da paso al santero y sale.*)

*Juan de los Angeles asoma y se para un instante en la puerta.*

*Es un viejo grande, seco, con una cabeza intensa, en la que lucen unos ojos calientes y llenos de certidumbre. Lo cubre desde los hombros un capote largo y blanco de pastor. Trae contra el pecho un santo de talla bronca y de ingenua policromía, en una mano una cañeja alta y sobre un hombro unas viejas alforjas de paño insular, por cuyos rotos asoman raíces y hierbas.*

*Su presencia suspende a las dos mujeres, que lo han mirado un tiempo calladas.*

SANTERO. (*Desde la puerta.*)—¡Que la mano grande de Dios colme de pan y de paz tu casa!

BERNARDA.—Así sea.

DOÑA MARÍA.—Entra.

SANTERO. (*Pasa y saca de sus alforjas unos ramos verdes, que va dejando por las esquinas mientras habla.*)

Palomares del risco...

Por los cerros

el pino nuevo

y el palomo primerizo.

Pasan las veredas

el hacha y el tiro.

Por el aire un retumbo,

por la tierra la queja del pino.

En el suelo,

quebrada la rama

y el palomo herido.

(*Se para unos segundos y escucha.*)

Por las lindes  
 el retumbo se metió.  
 Y en los patios  
 plantó su grito de caracol.  
 En los corredores  
 el árbol y la flor,  
 la flor es clavel  
 y el árbol, ciprés.  
 El clavel  
 tiene color de corazón.  
 Y con la luna grande  
 el árbol pone  
 la punta de su sombra en él.  
 Por los cuartos  
 hay un revuelo pardo...  
 Cruzaron las pardelas,  
 dejaron su ceniza,  
 hicieron su llanto...

*Pausa. Las tres personas se miran calladas un instante.*

BERNARDA.—Escucha a la señora.

DOÑA MARÍA.—¿Te dijo alguien por qué te llamé?

SANTERO.—Nadie me dijo nada.

DOÑA MARÍA.—¿De dónde sacas entonces esas palabras intencionadas?

SANTERO.—Yo tengo mis voces.

DOÑA MARÍA.—Pues habla.

SANTERO.—Tú debes hablar primero, mujer.

BERNARDA.—Dígale la señora lo que quiere de él.

DOÑA MARÍA.—Escucha. Tuve tres hijos en mis seis años de casada. Dos de ellos se murieron pronto, y uno queda, que duerme ahí al lado. Los parí como las mujeres de los pastores y de los timoneros, con el mismo desamparo y el mismo duelo que ellas. Y los crié con mi leche sola y con mis velorios solos hasta las mismas luces de la madrugada... Los dos primeros me duraron siete meses. Al llegar a esa edad, y siempre con la primera mengua de la luna, me los cojía y me los abrazaba una calentura imposible... Se les revolvían los ojos hasta perder el negro. Y sacudidos y yertos se iban muriendo en mis brazos... Todavía tengo su frío en las palmas de las manos y su desmayo de madejas sobre las rodillas...

SANTERO.—Y ahora tienes miedo por ese...

DOÑA MARÍA.—Sí... Cumple, con esta luna que entra, seis meses. Dentro de treinta noches...

SANTERO.—¿Por qué sospechas que también éste...?

DOÑA MARÍA.—Pues... No sabría decirlo. Tengo miedo.

SANTERO.—Eso no tiene fundamento. (*Se le acerca, le levanta el rostro y la mira.*) A tus ojos les falta, de antiguo, paz. Las mujeres como tú se inventan fácilmente los sucesos y las penas. Lo malo es que los mantienen y les dan calor... (*Se aparta.*) De cualquier modo, es bueno tener presente que todos los hijos no pasan el camino.

DOÑA MARÍA.—¿Pero uno al menos...! (*Con cierta dureza ahora.*) ¿Por qué pasan los de otras?

SANTERO.—¿Quieres saberlo?

DOÑA MARÍA.—¡Sí!

SANTERO.—Naciste blanda de antiguas holganzas, de pan que no sudaste, de lienzos caros y de colchones donde el sueño no es sueño, sino gusto.

DOÑA MARÍA.—¿Pero soy tan madre como la primera! ¡Y quiero que me viva mi hijo con más fuerza que las de todas las otras juntas! Para eso lo haré todo, haré todo lo que mandes, aunque sean locuras.

SANTERO.—Oye, antes que nada, una ley que es de gentes y de bestias. En las venas de algunas mujeres y de algunos animales pueden repuntar, al modo que en los vinos, una sangre de tan mala condición que llegaría a carcomer la misma tea.

DOÑA MARÍA.—¿Qué quieres decir?

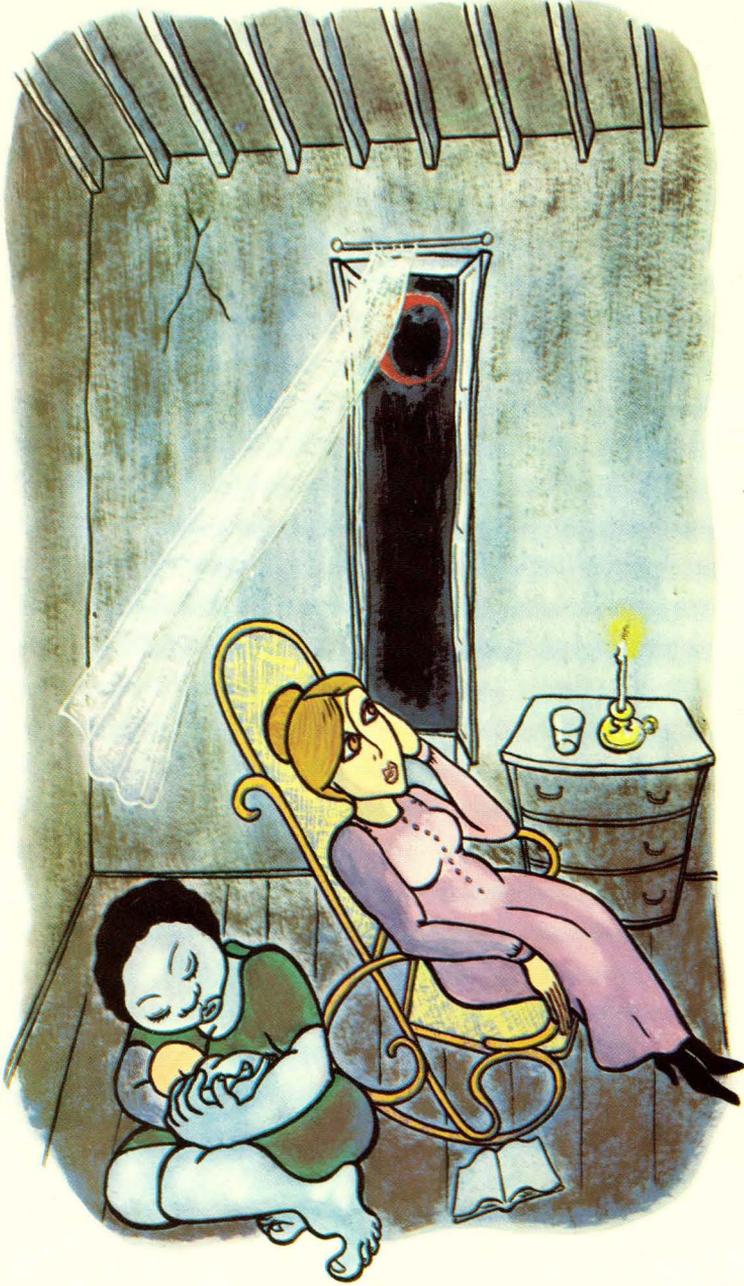
SANTERO.—Que tus hijos pueden nacer mermados por un mal que acarree tu sangre antigua y que los hace flojos hasta en el aire más liviano. Ellos comieron tu leche...

DOÑA MARÍA.—¿Pero es buena, Juan de los Angeles! ¡Lo sé!

SANTERO.—Dos se te murieron comiéndola...

DOÑA MARÍA. (*Exaltada.*)—¿La que comieron de mí, la que come éste que me vive, es limpia como las madres del agua! ¡Lo sé muy bien! Cuando al parir murió Gabriela, una hija de mis pastores, le quedó un hijo. Yo había perdido hacía poco el segundo de los míos y tenía el pecho lleno. Después de una agonía, temblando, lo traje a mi casa y lo encuné como propio. Y con miedos y fríos de muerte, de pensar que podía sacarlo, como a los otros, lo pegué una vez y otra, y lo saqué a la luz del día, debajo del sol, para verle sin engaños el color de las mejillas... Comió los días y las noches. ¡Y no sólo no se murió, sino que se puso hermoso, como no había otro en toda la raya!

SANTERO.—No reparas en que ese traía otras firmezas. Fueron otros el pan, el agua y la brisa que criaron a los suyos. Los



suyos traen en las venas cansancio y flojeras de raza vieja.  
DOÑA MARÍA. (*Con arranque.*)—¡Calla y sal de la casa!

SANTERO. (*Altivo.*)—Vine porque me llamaste y por caridad. Y tenía que decirte mis verdades de plata antes que poner la mano en esto. Pude responderte con consuelo, pero no me gusta engañar a nadie, y menos a las madres. Si no te gusta así...

DOÑA MARÍA.—¡Espera...! Será como dices... Tú sabrás mejor...  
¡Y yo quiero creer en ti. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

SANTERO.—Saca al hijo de entre estas paredes, al aire y al sol. Y déjalo que gatee sobre el campo, como los chicos de los pobres. Manda un propio a los riscos de la Tumba. Allí se cría un agua de hierro. Tiene fortaleza. Dásela a beber. Olvídate de la luna y de los que se te murieron. (*Acercándosele y acariciándole con ternura la cabeza.*) Y búscale caminos a la alegría y al sueño. Tú no tienes ni una cosa ni la otra...

DOÑA MARÍA.—No...

SANTERO.—Pues busca, que hay. Si hallas cuestras, canta. Si las zarzas te rayan las carnes, llénate la boca de sus moras y sonríe. ¡Camina siempre! El chico irá entonces detrás de ti y se pondrá duro y alto como un pino.

*Inesperadamente aparece en la puerta don Alonso. Es un hombre de talla mediana, rechupado y estrecho, de color turbio y expresión agria. Los ojos son pequeños, vivos y duros. Viene vestido con ropas de jinete.*

*Con sorpresa y con maligna alegría mira desde el umbral la escena, mientras con una vara verde que empuña se da golpes despaciosos a lo largo de una pierna.*

*Brúscamente sale al centro, gozándose allí un instante en el estupor que ha levantado su presencia.*

DON ALONSO. (*Al Santero.*)—¿Qué haces tú en la casa?

SANTERO.—Me llamó la señora y vine.

DON ALONSO.—¿Lo llamaste tú?

DOÑA MARÍA.—Sí.

DON ALONSO.—¿Para qué?

DOÑA MARÍA.—Para cosas mías.

DON ALONSO.—¿Para cosas tuyas...? ¿Pero es que hay cosas tuyas entre estas lindes?

DOÑA MARÍA.—¡Las hay! Las de mi vida, al menos, y las de la vida de mi hijo.

DON ALONSO.—¡Aquí no hay nada de nadie! ¡Todo es enteramente mío! (*Con sarcasmo*) ¡Tu hijo...! ¿Cuándo vas a prender de

una vez que lo has tenido para mí...? (Al Santero.) ¡Tú, perro, sal de aquí!

*El Santero, indeciso, mira a doña María, que ganada aún por el desconcierto no intenta nada en su favor.*

BERNARDA.—Señor, él ha venido...

DON ALONSO.—¿Quién te ha dicho que hables, negra...? (Se acerca al viejo, que ha permanecido indeciso, y le golpea a una banda y otra el rostro con la vara.) ¡Sal de una vez, viejo mañero, con tu santo, tus gajos y tus romances!

SANTERO. (Que ha aguantado sin reacción los golpes, con firmeza, pero sencillo.)—Has pegado a un viejo sin ser su amo. Has echado, como se echa a un animal, a Juan de los Angeles, el santero de Ayagaure. Juan de los Angeles no maldice ni a los perros que lo atosigan en los caminos, pero tiene sus sombras y sus guardas del cielo que te han oído y que te han visto...

DON ALONSO.—¿Quieres callar y salir de una vez...? Pero oye antes una cosa: guárdate bien de rebasar otra vez los linderos de esta heredad. Tengo cartuchos de sal y azufre para los que roban las parras. Resultarías fácilmente cogiendo racimos...

*El Santero sale, altivo y dolido.*

DOÑA MARÍA. (Fuerte, ya recuperada su firmeza.)—¡Lo insultas, le pegas, lo echas en mi presencia...! Ni yo, ni el temor de ese hombre detienen tu brutalidad.

DON ALONSO.—¿Temor...? (Riendo con insolencia.) ¿Piensas que como tú y la pobre gente de los lugares de la isla donde lo escuchan, creo en los hierbajos y en las palabras de ese viejo loco?

DOÑA MARÍA.—Creo yo y debería bastar. Además, la razón que me mandó traerlo...

DON ALONSO.—¡Deja esto ya! (A Bernarda.) Y tú, zorra, sal de aquí donde yo no te vea hasta que olvide que has sido medianera de ese desastrado... Estabas en esto y no me lo dijiste...

BERNARDA.—Callé, porque habiendo que hacerlo, usted no lo sentiría. La señora pensaba en el hijo, y yo, por él...

DON ALONSO.—Me vas perdiendo la ley y el miedo... Tendré que ir pensando en que pases la mar y te vuelvas a tus tierras... Anda, vete. ¡Vete antes que te eche también con la vara! Negra habías de ser...

*Casi de espaldas, mirando al amo con ojos espantados y sumisos, Bernarda sale. Don Alonso inicia, indiferente, la salida hacia el interior.*

DOÑA MARÍA. (*En un grito contenido.*)—¡No te vayas sin oírme...! (*El se vuelve frío y la mira con una cínica sonrisa.*) Estás colmándolo todo, metiéndote en el terreno más mío con espuelas y voces...

DON ALONSO.—Entro por donde se me antoja. ¿No lo sabes ya...? Te repito que son mías las tierras, las aguas, las bestias y las mujeres también, a todo lo ancho y desde el risco hasta donde rompe el mar. Y dentro de estas mojoneras mando yo solo.

DOÑA MARÍA.—¿Mandas...? ¡Asolas, como un viento malo!

DON ALONSO.—Así era desde que me trataste como novio.

DOÑA MARÍA.—Así eras, sí. Pero yo y los míos ya no teníamos nada, sino la sangre. Tú eras plebeyo, pero volvías cargado de oro. ¡Y me compraste en una feria! Tuve que trancar mi boca y apretarme el corazón con las dos manos para que no me ahogara...

DON ALONSO.—Nunca me lo habías dicho con palabras... Llevas un tiempo resuelta. Y no me gusta.

DOÑA MARÍA.—¡Tampoco me gusta a mí que...!

DON ALONSO.—¡Cállate ya...! (*Otra vez frío.*) Creo que si no hicieras cosas de hombre le iría mejor a tu cabeza de niña pajarera.

DOÑA MARÍA.—¿Qué cosas de hombre crees que hago?

DON ALONSO.—Leer, por ejemplo. Leer y no ser fuerte para seguir pisando sobre el suelo. En vez de andar a vueltas con los libros, con ideas y con historias de libros, deberías correr mis terrenos y ver medir mis granos y pesar los frutos, y todo lo demás que hay que hacer aquí.

DOÑA MARÍA.—¿Y era eso—¡los libros!—las cosas de hombre...? Si supieras que otras son...

DON ALONSO. (*Iniciando la salida.*)—Por suerte no hay más.

DOÑA MARÍA.—¡Las hay, al menos en las ansias! Pero de verdad, de hombre...

DON ALONSO. (*Se vuelve despacio y la mira un momento callado.*) Me estás amenazando...

DOÑA MARÍA.—¡Por lo pronto te estoy odiando! Es tan grande mi aborrecimiento que me da miedo.

DON ALONSO.—Tienes palabras de bebida, como si hubieras bebido vinos fuertes. (*Avanzando, amenazante, unos pasos.*) ¡Merecías la vara tú también por eso y por gritarme en mi casa!

DOÑA MARÍA.—¡Castígame, sí! ¡Necesito que también mis carnes sientan tu saña! ¡Que echen sangre para que agarren más

fuerte las raíces de mi aborrecimiento! (*Se le acerca, engarfa sus manos en la espalda de la blusa y tira fuerte hacia la cabeza, ofreciéndole las espaldas desnudas.*) ¡Pega!

DON ALONSO. (*Sonriendo, complacido y cínico.*)—Un domingo se me apeteció tu garbo y otro domingo te casé por tus carnes, que tenían raza y eran blancas y olorosas como las manzanas de mis injertos... Hasta ahora me siguen gustando así, frescas, sin golpes...

DOÑA MARÍA. (*Que se ha ido enderezando.*)—Pegas mejor sin la vara, más adentro, mucho más arrente del dolor. ¡Ahora ya te puedo decir una cosa...!

DON ALONSO. (*Harto, indiferente.*)—Calla de una vez... Y escucha una cosa: vengo cansado. Además, me he dado un golpe. El potro romero que te gustaba montar está abajo en los patios, reventado. Quise probarlo y le di vara desde la misma raya del pinar. Puedes estar orgullosa de haberlo preferido. Corrió como ninguno puede correr en toda la isla. Y estoy seguro que cayó contento de haber traído un jinete encima... Pero a lo que iba: estoy entregado de la cansera y la caída. Me acuesto y no quiero que me moleste nadie. (*Sale.*)

*Doña María de las Nieves le ve salir con amargo estupor. Luego cae en un desfallecimiento, se dobla por las rodillas y llora sobre la estera. En la puerta, alumbrándose con un candil, asoma Rosa..*

ROSA. (*Acercándose.*)—Cruzaba y oí sollozos... ¿Se ha puesto enfermo el niño?

DOÑA MARÍA. (*Alarmada un instante.*)—¿El niño...? No.

ROSA.—¿Pues por qué llora la señora?

DOÑA MARÍA.—Por nada... Las mujeres, ya sabes, lloramos por poca cosa. (*Pausa.*) Siéntate, Rosa, junto a mí.

ROSA.—No, señora. Lucas me espera para cenar y rezar.

DOÑA MARÍA.—Siéntate, siquiera un momento.

ROSA. (*Dejando el candil y sentándose en la estera, al lado del ama.*)—Por poco tendrá que ser.

DOÑA MARÍA.—¿Comes con tus hijos y rezas con ellos, Rosa?

ROSA.—Según... Casi siempre los chicos duermen a estas horas.

DOÑA MARÍA.—Pero está tu marido...

ROSA. (*Confusa.*)—Sí... (*Pausa.*)

DOÑA MARÍA.—Es bueno, ¿verdad?, poder compartir la mesa; todos en rueda delante de los manteles...

ROSA. (*Sin entender.*)—Sí...

DOÑA MARÍA.—Tienes tus hijos calientes y cerca, como una cama llena de pan, y encima la sombra y la fuerza del marido, sin

que ninguna cosa, como una pared llena de vidrios, se levante en medio...

ROSA.—No sé... El se sienta callado. Viene entregado de tanto quehacer. Después reza durmiéndose y se acuesta. (*Sonriendo tristemente.*) Se queda entonces como un árbol cortado.

DOÑA MARÍA.—¿Pero entonces lo de tus hijos...?

ROSA.—¿Lo de mis hijos?

DOÑA MARÍA. (*Con intención.*)—Sí...

ROSA. (*Sonríe con pudor.*)—Ah... Al alba podía despertarnos el frío, o el paso de una tropa de bestias arrieras por el camino. El perro también... Estábamos cerca y éramos marido y mujer... (*Pausa.*)

DOÑA MARÍA.—De todas maneras tenías los hijos. ¡Qué hermosura, cinco niños buscando tu regazo, con un hambre chiquita en la boca, con los ojos limpios, o dormidos sin un pesar...!

ROSA. (*Triste.*)—¿Dice qué hermosura...? Los paría dentro de un grito grande, con un dolor de barreno entre los muslos... Y me quedaba luego como desmochada, con un retumbo dentro de la cabeza...

DOÑA MARÍA.—Todas los tenemos igual, con el mismo quebranto. Es ley pareja.

ROSA.—Pero eso no es un consuelo, al menos para mí... Me dejaban más tarde como un brazado de leña. ¡Y una cansera de irlos sacando...! Los está alumbrando una con todo el quejido hasta el día tardío en que amanecen crecidos de los ojos y callados de la lengua, porque han entendido que son hembras o machos, y que el comer manda dejar los resuellos en el camino...

DOÑA MARÍA.—¿De dónde has sacado tú esas quejas?

ROSA.—¿Qué sé yo...! Mientras me crecían, me los aguaitaba la muerte en cada cruce del tiempo, en las frutas calientes, en lo alto de los nidos, en los charcos del verano... Y me lloraban las madrugadas, dolidos de no sé qué dolores, hasta dejarme, conformándolos, como si con ellos al cuadril remontara un cerro debajo del relente... Los hijos, señora, duelen como una coz en el pecho.

DOÑA MARÍA.—Pero son también,  
 si una herida agria,  
 una herida amante  
 con panal curada.  
 ¡Y un río de almendras  
 que en las venas canta  
 su raíz de nieve,  
 su vara de nata,

- y rompe en palomas  
 por la arena alta,  
 con colmo redondo  
 de encaje y manzanas!  
 ¡Y su dolor, rama de alba,  
 en cuya punta rosa  
 revienta el clavel de la mañana!
- ROSA.— Para usted... Para mí,  
 una pena plantada,  
 como un olivo duro,  
 en mitad de la entraña.  
 Y su dolor, vara de zarza,  
 en cuya punta turbia  
 revienta un manantial de sangre amarga.
- DOÑA MARÍA.— ¡Ellos van creciendo  
 entre un copo blando  
 de lanas y sueños!  
 ¡Y abriendo  
 como un abanico  
 de ramos de almendro!
- ROSA.— ¡Tan calmosamente!  
 Los cabritos,  
 y las crías de las vacas y las yeguas,  
 alumbrados en lo frío y en oscuro,  
 encunados en la tierra;  
 todavía con el asombro  
 de la luz en las caderas,  
 y pasmo verde en los ojos,  
 y un temor blando en la pierna,  
 buscan la vida pasando  
 los caminos y la hierba.  
 Sin llanto ovillan su sueño  
 que desovillan sin pena.  
 No tienen gozo del verde,  
 ni queja de poca feria,  
 o del hambre, o de la vara;  
 ni levantan su querella  
 la pesadumbre del yugo  
 y los plomos de la cuesta...  
 Los nuestros, en cambio,  
 ganan su ladera  
 tan poquito a poco,  
 que a apartarlos fuerzan,  
 como a zarzas largas  
 que en el camino enredan,

- dura y bronca la mano,  
fuerte y alta la queja...
- DOÑA MARÍA.—¿Qué amargo y oscuro encono  
te dicta, mujer, la lengua?
- ROSA.— Ningún enconó.  
Es querella  
de toda mujer casada  
que hable y que al hablar no mienta.
- DOÑA MARÍA.—¿Qué extraño que a mí los hijos  
me den gozo de cosecha  
y a ti te llenen el vientre  
de sal, ortigas y piedras!
- ROSA.— Será que es distinto en nosotras,  
con un sino de plantas descalzas  
y de camas broncas.  
Los nuestros duelen más desde que asoman  
en la punta del grito  
y en el golpe de la sangre rota.
- DOÑA MARÍA.—A la pena eres dispuesta  
y en vidrios te has empeñado.
- ROSA.— Andamos el trillo  
que nos señalaron.  
Raíz de desgracias,  
ley de venas negras,  
heredad de llantos.  
Y palabra clara  
para decirlo alto.  
Si aprieto destilo  
naranjales agrios.
- DOÑA MARÍA.—Vas a llorar, Rosa...
- ROSA.—Quizá ya no tenga de dónde.
- DOÑA MARÍA.—Sosiégate y dime. Yo quería saber de ti.
- ROSA.—Y yo quería decirle a alguien más cosas, otras cosas de éstas. Hay un engaño, señora doña María, que en las tierras camina callado por entre las acequias y los surcos y en las carnes por los caminos de la sangre. Lo vi de moza como entre un golpe de trigos aventados. Lo sabía cierto y me cogió. Y hoy me come los ojos y me recome los huesos.
- DOÑA MARÍA.—Deja eso ya.
- ROSA.—No, escúcheme, que me descansa. Quería decírselo a alguien, toda la vida con el puño de este secreto dentro. ¡Créame a mí: hay un engaño, más fuerte que una! Cuando yo era novia me almibaraba la lengua y me desvanecía la cabeza como los licores escarchados de las bodas. Tenía miedo y anduve en

agachos para librarme; pero podía más la fuerza, que tiraba, tiraba de mí.

DOÑA MARÍA.—Podías haber dejado el casorio, si tanto miedo le tuviste. Muchas mujeres viven solteras.

ROSA.—No pude. En la cabeza coge cuerpo el temor, pero de las ramas de la sangre se levanta como un vaho caliente, al modo del vino, y que tumba. Me acuerdo que al rayar el día de la boda me levanté y pasé liviana, sorda y ciega el camino que va a la presa grande. Me llevaba al agua un delirio. Toda la noche, un brazo como un olivo me estuvo quebrando la cintura; me sangraba la boca debajo de unos dientes duros como piedras, y como si caída, la cumbre se me afirmaran encima, perdía el aire y buscaba un grito que era como una palma enterrada. Luego no tuve fuerzas y me volví.

DOÑA MARÍA.—Todo eso, Rosa, no es natural, como no sería natural estarse con hambre debajo de un huerto con frutas. Una boda la pide el cuerpo, y es hermosa, con su ropa, con la casa de una.

ROSA.—Todo reclamo del engaño. Algo, que es como el aire de no ser nada para los ojos y para las manos, hace fuerzas para que nos quedemos preñadas. Siete veces quedé yo. Y de los siete frutos, dos volvieron temprano al oscuro.

DOÑA MARÍA.—Con eso, que no puede remediarse, hay que contar. Otros dos se me han muerto a mí. Y uno tengo en el aire.

ROSA.—Será como usted dice. Y lloré los míos por la misma ley que las parí, sin que me naciera hacer cosa distinta. Pero sentí dentro una alegría de venganza, que me puso después espanto. Tuve (y el Señor me lo perdone, ya que fue sin que yo lo buscara) gusto de aquellas muertes. ¿Sabe usted por qué? Porque pensé que otro imperio más grande, venido fuera de tiempo, había podido más que esta ley que hace que con nuestro llanto y nuestra sangre de madres sigan las tierras aradas, los huertos podados y trillados los caminos. ¡Y para que todo esto...! ¿Quiere decirme?

DOÑA MARÍA.—¡Estás loca, Rosa! (*Se levanta, inquieta.*) Siempre pensé cosas de ese cerco cenizo de tus ojos y de la lumbre que despiden.

ROSA. (*Levantándose pausadamente.*)—No estoy loca. Tengo estas calenturas en el pensamiento y me ha aliviado decirlas. Como las otras se las callan, yo resulto sin juicio.

*Entra del interior Bernarda. Viene llorosa y cubriéndose la boca con un pañuelo.*

DOÑA MARÍA. (*Alarmada.*)—¿Por qué estás llorando? ¿El niño, acaso?

BERNARDA.—No, señora. El niño duerme. Acabo de pasar a su lado.

DOÑA MARÍA.—¿Entonces?

BERNARDA.—¿El amo me ha castigado con una bota! Me dio recio aquí, en este costado, y luego en los dientes, que me sangran.

DOÑA MARÍA.—¿Por qué lo ha hecho?

BERNARDA.—Entré en la alcoba sin saber que dormía. Tropecé por el oscuro y tiré un florero, que se rompió con bulla. Me vio entonces. Y me insultó, acusándome de estar de su parte.

DOÑA MARÍA.—¿Y no estás? ¡Di! ¿No estás?

BERNARDA. (*Débil.*)—Sí, señora. (*Distraída en la pena.*) ¡Acabar pegándome!

DOÑA MARÍA. (*Recelosa.*)—¿Qué has querido decir?

BERNARDA. (*Confusa.*)—Nada.

DOÑA MARÍA.—¿Di! ¿Qué has querido decir?

BERNARDA.—Nada, señora.

ROSA.—Si la señora lo consiente, me voy. Lucas debe extrañarme ya.

DOÑA MARÍA.—Adiós, Rosa.

ROSA.—Que la señora pase buena noche. Y perdone que la haya entristecido. (*Sale.*)

DOÑA MARÍA. (*Apasionándose de pronto.*)—¡Bernarda, ven aquí! (*Va al fondo y aguarda junto a la mesa donde arde el velón. La sirvienta se le acerca sumisa. Doña María le toma el rostro entre las manos, nerviosa, y la mira a los ojos.*) Hay odio en tus ojos, Bernarda. Escucha: hemos de aborrecerlo juntas.

BERNARDA.—Quiero hablar. Mi lengua era de él y la ha perdido.

DOÑA MARÍA. (*Suspensa.*)—Di.

BERNARDA.—Es de sus hijos y de las muertas.

DOÑA MARÍA.—¡Habla!

BERNARDA.—Sus hijos sacan la maleza del padre. El tiene corrompida la sangre.

DOÑA MARÍA.—¿Es verdad lo que dices?

BERNARDA.—Verdad. Don Alonso acarreó de sus moceríos en mi tierra una malura de cama de todos. Le mancó la vida y metió el mal en la de sus hijos.

DOÑA MARÍA.—¡Bernarda! ¿No estás mintiendo?

BERNARDA.—No, señora. Lo sé muy bien.

DOÑA MARÍA.—¡Jura por el polvo de tus muertos que dices verdad!

BERNARDA.—Juro. (*Pausa.*)

DOÑA MARÍA.—¿Por qué has dicho que lo sabes muy bien?

BERNARDE. (*Aterrada.*)—¿Yo?

DOÑA MARÍA. (*Zamarreándola.*)—¿Por qué lo sabes tú? (*Bernarda,*

*pasmada, no acierta a contestar. Y el ama habla, ahora que parece que canta, salvajemente, con un vendaval en la boca.*)—  
¡Al fin lo sé! ¡Tantos años ciega, sólo sospechando y callada, porque mis ojos no habían visto! ¡Al fin lo sé! Fuiste su amante, allá, y eres aquí su barragana! ¡Mentira que te recogiera por juramento al pie de tu padre en la hora de él morir! ¡Mentira lo de tu lealtad para quien anduvo en su mortaja y en la cruz de su tierra! ¡Todo mentira! ¡Eres su barragana! ¡Comías mi pan y compartías mi marido, bajo mis mismas vigas, quizá sobre mis mismas sábanas, hembra de tizones, perra de los caminos, buena tan sólo para celos y cobijos! ¡Tú le pudriste la sangre!

BERNARDA. (*Con fuerza, interrumpiendo su llanto.*)—¡Eso, no!

DOÑA MARÍA. (*Repuesta de un momentáneo desfallecimiento, y entre amarga y gozosa, acude de nuevo a Bernarda, que permanece detrás, llorosa y vencido.*)—Escucha. (*Fuerte.*) ¡Levanta el rostro! (*Con manos enérgicas levanta y enfrenta la cabeza transida de la morena.*)—Tú le odias, ¿verdad? (*Casi implorante.*) ¡Dímelo, Bernarda! ¡Tienes que aborrecerlo hasta la sangre y el helor! ¡Contesta! Lo aborreces, ¿verdad?

BERNARDA. (*Sin aliento.*)—Sí, señora.

DOÑA MARÍA.—Pues óyeme bien. Para lo que ha pasado tengo una voluntad de olvida tan fuerte como mi odio. Se entierra esta noche la memoria de tu desgracia.

BERNARDA.—Lo hice sin remedio. El pudo más.

DOÑA MARÍA.—¡Calla, déjalo! (*Se separa, exaltada, con el rostro brillándole de gozo.*) Algo importa ahora más. ¡Siento como una fuente de luz y de alegría en lo hondo de mis entrañas! Se ha levantado mi duelo de mujer enferma, de madre imposible. Yo tendría los hijos como manzanas, fuertes y crecidos, si me ayudaran a ser madre con brazos duros, nuevos, con muslos de piedra.

BERNARDA.—¡Cuidado, señora! No haga bulla, que lo desvela otra vez...

DOÑA MARÍA.—¡Ya no le tengo miedo! Juntas ahora, Bernarda; juntas odiándolo. (*Se queda de pronto parada en el centro, como sobrecogida por un gozo interior.*) Se han apretado mis muslos como los de una virgen. Y tengo un sabor de soltera en los labios.

TERMINA EL PRIMER ACTO

## SEGUNDO ACTO

*Una amplia estancia de la casa. Tiene las paredes altas, grises, desnudas y el techo de vigas y rajas oscuras. Ni un mueble ni un cuadro en los testeros desamparados. Unicamente en el fondo, centrando la pared, hay un viejo arcón y encima un candelabro de hierro con velas encendidas.*

*Al pie de doña María de las Nieves, sentadas también en el suelo como las otras mujeres, serias, están Bernarda y Rosa.*

*Van sonando monótonamente las voces de las plañideras.*

PLAÑIDERA 1.<sup>a</sup>—¡Ay!, que siguió la tiniebla  
por la mañana.

PLAÑIDERA 2.<sup>a</sup>—¡Ay!, que no pintó la rosa  
de la alborada...

PLAÑIDERA 3.<sup>a</sup>—¡Malhaya el largo viento  
que en pluma lo trocara!

PLAÑIDERA 4.<sup>a</sup>—¡Y el collarín de garfas  
de su garganta!

PLAÑIDERA 5.<sup>a</sup>—¡Y las turbias agujas  
de la madrugada!

PLAÑIDERA 6.<sup>a</sup>—¡Y el torillo vestido de enero  
que lo empitonara!

PLAÑIDERA 1.<sup>a</sup>—¡Ay!, que siguió la tiniebla  
por la mañana...

PLAÑIDERA 2.<sup>a</sup>—Estacado en cenizas,  
dolorida la brama,  
menguada la coyunda,  
el novillo del alba  
se quedaba sin nata en la cuerna,  
sin firme en las ancas...

PLAÑIDERA 3.<sup>a</sup>—¡Ay!, que no pintó la rosa  
de la alborada...

PLAÑIDERA 1.<sup>a</sup>—Por la rama más alta  
cuatro mirlos pasaban:  
con cuatro lazos negros  
el aire se engalana.

PLAÑIDERA 4.<sup>a</sup>—¡Ay!, que siguió la tiniebla  
por la mañana...

PLAÑIDERA 2.<sup>a</sup>—La flor alta de la brisa  
trae la color quebrada.

PLAÑIDERA 1.<sup>a</sup>—Y llega oliendo a heridas  
de resinas tempranas,  
y al relumbre malino  
del hacha...

PLAÑIDERA 3.<sup>a</sup>—¡Ay!, su sueño de piedra...

PLAÑIDERA 4.<sup>a</sup>—¡Ay!, su dura almohada...

PLAÑIDERA 5.<sup>a</sup>—¡Ay!, su boca de lirio...

PLAÑIDERA 6.<sup>a</sup>—¡Ay!, su frente de escarcha...

*Doña María de las Nieves entra. No hay señas de dolor en su cara. Las plañideras callan al verla, y quedan quietas, en actitud dolorida, como figuras de un retablo dramático. La señora sale al centro y llama:*

DOÑA MARÍA.—Bernarda...

BERNARDA. (*Acudiendo.*)—Señora...

DOÑA MARÍA.—Diles que salgan.

BERNARDA.—Pero, señora doña María, lloran al niño... ¿Cómo voy a...?

DOÑA MARÍA.—¡Diles que salgan! Echalas... Se acabaron los llantos en mi casa por los hijos muertos. No quiero llorar más, ni oír llorar a nadie... ¡Echalas de una vez!

*En silencio, Bernarda se acerca a las mujeres y con un gesto las manda salir. Las plañideras van viniendo hasta la figura rígida de la madre, hacen al pie de ella una vaga reverencia y marchan despacio.*

*Quedan solas y calladas doña María, Rosa, que ha permanecido sentada, y Bernarda. Esta vuelve a su puesto en el suelo.*

*El ama, desgraciada y magnífica, va y viene unos momentos por la sala, con los brazos apretados so-*

*bre el pecho y la cabeza gacha y pensativa. De pronto se para ante Rosa.*

DOÑA MARÍA.—Rosa, Lucas, tu marido, fue al entierro, ¿verdad?

ROSA.—Así lo creo, señora.

DOÑA MARÍA.—Pero ya debe haber vuelto. Hace cerca de una hora que se llevaron a mi hijo... ¿No habrá pasado ese tiempo, Bernarda?

BERNARDA.—Tal vez.

DOÑA MARÍA. (*Mira en torno, con ojos un momento blandos y amargos.*)—Se ha quedado todo desnudo y como sorprendido de la falta de su llanto y de su voz querida... (*Pausa. Las dos sirvientas lloran en silencio. Ella reacciona y vuelve de nuevo a su inquieto andar. En seguida se detiene otra vez ante Rosa.*) No puedo esperar más. Rosa, ve y dile a Lucas que suba.

ROSA.—Puede que esté ya ahí. A estas horas tiene el ordeño y le bajan las bestias del monte... Pero si puedo servirle yo igual...

DOÑA MARÍA.—No. Es a él, a Lucas, a quien necesito. (*Rosa sale.*)

Tú, Bernarda, ve a los corredores. Si vieras que viene hacia aquí don Alonso antes que Lucas, le dices a éste que no suba. Y si Lucas está aquí, sigue observando para que me avises si llega mi marido.

BERNARDA. (*Recelosa.*)—¿Qué va a ser esto, señora doña María?

DOÑA MARÍA.—¡No preguntes nada! Sal a los corredores y haz lo que te digo.

BERNARDA.—¡Otra vez los delirios, señora...!

DOÑA MARÍA.—¿Por qué no obedeces, Bernarda?

BERNARDA. (*Inicia la salida, sumisa, y se vuelve.*)—¡Otra vez los delirios sacándola...! Hace apenas una hora, todavía centraba la casa su hijo, mi niño... Aún huele aquí dentro a él, a los ramos que lo engalanaban, a las cuatro caras benditas... ¡Por él, señora, por su memoria, tan caliente todavía, vuelva en sí...!

DOÑA MARÍA. (*Interrumpiendo sus pasos y preguntando con intención.*)—¿Qué crees que voy a hacer...?

BERNARDA.—No lo sé, pero tengo malas sopechas y miedo... Sus ojos debían de llorar y han estado secos todo el duelo. (*El ama vuelve a su inquieto andar.*) Es hora de que acaben los quebrantos y los lutos en la casa.

DOÑA MARÍA.—¿Que acaben...? ¡Que sigan ya! No me han dejado, fieles como mi sombra. Mis ojos han llorado casi hasta echar sangre, he consumido montes de cera y pasé una y otra vez con los pies descalzos los caminos de las romerías hasta los santos más lejanos... ¡Nunca hallé remedio ni consuelo...!

¡Y este colmo de ahora...! Me han quitado los tres, uno por uno, mientras a las otras madres les dejaban los patios llenos... Ahora, como si no hubiera tenido sino tres razones y tres esperanzas, ya no soy yo ni nada me importa.

BERNARDA.—¿Pero y la memoria de los hijos...? ¿Y la gente...?

DOÑA MARÍA.—¡También la gente...! Tengo buen recuerdo de los duelos pasados. Y siempre ha sido igual. Mañana, todo el mundo cantará otra vez por los caminos, y las mujeres se reirán como si nada en los lavaderos. El dolor se queda muy uno y muy solo.

BERNARDA.—Como quiera que sea, ha de repararse en él...

DOÑA MARÍA. (*Resuelta.*)—¿Y si no quiero ya, por qué tengo que hacerlo...? Debí morir con ellos, que bastante lo quise, y estoy aquí. Debí perder, al menos, estas ansias de madre que me abrasaron desde que fui mujer, y este apetito de mis carnes que me quema las noches... (*Pausa.*) Toda la vida he caminado agotada contra mi sino, fechándome de manos y dientes a mis compromisos de boda, al respeto de los hijos y de mi cama honrada, y de la gente también... ¡Y ya no quiero más!

BERNARDA.—Busque otra vez esos asideros...

DOÑA MARÍA.—¡Ya no quiero más!, ¿lo oyes...? ¿De qué sirvió calar mi honra de casada, esperar como una niña los hijos nuevos, callar bien callada los despegos y las faltas de ese hombre...? Anduvo antes en camas de salto y por los pajares y las eras de aquí detrás de las muchachas, compartiéndome. ¡Y me tenía a la par de éstas, y hasta de sus bestias de feria! ¡Y los hijos...! Los hijos me soltaron sus ligas...! Ve de una vez donde te digo.

*Bernarda sale. Y al pasar la puerta se cruza con Lucas, que se queda parado a la entrada. Es joven y alto, fuerte y rudo. Viene cerrado de negro.*

*Doña María no le dice nada. Lo mira en silencio, con una inquieta complacencia.*

LUCAS. (*Embarazado por el silencio.*)—Señora doña María, me dijo Rosa que usted me llamaba...

DOÑA MARÍA.—Sí... Es que... Pero, siéntate. (*Se aleja, insegura.*)

LUCAS.—No repare en mí la señora. Estoy a gusto de pie.

DOÑA MARÍA.—¿Viste ahora a don Alonso?

LUCAS.—Sí, señora. Quedó en las cuadras. Esta mañana, al alba, tuvo una cría la yegua grande. Lo supo él cuando volvía del cementerio y fue a verla... Está contento, porque la cosa, quitante el sombrero de esta pena, lo merece. Ha traído la yegua un potrillo primoroso... (*Pausa.*)

DOÑA MARÍA. (*Se acerca, blanda, al labriego.*)—Lucas... ¿Tú me tienes miedo...?

LUCAS. (*Perplejo.*)—¿Miedo?

DOÑA MARÍA.—Sí...

LUCAS.—¿Por qué dice usted eso...?

DOÑA MARÍA.—Escucha, Lucas: yo sé mucho de lo que dicen los hombres con los ojos, con el temblor de las manos, con su aire callado o alegre... (*Le toma una mano.*) Yo quiero saber si tú me tienes miedo...

LUCAS. (*Soltándose, aturdido.*)—Señora doña María de las Nieves, repare que...

DOÑA MARÍA. (*Se le acerca de nuevo y le tapa la boca con mimo*)  
¡Calla! Y no me llames señora doña María de las Nieves... Yo quiero que me llames María... Tienes que perderme el miedo, Lucas; tienes que olvidarte de que soy el ama. Sólo soy una mujer...

LUCAS. (*La ha oído suspenso, trastornado del aliento que arrente de sus labios lo va cazando. Súbitamente reacciona, se desprende con brusquedad y un instante mira callado y como desde lejos mira al ama.*)—¡Suelte...! Usted está loca por lo del hijo y por los que se murieron antes, y por cosas tuyas que yo no entiendo ni quiero entender. ¡Y anda buscándome la pérdida con su locura!

DOÑA MARÍA. (*Lo acalla de nuevo, arrimándose y envolviéndolo con los ojos y palabras cálidas y tenaces.*)—No te valen los disimulos, Lucas. Yo conozco tu secreto... De antiguo me tienes apego de hombre. Lo he visto muy bien...

LUCAS. (*Débil.*)—Déjeme usted...

DOÑA MARÍA.—Varias veces, por romerías, hemos pasado juntos los caminos de la Cumbre. Te gustaba ir de arriero conmigo. Y te ponía alegre limpiar la silla y preparar las alforjas. Hasta le peinabas las crines a la yegua... Después, por el camino, ibas acechando todo el tiempo el aire en mis enaguas... Y te quedabas trasero, a veces, para que yo no te viera la sofocación de la cara...

LUCAS.—Usted no ha visto nada de eso. ¡Déjeme salir!

DOÑA MARÍA.—Y en otra ocasión... Estábamos vendimiando. Tú dejaste las parras y viniste a la sombra donde yo me sentaba con unos racimos para mí. Sólo yo sabía que se los traías a alguien más que al ama... Te hice morder la fruta en mis manos. Tenías los dientes blancos y fuertes... Luego estuviste todo el día huyéndome... Podría recordarte muchas cosas más.

LUCAS.—¡Le digo que usted no ha visto nada de eso! Usted es el ama... ¡Déjeme salir al aire!

DOÑA MARÍA. (*Se atraviesa en la salida, despechada y violenta.*)

- ¡No saldrás! ¡Te mando quedarte aquí...! (*Blanda de nuevo vuelve a arrimarse.*) Te necesito, Lucas... Quiero de ti...
- LUCAS. (*Apartándose, desquiciado.*)—¡Antes busco un risco grande y me tiro por él!
- DOÑA MARÍA.—¡Tienes miedo...! Le da miedo a un hombre como tú tan poca cosa...
- LUCAS.—¿Pero es posible que lo vea así...?
- DOÑA MARÍA.—Lo veo como es... Pero será que no te gustan las mujeres...
- LUCAS.—¡No me diga eso, que no le quiero perder el respeto!
- DOÑA MARÍA. (*Acercándosele y acariciándole un hombro y la espalda.*)—Yo no lo quiero creer. Tienes fama de que doblas un toro por los cuernos y de que partes un timón en la rodilla...
- LUCAS.—Y es cierta la fama. Pero eso es otra cosa.... Deme timones que romper, toros que llenen un camino real... ¡Deme cosas de esta condición! Pero eso con usted... ¡Qué gran locura le ha nacido...!
- DOÑA MARÍA. (*Persuasiva, con gran ternura.*)—Escucha, Lucas: nadie ha de saberlo... Ya sabes que yo quiero... Y tú también, ¿verdad...?

*Viéndolo indeciso se le ciñe de nuevo. Sonríe, mientras acaricia a todo lo largo los brazos desfallecidos del gañán. Este levanta al fin sus manos estremecidas y rodea con ellas el rostro del ama.*

*Doña María siente que alguien viene y se aparta, erguida y fría, a un ángulo de la sala.*

- BERNARDA. (*Alarmada, da confidencial su recado y sale hacia el interior.*)—Señora, don Alonso viene. (*Sale.*)
- DOÑA MARÍA.—Te veré otra vez, cuando mejor convenga a mí y a las cosas, aquí o en otro lugar. Mientras tanto, sigue abajo, en lo tuyo, sin una palabra y sin una libertad... Ahora, sal.
- LUCAS. (*Encendido por la situación y sin entender el brusco cambio.*)—Pero óigame usted...
- DOÑA MARÍA. (*Fuerte.*)—¡He dicho que salgas! (*Alarmada.*) ¡Cuidado! Alguien viene...

*En la puerta aparece Rosa. Se ha vestido ropas del trabajo. Lucas tuerce el rostro, buscando que no le vea la turbación.*

- ROSA. (*Después de un silencio, durante el cual ha observado con recelo a ambos personajes.*)—Dispense la señora... Lucas, han llegado las bestias del monte. Tienen la carga encima.

LUCAS. (*Sin volverse.*)—Ahora bajo.

*Después de mirar a su marido con intención, Rosa sale.*

DOÑA MARÍA.—¡Vete de una vez!

LUCAS.—Quería decirle una cosa antes de marcharme...

DOÑA MARÍA. (*Advertida de alguien que se acerca.*)—¡Calla!

*Lucas sale. Y encara en la puerta con don Alonso, de luto, pero sin dolor. Mira al amo, cuya presencia lo deja sin aliento, con ojos acobardados.*

DON ALONSO.—¿Estabas aquí...? ¿Qué querías?

DOÑA MARÍA. (*Acudiendo a la situación, que Lucas, sin fuerzas para nada, no resuelve.*)—Lo llamé yo... Es que he pensado salir... Irme al cortijo de la Cumbre para estar allí un tiempo descansando...

DON ALONSO.—¿Y qué querías de Lucas?

DOÑA MARÍA.—Hablar con él de la bestia y de la silla de viajes... La silla tenía últimamente un brazo desajustado...

DON ALONSO. (*Observando a Lucas.*)—Ya... ¿Pero y tú qué tienes, que andas tan callado y raro...?

LUCAS.—Pues...

DOÑA MARÍA.—Le pregunté por el entierro... Quise saber en qué sitio habían enterrado al niño... Lloré y se impresionó.

LUCAS.—Yo voy a bajar, si no manda otra cosa. Tengo las bestias en los patios cargadas, ya hay rato.

DON ALONSO.—Vete... (*Después de verlo marchar.*) Será dolor lo que tiene, pero lleva más aire de ladrón que de apenado... (*A su mujer.*) ¿Vienes tú a comer?

DOÑA MARÍA.—No.

DON ALONSO. (*Sonriendo.*)—¿Desganada de la mesa... o de mí?

DOÑA MARÍA.—¿Por qué me preguntas eso?

DON ALONSO.—Porque te veo empeñada en el despego. Y esto tiene que acabarse.

DOÑA MARÍA.—Se acabará, sí; pero no como tú quieres. Desde esta noche no dormiré en nuestra cama de casados.

DON ALONSO. (*Aparentando indiferencia.*)—¿Dónde, entonces?

DOÑA MARÍA.—No lo sé todavía. En cualquier sitio. Le diré a Bernarda que me prepare una cama donde le parezca.

DON ALONSO. (*Sonriendo, cínico.*)—Eres joven y tienes sangre. Te pasará más pronto de lo que quisieras. (*Sale.*)

*Doña María está a punto de estallar en un denuesto, pero se contiene. Ve partir a su marido con un gesto de infinito desprecio. Luego inicia la salida.*

BERNARDA. (*Saliéndole al paso.*)—;Señora doña María, vuelva de sus desvaríos!

DOÑA MARÍA.—;Qué...?

BERNARDA.—;Esto no puede ser...! El amo tiene los ojos bien abiertos y pronto verá. Y su escopeta está siempre cargada...

DOÑA MARÍA.—;Pero de qué estás tú hablando?

BERNARDA.—;Con un dedo tan sólo puede tumbarlos a los dos! Y aumentar las gracias de esta casa y meter el cortejo de la justicia por los patios...

DOÑA MARÍA.—;Bernarda!, ¿qué sabes...?

BERNARDA.—He oído, señora... Lo hice porque pensé que era mejor saber, que dejar correr las cosas...

DOÑA MARÍA.—;Cómo te has atrevido...?

BERNARDA.—;Tengo los ojos cansados de llorar! Yo la quiero mucho, señora doña María, y no quisiera tener que llorarla a usted también.

DOÑA MARÍA.—;Llorarme a mí...? ;Si me conocieras mejor, no lo dirías!

BERNARDA.—;A él, a él lo conozco bien! Tiene el genio pronto y tremendo. ;No podría repararse lo que hiciera...! ;Haga fuerzas para ganar estos días! ;El puño del hijo aflojará con las horas, que no hay pena que resista al tiempo!

DOÑA MARÍA. (*Se le acerca resuelta y trágica.*)—;Déjame hacer : mí!, ¿lo oyes? ;Tú no has oído nada, no sabes nada!

TERMINA EL SEGUNDO ACTO

### TERCER ACTO

*La misma estancia del primer acto.*

*Ahora es de noche y no hay más claridad que la que trasciende de un rayo de luna que pasa la ventana y se echa largamente en el piso.*

*Asomada, mirando al campo, atenta e inquieta, está doña María de las Nieves. Delante y a un lado, retro-pada en una mecedora y engurruñida del frío, Bernarda despunta un sueño.*

*Así, en silencio, está todo un breve tiempo, hasta que el ama vuelve la cabeza con alarma sobre la sirvienta.*

DOÑA MARÍA.—¿Estás dormida, Bernarda?

BERNARDA.—Me quedé embelesada. Es muy tarde ya y hace frío...

(Pausa.) No es sano andar en vela con la luna de enero...

¿Por qué no quiere usted acostarse todavía?

DOÑA MARÍA.—Hasta que no trasponga la luna, no me iré.

BERNARDA.—Pues con la ventana abierta está usted igual que si anduviera debajo del relente... Luego, viendo esa luz, que sólo le procura malas memorias y agonías...

DOÑA MARÍA.—Quiero estar aquí... Con la luna se fueron y con ella se me ponen a la mano... (Pausa.) ¡Es curioso cómo se parecen mis hijos muertos al campo con este luz! Tenían su misma palidez, su mismo tremendo silencio y desamparo...

BERNARDA.—En vez de hacer por dormir, que lleva tantas noches en un velorio amargo, se está aquí buscándole más luces al desvelo...

DOÑA MARÍA.—Deja esta conversación.

BERNARDA.—Siquiera consienta que me vaya yo. Tengo fatigas de estar despierta y el frío me ha cogido hasta los huesos.

DOÑA MARÍA.—No quiero que te vayas. Aunque duermas, necesito que estés aquí. (Pausa.) Enciende. Con luz se te irá el sueño.

*Trabajosamente, Bernarda se levanta y va hasta el velón, encendiendo sus cuatro luces. Con la lumbre, la claridad plata que levantaba el rayo de luna se desvanece. Y un amarillo como de naranjal en el alba se difunde un color agónico en la atmósfera sobrecogida de la estancia. Los dedos ateridos de la sirvienta buscan un momento el calor de las cuatro mechas.*

BERNARDA.—Antes, en un entresueño, oí el relincho del potrillo nuevo arriba como en las orillas.

DOÑA MARÍA.—Estarías soñando. Nada se sintió. (*Pausa.*)

*Bernarda vuelve callada a su asiento. Y pronto cae nuevamente en un amago de sueño. Inquieta por el silencio, doña María la reclama desde el ventanal.*

DOÑA MARÍA.—¡Bernarda!, ¿no te he dicho que no duermas?

BERNARDA.—El frío y la fatiga me van cojiendo y ya no hallo fuerzas para espantar el sueño.

DOÑA MARÍA.—Hablando despabilarás. (*Viene y se sienta cerca.*) Necesito decirlo a alguien... Nadie lo sabe... Te lo voy a decir a ti, Bernarda. (*Con intenso y reprimido júbilo.*) ¡Tengo un hijo!

BERNARDA. (*Vuelve sobre el ama sus ojos aterrados.*)—¡Dios santo...! Pero usted había hablado de no traerlos más para quitarse la pena de perderlos...

DOÑA MARÍA.—Es que éste es mío, solamente mío... Y lo que tiene de ajeno es sano y fuerte.

BERNARDA. (*Levantándose, impresionada.*)—¿Qué ha hecho usted...? ¡Y él se ha atrevido!

DOÑA MARÍA.—¡El no se ha atrevido a nada! Soy yo quien dispone. Se lo mandé. (*Súbitamente tierna.*) ¡Si supieras cómo me llena, de qué alegrías me colma su presentimiento...! Por primera vez siento qué es ser madre, tranquila y adormecida como las otras mujeres...

BERNARDA.—¿Pero y luego...? ¿Y lo demás...?

DOÑA MARÍA.—¿Qué me importa lo demás? ¡Sólo me importa mi hijo!

BERNARDA.—Es que nacerá maliciado de la casa y de la gente...

DOÑA MARÍA. (*Levantándose con brío.*)—¡Cállate! Es mío y es sagrado. Nadie ha de estorbarle nunca su camino, nadie se atreverá, ni aquí dentro ni en la calle, a recelarlo, ni con el pensamiento siquiera. Además, tiene encima la sombra bien ancha de una boda.

BERNARDA.—¿Y el otro?

DOÑA MARÍA.—Pasó... (*Camina atormentada por la estancia.*)  
¡Ojalá me hubieran bastado mis ansias y mis soledades...! Lo necesité. ¿Cómo si no...? Pero todo fue un instante. Ninguna otra cosa lo trajo a mí, ni nada lo amarra a mi vida.

BERNARDA.—¡Nunca oí semejantes desvaríos!

DOÑA MARÍA.—Me gustaría que lo pudieras entender, Bernarda... (*Junto a la sirvienta, con pasión.*) Los hijos son nuestros, nada más: de las mujeres. Lo de los hombres es un poco de hambre ciega, que acaba como acaba la sed de un camino cuando se alcanza el agua... Pronto se desmadejan en la orilla, hartos y dormidos. Y mientras ellos se quedan así quietos y vacíos, en nosotras agarra la vida, y se nos llenan el vientre, el pecho y la cabeza de calor, de rumores y de sueños... (*En pie, con firmeza.*) Son nuestros sólo, sí, por las entrañas donde se levantan, por la sangre que los va sustentando, por el duelo que los alumbrá, por los brazos en que se acaban para dormir y para morir...

BERNARDA.—¡Dios bendito, tales locuras! Los hijos deben ser de las bodas, que ligan para compartirlo todo.

DOÑA MARÍA.—Eso lo dejó atrás mi desgracia. Mejor que ninguna honré mi palabra y mi mano; pero nadie puede mandarme ya que siga en su guarda, llorando y seca. (*Repentinamente inquieta, acude a la ventana.*)

BERNARDA.—Ya no se levantará nunca la sombra que hace tiempo se paró sobre los techos de esta casa.

DOÑA MARÍA. (*Volviendo desasosegada.*)—Tú sola lo sabes, Bernarda. Nadie más conoce ni conocerá mi secreto. Debes olvidarte de lo que he dicho y ayudarme ahora.

BERNARDA.—Poco ha de ganar usted con que yo calle. Un día esa criatura saldrá a pañales. Y todavía, antes de que esté usted para librar, lo cantará su tiempo. Don Alonso, que meses largos duerme en cama de soltero, se alzaré por su afrenta como Dios permita que yo no lo vea.

DOÑA MARÍA. (*Apartándose, sombría.*)—No se alzaré.

BERNARDA. (*Volviéndose, espantada.*)—¿Qué quiere decir?

DOÑA MARÍA. (*Fuerte.*)—¡Deja ya esta conversación! (*Muy inquieta va a la ventana. Luego sale.*)

BERNARDA. (*De rodillas en el centro de la estera. Dice el conjuro con cierta monotonía y con las manos levantadas y abiertas a la altura de la cara.*)—

Arcángel, Miguel Arcángel,  
guardián por males dormido  
salga el beleño,  
entren los grillos.

Al aire el vuelo  
 y a la mano el brío,  
 que el cautivo, con planta de gato,  
 te ganó los quicios  
 y sembrando duelos  
 va por los caminos.  
 ¡Vuelva al oscuro,  
 vuelva a los vidrios!  
 Ya encendió el vendaval en las ramas,  
 ya sacó de sus madres el río...  
 ¡Arcángel Miguel,  
 vuelve todo al oro, punto y fiel!  
 ¡Fuego, Miguel, fuego!  
 Oye que por fuego  
 se alzan las campanas;  
 que del monte viene  
 una voz penada,  
 y sabe a resina la brisa  
 y a carbones la lengua y el alma.  
 ¡Al viento, guardián,  
 la pluma y el brazo,  
 que de rotos y quejas  
 rebosa el campo!  
 Se mermaron las aguas,  
 ya más pobres que un llanto,  
 y leña se volvieron  
 lo verde del ramo,  
 y la voz y la pinta  
 de los pájaros.  
 Se han virado ceniza, Miguel,  
 de las madres el vientre y el canto,  
 y a las novias  
 cardos que le vuelven  
 los ramos de la boda.  
 ¡Fuego, Miguel, fuego!  
 Oye que por fuego  
 claman las campanas!  
 ¡Despierta, guardián,  
 que hay rigor en la arena y la palma!

*Queda sentada en el suelo, delante de una mecedora, en la que apoya la cabeza, llorando en silencio. Doña María vuelve, la observa un instante y acude a la ventana, cada vez más inquieta.*

*De pronto asoma y se queda en el vano de la puer-*

*ta Lucas, gacho y desencajado. Doña María lo mira un instante, suspensa.*

DOÑA MARÍA.—Di.

LUCAS.—Lo he matado.

*En medio de un corto silencio, Bernarda va levantándose pesadamente. Cubierta por el sillón, Lucas no ha advertido su presencia hasta que no está casi de pie. Al verla se repliega y mira con ojos espantados a la señora y a la negra.*

DOÑA MARÍA.—¡Quieto! Está porque yo he querido. La necesitaba aquí. No importa nada.

LUCAS.—¿Por qué lo tenía que saber? Ahora es un secreto de tres que van a vivir.

DOÑA MARÍA.—¡Calla de una vez! He dicho que no hay cuidado. Era mejor que estuviera presente. Entendía ya demasiado de todo esto, pero no lo suficiente para que fuera completamente ciega y muda.

*Bernarda ha ido apartándose hacia el otro extremo de la escena. Doña María y Lucas la ven moverse con ojos expectantes.*

LUCAS. (*Dispuesto a saltar sobre ella.*)—¡Si no se callara!

DOÑA MARÍA.—¡Déjala ya! Y dime pronto, ¿cómo fue?

LUCAS. (*Con terror.*)—¡No me lo haga usted contar!

DOÑA MARÍA.—¡Contesta! ¿Cómo fue?

LUCAS. (*Trabajosamente y con la voz rota va contando.*)—Saqué el potrillo y lo estaqué sin mamar en una orilla de la cadena grande. Luebo subí la yegua a la otra punta para que la viera o la sintiera. Como hace tan buena luna, fue cosa de nada. Relinchó la cría que parecía como si fuera la mañana y anduviera suelta en la hierba. Salió bien derecho el engaño de figurar suelto el potro, aunque el amo bajó tardío a la cuadra. Tanto, que cuando llegó ya había recogido yo las bestias, por pensar que, seguro de mi cuidado, él no se levantaría.

DOÑA MARÍA. (*Con amargo sarcasmo.*)—Cuando mis hijos lloraban de madrugada, incluso en las noches que se morían, nunca le dieron un cuidado así. Se revolvió en la cama, incómodo, y decía unas palabras duras. ¿Qué distinto este celo para sus bestias! ¿Qué más pasó?

LUCAS.—Lo encaré en la boca de la cuadra. Habló una cosa que no oí. Me retumbaban las orejas. Tuve hasta flaqueza y fui a co-

rrer. Entonces me pareció alcanzar la voz de usted en el aire.

Y le di. Le di una vez sola, debajo de la tetilla. Fue bastante.

DOÑA MARÍA.—¿Dio algún grito?

LUCAS.—Ni una queja siquiera.

DOÑA MARÍA.—¿Dónde lo has dejado?

LUCAS.—Donde mismo lo...

DOÑA MARÍA.—Hay que sacarlo aprisa de la casa y de todos los contornos, hay que limpiar despacio y bien el empedrado. Te ayudaremos. Hace frío, ¿verdad?

LUCAS.—Al menos yo lo tengo tan recio como si estuviera desnudo debajo del relente.

DOÑA MARÍA.—Voy a cambiarme de ropa y a buscar abrigo y lienzos con que limpiar el suelo. Baja y espérame en el patio. Bernarda, tú quédate aquí hasta que vuelva. *(Sale.)*

*Lucas se mantiene un instante indeciso, medio vuelto sobre la salida, mirando a la sirvienta con ojos dementes.*

BERNARDA. *(Reaccionando.)*—¡Maldito! ¿Sabes lo que has hecho?

LUCAS. *(Sacudido por la voz se revuelve duro.)*—¡Escucha, intrusa, negra de lejos: según le di al amo metí la hoja en la tierra hasta que perdió el morado y le volvieron sus brillos! Va conmigo aquí, sin rastro y con la misma punta. *(Avanza unos pasos sobre ella.)* Una mujer es más blanda que un hombre.

BERNARDA.—¡Atrás, carnicero! Ya no piensas sino en matar. ¡Mala cosa que el perro entre de noche en el ganado y se encarnicen sus dientes!

LUCAS.—¡Cállate, que me entierras más! Mis manos no han sabido matar nunca. Muchas noches de mi vida guardé las parras y las eras de la casa con una escopeta dispuesta. Pude haber tirado entonces sobre sombras que yo vi agacharse a la banda de los frutos. Y siempre rebullí y di voces vanas, porque siempre me faltaron los arrestos para acechar callado y tirar en en frío sobre un hombre, aunque fuera ladrón.

BERNARDA.—¿Qué importa, si acabaste haciéndolo? No has tenido miedo de Dios, que estaba presente en todo, en la misma punta de tu cuchillo. Pero las cadenas de su justicia alcanzan también el suelo, y ellas te han de hacer cautivo entre muros.

LUCAS. *(Desmayada la amenaza.)*—Te callarás por las malas, solamente.

BERNARDA. *(Acercándosele.)*—¿Por qué lo hiciste?

LUCAS.—Ella me lo mandó.

BERNARDA.—¡Mentira! ¡Nunca se lo has oído!

LUCAS.—Apenas de su lengua, cierto; pero sí del amago de sus

ojos, de sus manos..., que me pasaron plumas por el cuello; de sus carnes endemoniadas, que me dejaron desmayos de vino en los brazos.

BERNARDA.—¡Asco de hombre! De cualquier modo, no tenías que pasarte a matar. El era bueno contigo.

LUCAS.—Ni bueno ni malo. Era el amo.

BERNARDA.—¿Y no te parece bastante?

LUCAS. (*Otra vez violento.*)—¿Por qué te condues así? Tú sola lo llorarás en toda la raya, porque ningún merecimiento tiene ni entre los hombres ni entre las mujeres. ¡Ni siquiera entre las bestias! Castigaba a los unos a patadas si se ofrecía y delante de la gente, y abusaba de las otras como si no tuviera que haber decencia sino en su casa y no nos dolieran los palos y la vergüenza.

BERNARDA.—Aunque las mismas piedras le guardaran rencor, ¿tú quién eres para disponer lo serio y lo grande de una muerte?

LUCAS. (*La mira un momento, vencido y en silencio. Luego va volviendo los ojos sin fijeza. Su voz suena ahora dolorida y lejana.*)—Siento como si yo no lo hubiera hecho. Como si desde los oscuros de la cuadra hubiera visto a doña María de las Nieves acercarse trasera, igual que los perros que muerden callados, y meter el cuchillo en el pecho del amo. Y yo, ajeno, pasmado, quieto en una orilla.

BERNARDA.—Sin embargo, fuiste tú quien lo mató.

LUCAS. (*Reaccionando, violento.*)—¡Calla y no me agarrotés más, maldita!

BERNARDA.—¡Reniega encima!

LUCAS.—¡Reniego y te mataría si no callaras de una vez! ¡Tienes que creer en lo que te digo! Es como si no hubiera sido yo. El brazo de ella estaba dentro del mío, y su arranque metido en mi sangre, como un toro. Igual que una rama grande de calentura se me ha entrado por ella en los huesos. Y vivo y camino igual que enfermo, con tinieblas en los ojos, con el sueño espantado, sin pulso para partir un pan.

BERNARDA.—Pues cuenta ahora encima con las ansias de esa culpa, que tiene sobre sus negros la tinta de traicionera. Lo sacaste con engaños y acabaste con él al oscuro.

LUCAS.—Tal vez no he hecho más que adelantarme. Del mismo modo me hubiera matado él a mí. Me venía aguaitando.

BERNARDA.—Figuraciones tuyas. La afrenta con ella te llenó de miedos.

LUCAS.—Más miedos había, que después que estuve aquel tiempo en los cortijos con la señora me recelaba como un perro ajeno. Ultimamente me dijo con intención, un día que le tiraba grano a las palomas: “Lucas, anda rondando mi palomar un ave

ladrona que come de mis semillas. Tengo que darle un tiro sin más palabras de acá ni de allá.”

BERNARDA.—¿Y piensas que era por ti?

LUCAS.—Por mí era; que me miró después y lo cantaron sus ojos.

BERNARDA.—Y ahora, ¿qué harás?

LUCAS.—¿Que qué hare? Yo no lo sé. Ella será mi medianera. Creo que me tiene ley y se ha obligado como mujer. Encontrará los arreglos, que siempre han podido más las haciendas que la justicia.

BERNARDA.—Vete lejos. Mejor es que te vayas lejos, donde pongas mucho mar por medio.

LUCAS.—No podría, religado como estoy por esto y por su calor, por un gusto que dejó en mi boca... (*Repentinamente alarmado va a la ventana y para un instante la atención sobre el silencio del campo.*)

BERNARDA.—¿Qué escuchas?

LUCAS.—Nada... El ama se tarda. Y tengo temor por mi mujer. El perro quedó delante de la cuadra, apegado y gruñendo. Si diera en aullar, Rosa se despertaría y al no encontrarme en la cama...

*Vuelve doña María de las Nieves. Calza ahora recias botas y viste traje de montar. Le cubre la cabeza y le envuelve la cara un manto oscuro. Trae una fusta y un pañolón lazado por las puntas.*

DOÑA MARÍA. (*A Lucas, dura.*)—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has bajado?

LUCAS. (*Sumiso como un perro.*)—Por esperarla.

DOÑA MARÍA.—Te dije bien claro que bajaras y aguardaras en los patios. No me gusta mandar dos veces... Toma... (*Le alarga el hatillo.*) Paños para limpiar la sangre. (*Se vuelve sobre Bernarda, que se ha ido apartando.*) ¡Dame! (*Lucas le devuelve el pañuelo.*) Lo hará Bernarda. Mientras, tú sacas montura para mí y la yegua para cargarlo a él. Tenemos que caminar muy dentro de los pinos.

LUCAS. (*Disponiéndose a salir.*)—Lo que usted mande.

DOÑA MARÍA.—Escucha bien antes de salir. No basta callarse. Hay que dejar limpio hasta el aire y estar tranquilo mañana. Nada de turbaciones ni de nervios. No ha pasado nada esta noche. Sólo ha sido un mal sueño. Lava bien tus manos y tu ropa en agua pasajera y mete en ella la memoria... Tú, Bernarda, irás luego que acabemos desde el pinar al pueblo. Llegarás con el día claro, y darás parte a la justicia de que don Alonso,

tu amo, se perdió esta madrugada sin dejar rastro. No vino a dormir, ¿entiendes?

BERNARDA. (*Aterrada.*)—¿Tengo que decir eso...?

DOÑA MARÍA.—¡Sí! ¡No repliques nada...! Toma y sal delante. (*Le alarga el hato.*)

BERNARDA.—¡Señora doña María de las Nieves, déjeme en la casa! No podría ganar tres pasos de un camino. ¡Y no quiero nada con la justicia y con muertes!

DOÑA MARÍA.—¿Con muertes... o con esta muerte?

BERNARDA.—No resistiría. ¡Déjeme en la casa! (*Llora en el suelo.*)

DOÑA MARÍA.—¡Todavía le querías, negra intrusa, barragana! Todavía tenías su dominio en tu sangre podrida... No eres vieja y pudiste vivir regalada, con marido y llena de hijos, en la parte de donde viniste. Y vives envejecida y enferma, cogida del mismo mal que acabó tan temprano con mis hijos... Te perdió, te sacó lejos de tu casa, metió la ponzoña más sucia en tus carnes y te reventó los dientes, golpeándote. ¡Y en vez de haberlo aborrecido y respirar porque acabó, te arrastras y lames su recuerdo como una perra floja!

LUCAS.—No me fío nada en la lengua de esa mujer...

DOÑA MARÍA.—Pues será más muda que las piedras. No hay nadie en la casa que no sepa de los golpes que él le dio, ni del rencor que aparentaba guardarle. Se callará.

LUCAS.—¡Más le vale así!

DOÑA MARÍA. (*A Lucas.*)—Es demasiado tarde. Sal de una vez. (*Lucas sale. A Bernarda.*) Estaré de vuelta quizá un poco antes del alba. Espérame levantada. (*Sale.*)

*Suenan, después de un pequeño silencio, tres campanadas de un reloj casero. El rayo de luna que entra por la ventana se desplaza con cierta rapidez, quedando sólo una mancha de luz ante el hueco. Luego de una pausa suena otra campanada.*

*Bernarda, que sin fuerzas en las rodillas ha intentado levantarse y salir, permanece al fin quieta, sin llorar.*

*Cubierta desde la frente por una gruesa pañoleta negra y alzando un farol cuya luz acentúa la expresión dura y sombría de su cara, aparece en la puerta de entrada Rosa. Bernarda no la advierte hasta que suena su voz.*

ROSA. (*Desde la entrada.*)—¿Esta noche no descansa nadie en la casa?

BERNARDA.—¿Que no descansa nadie...? (*Sobresaltada.*) ¿Por qué no?

ROSA.—¿Hay enfermos?

BERNARDA.—No, no los hay... Y tú, ¿qué haces levantada?

ROSA. (*Viene al pie de Bernarda.*)—Sentí gruñir al perro. Alguien lo ató, no sé por qué... Desperté y no estaba Lucas. Después vi luz en esta ventana. Me desvelé, cavilando qué pasaría. Más tarde oí un caballo y la yegua salir al camino... Pensé si Lucas iría por un médico...

BERNARDA.—No. (*Pausa.*)

ROSA. (*Con intención.*)—¿Dónde está doña María?

BERNARDA. (*Con terror.*)—¿Qué...? ¿Dónde ha de estar...? ¿Por qué me preguntas eso...?

ROSA.—Dime, ¿dónde está el ama...?

BERNARDA.—¡No me preguntes nada! ¡No sé nada!

ROSA. (*Inalterable.*)—Tú lo sabes todo, Bernarda... ¿Está dentro don Alonso?

BERNARDA.—¿Don Alonso...? Pues, no... Esta noche no ha venido a la casa.

ROSA.—¿Entonces...? (*Pausa.*) Doña María se ha ido con Lucas...

BERNARDA.—¿Por qué dices eso...? ¿Y por qué me lo preguntas a mí...? (*Los ojos fríos, impávidos, obstinados de Rosa la desconciertan y la dominan.*) Pues, sí... Ella salió... Y salió con Lucas.

ROSA.—¿Por qué?

BERNARDA. (*Mintiendo penosamente.*)—Tuvo un antojo muy propio de sus delirios: quiso ir esta noche a la ermita del Pinar a rezar por sus hijos... Dijo que había prometido esta romería para el primer menguante de la luna... Tú sabes que los niños morían por el tiempo de esta merma... Había avisado a Lucas para que la llevara en la yegua...

ROSA.—Mentira. ¿A la ermita del Pinar a estas horas y con esta noche tan fría...? Es mentira... Habrán caminado para alguna cueva de pastores. Como no transita nadie con este tiempo y las cuevas están ahora vacías, piensan que nada se sabrá de estos cobijos...

BERNARDA.—¡Calla! ¿Por qué te atreves a hablar así?

ROSA.—No es secreto. Por todos los lavaderos corren los despegos de mi marido y la locura del ama.

BERNARDA.—¡Déjame sola! No sé nada, no quiero saber nada.

ROSA.—La señora le ha perdido la ley a sus sábanas de hilo y a sus colchones de lana. Ahora le gustan las camas arrente del suelo, con solamente un poco de monte... Y a Lucas también le gusta...

BERNARDA. (*Con dolorosa desgana.*)—Será como dices... Yo no

quiero saber nada... No he visto nada. (*Pausa.*) ¡Quisiera rogar por tantas cosas...! Pero no me acude el rezo a la lengua, ni podría de ninguna manera con este peso encima y con este frío... ¡Tengo un mal frío, Rosa! Un frío que me trasuda y cala como en las últimas...

ROSA.—Ha sido la noche más recia de esta luna. Y ahora, con el alba en la puerta, el aire viene igual que una aguja. También yo estoy helada.

BERNARDA.—Pero no como mi frío, que no viene de las cumbres, sino que de adentro me está cogiendo la vida como una niebla...

ROSA. (*Se arrodilla a su lado y le mira el rostro, arrimándole el farol.*)—Te habrá cogido calentura del velorio y de esa ventana. Necesitas un alto de frazadas y sueño... Ven. (*La ayuda a levantarse.*) Te meteré en la cama y estaré contigo hasta que calientes.

BERNARDA. (*Flaqueando.*)—Se me niegan los pies después del alma, que estará ya resistida hasta que me deje del todo... Tendrás que ayudarme mucho, Rosa. (*Apoyada en Rosa camina hacia el interior.*) ¡Y no me dejes sola! (*Salé.*)

*La estancia queda unos momentos desierta y totalmente oscura. Poco a poco comienza a lucir en la ventana la palidez fresca de la madrugada. Una luz borrosa y triste gana costosamente la escena.*

*Entonces entra doña María de las Nieves. Trae descolorido el rostro, hondos y entre asustados y duros los ojos, el cabello descompuesto y la blusa desgarrada. Como si acabara de ganar el alto de una cuesta, se para en mitad de la sala y respira. Luego mira en torno con ojos alucinados. Súbitamente tiene miedo y se revuelve sobre la puerta por donde acaba de entrar. Después de una pequeña pausa y ya más tranquila va a la ventana y aspira ansiosamente el aire que llega del campo. Se estremece y cierra.*

*Y en este momento aparece en el dintel Lucas. Viene del mismo talante que cuando subió de los patios con una muerte a cuestras, pero ahora jadea y en sus ojos dementes palpita el cielo.*

*Al repararlo, ella queda entre sorprendida y aterrada.*

*Los dos se miran unos instantes, Lucas elástico y crudo, doña María como una liebre agotada.*

DOÑA MARÍA. (*Con fingida firmeza.*)—¿Qué buscas aquí...? Te dije bien claro que me dejaras, que volvieras a tu casa hasta que

yo te diera aviso... Nada tienes que hacer de escaleras arriba mientras no te lo mande. ¡No te olvides por cosa alguna que soy el ama!

LUCAS.—Hasta hace unas horas, hasta que yo acabé matando por usted, sí lo era. Ahora nos han emparejado muchas cosas. Sin ir más lejos, la sangre y la tierra con que tapamos juntos el cuerpo del amo y nuestra culpa...

DOÑA MARÍA. (*Más segura, casi con su anterior señorío.*)—¡Sal de aquí! ¡Baja a tu casa! Y no vuelvas a hablarme así... Mucho menos a pasarte a licencias y brutalidades como las de hace un momento en el patio. ¿Pero cómo has podido pensar...? ¡No tocarás ni los encajes de mis pañuelos sin que yo quiera y te lo mande!

LUCAS.—¡Qué fácil decir eso y pensar que lo haré...! Usted arrima candela a la tea y luego se duele de que arda...

DOÑA MARÍA.—¡Calla de una vez, patán! Y guarda los antojos para tu cama de casado. ¡Sal y no vuelvas sin mi consentimiento y mi gusto!

LUCAS. (*Viniendo hacia el centro.*)—¡No saldré! Usted me dijo cierta vez que tenía que perderle el miedo, que tenía que olvidarme de que era el ama. Dijo también que sólo era una mujer... Tengo recuerdo de aquel día en la memoria y en la sangre... ¿Por qué debo reparar en lo que ha pasado esta noche si usted, para pedirme lo que me pidió, no reparó en que acababan de darle tierra a un hijo...? Ahora subo aquí, sin que me mande, por todo eso y por algo más. Ahora hay un hijo de los dos...

DOÑA MARÍA.—¿Tuyo...? ¿Tuyo lo que llevo dentro yo sola, lo que voy criando yo sola, lo que tiene de ti poco más que un roce repugnante? ¡Cómo te atreves a pensarlo siquiera!

LUCAS. (*Un momento desconcertado.*)—¿Es posible que también quiera burlas con una cosa así...?

DOÑA MARÍA. (*Con firmeza.*)—Escucha: no es hora de conversación. Para acabar de una vez con todo esto entiende bien lo que te digo: lo que pasó, échalo a sueño. Todo terminó. Y el hijo es mío, mío solamente. Yo lo busqué y ahora está todo en mí.

LUCAS.—¿Y no le da miedo disponerlo así...?

DOÑA MARÍA.—¿Miedo...?

LUCAS.—¿No piensa que soy ya un perdido...? Mire bien que a quien así se extravía, lo mismo le dan caminos que quebradas...

DOÑA MARÍA.—¡Me estás amenazando!

LUCAS.—Hablo para que entienda... ¡Estoy ardido por usted, con las carnes, con los huesos y con los ánimos hechos leña de su idea y de su calor! Y me vengo sacando de pensar, y del

sueño y del hambre, que se me espantaron. ¡Todo me huele a usted: la tierra que aro y el aire que busco como si fuera a ahogarme...! ¡No puedo dejarme de este modo! ¡Si me lo manda, me tiro en el suelo detrás de su camino y voy tapando con la lengua el paso que deje! ¡Si usted lo quiere, desentierro al amo y lo voy echando a los perros! ¡Si es su voluntad, mato, vuelvo a matar hasta que la sangre se haga panes en mis manos... (*Da unos pasos sobre el ama.*)

DOÑA MARÍA. (*Aterrada.*)—¡Quieto! ¡No te acerques! (*Alza la fusta y lo amenaza.*)

LUCAS.—¡Cuidado! No me pegue usted otra vez, que todavía siento fuerzas para contenerme... Antes, abajo, me aguanté sus golpes y la dejé correr por una flaqueza más, pero en seguida pensé y todo se puso claro en mi cabeza... Ya no es usted el ama y yo el sirviente. Ahora nos han emparejado dos sangres, la negra del amo, que yo solté por su culpa, y la del hijo...

DOÑA MARÍA.—¡No quiero oírte más! (*Amenazante.*) ¡Por última vez, sal fuera! ¡Y no me amenes, porque tendría los bríos de un hombre para hacerte cara!

*Lucas camina sobre ella, extraviado y cruel. Doña María levanta rápidamente la fusta y cruza un largo azote sobre el rostro del gañán. Detenido por el golpe, él se endereza un instante y la mira con una tremenda sonrisa.*

LUCAS.—¡Era verdad lo que sospechaba! ¡Sólo querías un hijo, perra de los caminos, malcasada! Por robar un poco de vida, tan solamente, le buscaste la desgracia a dos hombres. ¡Era el hijo y nada más...! (*Acercándosele, sombrío.*) Pero no lo gozarás...! Con las mismas ansias con que lo planté, te lo voy a arrancar!

DOÑA MARÍA. (*Vencida por el espanto.*)—¡Quieto, Lucas! ¡Déjame de una vez! ¡Bernarda, Bernarda!, ¿dónde estás?

*Lucas salta sobre ella, acometiéndola ferozmente. El ama reacciona y aguanta con fuerzas insospechadas la acometida del gañán. Un instante luchan. Al tiempo que la va dominando, Lucas le busca con ansia el cuello.*

DOÑA MARÍA.—¡Déjame, por lo que más quieras...! ¡Por mí, y por el hijo, que es también tuyo, déjame vivir, Lucas...! ¡A mí, Bernarda! ¡Bernarda...!

*Lucas la ha tronchado. Sin soltar el garrote de sus manos se hinca al pie del cuerpo tendido y zamarrea en el suelo la garganta rota.*

*Tranquila, muda y lejana asoma del interior Rosa. Viene enbozada en la pañoleta. Con el farol en alto alumbra los últimos furores de la lucha.*

*Lucas se endereza, lento, y va volviéndose sobre su mujer, la cabeza desquiciada y amarga.*

LUCAS.—La he matado, Rosa... Los he matado a los dos... Por ella... Por ella afrenté a quien me daba la casa y el pan; por ella saqué con engaños a un hombre en medio de la noche y lo aceché y le quité la vida...; por ella he llegado a cavar tierra de muertos fuera de sagrado para enterrar un hombre al que no le había llegado la hora de Dios... (*Pausa.*) Yo he hecho todo esto... (*Se pasa la mano por la frente atormentada, como si sacudiera una pesadilla.*) Tú que me conoces desde niño, Rosa, ¿crees que yo he hecho todo esto...? Lo hice, sí, pero no quería... No es que yo quisiera, con la cabeza clara, ¿entiendes?; sino que me arrastró esa mujer como si fuera yo un animal y no me gobernara sino la sangre...

*Se aparta un poco, con las piernas flojas y la cabeza desvanecida.*

*Entonces Rosa se hinca, callada y despacio, en el mismo sitio donde ha estado parada.*

LUCAS. (*En un alarido.*)—¡No le reces...! ¡No le reces, porque te mataría a ti también...! Sal y baja a tu casa.

*Rosa se alza, amedrentada. Fugitiva, cruza la escena y sale.*

*Lucas mira un momento a la muerta y se va despacio detrás de Rosa.*

ASÍ TERMINA ESTE ROMANCE

2

ROMANCE DEL FORASTERO Y LA NOVIA



*En un lugar del sur de la isla. Habitación amplia de una casa campesina rica. Tiene una ancha ventana al fondo, sobre el campo, con escabeles de piedra en el hueco. Por ella se ven unas lomas pardas y una cumbre violeta. Taburetes y otros muebles antiguos. Por el suelo, esteras de palma rubia. En cestas, sobre los muebles y en las faldas de las costureras y bordadoras, mucha ropa blanca. Luz de atardecer.*

- BORDADORA 1.<sup>a</sup>—Nunca calaran mis manos,  
mis hilos y mis agujas,  
tal sobra de ropa nueva  
y tan cumplida blancura.
- BORDADORA 2.<sup>a</sup>—Por colmos entran las telas,  
por colmos salen las mudas,  
que más que cestas de novia  
parecen cestas de espuma.
- BORDADORA 3.<sup>a</sup>—Tiene los hilos por parvas...
- BORDADORA 1.<sup>a</sup>—Igual que el trigo y las uvas.
- BORDADORA 2.<sup>a</sup>—No hay memoria de tal gala  
en boda de parte alguna.
- CRIADA.— Pues todo en la hacienda es sobra  
del primor de su cintura.
- BORDADORA 1.<sup>a</sup>—¡Ojo de buen cazador  
el que tal paloma apunta...!
- BORDADORA 2.<sup>a</sup>—También él tiene, que tiene  
casas, cortijos y yuntas,  
manantiales...
- CRIADA.— ¡Y unos ojos  
como una pluma en la nuca!
- MADRE.— ¡Jesús! Qué tendrá que ver.
- CRIADA.— Pues tiene, que más alumbraba  
un casorio esa candela

- que la luz de las costuras.  
Los ojos hacen el sol,  
la ropa, sólo la luna...
- MADRE.— La luna es plata...
- CRIDA.— Mas, fría.  
¡Y el sol es cama madura!
- MADRE.— Calla, que también la lengua  
desplancha, rompe y ensucia.
- CRIDA.— Querer acallar mujeres  
que al pie de tal pan ayunan  
es querer niños en misa  
con pie quieto y lengua muda.  
Ser soltera entre estos hilos  
tiene quebrantos de viuda...
- MADRE.— Las viudas y las solteras  
también tienen su ventura,  
aquéllas por la memoria  
y éstas por lo que barruntan...
- CRIDA.— ¿Ventura a solas? ¡No hay!  
Yo no conozco ninguna  
que duerma a todo lo ancho  
y que no amanezca turbia,  
con ansias en las ojeras  
y agrios en la boca cruda.
- MADRE.— Y yo sé quién con marido  
parte colchones y fundas  
y no hay noche que no acueste  
en vidrios su pena oscura,  
que son más las mal casadas  
que las que con boda endulzan.
- CRIDA.— Pues a mí, deme el piñón  
con palo y carga de mula.  
Marido es también rebenque,  
¡pero rebenque de plumas!
- MADRE.— Mejor fuera para todo  
que a otro quehacer acudas  
con diez puntos en la lengua  
y rezos, en vez de murgas.
- CRIDA.— Callo, pero sepa que  
si malcasadas abundan,  
también hay matamaridos...
- MADRE.— Y cárceles que las pudran.
- CRIDA.— No haya pena de justicias,  
que es mal que no deja culpa,



MADRE. (*Con nervios.*)—

Pues... con diez vueltas de llave  
echarán la cerradura.  
¡Y Dios en casa de todos  
y cada cual en la suya!

*Todas ríen alegremente. Vuelve la Criada.*

CRÍADA.—Por la calle abajo vienen dos “primores”: las dos niñas de la plaza. A gulusmear, como si lo viera. Traen color de aceitunas y un aire de que están gozosas porque mi niña se casa.  
¡Las muy perras!

MADRE.—Siempre en un rezongo y siempre inventando intenciones.

CRÍADA.—Vienen a “cortar” lo que se pueda y a tender después los “cortes” en el viento de sus bocas. ¡Cocas solteras, con dientes de perra celosa y flaca!

MADRE.—¡Lo que hay que oír que de tiznes llega el caldero a la olla!

CRÍADA.—Soy casada delante de altares y ningunas soledades me abacorán. A mí me han sobrado besos hasta para tirar, como dinero de padrinas. ¡Y a ellas amargor de boca!

MADRE.—¡Tal navaja! Dios te olvide pensándose que el juicio se te cayó en un lavadero y se lo llegó el agua.

*Lllaman al aldabón.*

CRÍADA.—¡Ya están ahí! Yo no abro.

MADRE.—Abre, y avisa a la novia.

CRÍADA.—La novia no está.

MADRE.—¿Pues dónde se halla?

CRÍADA.—En alguna casa, por la fuente, arriba en los pinos. (*Hace gestos de habersele escapado la indicación.*) Yo no lo sé.

MADRE.—¿En los pinos?

CRÍADA.—¿No le digo que no lo sé?

MADRE.—Pero lo que dices de los pinos no está bien ni en broma. Yo le oí de salir a comprar botones y cintas.

BORDADORA 1.<sup>a</sup>—Lleva días ahuyentada, como si escondiera un susto de novia muy nueva.

BORDADORA 2.<sup>a</sup>—Sí. Y blanca y entristecida, pero con una rama de calentura en los ojos.

MADRE.—Es muy propio. Casarse es serio. Impresiona como una soledad.

BORDADORA 2.<sup>a</sup>—Será eso.

MADRE.—Eso es. ¿Qué otra cosa iba a ser? (*Llaman otra vez al aldabón de la puerta.*) Ve y abre.

CRIADA. (*Saliendo.*)—Fuerzas me cuesta.

BORDADORA 1.<sup>a</sup>—Pues yo, si me fuera a casar, me pondría ancha y alegre como un sembrado de mayo. Y me probaría el traje de novia lo menos veinte veces en el día, delante de un espejo grande.

MADRE.—Todas no son iguales. Hay quien se asoma a la orilla de un charco negro y se espanta hasta dentro de los huesos. Y hay quien se tira desnuda en él.

*Dichos y las dos amigas de la novia.*

CRIADA. (*Desde la puerta.*)—Visita.

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Venimos a ver la novia y la ropa de la novia.

AMIGA 2.<sup>a</sup>—Sí.

CRIADA.—La ropa está, pero no tocar, que lo blanco se ensucia hasta con la intención. La novia no está. De modo que...

AMIGA 1.<sup>a</sup> (*Con intención.*)—Ya lo sabíamos.

MADRE.—¿Sabías qué?

AMIGA 1.<sup>a</sup>—No, nada... ¡Cuánta ropa! ¡Qué blancor y qué hermosura! Con esto sólo ya relumbra una boda. Este es el traje, ¿verdad?

AMIGA 2.<sup>a</sup>—¡Qué lindo! Parece un ramo de lirios.

AMIGA 1.<sup>a</sup>—¡Lástima que ella no esté, para vérselo puesto!

CRIADA.—Pruébeselo usted.

AMIGA 2.<sup>a</sup>—Trae mala suerte.

CRIADA.—¡Por eso!

MADRE.—¡Lorenza! Sal a tu quehacer. (*La Criada sale gruñendo.*)

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Nos iremos y a la tardecita volveremos a darle a ella un beso.

MADRE.—Como quieras. (*Aparte.*) ¿Por qué dijiste que sabías que la novia no estaba?

AMIGA 1.<sup>a</sup>—¡Ah! Pues por nada. Se me ocurrió.

MADRE.—Con alguna intención lo dejaste dicho. Siempre la aborreciste, desde niña. ¿Por qué vienes a soltar tus palabras negras sobre su ropa de prometida?

AMIGA 1.<sup>a</sup>—¡Jesús! Si no he dicho nada. No sé por qué lo dije.

MADRE.—Algo traes a flor de la lengua que quisieras dejar entero.

AMIGA 1.<sup>a</sup>—¿Yo?

MADRE.—Habla, mujer, que yo te guardaré el secreto. ¡Habla de una vez!

AMIGA 1.<sup>a</sup> (*Intimidad.*)—Pues... (*A la otra.*) Anda, díselo tú.

AMIGA 2.<sup>a</sup>—¿Yo?

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Sí.

AMIGA 2.<sup>a</sup>—Pues si yo no sé sino lo que dijiste. No he visto nada.

MADRE.—Ya sabes: el que tiene boca...

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Pues es solamente que dicen que la novia se sale al campo sola, y va a la fuente cuando no es hora, y camina debajo de los pinos, arriba, detrás de las vistas...

MADRE. (*Con ansia y genio.*)—¿Qué tendría que ver?

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Como dicen que no va a la fuente sola ni camina debajo de los pinos sola...

MADRE.—¡Mentira!

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Lo dicen. Yo no lo he afirmado.

MADRE.—¡Mentira! (*Las bordadoras suspenden la labor y atienden.*) Déjenlo todo para mañana. Es casi el sol puesto. (*Las muchachas suspenden y comienzan a salir cuchicheando.*)

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Nosotras también nos vamos.

MADRE. (*Fuerte.*)—Espera.

BORDADORA 1.<sup>a</sup>—Se lo ha dicho, la atrevida.

BORDADORA 2.<sup>a</sup>—Alguna vez habría de saberlo. (*Salen.*)

MADRE.—Eres dañina, como una maleza negra. La aborreces a ella y lo querías a él.

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Ella ha compartido mi mesa y yo la suya. El es demasiado pequeño para mocear en una ventana que abre tan alto.

MADRE.—¡Mientes! El lugar es un pañuelo, y hasta el pensamiento de cada vecino está en la plaza. La quieres perder, y ahora te enredas como una zarza en sus ropas de novia.

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Me alegra mucho su casorio. Hasta pensado tengo un ramo para ella y puesto en sus lazos un presente de seda buena que mandé a buscar a la ciudad.

MADRE.—Lleva las flores a tus muertos y cuelga esa seda, que maldigo, en tu cabecera de mujer sin marido, hasta que se te sequen los labios de soltería o te disloques viéndola cada amanecer, sola y con los brazos vacíos.

AMIGA 1.<sup>a</sup>—¡Jesús!

MADRE.—¡Sal y no vuelvas a pasar mi puerta!

AMIGA 1.<sup>a</sup>—No ha sido para tanto. Y usted debiera reparar que se da la cara así por los hijos de la sangre y no por...

MADRE. (*Alarmada y violenta.*)—¡Calla, perra!

CRIADA. (*Pasando por la escena.*) La novia llega.

MADRE.—¡Cuidado! Guarda bien el aparentar. Vieja soy y tengo el temor de Dios encima de la cabeza, pero no sé adónde llegaría si tu lengua levantara más las brumas que me suben por la sangre arriba.

*Dichos y la novia.*



NOVIA. (*Viene agitada. Trae flores en el pelo y en las manos.*)—  
Oh, siento no haber estado. (*Mirando las labores abandonadas.*)  
¿Se han ido ya?

MADRE.—Sí.

NOVIA.—¿Por qué?

MADRE.—Pues... Hubo una confusión con las horas.

NOVIA.—También yo perdí la cuenta del tiempo. La tarde parece haber mantenido su lumbre... ¿Habéis visto mi ropa?

AMIGA 1.<sup>a</sup>—No bien, porque como no estabas...

NOVIA.—Daba igual. Yo es que... salí a caminar. ¿Nos sentamos?  
Quiero contarte de un figurín que me llegó esta mañana.

AMIGA 1.<sup>a</sup> (*Intimidada por la presencia tirante de la Madre.*)—No.  
Ya nos íbamos. Le habíamos dicho a tu madre que por la tardecita volveríamos a darte un beso. Como ya te hemos visto, pues... (*Se acercan las dos y la besan en la mejilla, fríamente.*)

NOVIA.—Pero ya que estamos aquí os enseñaré...

MADRE.—No. Quieren irse. Lo verán otro día.

AMIGA 1.<sup>a</sup>—Sí. Adiós.

AMIGA 2.<sup>a</sup>—Me ha gustado mucho lo que he visto. (*La vuelve a besar.*) Adiós. (*Salen con aire fugitivo.*)

NOVIA. (*Cavilosa.*)—¿Qué traen?

MADRE.—¿Qué habían de traer?

NOVIA.—Van sospechosas y como corridas... ¿Les ha dicho usted algo, madre?

MADRE.—Ellas a mí.

NOVIA.—¿Qué cosa?

MADRE. (*Parándose.*)—Una tremenda mentira. (*Se le acerca y la mira a los ojos.*)

NOVIA.—¿Qué?

MADRE. (*Luego de una indecisión.*)—Nada. (*Vuelve a las ropas.*)

NOVIA.—Venga aquí, madre. ¿Qué le han dicho?

MADRE.—Lo sabes ya. Siempre has tenido los ojos como el agua quieta. Han dicho lo que se dice.

NOVIA.—¿Qué se dice?

MADRE.—Lo que tú has querido que corra de lengua en lengua, ausentándote raramente. Una novia en vísperas debe estar más de puertas adentro que nunca. Tiene que llegar a la boda casi olvidada por los ojos de la calle. Tú te sales por los caminos y te ven. El novio viene y no estás. Esta tarde ha llegado aquí dos veces en tu busca. Se fue sombrío, como era propio. Te quiere hasta aguantarlo. (*Acude nuevamente a las telas.*)

NOVIA. (*Después de una pequeña pausa.*)—¿Qué ha dicho?

MADRE.—Nada. ¿Crees que se puede hablar de una cosa así sino gritándola? Se calla y no lo mereces. ¿Por qué haces esto?  
¿Y qué es lo que estás haciendo?

NOVIA.—¿No lo sabe ya?

MADRE. (*Fuerte.*)—Sí. Pero quiero oírlo de tu boca.

NOVIA.—No sé... De pronto he visto que esta boda mía no se me echa encima como debiera ser: como un amanecer de romeros en el monte, con un camino delante que lleva a una fiesta. La tengo en la puerta como si llamara a ella un muro. Es como cuando soñaba, siendo niño, que me ponían una piedra grande encima del pecho.

MADRE. (*Con rencor.*)—¿Los libros, que en mala hora llegaron a tus manos! De ellos te vienen esas flojeras. ¡A cuántas mujeres no les habrá pesado así casarse cuando está la bendición tan encima que ya no cabe en la cabeza otro pensamiento. Pero entonces hay que ser fuertes, como los hombres cuando pelean.

NOVIA.—En unas ocasiones se podrá tener la fuerza de una yunta y en otras la de la semilla de un cardo en el filo del viento. Eso no es cosa que se pueda disponer.

MADRE.—Se puede, siempre que se lleve en la cabeza la idea de ser decente.

NOVIA.—¡Madre! Pues bien, sí. Salgo al campo, y lo veo y le hablo. Es el forastero. Me arrastra, madre, como cuando se tira la hoja de una flor en el agua. Y me colma, aunque no me diga nada y se esté todo el tiempo de espaldas sobre la tierra, con los ojos cerrados y una cañuela entre los dientes.

MADRE.—¿Cómo lo conociste?

NOVIA.—El día que subí a ver la enferma de El Manantial me lo crucé en el camino. Se paró, mirándome con unos ojos grandes y quietos, que primero me dieron miedo y después me dejaron un desmayo dentro... Al volver lo hallé sentado en una orilla. Me habló con una voz ansiosa y oscura. Dijo que me sentara. Se me aflojaron las rodillas sin remedio y descansé junto a él.

MADRE.—¿Qué clase de hombre es?

NOVIA.—Raro, como si un viento le mudara constantemente el alma. De repente se levanta y me abandona sin decirme nada. A veces hasta corre, como los niños cuando vuelven las reses del agua. Escribe libros o los escribía. Lleva una pena grande y desconocida entre pecho y espalda.

MADRE.—¿Qué haces con él?

NOVIA.—Lo veo y hablamos. Pero estamos más tiempo callados. Cuando se lleva enterrado un grito que no acaba de salir, las palabras se agachan, como las liebres con susto. A mí me gusta sentirlo infortunado, igual que un niño perdido en una feria. Lo voy consolando con voces o sin ellas, y siento entonces como si me florecieran por dentro las carnes.

MADRE.—¿Pero y tu novio?

NOVIA.—Eso es otra cosa. Eso es formal, como la hora de la misa y el cuidado del pan en el horno.

MADRE.—¡Qué delirio! También tú te has trastornado, como él. ¿No entiendes que tiene que ser una cosa u otra?

NOVIA.—Sí.

MADRE.—¿Entonces? Si lo has venido queriendo, ¿por qué no lo dijiste antes, y has dejado que corran las amonestaciones y la ropa, y el vino, y los trigos dispuestos, y que el aire del pueblo se llene de boda, para levantar ahora el escándalo, poniendo la casa y a un hombre bueno y serio en la lengua de la gente?

NOVIA.—Yo no he dejado nada, madre. No he querido nada. Cuando uno duerme y sueña no deja ni quiere nada. Nos quedamos quietos, como un agua del verano por donde cruzan de día la bruma y con el oscuro todas las estrellas.

MADRE.—Pero, en fin de cuentas, ¿qué es él para ti?

NOVIA.—No sé. Nada, de seguro, porque los sueños levantan con el día y se van de entre las manos igual que el agua.

MADRE.—Entonces, déjalo de una vez. No des más que hablar, ni amagues la desgracia, ni tires sobre las lozas de la plaza y las tablas de las tabernas la fama de un hombre que merece respeto por su sangre y por sus tierras, y porque te ha escogido para señora de su casa.

NOVIA. (*Traspuesta y angustiada.*)—¡Pero si yo no quiero nada de estos males! Yo no he querido nada. No sé qué cadena es ésta ni qué bruma la que me borra las cosas y me suspende

MADRE.—¿Te ha hablado de amores?

NOVIA.—Nunca. Un día creí que lo haría. Trajo una vara de nardo con sus flores y me empezó a decir que era igual que yo de derecha, de clara, de fresca y de olorosa. De pronto me dejó bruscamente la vara entre las manos y se fue huyendo.

MADRE. (*Con terror.*)—Tú lo quieres.

NOVIA.—Quizá tan sólo por esto: porque me huye, como no queriendo doblarse, y porque, le digo, es como un niño perdido entre las reses y las piernas grandes de los hombres de una feria.

MADRE.—¡Tienes que dejar de verlo!

NOVIA.—Yo quisiera.

MADRE.—¿Pero estás tan loca? ¿Contestas con esa flojera, cuando tienes el casorio tan dentro de la casa que es como si ya oliera su pan y se moviera la bulla de la gente?

NOVIA.—Contesto eso. No tengo firmeza para decir otra cosa.

*Dichos y Criada.*

CRIDA. (*Desde la puerta.*)—El novio quiere verla. Está abajo. Yo lo he mantenido, por si ahora no era conveniente.

NOVIA. (*Inquieta.*)—Dile que... Ahora no lo podría ver.

MADRE.—¡Mujer!

NOVIA.—Sí, ya sé. (*Sin firmeza, con angustia.*) Tengo que ser leal con él, y la casa, y mi palabra, y la gente del pueblo. Por esto. Si lo viera ahora, no sé qué pasaría. ¡Déjeme, madre, que vaya a llorar! Después estaré más sosegada. Salga y dígame que me he puesto mala. (*Sale.*)

MADRE.—¡Hija! ¡Tal desgracia! (*A la Criada, con rencor.*) Y tú lo sabías.

CRIADA.—Pues...

MADRE.—¡Contesta! ¿Lo sabías?

CRIADA.—Sí.

MADRE.—¿Por qué no me le dijiste a tiempo?

CRIADA.—Ella tenía que contárselo a alguien. Ya sabe usted cómo abrasa el pecho una cosa así de mujer si se la calla. Me lo dijo a mí. Pero me pidió silencio con el alma amarga. Se lo juré, porque la quiero como si hubiera sido yo quien la tuvo arrente de las carnes, pesando y dando el dolor de trigo granado que dan los hijos.

MADRE.—Duermes bajo mis techos y comes mi pan y, sin embargo, has dejado que ruede este daño.

CRIADA.—Ni sé por qué lo hice. También por él habrá sido, que ella me lo metió por los ojos como sacado de un romance. Ese hombre debe tener la fuerza de los licores que aflojan los brazos y alzan el sueño de día.

MADRE.—¡Calla! Tal desgracia. (*Se sienta y llora.*)

*Dichos' y el Novio.*

NOVIO. (*Desde la puerta.*)—¿No ha venido?

MADRE.—Sí... Entra, hombre.

NOVIO.—¿Por qué no está aquí, sobre todo en estos días? Ahora ya no es mocear solamente lo que se necesita, sino hablar de cosas importantes, de ropas y de esto... Usted sabe.

MADRE.—Sí.

NOVIO.—Me viene como huyendo estas últimas semanas. Se pone mala de repente. Yo lo creo, porque las mujeres son más flojas y algunas sacan miedo a romper con lo suyo y entrar en casa ajena, que al principio siempre lo es. Pero así, enferma, no debiera casarse. Debe ir como una manzana a la iglesia y a mi casa.

MADRE.—Debe ir sana, sí.

NOVIO.—Yo quiero hablar con ella de esto. Creo que es importante. (*Advirtiendo de pronto el pesar de la Madre.*) Pero usted también está rara... ¿Qué es lo que pasa?

MADRE.—¿Qué ha de pasar?

CRIADA.—¿Por qué había de pasar algo?

NOVIO. (*Tranquilo.*)—¿Entonces, ese pesar que usted aparenta...? Algo hay y lo traen callado. Pienso que yo no debiera ser el último en entenderlo... Si está enferma, no importa. Esperaré, que ella es nueva y tiene buena sangre. Pero quiero hablarle del particular.

MADRE.—Es natural. Pero ahora, ella... (*Rompe a llorar y sale.*)

NOVIO.—¿Qué es esto? ¿Por qué me huye también y llora...? (*A la Criada, fuerte.*) Tú, ¿qué es lo que pasa y qué anda tan enmantujado entre ustedes?

CRIADA.—Yo no sé nada.

NOVIO.—Tú sabes. ¡Dime o te arranco la lengua!

CRIADA.—¡Suelta! Yo no sé nada.

NOVIO. (*Tomándola reciamente por los brazos.*)—No te irás sin decirme, porque a golpes o como sea te sacaré las palabras. ¡Habla!

CRIADA. (*Atemorizada.*)—Pues dicen que la niña ha conocido a ese forastero que anda errante por las afueras del pueblo y durmiendo en las cuevas del monte...

NOVIO.—¿Y qué más?

CRIADA.—Dicen que lo ve y que anda en coloquios con él.

NOVIO.—¿Qué más dicen?

CRIADA.—Nada más, que yo sepa. (*El novio la suelta, quedando abrumado.*) No digo que esté bien, pero sí juraría sobre los huesos de mis muertos que no ha salido de esos términos. La niña es buena como la tierra llovida. Sólo tiene pájaros en la cabeza... Todos no nacemos de la misma condición.

NOVIO. (*Sombrío, pero sereno.*)—Di a los padres que yo vuelvo a hablar con ellos a la hora del sol puesto. Creo que para entonces habré terminado y estaré aquí. (*Inicia la salida.*)

CRIADA. (*Angustiada.*)—¿A dónde va usted?

NOVIO.—Al campo. Quiero ver a ese forastero. También conmigo tendrá su coloquio.

CRIADA.—¡Cuidado! No vaya usted a desgraciarse, que ya es bastante.

NOVIO.—Ya es bastante, sí. Lo que pase de aquí para adelante será mucho menos sonado que lo que hasta ahora rueda por ahí, por las calles y detrás de las ventanas.

CRIADA. (*Cojiéndolo de un brazo, implorante.*)—¿Pero hable usted con ella antes! Ella le dirá y así sabrá usted...

NOVIO.—Ya sé lo suficiente. Y escucha. No digas a nadie dónde voy, y menos a ella. Si alguien me atajara por ti vendría a buscarte también, aunque volviera amarrado por las muñecas. (*Sale.*)

**CRIADA.** (*Corre hacia la Novia, se arrepiente y va un instante a la ventana, desatentada. Luego avanza hacia el centro diciendo el conjuro como una salmodia.*)—

Por nuestro mal te dormiste,  
 guardián de las candelas.  
 Te ganó los muros  
 y se echó fuera  
 el que suelta los cabos del viento  
 y apaga las hierbas,  
 y prende en el ramo y la ubre  
 la maleza negra;  
 el que siembra de ansias y alfileres  
 las camas solteras  
 y acecha el descuido  
 de las escopetas  
 para meter por las puertas adentro los muertos  
 que no se esperan.  
 ¡Arriba, Miguel!  
 ¡Vuelve todo al oro, punto y fiel!  
 Levante en seguida  
 tu espada dormida.  
 ¡Por el ramo de Santa María, no tenga sosiego  
 hasta que su punta lo devuelva al fuego!  
 ¡Despierte en seguida  
 la espada dormida!  
 ¡Arriba, Miguel!  
 ¡Vuelve todo al oro, punto y fiel!

**MADRE.** (*Amarga.*)—¿Dónde se ha ido?

**CRIADA.** (*Indecisa.*)—Pues a su casa, será. No sé.

**MADRE.** (*Fuerte.*)—¡Di la verdad! ¿Por qué tienes que engañar siempre y que mentir siempre?

**CRIADA.**—No sé nada. Tengo miedo.

**MADRE.**—¿Por qué no ha insistido en ver a la novia?

**CRIADA.**—Yo se lo pedí y no quiso.

**MADRE.**—Ese hombre va a perderse. Unas encima de otras, todo va acabar en un monte de desgracias. ¡Por ella, que tantos años tuvo dormidos los potros de su raza! ¿Quién había de pensar que al cabo le retoñara en la sangre el rancajo de los que la trajeron a la vida, después de tanto tiempo como una paloma, sería, como si fuera de los míos? ¡Qué castigo, Dios! ¡Me negaste los hijos, que ni las ceras, ni los llantos, ni mis romerías descalzas te ablandaron! Y el que tomé prestado me abre la portada como un golpe de viento y me colma la vasa de duelo...

**CRIADA.**—¡También los hijos propios, cuando dan en salir cam-

bados... ¡Usted no la parió, pero la trabajó, como se trabaja el pan desde cernido a guisado. Si ella sale mala, es su cadena que la tira. Del sino nadie tiene culpa. La casa ha de quedar con el mismo relumbre que tuvo siempre.

*Dichos y el Padre.*

PADRE. (*A la Criada.*)—Sal. (*La Criada sale en silencio.*) ¡Está ella aquí?

MADRE.—Sí.

PADRE.—¿Lo sabes...?

MADRE.—Sí.

PADRE.—Hallé al novio en la calle, agitado. Me lo dijo. Iba al monte en busca del forastero.

MADRE. (*Poniéndose repentinamente en pie.*)—¡Jesús!

PADRE.—No lo hallará. El está aquí, en el pueblo. Baja a comprar y siempre da un rodeo, hasta esa tienda que está en las afueras. Casualmente lo había visto entrar allí. He hablado con él.

MADRE.—¿Qué ha dicho?

PADRE.—Es un loco, desde la estampa hasta las palabras que habla. Me sacó a un rincón de la tienda, donde era mayor el oscuro, y me contó con ojos extraviados una historia como de libros. Las voces le suenan a viento.

MADRE.—Harías con él lo que han hecho siempre los machos de nuestras casas.

PADRE.—Tiene palabras que desarman y convencen. Si el novio lo hallara y lo dejara hablar, se harían hasta amigos, creo.

MADRE.—¡No le has dicho siquiera las palabras fuertes que merece...! También a ti te ha engañado.

PADRE.—No. Me dijo cosas que dolían como una pena de muertos propios. Luego no tiene miedo de nada ni de nadie. No está para hablarle en razón ni darle cara de hombre. Sólo le pedí que se fuera en seguida. Me prometió trasponer de estas rayas cuanto antes.

MADRE.—Mentira.

PADRE.—No. Lo juraría.

MADRE.—¿Lo viste salir?

PADRE.—Todavía está en los contornos. Quiere venir, cuando haya menos luz, a verla a ella y a hablar al novio. No entiende que es locura imposible.

MADRE. (*Exaltada.*)—¡No pasará los umbrales de mi casa! (*Corre a la ventana y llama fuera.*) ¡Pablo, Lorenzo, Manuel! ¿Dónde están los hombres? (*Aparece la Criada.*) ¡Diles que suban!

PADRE.—No les digas nada. Ya lo saben. Ellos no lo dejarán entrar.

*Dichos y la Novia.*

NOVIA.—¿Para qué arma esa bulla? Llena la casa de gritos y llenará el pueblo entero.

MADRE.—¡Lo llenaré! Han de resonar como un caracol por toda la isla mientras la honra de mi casa se mantenga en lenguas por tu flojera.

NOVIA.—Pero si no hay nada grande, madre, en esto.

MADRE. (*Sordamente.*)—Deja de llamarme madre.

NOVIA.—Pero si nada grande está perdido... ¿Cuántas veces no le he contado por las mañanas mis sueños de la noche? Usted sonreía de ellos. Y cuando a veces se alarmaba, reía al final. “Son locas las cabezas dormidas”, decía.

MADRE.—Ahora no es sueño. Un hombre de carne y hueso se atravesaba como un animal muerto en medio de mi patio barrido.

NOVIA.—Sólo le preocupa el primor de su patio...

MADRE.—¡Sí, por que tú no eres...!

PADRE.—¡Calla, mujer! ¿A qué sacar historias?

NOVIA.—Déjela. Si ya lo sabía, padre. Desde hace años lo sabía. Siempre hay quien le diga a una las cosas negras. Fuerzas grandes me costó trancar mis llantos porque no supieran ustedes que acabó el secreto... No hay nada en todo esto. ¡Lo juro por el golpe de mi corazón! Es igual que si subiera a las huertas por ver los árboles en el tiempo de su flor.

*Dichos y el Forastero.*

PADRE.—¿Cómo ha podido...?

MADRE. (*A la novia.*)—¡Entra en la casa! (*La Novia sale, sumisa.*)

FORASTERO. (*Sereno, grave. A veces cínico, a veces irónico.*)—Le dije que vendría... Abajo me quisieron impedir la entrada, pero le tomaron miedo a mis manos, que no llevaban ni una vara verde... (*Las muestra, oscuras e hinchadas.*) Puede ser falta tocarlas. Todo el mundo, y particularmente la gente aldeana, tiene terror a esto... (*Se señala el rostro y vuelve a mostrar despacio las manos, que mira gacho y sombrío.*)

MADRE.—¡Dios!

PADRE.—¿Y ella lo ha tocado?

FORASTERO.—Ni lo ha querido ni yo la hubiese dejado.

PADRE.—¡Váyase usted!

FORASTERO. (*Avanzando, tranquilo y con firmeza.*)—En seguida... Vengo a dejar las cosas de ella, sus asuntos, en el sitio que deben tener. Ustedes las han sacado de quicio. Y la empujan a la desgracia.

MADRE.—Usted ha sido quien la ha empujado.

FORASTERO.—Aparentemente, sí. Pero hay culpas que no lo son de verdad. ¿Tienen culpa los rosales de su patio de encenderle la casa y hacer presente el aire? Si yo fuera también un niño en los años, o tuviera una enfermedad corriente, entre unas sábanas, ella hubiera estado cerca de mí y no habría pasado nada. Todo resultaría entonces sencillo, como un paseo del domingo en la plaza. Pero el tiempo me ha hecho representar un hombre y la vida un animal de garra. Camino por los caminos, bajo a la tienda, subo a lo alto del cerro las noches de luna llena. Y llevo este aire de lobo con hambre... Represento un riesgo fatalmente... Sobre esto, ella se va a casar con alguien que hace una boda para su casa y para todo el lugar al mismo tiempo. (*Mirándolos cerca.*) ¿No hablo claro...? Es difícil hallar quien entienda cosas como las que digo, mucho más entre gente campesina.

PADRE.—Repáre en lo que habla.

FORASTERO.—¿Por qué? ¿Por que usted lo manda? Deje de ser un hombre fino hace muchos años. Repelo la mentira como los perros rabiosos el agua. La única persona sobre la tierra a quien considero es ella, que está pensada por Dios para ser caricia limpia, como el aire de la primavera. (*Duro.*) Ella es mejor que todos ustedes juntos. Claro que no tienen culpa de ser unos miserables. (*Al Padre.*) ¿Usted pediría responsabilidades a la palmera porque no se aquieta también cuando la alcanza el viento...? Quizá sí. La gente de los lugares tiene la mente estrecha y el corazón contrahecho... Ella es buena. ¡Y ni usted, ni usted, ni él, se atreverán a hacerle daño alguno, porque desde lejos celaré su suerte. Y si se la tornaran mala volvería.

PADRE.—¡Váyase, por piedad!

FORASTERO.—¿Por piedad de quién? ¿De ustedes y de él y del pueblo todo, que aguardan para cornearla con la misma cequera de un toro...? (*Calmado.*) Aún es pronto. Volvería, óiganlo bien. Y los dejaría viviendo, pero marcados. A él, al novio, también. El la tendrá que querer y mimar como usted, señora, mima esos rosales primorosos que he visto en su patio. No parece que me gustan los rosales, ¿verdad? Y como él cuida los animales galanos que lleva a las ferias. Me gustaría morder una vena de alguien que fuera desleal a esto que digo y estrujar en la herida mis carnes enfermas...

MADRE.—¡No quiero verlo más!

PADRE.—Le vuelvo a rogar que salga de la casa.

FORASTERO.—Todavía no me he despedido de ella ni he hablado con el novio. Es muy importante que ella conozca mi deseo y él mi amenaza... Lláménla.

PADRE.—No.

MADRE.—¡Por Dios!

FORASTERO. (*Fuerte.*)—¡Llámenla!

PADRE. (*A la Criada.*)—Dile que venga. (*Sale la Criada.*)

FORASTERO. (*Mirando en torno.*)—¡Qué bien hubiera vivido yo aquí! (*Reacciona bruscamente.*) ¿Dónde está el novio?

PADRE.—Fuera. No lo sé.

FORASTERO.—Mande usted que lo llamen y lo traigan.

PADRE.—Le dije a usted antes que por Dios evitara encontrarlo.

Es un hombre.

FORASTERO.—Es un pobre hombre... ¡Mande a buscarlo!

PADRE.—Ahora mandaré.

FORASTERO. (*Curioseando las cosas de la casa.*)—Yo tuve también una casa así, casi tan llena como ésta de paz y de silencio y de amor. Las ventanas tenían unos visillos leves y por ellas entraba a gusto el sol. Por ellas entró también la sombra un día... (*Vuelve a interrumpir bruscamente el abandono.*) ¿Por qué no viene la novia?

PADRE.—Han ido a buscarla.

FORASTERO. (*Volviendo a mirar las cosas.*)—Mi mayor desventura entonces, ¿sabe usted, señor?, fue no entender por qué ella me lo había hecho. Resultaba tan enormemente absurdo para mi pensamiento, que era nuevo y sano, como el deseo de comprender el origen de los mundos, que prende si uno se tira de noche en medio de la paz del campo, cara al cielo, y mira las estrellas. ¿De dónde vienen, quién las echó a rodar por el viento, por qué son y para qué son...? ¿Usted no ha probado a hacerse, señor...? Es angustioso, como si le pusieran a uno un monte sobre el corazón y le ganara de pronto la cabeza una ráfaga de locura... (*Va a la ventana, inquieto, y vuelve.*) Aquí, en las aldeas, es fácil ser feliz. (*Duro.*) Sólo que ustedes se empeñan en meter la mano hasta la raíz de las aguas y despertar el fondo que las ensucia. Créame: todo pudiera ser simple, como las varas del trigo y las cruces del camposanto. Pero ustedes se empeñan en que no... (*De nuevo bruscamente.*) Dígame la hora que es.

PADRE.—Las siete de la tarde.

FORASTERO.—Quisiera alcanzar los cerros con luz. Mande usted de una vez por él.

PADRE.—Otra vez le digo que tengo miedo a que lo encuentre. Está como loco. Piense en su situación.

FORASTERO.—¿Qué situación? ¿La que han inventado él, ustedes, las gentes y las piedras estrechas del pueblo...? No hay nada que lo menoscabe, y esto quiero hacerle entender. ¡Si supiera

él lo que es sentirse despreciable, hatsa tener la sensación de que lo arrastran borracho las aguas de una cloaca...! ¡Bah! Después uno piensa y ve claro. La vida tiene unas leyes, señor mío, fuertes y crueles, como las tormentas. Una de ellas es que las mujeres no aman la inteligencia. Ellas son las que mejor sirven este encadenamiento repugnante de la vida. (*Cínico.*) Aquí me tiene usted a mí. Yo era el intelectual brillante, el artista. A mí me “rozó la frente el dedo de Dios”, como decía el poeta. Pero lo que esto impresione a la hembra es cosa pasajera. En su fondo, agazapada y presta, está la fuerza real. Un día puede saltar, si surge un requerimiento suficiente... La naturaleza manda, usted lo habrá visto en el campo, cuando remochan los plantíos, cuando relinchan los potros, cuando abandonan orillas y ganados los perros porque el aire trajo un olor fuerte como una cadena... Yo lo he visto en la ciudad, en mi casa. Por entre los mismos visillos por donde saltaba la alegría del sol, pasó un día esa fuerza. Perdí, claro... (*Poniendo el gesto y el oído atentos.*) Pasos... Son los de ella, que viene...

*Dichos y la Novia, seguida de la Criada.*

FORASTERO. (*Contiene el impulso de ir hacia ella. A la Criada.*)—

Salga usted en busca del novio. (*Ella queda indecisa. Fuerte.*)

¡Salga usted! (*La Criada sale.*) He venido a decirle adiós.

NOVIA.—¿Se marcha?

FORASTERO.—Antes de la medianoche estaré en otra comarca. No me gusta parar mucho tiempo en los sitios. Como no tengo en qué ocuparme, debo caminar para no pensar... He venido a decirle que usted tiene obligación y derecho a ser feliz...

CRIADA. (*Vuelve agitada.*)—El viene. ¡Cuidado! El novio viene subiendo las escaleras.

PADRE.—¡Váyase usted! Hágalo por ella, al menos. (*Corre a la puerta.*)

FORASTERO.—Por ella es por lo que no me voy. No ha de pasar nada. Déjelo entrar. (*Aparece en el umbral, demudado, el Novio. El Padre lo contiene. Está pálido y serio.*) Lo esperaba. Venga usted. (*Fuerte.*) ¡Venga usted! (*El Novio avanza, dominado.*) He venido también para hablarle. Le estaba diciendo a ella en este instante que tiene obligación y derecho a ser venturosa.

NOVIO.—¿Usted quién es para disponer?

FORASTERO.—La verdad, la realidad.

PADRE. (*Conteniéndolo.*)—¡Déjalo!

FORASTERO.—Escúcheme. Voy a repetir que ni éstos, ni usted, ni nadie, le procurarán desgracia, ni siquiera un mal llanto, por lo mío. Yo lo quiero así. Usted también me lo prometerá. Puestos a matar, usted lo pierde todo. Yo, nada.

NOVIA.—¿A matar? ¿Por qué a matar? Quedará todo bien sin necesidad de temerlo. ¿Por qué han de temerlo si es usted bueno?

FORASTERO.—Por usted. Este mal de mis carnes—¡parece mentira!—la guardará... ¿Recuerda que me preguntaba por qué tenía la piel hinchada, rugosa y áspera? La engañé siempre porque necesitaba de usted como del aire. Le dije siempre que el sol africano me había marcado, como el hierro a las bestias. Era mentira. Estoy enfermo de un mal terrible... (*Al Novio, entre irónico y amargo.*) Usted, que anda en esas congojas de su "honra", ¿quiere saber una cosa de verdad cruda...? Yo dejé la que fue mi casa y hui, sin destino, al azar. Acabé en unas tierras abrasadas, cerca de los trópicos. Buscando en qué ocuparme hallé a unos hombres que luchaban oscuramente, olvidados de las mujeres y de las flores, contra la enfermedad más acerba conocida. Allí había un joven médico, que había sido compañero de primeros estudios. Me junté a él, estudié, le ayudé con rabia y con alegría, amando apasionadamente la misión y el riesgo. Al cabo del tiempo acabé contaminado... (*Reaccionando.*) No me gusta que me encierren. Desde niño amo la libertad con el mismo aliento de los pájaros. Por esto vago de acá para allá, escondiendo lo que tengo bajo las barbas y en las cuevas. Mientras me sostengan los pies, caminaré. Pero ahora sólo entre estas montañas de la isla. Tengo que velar por usted como si fuera un hijo y yo amara la ley de la vida... (*Se interrumpe brúscamente y mira a la ventana.*) Es tarde. Tengo prisa ahora. (*Al Novio.*) No puedo repetir otras cosas que he dicho. (*Al Padre.*) Pero usted se las dirá, ¿verdad? (*Le habla con cierta ternura.*) Usted tiene grandes y claros los ojos. A usted la vida no le ha hecho daño, y por eso su juicio es alto. Todo se reduce a que él vea que las gentes, los hábitos y su mente le han creado un fantasma. (*Al Novio.*) ¿Cómo habría de asustarse usted en pleno mediodía del espantapájaros que ponen en la ladera de las viñas? Es sólo paja con un parecer humano, ¿comprende? Adiós. (*Sale rápido, sin mirar a nadie.*)

NOVIA.—Adiós. (*Va a la ventana y lo ve partir.*)

MADRE. (*Sentándose, dolorosamente, y después de una pausa.*)—  
Es un loco.

PADRE.—Es como si un santo se volviera loco.

NOVIA. (*Viene hasta el Novio y lo toma sencillamente de la mano,*

*con los ojos bajos.*)—¿Tú no querías hablarme de cosas importantes sobre el casorio: de ropas y de cosas de éstas? (*El Novio la mira suspenso y vuelve luego sus ojos al Padre.*)

PADRE.—Ve. Después hablaré yo contigo.

NOVIA. (*Saliendo de la mano del Novio, sencilla y dulce.*)—¿Has visto terminado mi traje de novia? Tiene ya los ramos de azahares contrahechos que se encargaron a la ciudad. Llegaron esta mañana. (*Mutis.*)

## TELÓN



3

!!!SEAMOS ALEGRES!!!



## CUADRO I

### *DIAS FELICES*

*Director, Charlie y orquesta.*

DIRECTOR.—Todo tenía que estar listo para empezar el ensayo.  
¡Y aún hay gente por llegar!

CHARLIE.—Creo que sólo falta ya una chica del coro.

DIRECTOR.—¿Por qué no llega a su hora? ¿Qué se ha creído que es un ensayo general? Luego, los trajes de este número sin terminar.

CHARLIE.—La modista me acaba de asegurar que los acabará mañana muy temprano.

DIRECTOR.—¡Yo empiezo como sea! ¡Más luz blanca de la batería!

CHARLIE.—¡Batería!

DIRECTOR.—Todavía está pobre. ¡Di que enciendan los focos laterales! ¡Que proyecten alguno hacia aquí!

CHARLIE.—¡Sí, señor!

DIRECTOR.—¡Pongan el máximo de luz blanca!

CHARLIE.—Dicen que no tendrá toda la luz que pide.

DIRECTOR.—¿Y qué les has dicho?

CHARLIE.—Que si siguen sin fiarse de los embalses.

DIRECTOR.—¡Esa orquesta, a su sitio! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Avisa! ¿Todo listo?

Voz.—¡Sí, señor!

DIRECTOR.—¡Arriba el telón!

*La orquesta toca su número de entrada.*

## CUADRO II

*Una chica llega tarde.*

AYUDANTE.—¡Ruédendolo un poco a la derecha! ¡Así queda bien!

Oiga, ¿en qué número actúa usted?

CHICA.—¿Yo? Pues en ninguno.

AYUDANTE.—Entonces, ¿qué hace usted aquí?

CHICA.—Verá usted, yo...

AYUDANTE.—¿Cómo se le ocurre que la noche de un ensayo general puedan contratarse coristas?

CHICA.—Sí, pero es que yo...

AYUDANTE.—Bueno, de empeñarse... A ver, a ver como está usted. Un poquito más arriba...

DIRECTOR.—¿Qué haces ahí?

AYUDANTE. (*Dirigiéndose a un telón, dentro.*)—¡He dicho que más arriba!

DIRECTOR.—¿Pero qué hace usted?

CHICA.—Llamaron a la granja de al lado pidiendo unos bocadillos. Vine a traerlos. Y este señor fresco se ha empeñado... Ya ha visto usted.

DIRECTOR.—¡Váyase de aquí! ¡Charlie! ¿Por qué han subido ese rompimiento? ¡Bájenlo! ¡Charlie! En lugar de estar haciendo tonterías y perdiendo el tiempo deberías haber averiguado ya qué pasa con esa chica que no ha venido. ¡Búscala!

AYUDANTE.—No creo que la halle. ¡Pero si la hallo paga la bronca! ¡Oiga!

CHICA.—¿Me llamaba usted, guapo?

AYUDANTE.—Oiga, que yo no trabajo permisos de automóviles. ¿Qué le parece?

CHICA.—Me parece el anuncio del Cerebrino Mandri. Y es una pena, con la facha que usted tiene de galán de Hollywood... a medias.

AYUDANTE.—¡Oiga, con chufas está peor! ¡Tiene usted multa por retraso!

CHICA.—¿A que no?

AYUDANTE.—¡Casi seguro que no! ¡Quiniela única de catorce resultados!

CHICA.—¡Adulón!

AYUDANTE.—Yo no tengo que adularte, chata. Si acaso, tú a mí. Aparte que has venido con retraso, eres... “quiniela” en rama.

CHICA.—Ese piropo tiene premio. ¿A usted le gusta esto? (*Ofrece un caramelo.*)

AYUDANTE.—¡A mí me gusta esto... y lo otro, guapa!

CHICA.—¿Y de la multa, qué?

AYUDANTE.—¿Pero ha hablado alguien de multa, chatona? Yo no le pongo multa sino a los hombres.

DIRECTOR.—¡Charlie!

AYUDANTE.—¡No estoy para nadie!

DIRECTOR.—¿Pero qué haces ahí?

AYUDANTE.—¡Lo dicho, señorita: tiene usted multa por retraso!

DIRECTOR.—¡Vaya usted a su camarín! ¿Qué es eso de la multa?

AYUDANTE.—¡De la multa he dicho! Estas niñas, que siguen con el cuento de los tranvías parados...

DIRECTOR.—¡Eso no es un cuento! ¡El cuento es el tuyo, y me estoy hartando! ¿Dónde tienes la carpeta con los figurines? ¡Lárgate a por ella! ¿Listos?

Voz.—¡Cuando quiera!

DIRECTOR.—¡Oído! ¡Arriba el telón!

### CUADRO III

#### LA INTERVIU

*Director, ayudante y periodistas.*

CHARLIE.—¿Satisfecho?

DIRECTOR.—Aún puede quedar mejor.

CHARLIE.—Los cronistas de prensa de que hablé están esperando. Podría recibirlos mientras montan ese número.

DIRECTOR.—Atiéndelos tú ¡No, espera! Los veré un momento. Díles que pasen. ¡Oiganme! Esos filtros no los cambian bruscamente. Hay que pasarlos despacio. ¡Y manéjenlos por el orden que he dicho!

DIRECTOR.—Me pillan ustedes ocupadísimos. Les agradecería que fuesen breves.

PERIODISTA 1.º—Lo seremos. Y rompo el fuego. ¿Se propone usted renovar el espectáculo de variedades?

DIRECTOR.—Yo no me he propuesto nada trascendental. Simplemente realizo una antigua ilusión: montar una revista alegre.

PERIODISTA 2.º—Puesto a hacer teatro, ¿por qué ha preferido este género?

DIRECTOR.—Es grato y optimista. Hacen falta ahora cosas estimulantes, ¿no les parece? Algo así como el café, el coñac y el cardiazol para los que tienen el ánimo caído.

PERIODISTA 1.º—¿Cree que esto es... medicamentoso? ¡Con perdón!

DIRECTOR.—¡Cómo! En lugar de ensayar sobre psicoanálisis y ganglios debiera ensayarse sobre variedades teatrales. Todo lo que haga pasar al olvido el telón de acero, el servicio de tranvías y la baja del algodón es de alta utilidad social.

PERIODISTA 2.º—¿Cree que se podría hacer algo nuevo y eficaz para dignificar el género entre nosotros?

DIRECTOR.—Sería bueno crear e imponer directores jóvenes que vayan y vengan más allá de los Pirineos. Y considerarlos como a bordo, donde el capitán manda y el marinero se calla.

PERIODISTA 1.º—¡Pues no pide usted poco!

DIRECTOR.—¿Les parece mucho?

PERIODISTA 1.º—Me parece una pica en Flandes.

DIRECTOR.—Bueno. Yo pruebo, a ver...

PERIODISTA 1.º—Y variando el tema. ¿Qué piensa de nuestras actuales artistas del género?

DIRECTOR.—Hay temperamentos y personalidades excepcionales, encumbrados a pulso, sin tarjetas... Pero creo que con una limitación. Proceden del pueblo en su gran mayoría, y su expresión casi única está en lo folklórico. Esto no es bastante.

PERIODISTA 1.º—¿Qué más se necesitaría?

DIRECTOR.—Pues artistas procedentes de otros medios sociales.

PERIODISTA 2.º—¿Las hay?

DIRECTOR.—Magníficas. No es difícil ver muchachas extraordinarias dando la sorpresa en actos benéficos y en fiestas privadas.

PERIODISTA 1.º—Con esa gente no se puede contar. No tienen necesidad del teatro para vivir.

DIRECTOR.—Yo no creo que sea la única razón de su retraimiento. En esos ambientes se sigue pensando que el teatro es fatalmente un plano inclinado sobre los azares y las liviandades peores.

PERIODISTA 1.º—Si pudiera liquidarse el donjuanismo de entre bastidores...

DIRECTOR.—¡Tonterías! Y usted perdone. A Don Juan lo tropiezan en el "hall" de un hotel, en las boites, en las plataformas del tranvía en las bocas del Metro... Y lo mismo le sirve a este caballero la media noche que el mediodía...

PERIODISTA 1.º—¿En resumen?

DIRECTOR.—Debemos aspirar a que junto a las espléndidas figuras de Carmen Amaya, de Lola Flores, de Juanita Reina... aparezcan artistas con apellidos, como la Churchill inglesa, como la Truman americana.

PERIODISTA 1.º—¿Ha hecho usted algo por realizar esa teoría?

DIRECTOR.—Naturalmente. Yo cuento ahora con gente nueva, procedente de medios alejados al teatro. Y ahora mismo, si se quieren ustedes quedar un poco, van a ver ensayar a una de ellas,

Olivia da Silveira, una guapa chica incorporada valientemente a la escena de variedades.

CHARLIE.—Señor, todo está listo para seguir.

DIRECTOR.—Bien. Ustedes me perdonarán. Si quieren quedarse por ahí, tal vez luego podamos charlar otro rato.

PERIODISTA 1.º—¡Naturalmente que nos quedaremos!

DIRECTOR.—Hasta luego, pues. ¡Di que suban el telón!

CHARLIE.—¡En seguida!

## CUADRO IV

### EL NAUFRAGO

NÁUFRAGO.—¡Agua! ¡Agua! ¡Agua, aunque sea de carabaña, que tengo la boca como los embalses de antes! ¡Agua!

RADIO.—Aquí Radio Inter-nos, en su emisión de sobrepostre. Interrumpimos nuestro programa musical para dar a ustedes la última hora de la actualidad.

NÁUFRAGO.—¡Al fin acompañado! ¡Esa voz...! ¡Oiga, quien sea: agua!

RADIO.—Parte meteorológico: “La borrasca que perturba el tiempo en el occidente de Europa aparece centrada sobre la Península Ibérica. Lluève que es un gusto.”

NÁUFRAGO.—¿Qué les parece? ¡Agua!

RADIO.—Del telón de acero para acá se han desbordado numerosos ríos. Las inundaciones han sido de miedo. Más allá del telón de acero no se han desbordado ni tanto así por expresa prohibición de los soviets. Un riachuelo que se permitió anegar unas plantaciones fue liquidado. En la zona democrática sigue lloviendo a todo meter.

NÁUFRAGO.—¡Ahí me las den todas! Yo necesito el agua aquí ¡Agua!

RADIO.—Tiempo probable: la llegada a Galicia de un amplio frente nuboso dará lugar a intensos chubascos en esta región, y posteriormente en el Duero, Cantábrico y Cataluña, con excepción de Barcelona, donde el Municipio, a falta de la fuente natural, movilizará su moderno servicio de carros con mulas para regar todo lo que buenamente se pueda. Enhorabuena.

NÁUFRAGO.—¡Si esto no es moler, que venga Dios y lo vea! ¿Pero es que no voy a encontrar a nadie que me dé un poco de agua? ¡Pago bien!

RADIO.—Oigan ustedes ahora nuestra sección de consejos útiles “Un consejo cada día”: No abuse del vino. ¡Beba siempre agua! El

agua fresca es la bebida más deliciosa y sana. Un buen vaso de agua mineral, con unas gotas de coñac o limón, constituye no ya un placer, sino un modo de hacer la vida más larga y más feliz.

NÁUFRAGO.—¿Qué modo de rechinchar, señores! ¡Agua!

FRANCIS.—¿Quién pedía agua por aquí?

NÁUFRAGO.—¡Al fin! ¡Negra de mi vida, yo! ¡Dame la cántara!

FRANCIS.—¿No puedes?

NÁUFRAGO.—No.

FRANCIS.—¿No tienes sed?

NÁUFRAGO.—¡Sí!

FRANCIS.—Pues bebe.

NÁUFRAGO.—“Es que no puedo con ella,—mamá, no puedo con ella...”

DIRECTOR.—¿Pero qué diablos hacen ustedes ahí con esas fachas?

NÁUFRAGO.—Ensayando.

DIRECTOR.—¿Quién ha dicho que se pase esto?

NÁUFRAGO.—A mí me lo dijo Charlie. Luego salí aquí y me encontré con ese telón.

DIRECTOR.—Y usted, ¿por qué se mezcla?

FRANCIS.—Pedía agua y me dio pena. Yo tengo buenos sentimientos.

DIRECTOR.—Me llenaré de paciencia. Váyanse a sus camarinos y no hagan nada hasta que yo les avise. Su número de Josefina Baker va luego.

LOS DOS.—Sí, señor.

DIRECTOR.—Maestro Balcells, vamos ahora a la canción de la estrella, de Tanhauser. Perdóneme, le ruego nuevamente ajustarse estrictamente a la partitura de Ricardo Wagner, conforme ha venido usted haciendo en ensayos anteriores. Así se lo he recomendado también al barítono Rudolf Kraus. El sabe que lo he traído de Alemania de modo especial, porque su voz responde con la mayor dignidad a la categoría de esta gran romanza.

BALCELLS.—No se preocupe, que se hará como usted ha venido indicando. ¿Pero qué cree, que este trozo de ópera será bien acogido por el público?

DIRECTOR.—Yo no lo sé. Pero no es la primera vez que se montan en esta clase de espectáculos números de grandes músicos pasados. Schubert y Schumann, por ejemplo, han dado y siguen dando motivos para bellísimas escenificaciones. Yo me he atrevido ahora con el gran compositor alemán, contando también con el conocimiento y el exquisito gusto del público barcelonés, a mi juicio, uno de los musicalmente mejor preparados del mundo. Vamos a probar. Preparado.

## CUADRO V

## EL POETA LOCO

DIRECTOR.—¡Charlie! ¡Charlie!... ¿Pero dónde se mete este hombre...!

POETA.—¡Atención a lo extraordinario!

DIRECTOR.—¿Qué trae usted?

POETA.—¡La revolución! Aquí dentro...

DIRECTOR.—Mire, le daré una tarjeta para el director del San Baudilio...

POETA.—No. Tiene que atenderme usted. ¡Soy un genio!

DIRECTOR.—Eugenio..., Eugenio...

POETA.—¡No! ¡Un genio!

DIRECTOR.—Ah, sí: pintor moderno.

POETA.—Distinto: soy el platillo volante de la poesía.

DIRECTOR.—Bueno, acabe de una vez.

POETA.—¡Acabo! ¿Ve usted este aparato? Contiene sonidos, aromas y colores. Se instala una sencilla red eléctrica, con unos diez mil enchufes, aplicados a las butacas. El espectador pone su mano encima de un aparatito igual a éste. Yo recito entonces. Y a tono con el poema, el público va percibiendo colores, olores, armonías...

DIRECTOR.—Usted se ha equivocado de puerta. El congreso de inventores está en Madrid...

POETA.—¿Ir a Madrid...? ¡Es que usted no cuenta con la Renfe...! Y al grano. Se trata de la desintegración de lo lírico mediante el bombardeo del núcleo nervioso donde radica la emoción poética.

DIRECTOR.—Eso, llévelo usted al Trascacho. Aquí no tiene ambiente.

POETA.—¡Todo lo fenomenal es espectacular! Y no discutamos, ¡empuñe esto!

DIRECTOR.—¡Oiga, no dará calambre...?

POETA.—¡Yo no podría dar ni eso...! ¡Calle y oiga!

POETA.—Voy a recitar un poema desintegrado y a hacerlo plástico para usted...

DIRECTOR.—Esto me parece que ya lo ha hecho Dalí...

POETA.—¡Miente usted! ¡Dalí! ¡Ja, ja, ja...! Ya quisiera él... Y es que no hay que tener Dalí. ¡Hay que tener "d'aquí"! ¡Más le digo! Si yo fuera pinturero—a Dalí le cantarí—: quien te puso Salvador...—¡qué poco te conocía!...—, y escúcheme de una vez:

del gran reloj de cuco que el mundo se ha inventado.

¡Más que una campanada es un lamento  
de un hombre con juanetes y pisado!

¿Qué hora es?—preguntan los García,  
los Pérez, los Rodríguez...—

¡La ONU!

¡Vaya! ¿Cuándo será de día...?

Y el vate en el nocturno canta que cantaría:

¡Qué bella está la noche!

¡Qué alta está la luna...!

¿Qué hora es...?

La ONU.

Es ya una hora fija de enero a enero

que cual del coro al caño

va y viene, viene y va todo el año,

de Washington al telón de acero.

Y es que los paralelos, y es que los meridianos,

Viene una campanada constante por el viento

se han vuelto una gran jaula de burros, monos, grillos...

con tenderos que meten hasta el codo las manos

y que al sacarlas lucen gordos y áureos anillos...

¡Pobres gentes yendo y viniendo

del caño al coro, del coro al caño,

del caño al coro, del coro al caño,

del caño al coro, del coro al caño...!

DIRECTOR.—¡Pare usted!

POETA.—¿Es que no le gusta?

DIRECTOR.—No. Es que se va usted a embalar y la va a meter...

POETA.—Tenga confianza. Y sigo.

¡Pobres gentes

yendo y viniendo arriba, yendo y viniendo abajo

por una superficie de guardias y trabajo...!

Lo mejor son los puentes,

pero por debajo,

por donde tan campantes pasan ríos y afluentes

y gitanos...

¡Y todo sin la enguantada interferencia del urbano!

¡Oh, el urbano...!

El urbano

es la equivalencia del embrollo.

es el bollo hecho tráfico.

¡Más gráfico, agua!

¡Agua, gritó al despertar  
 el pueblo que al mundo aterra!  
 Y se oyó en hispana tierra  
 contestar:  
 ¿Agua...? ¡Ni hablar! ¡Que no, que no, María Cristina!  
 ¡Abajo la manguera, la ducha y la piscina!  
 ¿Vino, Noé, porrón...?  
 ¡Verdades sin discusión!  
 ¿Ninfa cristalina...?  
 ¡Mentira!  
 Reguemos el gazonete, el jardín, la calzada,  
 con alegre tintorro. ¡Que pillen la tajada,  
 el enamorado y la enamorada,  
 el pájaro en su nido,  
 la violeta, violeta, y la rosa, encarnada,  
 la mujer y el marido,  
 y la amante de éste  
 y del Oeste,  
 el concejal celoso y el adoquín sufrido...  
 (Este sufrido es de "Sufrir", y no de Wagner.)  
 Y etcétera...

Dígame, ¿qué le parece mi atracción?

DIRECTOR.—Pues, me parece... que si usted no se va ahora mismo,  
 se lo llevan en camilla...

POETA.—¡Cuidado, jefe, que soy de la casa!

DIRECTOR.—¡Charlie!... ¿Serás sinvergüenza...? ¿A qué viene esta  
 broma?

CHARLIE.—Le oí antes que necesitaba usted alguna atracción para  
 cubrir este intermedio y se me ha ocurrido ofrecerle esta crea-  
 ción mía...

DIRECTOR.—Mira, Charlie, que no está el horno para poemas. Vente  
 conmigo y no me hagas perder más tiempo.

CHARLIE.—Está visto que estaré toda la vida del caño al coro, del  
 coro al caño, del caño al coro...

## CUADRO VI

DIRECTOR y CANTANTE DE ÓPERA. Luego CHARLIE.

*Entra el Director, seguido del Cantante.*

DIRECTOR.—¿Pero otra vez...? ¿Me quiere usted dejar ya en paz?

CANTANTE.—¡No! Es cuestión de vida o muerte.

DIRECTOR.—¿Pero cuándo se va usted a enterar, ¡por fin!, que no me hace falta?

CANTANTE.—¡Creo que nunca! Yo le hago falta. Usted no tiene, por ejemplo... ¡Usted no tiene un buen cantante de ópera! Escúcheme a mí... ¿Qué tal?

DIRECTOR.—¡Eso no es canto!

CANTANTE.—¡Ah, no? ¿Qué piensa que es?

DIRECTOR.—¡Piedra viva!

CANTANTE.—¡Qué insulto! ¡A mí! ¡A mí, que fui la gloria del Metropolitan, de l'Opéra, del Liceo, del Scala...

DIRECTOR.—¡Charlie! ¡Charlie! ¡Ahí queda eso! (*Se lo tira de lejos.*) Despáchalo rápido. Y dile que si vuelvo a verlo te echo a ti y lo mato a él.

CHARLIE.—Lo primero es grave. Lo segundo creo que lo haré yo. ¡Oiga! ¡Oiga, o cambia usted el decúbito supino por la vertical, o lo suelto! A la una, a las dos...

CANTANTE.—¡Tiene que oírme, señor director!

CHARLIE.—Ya me ascendió... ¡Yo no soy el director!

CANTANTE.—¡Me da lo mismo! Escuche mi bella voz. Luego me contratará, seguro. ¡Maestro, acompáñeme *Los remeros del Volga.* (*Canta.*)

CHARLIE.—No sirve. Da la casualidad que lo que necesitamos es una tiple.

CANTANTE.—¡Io soy tiple! Ascolti, noy. Monsieur Camino, acompame, per favore, el "Valse de Musette" de *Boheme*.

CHARLIE.—Perdón. He sufrido un error. Lo que nos falta es un dueto.

CANTANTE.—¡Oh! Io soy un "duetto" también. Escuche usted esto de Franz Lehar, de *El país de la sonrisa*. Maestro, ¿quiere tocar para mí?

CHARLIE.—¡Escuche! ¡Que me escuche, digo!

CANTANTE.—¡Io quiero cantare! ¡Io tengo ganas de cantare!

CHARLIE.—¡Y yo de matare! ¡De matare! ¿Me oye?

CANTANTE.—¡Eso no me lo dice usted en la calle!

CHARLIE.—Sí. Quizá no se lo diga... Pero usted tiene que irse. ¡Oye, Manuel, ten cuidado no se te escape algún taco de madera, o algún martillo, que es que estoy aquí con un... con un cuarteto...

CANTANTE.—¿Qué es esto...?

CHARLIE.—¡Es la guerra...! ¡Manuel, más madera...!

## CUADRO VII

## QUE TIEMPOS AQUELLOS, DON MARIO

CHICA 1.<sup>a</sup>—¡Hola!

CHICA 2.<sup>a</sup>—Bon soir, mademoiselle... ¿Qué tal, querida?

CHICA 1.<sup>a</sup>—¡Chica...! ¿A qué viene ese tono?

CHICA 2.<sup>a</sup>—Influencia del traje, ya ves... Soy tan... tan así, de eso, que vestida de este modo me siento como si acabara de salir de un álbum viejo que hay en mi casa y viviera en otro tiempo. ¡Ya ves!... En cambio, me pongo un bikini, y camino a ritmo de "mambo" y masco chicle como una desesperada. ¡Ya ves!

CHICA 1.<sup>a</sup>—Bueno, chica, tú estás chalada...

CHICA 2.<sup>a</sup>—Eso me dicen en casa. Y eso me dice Pepe, ya ves.

CHICA 1.<sup>a</sup>—A lo mejor te hubiese gustado nacer en la época de esta obra que están montando...

CHICA 2.<sup>a</sup>—Pues mira sí, ya ves. El tiempo de esos retratos que tiene don Mario ahí dentro, con Blanquita y Capote, que fueron por lo visto un dúo de miedo; con *la Madriles*, que creo que era una cupletera de rompe y rasga; con ese Tamburini tan salado, que dicen que daba el "do" y era la atómica de entonces para las señoras; ese tiempo, chica, me cae a mí como me caería un bisón. ¡Ya ves!... ¿Y a ti?

CHICA 1.<sup>a</sup>—A mí me cae algo gordo, que dicen los americanos. "¡Ya ves", como dices tú.

CHICA 2.<sup>a</sup>—Es que tú no tienes temperamento. ¡Tuvo que haber sido estupendo! Será que a ti... vamos... yo no sé explicarte. Lo que te digo es que a mí me encanta el piropo, chica. ¡Y el marrón glasé me embelesa! Y esas telas antiguas, que arrullan a una cuando una camina, es que me ponen como una gata... ¡Ay, no me digas, hija, que ahora...! No oyes hablar más que del chut de Kubala, el cabezazo de Tarrés, el tío machote... Ay, chica, no me digas...

CHICA 1.<sup>a</sup>—Está bien, pero déjate de hablar y atiende a la indicación para abrir la cortina, que para eso nos han mandado aquí.

CHICA 2.<sup>a</sup>—Bueno, mujer... Pero oye, no te dan ganas de darle un beso en la frente a don Mario, ese simpático y animoso vejete que hace de protagonista de este "eskechet", como se dice ahora...? ¡Yo se lo daría hasta en la boca! ¡Ya ves!

CHICA 1.<sup>a</sup>—Sí, desde luego es un tío simpático. ¡Pero no te dis-

traigas, que hay que abrir a tiempo la cortina...! ¡Cuidado!  
¡La señal!

BASILIO.—Muy buenas tardes tenga usted, señor. ¡Aunque ya es casi la noche...!

DON MARIO.—Buenas tardes, Basilio. La noche casi, sí... ¿Qué haces?

BASILIO.—Ponía unos leños en el fuego... Usted se ha retrasado.

DON MARIO.—Sí. Se me han ido las horas por esos escenarios de Dios, discutiendo con algunos... zafados empresarios y actores de "ahora"...

BASILIO.—¡Lástima de tiempo...! No debería usted rebajarse.

DON MARIO.—No puedo remediarlo, Basilio. El teatro me sigue tirando como en la buena época...

BASILIO.—Lo mismo digo. ¡Qué veneno!

DON MARIO.—Pero creo que acabarán matando mi devoción, porque las cosas han cambiado de tal modo, que incluso vocaciones del temple de la mía se mellarán sin remedio.

BASILIO.—¡Lo mismo digo!

DON MARIO.—¿Será posible, Dios, que tenga que resignarme a mi tertulia del viejo café y a sus melancólicas charlas sobre nuestra vida de teatro, sobre nuestros recuerdos, tan amados...?

BASILIO.—¡Ay, don Mario, qué tiempos aquéllos! ¡Qué tiempos...!

DON MARIO.—¡Qué tiempos, sí, Basilio! ¡Qué distintos y qué felices tiempos!

BASILIO.—¡Qué pena, señor, que hayan pasado, que no podamos volver a ellos!

DON MARIO.—Pues yo estoy casi seguro que no tiene remedio. Esta tarde he visitado algunos compañeros, modernos empresarios y cómicos. En unas notas les llevaba mis sueños, unas magníficas ideas que tengo, destinadas a mejorar los pobres y chabacanos espectáculos actuales, devolviéndoles la gracia picante y el "chic" de nuestro tiempo... A pesar de la seriedad, de la indiscutible eficacia de esos planes... ¡se han reído de mí...!

BASILIO.—¿Que se han reído de usted...?

DON MARIO.—Sí, Basilio, se han reído de mí. Dicen que estoy anticuado.

BASILIO.—¡Dios nos asista!

DON MARIO.—¡Me hablaron, con lenguas insolentes, de algo así como concepciones y ritmos nuevos del teatro...! ¡Concepciones y ritmos nuevos! ¡Ja, ja, ja! ¡Imbéciles!

BASILIO.—¡Qué tiempos, don Mario! ¡Qué tiempos!

DON MARIO.—Tú has visto los esperpentos que andan por ahí...

BASILIO.—¿Visto...? ¡Padecido, que no es lo mismo!

DON MARIO.—Acuérdate de nuestras realizaciones, Basilio, de las cosas y figuras que yo lancé en mi época... Acuérdate, por

ejemplo, de esos dos genios, Blanquita y Capote, aquél gran dueto internacional consagrado en París; y recuerda a *la Madriles*, Adela *la Madriles*, reina y señora del género chico; y ese gran cantante: una voz de oro engarzada en un temperamento de platino.

BASILIO.—¡Ay, don Mario, qué tiempos aquéllos...!

DON MARIO.—Me ponen triste estos recuerdos, Basilio. Y además estoy cansado.

BASILIO.—Siéntese aquí, al lado del fuego. Olvídense ya, no vale la pena. ¡Qué tiempos, señor, qué tiempos!

DON MARIO.—Basilio, aguarda un instante. Antes de irte, dame mi álbum. ¡Buscaré consuelo en sus hojas amarillas, tan queridas...!

BASILIO.—¡Como no sea leña al fuego...! Tenga usted. ¡Ay, si volvieran aquellos tiempos de los cómicos de ley y los toros grandes, qué escándalo de vergüenzas y de carreras se iba a armar!

BLANQUITA.—¡Está soñando conmigo...! ¿Me oyes, Capote? ¡Nuestro buen don Mario sueña conmigo...!

CAPOTE.—¡Y conmigo! ¡Ya era hora de que reanimara soñando! Estoy pero que morado de esta posturita...

BLANQUITA.—¿Oyes...? En el cuadro de al lado se oye ruido.

CAPOTE.—¡Vuelve a dar que hacer Adela *la Madriles*, la divina...!

BLANQUITA.—¡Menos, rico...! Y ándate con ojo, que no quiero bromas broncas en el retrato.

CAPOTE.—¡Cuarenta años en el infierno y aún te duran los ce-  
los...! Adela, ¿tú también te has... meneado?

LA MADRILES.—También. Ya estoy deseando salir de aquí.

CAPOTE.—Oye, ¿y sigues... de "butem", como cuando andábamos por la vida?

LA MADRILES.—¡Naturalmente que sí! Mira un botón...

CAPOTE.—¡Ay!

LA MADRILES.—Hay porque hubo. Y donde hubo, siempre queda, rico...

BLANQUITA.—¡Lo que hay es poca vergüenza, "pa" no perder las mañas!

TAMBURINI.—Bronca al lado. *La Madriles*, seguro. No ha hecho más que despertar, y ya está armándola.

LA MADRILES.—¡Blanquita! ¡Capote!, ¿oís? También... se endereza Tamburini.

CAPOTE.—¡Aaaaaa...!

TAMBURINI.—¡¡¡Aaaa...!!!

CAPOTE.—¡Bravo! ¡Don Mario nos espera! ¡Hay que sacudirse y dar el salto!

DON MARIO.—¡Adela...! ¡Blanquita...! ¡Chicas...! ¡Y vosotros,

- gran Capote y Tamburini admirado! ¡Creí que me habíais olvidado...!
- BLANQUITA.—¿Olvidarte, Mario...?
- LA MADRILES.—¡Querido! ¿Cómo puedes decir eso?
- DON MARIO.—¡Perdonad...! Lo que importa ahora es que habéis venido a traerme la alegría de vuestra presencia. Quiero hablaros... Quiero deciros, antes de nada, que yo... pues... ¡Oh!, disculpadme. Estoy tan emocionado, que no puedo proferir palabra.
- CAPOTE.—¡Ni preocuparte! Nosotros tampoco proferimos palabra. “Proferimos” vino.
- TAMBURINI.—¡Bravo! ¡Bravísimo!
- TODOS.—¡Vino! ¡Venga vino! ¡Magnífica idea!
- DON MARIO.—En seguida lo tendréis. Entretanto, disponed de la casa como vuestra.
- LA MADRILES.—Chica, ¡estás majísima!
- BLANQUITA.—También tú te conservas... y sigues tan... zalamera como entonces...
- CAPOTE.—¡Oye, *la Madriles* sigue pero que de miedo!
- TAMBURINI.—¿De miedo? ¿Qué es eso?
- CAPOTE.—Perdona. Es una expresión de ahora.
- TAMBURINI.—¿Cómo la conoces?
- CAPOTE.—Es que hemos constituido sindicatos en el infierno. Tenemos vacaciones reglamentarias. Yo me las paso aquí arriba..., por el barrio chino y sus alrededores... ¿Tú, dónde estás?
- TAMBURINI.—Al lado del limbo. Dan bien de comer, pero a régimen.
- BLANQUITA.—¿Qué habláis ahí, pisaverdes?
- CAPOTE.—De nada. De la ONU, de las quinielas, de Corea...
- DON MARIO.—¡Es un vino antiguo, de nuestro tiempo, amigos, que conservo como una reliquia.
- BLANQUITA.—¡Tanta molestia, Mario!
- DON MARIO.—¡Es un placer!
- CAPOTE.—¡No, es un jerez!
- LA MADRILES.—Déjanos, Mario, que lo sirvamos nosotras.
- DON MARIO.—¡Encantado!
- CAPOTE.—Esto está bien atendido... Quiero decir que todavía... ¿Eh?...
- DON MARIO.—¡Mal pensado! Conservo como sirviente a un antiguo cómico, fiel y cuidadoso. El y mis sueños: sólo me resta esto...
- LA MADRILES.—Mario, tu copa.
- DON MARIO.—Gracias, Adela. ¡Porque los dioses os conserven eternamente la alegría y la juventud!
- TAMBURINI.—¡Puro néctar de los dioses, Mario, amigo!

DON MARIO.—Lo conservo para cuando vaya a morir, convidar a la muerte. Con él pienso tornarla dulce amante... Pero estamos de pie. Propongo sentarnos junto al fuego y hablar de nuestro tiempo.

CAPOTE.—¡No estoy conforme! Caeremos en un vino triste.

BLANQUITA.—De acuerdo. ¡Nada de vinos llorones!

LA MADRILES.—¡Los vinagres, para la ensalada!

TAMBURINI.—¡Bravo! ¡Bravísimo!

CAPOTE.—¡Tengo ganas de emborracharme, tengo ganas de gritar, tengo ganas de meterme con los guardias de la circulación...!

BLANQUITA.—¡Nada de tonterías! Vamos a cantar cosas de nuestra época.

TAMBURINI.—¡Bravo! ¡Bravísimo!

CAPOTE.—Empecemos nosotros mismos, Blanquita.

BLANQUITA.—¿Qué cantamos...? Decídelo tú, Mario.

DON MARIO.—Pues... ¿qué os parece aquel delicioso *Dúo de los paraguas*?

BLANQUITA.—¡Estupendo! Ven aquí, Capote. ¿Lo recuerdas?

CAPOTE.—Creo que sí. ¡Adelante!

*Música.*

DON MARIO.—¡Maravilloso! ¡Concepciones y ritmos nuevos del teatro! ¡Ja, ja, ja...! ¿Cómo quieres comparar—un charco con una fuente,—si al charco lo seca el sol—y la fuente permanece...?

BLANQUITA.—¿Qué dice...?

CAPOTE.—Algo de una permanente. Cosas de tajado. ¡Bien, Mario! ¡Qué estilo y cómo lo conservas!

TAMBURINI.—¡Io también quiero cantare! ¡Mi, mi, mi...! Lo que me pidas, Mario.

DON MARIO.—¡Gracias! Muy gentil. Cualquier cosa es buena.

TAMBURINI.—Cantaré para ti *O sole mio*.

*Música.*

TODOS.—¡Bravo! ¡Mucho! ¡Bravísimo!

DON MARIO.—¡Eso es arte! ¡Lo demás, cajas registradoras con musiqueja y maullidos dentro! ¡Folklore! ¡Jazz...! ¡Perdonad, pero es que no puedo contenerme! Estoy viviendo en una época desfachatada, insolente, sin concepto de la armonía, de la gracia, de lo "chic"...! ¡Por vosotros! ¡Y por la confusión de los presentes malandrines del teatro y el fracaso rotundo de los actuales esperpentos!

CAPOTE.—¡Bien...! ¡Uy, qué tablón está agarrando!

DON MARIO.—¿Sabéis hasta qué extremos ha llegado la desvergüenza?

CAPOTE.—¿A qué te refieres?

DON MARIO.—¡Me refiero al arte...! ¡Han llegado a profanar los dignos monumentos de la ópera!

TODOS.—¡Qué barbaridad! ¡Qué escándalo! ¡Es horroroso!

CAPOTE.—¡No es posible!

DON MARIO.—¡Yo no miento nunca!

CAPOTE.—Hombre, Mario, lo he dicho por decir algo...

DON MARIO.—He oído contar que en no sé qué teatro, un... “cantante” de ópera, al interpretar la inmortal “Cavatina” del *Il Barbieri di Siviglia*, en vez de así, que es como es..., lo cantaba así...

TODOS.—¡Qué escándalo! ¡Vergonzoso! ¡Indigno!

CAPOTE.—Eso tiene gracia, pero cualquiera se lo dice con la tajada agresiva que tiene. ¡Es inaudito, Mario!

DON MARIO.—¡Pues aún está vivo el cantante!

CAPOTE.—¡Y es que también la penicilina tiene sus inconvenientes!

BLANQUITA.—Bueno, Mario, estamos agriando este vino tan alegre. Nos hemos reunido para divertirnos.

LA MADRILES.—Yo también quiero actuar y complacerte, Mario. Voy a cantar para ti en recuerdo de nuestras fugas, de nuestros besos. ¡Cómo besabas, Mario! ¡Ningún bigote tuvo las cosquillas de este de pelitos negros y suaves, suaves!

DON MARIO.—¡Ejem, ejem! ¡Repórtate, Adela, que no estamos solos!

BLANQUITA.—¡Adela! ¿Todavía?

LA MADRILES.—¡Hasta la sepultura, dicen, chica!

CAPOTE.—¡Hasta más allá, querrás decir!

LA MADRILES.—Mario, ¿no te encantaba oírme cantar “Pupa”?

DON MARIO.—¡Delicioso, Adela!

TODOS.—¡Mucho! ¡Bravo! ¡Que lo cante!

LA MADRILES.—¡Chicas, a escena! ¡Como entonces, o mejor que entonces!

*Música.*

TODOS.—¡Así se canta! ¡Mucho, sí, señor! ¡Bravo! ¡Magnífico!

BLANQUITA.—Sigue siendo la ordinaria de siempre. ¡Mucho, Madriles! ¡Eres mucha Adela!

LA MADRILES.—Se hace lo que se puede, ¿verdad, Capote? Está negra de la envidia. ¡Bebamos, Mario!

DON MARIO.—¡Siento despierta en mí una furia quiijotesca! ¡Ahora estoy en ánimo de salir a la calle y espada en mano desfacer tanto entuerto!

BLANQUITA.—Se ha puesto rarísimo, Capote.

CAPOTE.—Ya..., y quiere darle un sablazo a alguien.

DON MARIO.—¡Esto no puede seguir! ¡Al menos en el teatro, esto no puede seguir!

TAMBURINI.—Se ha vuelto loco.

LA MADRILES.—De eso, nada. Lo conozco de viejo. Es simplemente una tajada en tono mayor.

DON MARIO.—¡Bandidos, caballos blancos del tablado, mercaderes del templo de Talía, a la que habéis deshonrado, atrás! ¡Salid u os atravieso!

CAPOTE.—A quien va atravesar es a uno de nosotros.

BLANQUITA.—¡Capote, tenemos que hacer algo! ¡Contento, por Dios!

CAPOTE.—Yo, de ese tipo de sable no tengo experiencia.

LA MADRILES.—Dejadlo de mi cuenta. Mario, escucha.

DON MARIO.—¡Aparta, hasta que los expulse! ¡Salid, invasores, mandrines, follones y demás ralea! ¡Salid!

CAPOTE.—Está bajo de forma. Me gustaba más en *Tierra baja*.

LA MADRILES.—Mario, querido, te estás haciendo polvo con esos sablazos. Ven aquí. Ayudadme.

DON MARIO.—¡Basilio! ¡Basilio! ¡Basilio!

BASILIO.—¿Qué tiene el señor? Don Mario, ¿qué tiene el señor? ¡Vaya por Dios! ¡Despierte, don Mario! ¡Vaya, tranquilícese usted!

DON MARIO.—¿Qué? ¡Ah!

BASILIO.—¿Qué tiene?

DON MARIO.—Nada. No tengo nada, Basilio. Estaba soñando que...

BASILIO.—¡Vaya, vaya! Tranquilícese usted y descanse, don Mario.

DON MARIO.—¡Qué hermoso sueño he tenido, Basilio! ¡He soñado con ellos y con nuestro tiempo!

BASILIO.—Siquiera le queda esa suerte, señor: dormir. ¡Y hasta soñar!

DON MARIO.—¡Los sueños no podrán quitármelos!



ESCENA 4.—SEGUNDA PARTE

*Director y Jaime Camino, ante cortinas.*

J. CAMINO.—Quería hablar con usted para pedirle que diera otra oportunidad a la orquesta.

DIRECTOR.—Me parece bien y ya había pensado en ello. (*Consultando su guión.*) Claro está que... Ahora entra Gloria Martí en “¿Qué te parece, Cholito?” Y luego... Sí, podría usted hacer una exhibición. ¿Qué tocaría?

J. CAMINO.—Si le parece, un buen “mambo”.

DIRECTOR.—Preferiría otra cosa. El “mambo” está pasando...

J. CAMINO.—Pues... déjeme usted probar con... Es un ritmo nuevo, de música del Sur. Estoy seguro que le gustará.

DIRECTOR.—Tengo cada vez más confianza en usted y en su orquesta, pero piense también en el público.

J. CAMINO.—Creo que será de su agrado. En todo caso, podríamos cambiar. Y hablando de otra cosa. ¿Ha pensado en lo que le he dicho de la posible gira a Alemania?

DIRECTOR.—¡Naturalmente! Sería estupendo que nos cuajara ese proyecto.

J. CAMINO.—Ya sabe usted que yo he viajado por todo el mundo y que he tocado ante los públicos más diversos. Pues tengo tanta ilusión, que la gira me parecería la primera de mi vida.

DIRECTOR.—Volveremos a hablar de eso. La cosa merece la pena. Y en cuanto a la exhibición, procure animarla. Ganaría mucho con las actuaciones individuales de ese primer trompeta cubano, de ese otro trompeta de color, o de ese “especialista del ritmo” que toca el “bongó”.

J. CAMINO.—Probaré. Creo que quedará usted satisfecho.

DIRECTOR.—Pues no perdamos tiempo. Prepare su gente, que voy a mandar abrir la cortina. ¡Hasta ahora! (*Sale por un lateral.*)

J. CAMINO.—¡Hasta ahora! (*Desaparece por entre cortinas.*)

*Inmediatamente se levantan éstas para la exhibición de la orquesta.*

## CUADRO VIII

## LA CANCIÓN TRISTE

DIRECTOR.—¿Por qué no termina de bajar esa señorita?

CHARLIE.—Se le ha avisado por segunda vez. ¡Avisador!

AVISADOR.—Diga.

CHARLIE.—Vuelve a llamar en el tres.

AVISADOR.—Sí, señor.

DIRECTOR.—¿Pero qué es lo que hace?

CHARLIE.—Se estaba vistiendo.

DIRECTOR.—Si apenas necesita nada...

CHARLIE.—Ya viene.

DIRECTOR.—Llevamos cerca de diez minutos esperando por usted.

VEDETTE.—Bien. Yo necesito arreglarme.

DIRECTOR.—Y yo necesito ensayar.

VEDETTE.—Podría usted haberse ahorrado el trabajo y habérmelo ahorrado a mí. Ninguna necesidad tengo yo de ensayar esta canción. Ni siquiera le han terminado el decorado.

DIRECTOR.—Sí lo han terminado, pero no lo he puesto, porque no me sirve. Luego, usted me aparece vestida de ese modo.

VEDETTE.—¿Es que no le gusta?

DIRECTOR.—No discutamos más. Por favor, maestro, empiece.

DIRECTOR.—¡No siga! ¡Y pare usted esa música! También usted se ha contagiado, maestro. ¿Pero qué forma es esa de interpretar una canción triste y hasta dolorosa como es ésta? ¡Todo esto le sobra! Y le sobra el tono ligero con que hace la interpretación.

VEDETTE.—Sobra también la desconsideración con que usted me trata.

DIRECTOR.—¡El director aquí soy yo! ¡Usted lo hará como yo quiero! Bien. Perdone mi brusquedad. Venga aquí. Dame ese chal que está ahí sobre el piano.

VEDETTE.—¡No pierde usted oportunidad de humillarme!

DIRECTOR.—¡Por favor, no lo tome así! Déjeme hacer. Traed esa foca. Clávenlo ahí. Cante usted aquí delante. Y cante haciendo pasar la melodía y la letra por su cabeza y por su corazón. Usted tiene una voz hermosa. ¡Anímese, y a cantar sin miedo! ¡Apague toda la luz y encienda sólo esa lámpara! Maestro, empiece cuando quiera.

*La artista canta la canción triste.*

## ESCENA 1.—SEGUNDA PARTE

*Charlie y Francés en el Tirolés*

CHARLIE. (*Llamando alto, dentro.*)—¡France Prince! ¡France!  
 (*Aparece, y ya en escena hace uso de un megáfono sobre el público para seguir llamando.*) ¡France Prince! ¿Pero dónde se meterá este hombre?

FRANCE. (*Desde el fondo de la sala.*)—¡Ai... iii... iiiii...!

CHARLIE.—¿Pero qué hace usted ahí?

FRANCE. (*Avanzando por el patio de butacas.*)—Nada. Pensaba.

CHARLIE.—Mala cosa. Vaya al médico.

FRANCE. (*Iniciando el mutis.*)—Bueno. Hasta luego.

CHARLIE.—¿Pero adónde va?

FRANCE.—Al médico.

CHARLIE.—¡Qué! ¿Tiene usted ganas de pitorreito? ¡Pues yo, no!  
 El director ha dicho que ensaye usted su número tirolés. A ver cómo le sale. ¡Suerte, eh!

FRANCE.—¡Merci, monsieur!

*France Prince hace su número tirolés.*

## CUADRO IX

*LA MULATA Y EL NEGRO*

MULATA.—¡No te quede parao, José Encarnación! ¡Camina pa dentro, bembón, que tenemos que encontrar cuanto antes el patrón de too esto, y cantar pa él, a ver si servimos y ganamos plata!

NEGRO.—¡Vamo quedarnos aquí, Caridá! Y ese patrón, orita ta beni pa acá.

MULATA.—Va'aber que traé una grúa—pa levantar—al negro José Encarnación—que no quiere caminar...

NEGRO.—¡Caridá! ¡Caridá! Sigue tú alante. Y búcalo tú, que yo no pueo caminar.

MULATA.—El negro se ha encangrejao—y voy a tené que dale—candela, como el macao...

NEGRO.—¡Caridá! ¡Que me voy a poné bravo, mujé! Yo nunca he sido violento, tú lo sabes bien... Pero si hay que haselse—oso—¡pué m'haré! (*Sigue el Negro.*) Si hay que il con re-

volve al sinto—;pué iré!—;Pero no m'haga cantá, mujé! ;Que tengo mieo y no sé!

MULATA.—;Y de comé, qu'i'hubo, viejo? ;Bembón tenía que sé!

NEGRO.—;Otra vé? Yo ya me enteré, mulata—mulata, ya sé que dises—que yo tengo la narise—como nudo de cobbata.—Y fíjate bien que tú—no ere tan adelantá—poqqe tu boca e bien grande—y tu pasa, colorá... ;Tanto tren con tu cueppo—tanto tren;—tanto tren con tu boca—tanto tren;—tanto tren con tu sojo,—tanto tren. Si tú spiera, mulata, la beddá, que yo con mi negra tengo... ;y no te quiero pa ná!

MULATA.—;Por qué te pone tan bravo—cuando te disen negro bembón,—si tiene la boca santa—negro bembón? Bembón, así como ere—tiene de to;—Caridá te mantiene,—te lo dá to. ;Qué dise?

NEGRO.—Que yo no pueo caminá.

MULATA.—;Ya se encangrejó otra vé! Pue escúcheme bien, José Encarnasión: Búcate plata—búcate plata—poqqe no doy un paso má; etoy a arró con gayeta,—na ma... Yo bien sé cómo etá tó;—pero biejo, hay que comé... Búcate plata—búcate plata, poqqe yo me voy a corré...—Depué dirán que soy mala—y no me quedrán trata;—pero amó con hambre, biejo. ;Qué ba!

NEGRO.—;Caridá, que no quiero fajarme! Me voy pa dentro. ;Tú qué dices, Caridá?

MULATA.—Que ta bien, José Encarnasión. Va, y por si acaso no me contratan al viejo, voy a cantar yo.

## CUADRO X

### LLEGANDO AL FINAL

DIRECTOR.—Bueno. Si no es un sueño, estamos llegando al final.

CHARLIE.—Yo diría “rematando” la cuesta. ;Qué paliza!

DIRECTOR.—;Pero cuidado que eres fresco!

CHARLIE.—Sí, señor. ;Qué? ;Ha dicho usted fresco?

DIRECTOR.—;Fresquísimo! Si para ti esto no ha sido un ensayo general, ha sido una juerga.

CHARLIE.—;Hombre, jefe, siempre se exagerado un poco! Es mi carácter, ya sabe usted que parece que “nanay” y hay que ver luego el rendimiento!

DIRECTOR.—;Sí, sí! Mira, no lo discutamos. A pesar de todo te soporto a gusto. Debilidades que tiene uno.

CHARLIE.—No le pesen. Napoleón también las tuvo.

DIRECTOR.—Sólo tú podías haberme convencido para que saliéramos también nosotros al final.

CHARLIE.—Pero es que esto es una cuestión de necesidad.

DIRECTOR.—¿De necesidad?

CHARLIE.—¡Naturalmente! Usted está obligado a salir. Lo suyo es un trabajo de artista, de creador.

DIRECTOR.—¿Y lo tuyo, también tú eres un creador?

CHARLIE.—Lo seré... cuando contraiga matrimonio. Verá usted: yo soy un humilde enamorado. Mi novia vendrá al estreno.

DIRECTOR.—¿Es que también voy a tener que mezclarme en tus asuntos sentimentales? En resumen, querías salir para que ella te viera. Pues ya está resuelto. Vámonos y acabemos de una vez.



# INDICE



## INDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO .....	5
<b>I.—Revista “Estudiantes”. 1928</b>	
1. Una isleña. “Señora, por ondi” .....	9
2. La perra .....	10
<b>II.—Informaciones. ARTÍCULOS DE LA AUDIENCIA. 1953-1960</b>	
1. Las dos mujeres discutieron por un puesto en la cola del metro .....	13
2. De cómo un perro chico puede convertir en homicida a su dueño .....	15
3. Eran dos basureros, uno romántico y el otro pícaro... ..	17
4. Se pelearon en Villarejo los gitanos “buleles”, “alcarreños” y de “la Miguela” .....	20
5. Pequeña historia de una criada ladrona .....	22
6. Pequeña historia del pícaro impaciente .....	24
7. Bronca en la taberna .....	26
8. Entraron de noche en un depósito de cadáveres y le arrancaron a un muerto dos dientes de oro .....	28
9. Entró en el bar cantando y salió propinando bastonazos ...	29
10. Un caso de la “achuchada” vida presente... ..	30
11. Ladrones de garbanzos y lentejas condenados .....	32
12. El forastero y sus maletas .....	34
13. Una estafa y un robo del montón .....	35
14. Por celos mata a su mujer a puñaladas .....	37
15. Cuatro atracadores de menor cuantía en el banquillo... ..	39
16. El horrendo crimen de Manganeses de la Lampreana... ..	41
17. No era fabricante, no era almacenista, no era comisionista, no era nada .....	42
18. Hay que distinguir entre la sisa “de verdad” y la sisa “pero menos” .....	45
19. Pequeña historia de dos novios sin piso, del piso en traspaso y del traspaso chafado por la policía .....	47
20. Paseante sin corte. ¡Cuidado con las novias... repentinas!	48
21. El que recibe las bofetadas —precisamente de manos blancas— es luego desterrado y multado .....	50
22. Cosas y casos de pobrecitos realquilados .....	51
23. La pérdida de un billete de mil pesetas le dio un disgusto a su propietario, y otro a quienes se lo encontraron .....	53
24. Negra historia de una casa nueva bajo la cual sus inquilinos tenían que dormir con paraguas .....	54
25. El caso del crimen del Cerro de la Plata .....	56
26. El cómico se metió a falsificador de billetes de Banco ...	59
27. Peripecias de dos borrachos de ocasión que pasaron por el banquillo sin mancharse .....	61

28. Ojo, vecinos, con los que ofrecen pisos ... .. 62  
 29. Peripecia de un pícaro metido a hombre de negocios ... 64

### III.—Informaciones. ARTÍCULOS VARIOS. 1953-1955

1. Se encuentra en Madrid la esposa de un fantástico aventurero catalán, a la que arruinó y abandonó luego en un país extranjero ... .. 68
2. De la cárcel, donde se finge loco, José Farrás pasa a un manicomio ... .. 70
3. Unos amores románticos que terminan en colosal estafa 74
4. El aventurero Farrás estafa en Italia cien millones de liras 77
5. Una señora se considera víctima de una peluquería, donde afirma le quemaron la cabeza al hacerle una permanente 81
6. ¿Qué le parece a usted, hijo...? ¡Decirme a mí que tengo un cañón! ... .. 83
7. Ahora hace años de la derrota de Nelson por los canarios de Tenerife ... .. 86
8. ¿Sabe usted, amigo peatón, caminar por las calles de Madrid? ... .. 91
9. España va ganando su batalla contra la mortalidad infantil ... .. 94
10. Las gitanas del Sacromonte, quietas en el camino ... .. 98
11. Ha muerto don Cecilio ... .. 102
12. Viuda desde los treinta y dos años, hoy cumple los ochenta la esposa de Gabriel y Galán ... .. 103
13. La Posada del Peine existe en la calle de Postas desde 1610 107
14. Un mozo de Castillejo de Mesleón llegó a la Corte y sobre el viejo parador de San Pedro levantó el Mesón del Segoviano ... .. 112
15. En 1839 llegó a España monsieur Lhardy, un suizo que fundó el primer restaurante europeo de Madrid ... .. 117
16. El horno de San José, el de las pasteleras bonitas ... .. 120
17. En una época era costumbre dominguera ir al horno del Pozo ... .. 126
18. Los cafés —tan ligados a la vida española desde hace siglo y medio— están de capa caída ... .. 132
19. En 1854 nació el café de Levante, en el paisaje más noctámbulo de la Villa y Corte ... .. 139
20. Botín era un mesón de tronío en el siglo xvii ... .. 145
21. Hace cuatrocientos años: boda de Felipe II con María Tudor ... .. 150
22. La farmacia más anciana del lugar: la de la Reina Madre 155
23. La botica de La Paloma, ¿sirvió a Ricardo de la Vega para su inmortal "Verbena"?... .. 161
24. Madrid, rascacielos y viejas piedras ... .. 167
25. Novia de las desdichas y reina de las desventuras ... .. 173
26. Doña Francisca: una humilde e inmensa heroína del Dos de Mayo ... .. 179

### IV.—Diario de Las Palmas. ARTÍCULOS VARIOS. 1960-1961

1. De nuevo en las gratas filas del *Diario* ... .. 183
2. Don Gregorio, Galdós y los curanderos ... .. 185
3. La colonia canaria se dispone a conmemorar las incorporaciones de las Islas a la Corona castellana ... .. 187
4. Caryl Chessman y el romance del "Mío Cid" ... .. 189
5. De los toros de Tenerife a los toros de San Isidro ... .. 191
6. Brillante inauguración del nuevo local del Hogar Canario en Madrid ... .. 193
7. Una gozosa tarde isleña en el alto Madrid ... .. 195
8. Peripecia de un torero canario en tierras de Avila ... .. 198
9. El escritor Claudio de la Torre recibe un brillante homenaje de sus paisanos y sus amigos de Madrid... .. 200

	<u>Págs.</u>
10. Carmen Laforet ha comenzado a contar su vida ... ..	204
11. Homenaje íntimo a don Matías Vega Guerra en el Hogar Canario ... ..	207
12. Alemania, nuevo Eldorado para los emigrantes ... ..	209
13. El fabuloso negocio del turismo mallorquín ... ..	211
 <b>V.—COMEDIAS</b>	
1. Tres lunas rojas. Suceso de tierras del sur de Gran Canaria	216
2. Romance del forastero y la novia ... ..	258
3. ¡¡¡Seamos felices!!! ... ..	280



ARTICULOS Y COMEDIAS

TOMO IV DE LAS *Obras Completas* DE PANCHO  
GUERRA (†). SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN  
ARTES GRÁFICAS CLAVILEÑO, S. A.,  
EL 13 DE ENERO DE 1978. LA EDI-  
CIÓN ESTUVO AL CUIDADO DE  
MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

LAUS † DEO

